

América Latina
Lecturas
Fundamentales

Introducción a José Martí

Tomo I

Roberto Fernández Retamar



CIALC
Centro de Investigaciones sobre
América Latina y el Caribe

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Rector

Dr. Enrique Luis Graue Wiechers

Secretario General

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

Secretario de Desarrollo Institucional

Dr. Alberto Ken Oyama Nakagawa

Coordinador de Humanidades

Dr. Alberto Vital Díaz

CENTRO DE INVESTIGACIONES
SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

Director

Mtro. Rubén Ruiz Guerra

Secretario Académico

Dr. Mario Vázquez Olivera

Encargado del Departamento de Publicaciones

Gerardo López Luna

Introducción a José Martí

Colección
América Latina. Lecturas fundamentales
1

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Introducción a José Martí

Tomo I



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
MÉXICO 2018

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas

Nombres: Fernández Retamar, Roberto, autor.

Título: Introducción a José Martí / Roberto Fernández Retamar.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, 2018.

Identificadores: LIBRUNAM 2004783 | ISBN 9786073006064 (obra completa) | ISBN 9786073006071 (tomo I).

Temas: Martí, José, 1853-1895

Clasificación: F1783.M38.F46 2018 | DDC 972.9105—dc23

Diseño de portada: D.G. Marie-Nicole Brutus H.

Diseño de la colección: D.G. Irma Martínez Hidalgo

Primera edición Letras Cubanas: 2006

Primera edición UNAM: julio de 2018

Fecha de edición: 6 de julio de 2018

D. R. © 2018 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán
C. P. 04510, México, Ciudad de México

CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
Torre II de Humanidades 8° piso
Ciudad Universitaria, 04510, México, Ciudad de México
Correo electrónico: cialc@unam.mx
<http://www.cialc.unam.mx>

ISBN 978-607-30-0606-4 (colección)

ISBN 978-607-300607-1 (obra)

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

A Haydée Santamaría, siempre

Apostillas del umbral, del preludio, mancha del pintorcete. Temas que son siempre introducciones. ¿Pero qué otra cosa puede escribir el hombre, que no sea introducción?

JOSÉ LEZAMA LIMA, *Carta a Roberto Fernández Retamar, noviembre de 1957.*

ÍNDICE

Noticia	13
Martí en su (tercer) mundo.	17
Vida	19
El mundo colonial y semicolonial.	50
Nuestra América.	66
La batalla social.	79
Sobre su pensamiento.	94
La tarea literaria	103
Final.	113
Martí, Lenin y la revolución anticolonial	117
Martí y Ho Chi Minh, dirigentes anticolonialistas.	155
La revelación de nuestra América.	173
Desatar a América, y desuncir el hombre. . . .	195
Notas sobre la ideología del Partido Revolucionario Cubano	195
Martí en Marinello.	217
Un invaluable aporte	217
Transitorio y apasionado servicio.	220

Leal a su esfuerzo revolucionario	229
Escritor americano	246
El caso del modernismo	255
Ubicación de Martí	270
<i>Tu Marcellus eris</i>	276
El 26 de Julio y los compañeros desconocidos de José Martí	279
Del anticolonialismo al antimperialismo	297
Martí en México. México en Martí	317

NOTICIA

Varios de los muchos textos que, a lo largo de cuatro décadas, dediqué a estudiar la vida, la obra y el pensamiento martianos los recogí en dos libros: *Introducción a José Martí* (La Habana, 1978) y *“Nuestra América”: cien años, y otros acercamientos a Martí* (La Habana, 1995). Ambos aparecen aquí, con el título del primero, en dos volúmenes. Después de todo, en más de un sentido uno continuaba al otro. Al margen han quedado no pocos ensayos también referidos a Martí que forman parte de libros de los que no puedo desgajarlos (así, “La crítica de Martí” [1971], el inicial *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, primera edición completa, Santa Fe de Bogotá, 1995), o que utilicé en textos posteriores (como “Algunos problemas de una biografía ideológica de José Martí” [1978] y “Simón Bolívar en la modernidad martiana” [1983], aparecidos respectivamente en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, números 2, 1979, y 7, 1984) o que, en

fin, de momento no encontré manera de articularlos con los demás de este libro hecho de dos libros.

Al recoger aquí estos ensayos, a veces los he retocado algo, para evitar repeticiones excesivas (si bien algunas son inevitables), para aclarar ciertos aspectos, o para poder asumir ahora tales ensayos, no obstante conservar ellos perspectivas que no siempre comparto ya del todo, pero que es bueno mostrar, como ejemplos de un pensamiento en evolución. Llamo la atención sobre el hecho de que el primer texto, del que derivan los demás, se llamó originalmente “Martí en su (tercer) mundo”, pasó luego a ser “Introducción a José Martí”, y finalmente volvió a tener su título inicial. Sobre las razones de estos cambios hablo en el último trabajo. Repetiré lo que dije en la “Noticia” del segundo de los libros aquí reunidos: que Martí es para mí criatura viva e ígnea, y así me he acercado a él desde que tengo uso de razón. Por eso no veo incongruencia en la heterogeneidad de las páginas que siguen: ellas son el testimonio de un diálogo inconcluso, de una búsqueda cuyo hallazgo no se da por sentado.

Aunque el orden en que aparecen los trabajos es fundamentalmente cronológico, a veces alteré dicho orden en atención a la coherencia temática. Al citar a Martí, me valgo por lo general de sus *Obras completas* (La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973), mencionadas como *O. C.*;

y a veces de las *Nuevas cartas de Nueva York*, de José Martí, investigación, introducción e índice por Ernesto Mejía Sánchez (México, Siglo XXI, 1980), mencionadas como *N. C. N. Y.* Añado, por último, que las traducciones y énfasis, si no se indica otra cosa, son míos.

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR
La Habana, 10 de octubre de 2001

MARTÍ EN SU (TERCER) MUNDO*

*A la memoria de
Ezequiel Martínez Estrada*

Encarcelado y llevado a juicio, por haber asaltado el cuartel Moncada en Santiago de Cuba el 26 de julio de 1953, Fidel Castro responde a los jueces que quieren conocer al autor intelectual del asalto: “Es José Martí.” Años después, los grandes

* En versión anterior, este trabajo, escrito entre 1963 y 1964 para presentar una antología italiana de textos martianos que al cabo no vio la luz, fue publicado por primera vez, parcialmente, en la revista *Cuba Socialista*, núm. 41, enero de 1965; y completo, al frente de las *Páginas escogidas* de José Martí, en La Habana, ese mismo año. La primera versión parcial apareció en mi libro *Ensayo de otro mundo*, La Habana, Instituto del Libro, 1967. Corregido, aumentado y con el título “Introducción a José Martí”, fue el prólogo de la selección de textos martianos *Cuba, Nuestra América, Estados Unidos, México*, Siglo XXI, 1973, y volvió a aparecer en otras ocasiones.

documentos políticos en que se fija la orientación del proceso revolucionario desencadenado aquel 26 de julio, trátase de las llamadas *Primera Declaración de La Habana* (1960) y *Segunda Declaración de La Habana* (1962), o de la *Constitución de la República* (1976 y 1992), comienzan remitiéndose a José Martí.

Este dirigente político que a más de medio siglo de su muerte seguía siendo subversivo es el escritor a quien Rubén Darío llamó “Maestro”, y Alfonso Reyes, “supremo varón literario” y “la más pasmosa organización literaria”; el mismo a quien Gabriela Mistral consideraba “el hombre más puro de la raza” y Ezequiel Martínez Estrada, no sólo “un Héroe”, sino además “un Santo, un Sabio y un Mártir”, y por añadidura el “faro que mejor nos guíe”.

¿Quién es este hombre extraordinario a quien, al cumplirse el siglo de su nacimiento, el propio Fidel Castro atribuye la paternidad de la más creadora revolución del continente americano; a quien recitan de memoria los escolares de su tierra y los escritores más exigentes? ¿Quién es este hombre que antes de sus dieciocho años, después de haber padecido presidio político, salió desterrado de su isla, y regresó a los cuarenta y dos años a pelear en la guerra que él organizara, y en uno de cuyos primeros combates moriría; que dejó millares de páginas escritas en la mejor lengua española, y pre-

vió en política, en educación y en arte, y al que hoy citan los estadistas, los maestros, los escritores y los hombres sencillos, y lo reverencian todos?

VIDA

En 1853 morían fuera de Cuba, uno en Madrid y otro en la Florida, dos hombres relevantes del país, que habían propuesto soluciones a sus problemas políticos: uno, el patricio Domingo del Monte, pensó que tales soluciones no debían llegar a la separación de España, sino encarnar en reformas adecuadas; otro, el presbítero Félix Varela, sustentó en cambio y con razones suficientes la necesidad de la independencia de Cuba. Por pretender llevar a vías de hecho este último criterio cuarenta años antes, en 1812, había sido ejecutado en La Habana el artesano negro José Antonio Aponte, “el primer cubano que soñó la bella inspiración de rebelarse contra la dominación española de un modo práctico”, como escribiera el historiador Juan Arnao en 1877. También había sido llevado al cadalso en La Habana, en 1851, el militar venezolano Narciso López, por haber tratado de invadir la isla para anexarla a Estados Unidos. La idea de separar a Cuba de España tenía pues su desarrollo, sus irreconciliables diferencias y sus grandes muertos al mediar el siglo XIX. Aquel año 1853, el 28 de enero,

nacía en La Habana José Martí. Fue hijo de españoles humildes (don Mariano y doña Leonor), a quienes la necesidad había arrojado a la “siempre fidelísima” isla de Cuba, donde se conocieron y casaron. Cuba era, con Puerto Rico, la última colonia española en el Nuevo Mundo. Siete hijas, tendría después el matrimonio. Fueron, dirá el propio Martí, “pobres, muy pobres”. Para subvenir a las necesidades más urgentes, el padre, con ocasionales momentos de desempleo, practicó diversas actividades menores. El hijo varón, niño todavía, tuvo que acompañarlo en algunas, a veces fuera de La Habana y aun de Cuba.

El encuentro de Martí con el maestro cubano Rafael María de Mendive (1821-1886) fue decisivo. Mendive, que además de maestro era un delicado poeta y un patriota irreductible, dirigía la escuela en que Martí fue inscrito, y descubrió pronto las cualidades excepcionales del muchacho. Pidió del padre, y finalmente obtuvo, autorización para costear sus estudios. En lo adelante, hasta que es desterrado en 1869, fungirá como su segundo padre, y tendrá una influencia determinante en su vida. Fue en él que Martí vio deslumbrado, todavía en su niñez, la conjunción del hombre de letras, el maestro y el patriota; al intelectual que se opone virilmente a la tiranía y sufre cárcel y destierro. Imposible no reconocer esta fijación en las primeras actividades públicas de Martí, que reprodu-

cirán por esos años y magnificarán más tarde las del maestro. En el colegio particular de Mendive, llamado San Pablo, sabe luego de tertulias literarias y políticas. Alguna vez, el maestro (que es traductor de Moore, como lo será después Martí), lo sorprenderá vertiendo al español, a escondidas, poemas de Byron. Antes había intentado hacerlo con *Hamlet*. Tiene trece años.

A los quince años de su vida, estalla en la cercanía de Yara, Oriente, el 10 de octubre de 1868, la guerra cubana contra España, que habría de extenderse en su primera parte por diez años. Aunque hijo de españoles, Martí, el discípulo predilecto del criollo Mendive, se adhiere desde el primer momento a “la causa de Yara”. Publica clandestinamente su soneto “¡10 de octubre!” (“Del ancho Cauto a la Escambráica Sierra / Truena el cañón...”); contribuye a editar, a comienzos de 1869, primero *El Diablo cojuelo*, y luego el “semanario democrático cosmopolita” *La Patria Libre*, que no pasan del primer número. En este último, da a conocer su poema dramático “Abdala”, “escrito expresamente para la Patria”. Martí, al frisar los dieciséis años, escribe la profecía de su vida. El joven Abdala debe defender su patria, Nubia (transparente alusión a Cuba), frente al opresor, a pesar de los ruegos de su hermana y de su madre, en cuyos brazos acabará por morir. A la madre, que intenta vanamente detenerlo, Abdala explica:

El amor, madre, a la patria
no es el amor ridículo a la tierra,
ni a la yerba que pisan nuestras plantas;
es el odio invencible a quien la oprime,
es el rencor eterno a quien la ataca;
y tal amor despierta en nuestro pecho
el mundo de recuerdos que nos llama
a la vida otra vez [...].

En adelante, los sucesos van a precipitarse. El colegio de Mendive será clausurado; el maestro, encarcelado primero y deportado después. Por un incidente menor, los “voluntarios” españoles —organizados para combatir a los cubanos— penetran en casa del amigo fraternal de Martí, Fermín Valdés Domínguez (1852-1910), y encuentran allí una carta en que se acusaba a un discípulo de apostasía por haber ingresado en el ejército español. La carta está firmada por Martí y Valdés Domínguez. El 21 de octubre de 1869 son encarcelados. En el juicio, el 4 de marzo de 1870, Martí reclama enérgicamente la paternidad de la carta, y el derecho de Cuba a su independencia. Es condenado a seis años de prisión. El 4 de abril se le lleva a realizar trabajos forzados en canteras, y seis meses más tarde, por gestiones del padre con el arrendatario de las canteras, es enviado a la Isla de Pinos, y finalmente se le conmuta la pena por destierro a España, hacia la cual partirá el 15 de enero de

1871. Va a cumplir dieciocho años, y ha estado uno en prisión. Horas antes de tomar el barco, escribe a Mendive: “Mucho he sufrido, pero tengo la convicción de que he sabido sufrir. Y si he tenido fuerzas para tanto y si me siento con fuerzas para ser verdaderamente hombre, sólo a Ud. lo debo y sólo de Ud. es cuanto de bueno y cariñoso tengo.” A pocos meses de su llegada, en ese propio año 1871, publica en Madrid su extraordinario alegato *El presidio político en Cuba*. En tono a la vez realista y simbólico, impregnado de sabor bíblico, el joven denuncia allí la espantosa situación del presidio político en Cuba. Martí sale de Cuba formado, a pesar de sus pocos años. Su precocidad genial y las tremendas pruebas a que es sometido hacen de él un hombre maduro en el momento en que abandona el país.

La vida en España (1871-1874), aunque dura, será importante para él. Allí se le reunirá Valdés Domínguez, deportado también, después de un proceso inicuo que el 27 de noviembre de 1871 concluirá con el fusilamiento de ocho estudiantes de Medicina cubanos. Mientras gana su vida trabajosamente, ofreciendo clases, Martí estudiará, de manera irregular, el resto de su Bachillerato y Derecho y Filosofía y Letras en las universidades de Madrid y Zaragoza. Polemiza en los diarios sobre la cuestión cubana, y en 1873 publica un nuevo opúsculo: *La República española ante la Revolución*

cubana, en que emplaza a la naciente y pronto fallida República española a ser consecuente con sus principios en lo que toca a Cuba: no lo fue. En España Martí ve las cominerías de su política, pero por otro lado aprecia las virtudes de su pueblo, y se familiariza con los clásicos españoles, con sus pintores, místicos y estoicos. Allí, nos dirá luego, “rompió su corola / la poca flor de mi vida”.

Abandona España a finales de 1874. Conoce, de pasada, Francia, y marcha a México, vía Southampton y Nueva York. En México, adonde llega el 8 de febrero de 1875, se reúne con su familia, que se ha establecido temporalmente allí; adquiere amistades profundas, sobre todo la de Manuel A. Mercado, y conoce a quien será su esposa; acaba de hacerse periodista y crítico (colaborando especialmente en la *Revista Universal*, sobre todo con el seudónimo Orestes), y se interesa en las luchas obreras.¹ De México (“el país”, escribirá a Mercado en diciembre de 1889, “que después del mío quiero [...] más”) lo separan, como de los otros países hispanoamericanos en que vivirá, los desmanes políticos: en este caso, el golpe de Estado de Porfirio Díaz en 1876. Por rechazarlos en uno y otro sitio, abandonará México, Guatemala y Venezuela, países donde vivirá entre 1875 y 1881,

¹ Paul Estrade, “Un ‘socialista’ mexicano: José Martí”, en *Casa de las Américas*, núm. 82, enero-febrero de 1974.

con ocasionales estancias en España, a la que se le desterrará de nuevo (1879), Nueva York (1880) y la propia Cuba. En Guatemala será profesor, y en homenaje suyo escribirá el folleto *Guatemala*, publicado en México en 1878. En Venezuela habrá de editar una revista que sólo conocerá dos números: la *Revista Venezolana* (1881), en la cual aparecen ya algunos de los trabajos literarios importantes de Martí. En todas partes es grande su influencia en la juventud. Está en Cuba en dos ocasiones: en 1877, cuando con su segundo nombre y su segundo apellido (Julián Pérez) visita La Habana fugazmente; y en 1878, en que habiendo renunciado a la cátedra que desempeñaba en Guatemala, por solidaridad con un amigo depuesto por el presidente Barrios, vuelve a su país, el cual conoce la tregua que siguió a la Guerra de los Diez Años. Allí Martí ejerce como pasante en un bufete. Pero sobre todo habla públicamente de sus convicciones revolucionarias y se mezcla en actividades conspirativas, por lo que es deportado a España al año siguiente (1879). Esta nueva vez permanecerá unos dos meses en España, desde donde, siguiendo la ruta del otro destierro, pasará a Nueva York (1880) y Caracas (1881), hasta regresar a la anterior ciudad a mediados de 1881.

Su existencia andariega no encontrará cierto reposo sino a partir de esta fecha, en que se fija en Nueva York. En Estados Unidos permanecerá

hasta 1895, sin viajar al extranjero en los primeros años, y con saltos rapidísimos, a partir de 1892, a Haití, Santo Domingo, Jamaica, Panamá, Costa Rica, México, cuando ya está entregado de lleno a la preparación de la guerra. Esta vida contribuye a apresurar la desdicha conyugal. Se había casado en México, en 1877, con la cubana Carmen Zayas Bazán. Esperaba ella un hijo cuando Martí renuncia a su puesto en Guatemala y marcha a su patria. No tenía aún dos años el niño cuando Martí es deportado otra vez a España. En vano la esposa, que no comprende la tarea que Martí se ha impuesto, espera de él asentamiento. Pronto el hogar está dañado, y aunque hay esfuerzos de reconciliación en torno al hijo, en 1891 la ruptura es definitiva. Para entonces, Martí se ha acercado a otra mujer, viuda, en cuyas casas de huéspedes ha vivido en Nueva York, y cuyos hijos (especialmente la más pequeña, María, a la cual vio nacer en 1880) querrá como suyos: la cubana Carmen Miyares, viuda de Mantilla. En ella, escribió muchos años después María Mantilla, Martí “encontró todo el consuelo, apoyo, cariño y calor que jamás encontró en su propia mujer”.

Al mismo tiempo, los viajes a que se ve obligado Martí (unas veces por destierro; otras, para ganarse la vida sin doblegarse; otras, en fin, para preparar la revolución) le permiten tener un conocimiento de primera mano de las realidades

inmediatas entre las cuales se mueve el país. En España se incorpora cuanto de vivo le ofrecen su pueblo y su tradición cultural, pero verifica la imposibilidad de que Cuba permanezca unida a ella: es *otro* país. En las varias repúblicas latinoamericanas donde vive, se abre a la comprensión de una unidad mayor, que él llamará “nuestra América”, dentro de la cual aparece articulada Cuba. En Estados Unidos, el país extranjero donde permanece más tiempo, se familiariza con la que llamará “la América europea”, y sin dejar de reconocer al principio sus virtudes, pronto ve espantado cómo reaparecen allí los vicios que creía haber dejado atrás, en Europa (y que no eran sino las lacras del capitalismo desarrollado), y ratifica la diferencia de estructura y espíritu entre las dos Américas. Además, y esto es acaso lo más importante, Martí vive en Estados Unidos en el momento en que la nación pasa, de su capitalismo premonopolista, al capitalismo monopolista e imperialista que la llevará, inexorablemente, a arrojarse sobre el mundo; en primer lugar sobre la América Latina, y en particular sobre Cuba. El hecho de que su patria permanezca como colonia ostensible agudiza dramáticamente su sensibilidad y su comprensión de estos problemas, haciéndolo el primer antimperialista cabal del continente.

En los años iniciales, aunque entiende pronto la realidad estadounidense, su gran preocupación

es la independencia frente a España. En su primera estadía larga en Nueva York, durante 1880, preside interinamente el Comité Revolucionario Cubano de Nueva York, que había proclamado en 1879 la llamada “Guerra Chiquita”: mediante este movimiento bélico, cuyo jefe militar fue el general Calixto García (1839-1898), se intentó llevar de nuevo la guerra al país; pero éste, fatigado tras diez años de pelea contra España, no se encontraba todavía maduro para reiniciar el combate, y el nuevo intento se extinguirá al año.

Martí no cesa en su empeño, sin embargo, y prosigue dirigiéndose a las grandes figuras de la pasada etapa de la guerra, instándolos a reiniciar la lucha libertadora: la cual, según él, desde la arrancada debía tener bien clara su orientación política revolucionaria y democrática. Al general Máximo Gómez (1836-1905) le escribe el 20 de julio de 1882:

¿A quién se vuelve Cuba, en el instante definitivo, y ya cercano, de que pierda todas las nuevas esperanzas que el término de la guerra, las promesas de España, y la política de los liberales [autonomistas] le han hecho concebir? Se vuelve a todos los que le hablan de una solución fuera de España. Pero si no está en pie [...] un partido revolucionario que inspire, por la cohesión y modestia de sus hombres, y la sensatez de sus propósitos, una con-

fianza suficiente para acallar el anhelo del país — ¿a quién ha de volverse, sino a los hombres del partido anexionista [...]?

Al cabo, en 1884, los planes parecen a punto de hacerse realidad. Martí se reúne en Nueva York, en octubre de ese año, con los generales Máximo Gómez (1836-1905), nacido en Santo Domingo, y Antonio Maceo (1845-1896). Ambos habían salido de la Guerra de los Diez Años con enorme prestigio y, por su extracción popular (eran pequeños propietarios agrícolas, y Maceo, además, mulato), representaban la radicalización creciente que había conocido esa guerra. En aquella ocasión, sin embargo, no llegan a concretarse los planes martianos. Martí estima que Gómez, atribuyendo el fracaso de la guerra anterior a las trabas y al civilismo extemporáneos del gobierno en armas (y no viendo en la orientación política de “un partido revolucionario” sino una continuación de aquel civilismo), pretende dar un marcado carácter personal y militar al nuevo gobierno; y decide desvincularse de los planes, por temor de contribuir a llevar a su patria una variante del estéril caudillismo que ha visto dañar a otros países hispanoamericanos. El 20 de octubre de ese año, al romper con Gómez, le escribirá en carta dolorosa: “Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento.”

Esa ruptura es una dura decisión, que cuesta a Martí los años más amargos de su vida. Hasta 1887 permanecerá voluntariamente marginado de las tareas concretas en favor de la guerra independentista: tareas que, por otra parte, no llegan a materializarse sin su concurso, En la isla, mientras tanto, va creciendo una campaña autonomista que, si bien permite expresarse a independentistas velados, es índice sobre todo de la actitud conciliadora, francamente reaccionaria, que ha asumido la burguesía agrícola criolla a raíz de la derrota del 78.

En esos años de marginación política, Martí escribe copiosamente. Ya había hecho periodismo durante su estadía en México; en los propios Estados Unidos, en 1880, había publicado en *The Sun* y *The Hour* principalmente críticas sobre arte y literatura; pero fue gracias a su colaboración en periódicos de lengua española, una vez fijado en Nueva York, en 1881, que su fama creció por Hispanoamérica. Una veintena de periódicos del hemisferio (entre los que se cuentan *La Opinión Nacional*, de Caracas, *La Nación*, de Buenos Aires, *La América*, *El Avisador Cubano*, *El Economista Americano*, *El Porvenir* y *La Revista Ilustrada de Nueva York*, de esta ciudad, *El Partido Liberal*, de México, *La Opinión Pública*, de Montevideo) difunden sus trabajos. En algunos de esos periódicos, Martí publica en forma de "cartas" sus *Escenas norteamericanas*, crónicas en que presenta la compleja realidad del país,

traza retratos admirables, y sobre todo advierte a nuestros pueblos sobre la nueva y grave amenaza que la evolución de Estados Unidos significa para ellos.

Aunque son sus colaboraciones periodísticas las que lo hacen ampliamente conocido, Martí ha publicado también, en modesta edición de autor, un cuaderno de versos, *Ismaelillo*, en 1882, que muchos ven como el inicio de una nueva época en la poesía de la lengua; y la novela *Amistad funesta* (o *Lucía Jerez*), que redactó en una semana por encargo y dio a conocer por entregas, con seudónimo (Adelaida Ral), en 1885. También ha realizado diversas traducciones. Dejaría sin publicar, de esta época, poemas como sus *Versos libres*, para los cuales escribió un prólogo.²

En 1887, creyendo propicia de nuevo la situación para intentar un acercamiento entre los exiliados, llama a celebrar dignamente el aniversario del 10 de octubre. En una sala de Nueva York, como hará en los años sucesivos hasta 1891, se dirige a la emigración allí reunida. En 1880 había hablado de “animar con la buena nueva a los creyentes”; saluda ahora “este religioso entusiasmo”, y evoca “el

² Sólo en 1985, preparada por un equipo del Centro de Estudios Martianos encabezado por Cintio Vitier, aparecería una edición confiable de este libro, en José Martí, *Poetas completos. Edición crítica*, 2 t., La Habana, Letras Cubanas, 1985.

júbilo santo de los ejércitos de la libertad”. Martí electriza a su público con una palabra encrespada, centelleante de metáforas, que nunca desciende a avulgararse, y fascina. Es más difícil en su oratoria que en su poesía, pero se le *entiende*: conmueve. La reacción de los oyentes es fervorosa. Martí dirige una carta, firmada por él y otros cubanos, al general Máximo Gómez, para averiguar su disposición de luchar (estaba todavía viva la herida de la separación, tres años atrás). Gómez responde escuetamente, reiterando que su espada está al servicio de Cuba. La posibilidad conspirativa ha vuelto a abrirse.

Para entonces, Martí es ya el escritor de lengua española más leído y admirado en el continente. El argentino Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), acaso la más prestigiosa figura de la vieja generación, al recomendar en 1887 a Paul Grousac la traducción de un texto martiano al francés para darlo a conocer en Europa, le dirá: “En español, nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí, y después de Victor Hugo, nada presenta la Francia de esta resonancia de metal.”⁵ Y ello, a pesar de que Sarmiento discrepaba del áspero enjuiciamiento que hacía Martí de Estados Unidos. En cuanto a la generación más joven, el

⁵ Domingo Faustino Sarmiento, “La libertad iluminando al mundo” [1887], en *Obras*, Buenos Aires, 1900, t. XLVI, p. 175.

nicaragüense Rubén Darío (1867-1916) dice de él en 1888: “escribe, a nuestro modo de juzgar, más brillantemente que ninguno de España o de América”.⁴

Al mismo tiempo que la fama continental de Martí continúa creciendo, sus trabajos se multiplican. Desde 1887 es cónsul de Uruguay en Nueva York. En 1888 es nombrado representante en Estados Unidos y Canadá de la Asociación de la Prensa de Buenos Aires. En 1889 se echa encima la singular tarea de escribir íntegramente una revista para niños, *La Edad de Oro*, de la que sólo vieron la luz cuatro números (julio a octubre de 1889), “porque por creencia o por miedo de comercio”, dirá a Mercado en carta del 26 de noviembre de ese año, “quería el editor que yo hablase del ‘temor de Dios’, y que el nombre de Dios, y no la tolerancia y el espíritu divino, estuviera en todos los artículos e historias”. Aquel gigante, al filo de la tormenta, se inclina a hablar con los muchachos para explicarles, como un maestro paternal, cosas de historia vistas con ojos descolonizados, para decirles cuentos y poesías que anuncian a sus *Versos sencillos*, y sobre todo para encenderles el amor a la patria hispanoamericana, a los héroes y a los

⁴ Rubén Darío, Carta del 12 de noviembre de 1888 a Pedro Nolasco Préndez. Alberto Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*, Buenos Aires, Losada, 1943, p. 314.

humildes, y acostumbrarlos a la verdad, la justicia y la belleza. Las páginas de *La Edad de Oro* son la mejor literatura para niños escrita en español.

A finales de la década de los ochenta, los que hasta entonces parecían sólo temores de Martí y de unos pocos sobre los torvos designios estadounidenses en relación con la otra América empiezan a hacerse visibles para todos. El 25 de marzo de 1889, en su artículo “Vindicación de Cuba”, Martí responde con energía al periódico *The Manufacturer*, el cual, con beneplácito de la prensa estadounidense, ha expresado su desdén por los cubanos. Pero lo más señalado del momento en relación con esos designios es la convocatoria hecha en 1888 por el gobierno norteamericano a la Primera Conferencia de Naciones Americanas, la cual se celebraría en Washington entre octubre de 1889 y abril de 1890. Sólo Santo Domingo se abstiene de concurrir. Martí contempla lleno de ansiedad aquella convocatoria de “un pueblo de intereses distintos, composición híbrida y problemas pavorosos”⁵ que pretende “ensayar en pueblos libres su sistema de colonización”,⁶ aquel cónclave del que saldrían en un futuro la política del panamericanismo, la Organización de Estados Americanos.

⁵ José Martí, “Congreso Internacional de Washington”, en *O.C.*, La Habana, 1963-1973, t. VI, p. 53.

⁶ *Ibid.*, p. 57. Ese “sistema de colonización” que anuncia aquí Martí es lo que sería llamado *neocolonialismo*.

Aprovechando las contradicciones entre las ambiciones de Inglaterra y las de Estados Unidos, y el hecho de que la Argentina, situada entonces en la órbita de influencia británica, era hostil a los propósitos hegemónicos norteamericanos,⁷ Martí puede combatir abiertamente dicho cónclave en las páginas del diario bonaerense *La Nación*.

El ataque más severo contra la conferencia [escribió Thomas F. MacGann] lo hizo *La Nación*, que en

⁷ En 1888, año en que se convoca la Conferencia, aproximadamente una tercera parte del monto total del comercio argentino correspondía a Inglaterra; Francia tenía más de un quinto; Alemania, algo más de un décimo, y Estados Unidos solamente una doceava parte. Ello explica las instrucciones que el presidente de la Argentina entregó a los delegados de aquel país, Manuel Quintana y Roque Sáenz Peña:

“La formación de una liga aduanera americana envuelve a primera vista el propósito de excluir a Europa de las ventajas acordadas a su comercio [...]. Tal pensamiento no puede ser simpático al gobierno argentino [...] que [...] bajo ningún concepto querría ver debilitarse sus relaciones comerciales con aquella parte del mundo adonde enviamos nuestros productos y de donde recibimos capitales y brazos [...]. La convocatoria actual tiene por objeto la implantación del *Zollverein* americano, pero estando la legislación aduanera de Estados Unidos basada en principios opuestos a nuestras leyes en esa materia, no sería posible aceptar ninguna proposición tendente a la ampliación en América del sistema proteccionista de Estados Unidos o que importara restricciones a nuestro comercio con Europa”. Roque Sáenz Peña, *Escritos y discursos*, R. Olivera [ed.], Buenos Aires, 1934, t. III, p. 367.

noviembre comenzó a publicar una serie de extensos artículos de su corresponsal en Estados Unidos. Ese corresponsal era José Martí, el revolucionario y prolífico escritor cubano. Sus informes eran agudos, detallados y vigorosamente escritos; su estilo intrincado y alusivo era un deleite para los lectores argentinos.⁸

Apenas en su inicio, Martí enjuicia así el congreso:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso que el convite que Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo

⁸ Thomas F. MacGann, *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano 1880-1914*, trad. de G. O. Tjarks, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1960, p. 207. MacGann, que luego califica de “deslumbrantes” las crónicas de Martí (p. 238), dedica sobre todo los capítulos X y XI de su libro a comentar la “Primera Conferencia Panamericana”, con énfasis especial en el papel que en ella desempeñaron los delegados argentinos.

salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.⁹

Y al comentarle el congreso a su compatriota Gonzalo de Quesada y Aróstegui (1868-1915) —secretario entonces del delegado argentino Roque Sáenz Peña, y más tarde secretario de Martí cuando éste se halle al frente del Partido Revolucionario Cubano—, añade, en carta del 14 de diciembre de 1889, este temor particular en lo que toca a Cuba:

Sobre nuestra tierra, Gonzalo, hay otro plan más tenebroso que lo que hasta ahora conocemos, y es el inicuo de forzar a la Isla, de precipitarla a la guerra, para tener pretexto de intervenir en ella, y con el crédito de mediador y de garantizador, quedarse con ella. Cosa más cobarde no hay en los anales de los pueblos libres: ni maldad más fría. ¿Morir, para dar pie en qué levantarse a estas gentes que nos empujan a la muerte para su beneficio?

⁹ José Martí, "Congreso Internacional de Washington", *O. C.*, t. VI, p. 46.

Esas graves preocupaciones explican que en el prólogo de sus *Versos sencillos* Martí hablara de

aquel invierno de angustia [1889-1890], en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos. ¿Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo, el escudo en que el águila de Monterrey y de Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de la América? Y la agonía en que viví, hasta que pude confirmar la cautela y el brío de nuestros pueblos; y el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiéramos los cubanos, con manos parricidas, ayudar el plan insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, [...] de la patria hispanoamericana.

Martí enfermó de aquella ansiedad. “Me echó el médico al monte”, dirá a continuación: “corrían arroyos y se cerraban las nubes: escribí versos”. En efecto, el peleador escribe en agosto de 1890 sus *Versos sencillos*, que publicará en 1891, de nuevo en modesta edición de autor. El hombre múltiple, el que se prepara para la guerra tremenda, hace en vísperas de ella una especie de balance de su vida, en octosílabos sencillos, llenos, sin embargo, de una extraña complejidad, pues esta obra, aca-

so la mayor de la poesía hispanoamericana, funde la musa del *Martín Fierro* con la avidez de la lírica moderna.

A finales de 1890, Martí — que es ahora cónsul en Nueva York no sólo de Uruguay, sino además de la Argentina y Paraguay, y también presidente de la Sociedad Literaria Hispanoamericana y presidente honorario de La Liga, sociedad de negros en la que sirve como maestro — es nombrado por Uruguay su representante en la Conferencia Monetaria Internacional Americana, la cual tendrá lugar de nuevo en Washington, del 7 de enero al 8 de abril de 1891, como una prolongación de la primera Conferencia Internacional Americana, de 1889-1890. Siendo la actitud oficial de Uruguay, en lo que toca a Estados Unidos e Inglaterra, similar a la de la Argentina, Martí, que es una de las figuras más activas de la conferencia, puede oponerse en ella con tenacidad a la tesis con que inicialmente se presentarán los Estados Unidos. Aunque disensiones internas hacen que el gobierno norteamericano se abstenga al cabo de insistir en su proyecto, a Martí le interesa destacar el riesgo que ese proyecto implicaba. Washington pretendía lograr una moneda de curso común tanto en Estados Unidos como en los países latinoamericanos. Pero ello apresuraría el que estos países quedaran casi exclusivamente vinculados a Estados Unidos, y alejados de países europeos

cuya relación era provechosa para nuestra América. Martí advierte:

Ni en los arreglos de la moneda, que es el instrumento del comercio, puede un pueblo sano prescindir —por acatamiento a un país que no le ayudó nunca, o lo ayuda por emulación y miedo de otro—, de las naciones que le anticipan el caudal necesario para sus empresas, que le obligan el cariño con su fe, que lo esperan en las crisis y le dan modo para salir de ellas, que lo tratan a la par, sin desdén arrogante, y le compran sus frutos.¹⁰

En 1891, las condiciones internas de Cuba anuncian la proximidad de un nuevo estallido bélico. Es menester encontrarle cauce a la guerra necesaria, y lograr que sea rápida y eficaz, o ella será infructuosa, sirviendo incluso a los sombríos propósitos estadounidenses que Martí señalara en 1889. Martí va a consagrarse enteramente a la tarea revolucionaria. En octubre, renuncia a los consulados de la Argentina, Uruguay y Paraguay, y poco después a la presidencia de la Sociedad Literaria Hispanoamericana. Conserva, para vivir, unas clases nocturnas de español.

¹⁰ José Martí, “La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América”, *O. C.*, t. VI, p. 161.

El radio de su fascinadora influencia personal va abrirse más allá de Nueva York: los emigrados cubanos residentes en Tampa, tabaqueros en su mayoría, reclaman su presencia. Llega allí el 25 de noviembre. Al día siguiente, cuando son aprobadas las “Resoluciones” (casi seguramente escritas por él) tomadas por la emigración cubana de Tampa, que son un prólogo a los documentos del futuro partido, Martí pronuncia un discurso (“Con todos, y para el bien de todos”) que es ya una visión radiosa de la república futura. El 27, aniversario del fusilamiento de los estudiantes del 71, su discurso (“Los pinos nuevos”) es un canto a la vida que se alza llameante de las tumbas, no una evocación luctuosa. Los tabaqueros del cercano Cayo Hueso, otro albergue de la diáspora cubana, quieren igualmente tenerlo entre ellos. El 25 de diciembre llega al Cayo. Allí también conmoverá su palabra e imantará su presencia. Queda decidido que los diversos clubes de emigrados cubanos que han ido surgiendo al calor de la revolución se integren en un organismo unificador, y Martí redacta las *Bases* de ese organismo.

El 5 de enero de 1892 son aprobadas en Cayo Hueso, por representantes de la emigración de la localidad, de Tampa y de Nueva York, las *Bases del Partido Revolucionario Cubano*, el cual se ha de constituir, dice el artículo primero de dichas *Bases*, para lograr “la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico”. Se

trata de la reunión de “todas las asociaciones organizadas de cubanos independientes que acepten su programa y cumplan con los deberes impuestos en él”, como explican los *Estatutos secretos*.

Martí regresa feliz a Nueva York, a comienzos de 1892. Ha logrado echar los cimientos de aquel “partido revolucionario” que, diez años antes, mencionara en su carta a Gómez del 20 de julio de 1882. Por vez primera en Nuestra América iba a crearse un partido político revolucionario (obligadamente multclasista, pero centrado en los trabajadores, “los pobres de la tierra”), para preparar y orientar una guerra de liberación nacional; y aún más: para “que en la conquista de la independencia de hoy vayan los gérmenes de la independencia definitiva de mañana”.¹¹ La novedad del hecho era tal, que provocaría no pocas extrañezas incluso entre algunos de los mismos héroes de la guerra, quienes tenderían a ver en la creación de Martí una suerte de continuación de los organismos civiles de la pasada etapa de la guerra: si bien por el momento era evidente su utilidad como aglutinador de las fuerzas independentistas. En realidad, sin embargo, con la creación del Partido Revolucionario Cubano, Martí, lejos de prolongar aquellos organismos (que más entrabaron que impulsaron la lucha),

¹¹ José Martí, “La proclamación del Partido Revolucionario Cubano el 10 de abril”, *O. C.*, t. I, p. 389.

anunciaba las vanguardias políticas que guiarían a las guerras revolucionarias de este siglo. El propio Fidel Castro, al hablar en el centenario de la caída en combate del mayor Ignacio Agramonte, el 11 de mayo de 1973, diría que en el partido que fundara y condujera Martí “podemos ver el precedente más honroso y más legítimo del glorioso Partido que hoy dirige nuestra revolución: el Partido Comunista de Cuba”.

Al regresar a Nueva York, Martí, después de una polémica ácida pero de feliz terminación, y de informar a la emigración de sus gestiones en un discurso que sería conocido como la “Oración de Tampa y Cayo Hueso”, prosigue la rápida preparación del Partido. Clubes ya existentes, y otros creados con posterioridad, van discutiendo y aprobando las *Bases* y los *Estatutos secretos* del Partido, de modo democrático. El 10 de abril tendrá lugar la proclamación del Partido. Dos días antes Martí había sido electo su delegado, y sería luego reelecto cada año hasta su muerte.

Para dotar de un vocero oficioso al PRC, que se fundaría unas semanas después, Martí crea el periódico *Patria*, cuyo primer número aparece el 14 de marzo de 1892. En ese primer número se recogen las *Bases* del Partido y el artículo programático “Nuestras ideas”. Hasta su muerte, en 1895, Martí llevará anónimamente el peso mayor de la redacción de este órgano, que constituye uno de los

más singulares ejemplos de periodismo. El escritor enorme aborda el artículo de fondo, o la pequeña nota de circunstancia — como las de la sección “En casa” — alusiva a una boda o a una visita, en que va presentando a una luz casi mítica la novela de la diaria realidad de la emigración cubana.

Su tarea organizativa no hace sino aumentar. Regresa a la Florida. Y, estructurada ya la futura revolución, viaja a Santo Domingo a entrevistarse con Máximo Gómez, quien muestra su entero acuerdo con la guerra inminente. Martí hace publicar entonces en *Patria* la carta del 13 de septiembre de 1892 en que lo invita a encabezar la lucha militar, “hoy que no tengo más remuneración [para ofrecerle] que el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres”.

En 1893, cuando ya ha recorrido Jamaica y la costa atlántica de Estados Unidos, alebrestando y organizando los centros de exiliados, vuelve a Santo Domingo y se traslada a Costa Rica, para entrevistarse con Maceo. En este año febril, de paso por Nueva York, lo ve por única vez Rubén Darío, a quien llama emocionado “hijo”, como contó en su autobiografía el gran nicaragüense.

Al año siguiente, 1894, es Gómez quien irá a Nueva York. Los cubanos de la gran ciudad sienten, ante esa conjunción, la inminencia de la guerra. Martí viaja a México, a recabar auxilio y fondos. En la capital de ese país vive en casa de su

fraternal Mercado, que es ahora subsecretario de Gobernación, gestiona una entrevista con el presidente y escribe uno de sus últimos poemas a una hija de su amigo Manuel Gutiérrez Nájera.

La guerra es cuestión de días cuando rompe el año 1895. Pero el 10 de enero una noticia terrible estremece a Martí: tres barcos cargados de armas con destino a Cuba, a cuya compra se había destinado buena parte de los fondos trabajosamente recabados durante tres años, son apresados en el puerto floridano de Fernandina o en viaje a él. Ha habido un desliz, cuando no una traición, por parte de uno de los hombres que intervinieron en la compra. El gobierno de Estados Unidos aspira así a impedir la guerra rápida que acaso hubiera hecho imposible su posterior intervención. Por un momento, Martí queda abrumado. Pero un abogado norteamericano amigo suyo logra recuperar parte del cargamento de armas. Además, la reacción en la isla y en la emigración es más bien de sorpresa entusiasmada al conocerse la magnitud de los preparativos. Martí se rehace enseguida. El 29 de enero ordena el levantamiento para las próximas semanas.

El 30, parte de Nueva York a encontrarse con Gómez. El 24 de febrero estalla la guerra en distintos lugares de la isla. El 25 de marzo, Gómez y Martí lanzan el *Manifiesto de Montecristi* (llamado así por el lugar de Santo Domingo donde fue firmado), explicando al mundo que

la revolución de independencia iniciada en Yara después de preparación gloriosa y cruenta, ha entrado en Cuba en un nuevo periodo de guerra, en virtud del orden y acuerdos del Partido Revolucionario en el extranjero y en la Isla, y de la ejemplar congregación en él de todos los elementos consagrados al saneamiento y emancipación del país, para bien de América y del mundo.

El 10 de abril abandonan tierra haitiana, rumbo a Cuba, con escala en la isla de Inagua, en las Bahamas. Los acompañan cuatro revolucionarios más. El día 11, después de un viaje azaroso en que el botecito que los conduce amenaza naufragar, tocan Cuba antes de medianoche, en la Playita de Cajobabo, en lo que antes era Baracoa, al sur de Oriente. Se adentran en el monte, y establecen pronto contacto con los insurrectos. En su *Diario de campaña*, el 14 de abril, Máximo Gómez anota: “Nos admiramos, los viejos guerreros acostumbrados a estas durezas, de la resistencia de Martí —que nos acompaña sin flojeras de ninguna especie, por estas escarpadísimas montañas.” El 15 de abril, Martí es nombrado mayor general.

En sus cartas, en su *Diario de campaña*, la alegría lo inunda: “Llegué al fin a mi plena naturaleza [...] Sólo la luz es comparable a mi felicidad.” “Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado y arrastrando la cadena de mi patria, toda mi

vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo. Este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio.” “Es gran gozo vivir entre hombres en la hora de su grandeza”.

Maceo, que ha llegado a la isla el 30 de marzo, se reúne con Martí y Gómez el 5 de mayo, en el ingenio La Mejorana. Se habla de la organización de la guerra, y sobre ello discuten Martí y Maceo, quien es una admirable figura no sólo en el orden militar, sino también en el ideológico. Pero vuelve a plantearse la vieja discrepancia de 1884 entre mando militar y mando político en la revolución: este último, por la novedad del planteo martiano, tiende a ser confundido con “la continuación del gobierno leguleyo”, como ese día escribe en su *Diario de campaña* el propio Martí. Y más adelante: “comprendo que he de sacudir el cargo, con que se me intenta marcar, de defensor ciudadanesco de las trabas hostiles al movimiento militar”.

Gómez, esta vez, está junto a Martí. Zanjada la cuestión, el 12 de mayo Martí escribirá a Maceo en hermosa carta fraternal: “Vea eso en mí, y no más: un peleador: de mí, todo lo que ayude a fortalecer y ganar la pelea.” Donde quiera que llegaran, los hombres llaman a Martí “presidente”. El 18 de mayo Martí escribe su última carta a Mercado, que quedará inconclusa, explicándole abiertamente la magna tarea que se ha impuesto:

“impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso”. El 19 de mayo, cerca del lugar llamado Boca de Dos Ríos, una columna española los sorprende. Martí, en contra de la orden de Gómez de quedar a la retaguardia, avanza con su ayudante Ángel de la Guardia al lado. Cae herido de muerte. La tropa cubana no puede recuperar el cadáver. Los españoles lo llevan a enterrar a Santiago de Cuba. Había muerto, como él quería, “de cara al sol”.

Al conocerse la noticia de su caída, el director de *The New York Sun*, Charles A. Dana, quien había sido amigo y editor en Estados Unidos de Marx y Martí, dice en su periódico el 23 de mayo de aquel año:

Nos enteramos con punzante dolor de la muerte en campaña de José Martí, el conocido jefe de los revolucionarios cubanos. Lo conocimos mucho y bien, y lo estimamos profundamente. Por un dilatado periodo, que se remonta a cerca de veinte años [sic], fue colaborador de *The Sun* [...] Fue hombre de genio, de imaginación, de esperanza, y de coraje [...]. Su corazón era cálido y amoroso; sus opiniones, ardientes y ambiciosas, y murió como un hombre así hubiera deseado morir, batallando por la libertad y la democracia [...] ¡Honor

a la memoria de José Martí, y paz a su alma viril y generosa!

En *La Nación*, de Buenos Aires, el poeta Rubén Darío se lamenta: “¡Oh Maestro, qué has hecho!”, y señala en exaltado panegírico: “El cubano era ‘un hombre’. Más aún: era como debería ser el verdadero superhombre: grande y viril; poseído del secreto de su excelencia, en comunión con Dios y con la Naturaleza”.¹²

Y su compañero de la guerra, el generalísimo Máximo Gómez, evocará así en 1902 aquellos impresionantes días finales:

Y yo vi entonces también a Martí, atravesando las abruptas montañas de Baracoa, con un rifle en el hombro y una mochila a la espalda, sin quejarse ni doblarse, al igual que un viejo soldado batallador acostumbrado a marcha tan dura a través de aquella naturaleza salvaje, sin más amparo que Dios. Después de todo este martirizante calvario y cuando el sol que alumbraba las victorias comenzó a iluminar nuestro conuco, yo vi a José Martí — ¡oh, qué día aquel! — erguido y hermoso en su caballo de batalla, en Boca de Dos Ríos, como un venado,

¹² Rubén Darío, “José Martí” [1895], en *Los raros*, Buenos Aires, 1896.

jinete rodeado de aquellos bravos soldados que nos recuerda la historia, cubiertos de gloria en las pampas de Venezuela.¹⁵

El propio Martí, al hablar de algunos grandes, había anticipado su epitafio. Cuando murió Emerson, escribió este juicio, que merece inscribirse en su tumba: “En él fue enteramente digno el ser humano”.

EL MUNDO COLONIAL Y SEMICOLONIAL

Para comprender a Martí, lo primero ha de ser situarlo dentro de la familia que le corresponde verdaderamente. Empecemos por lo negativo. Esa familia no es la de sus aparentes coetáneos de la Europa occidental y Estados Unidos. “Europa occidental” y “Estados Unidos” se utilizan aquí como equivalentes de “países capitalistas desarrollados” (que a veces llaman así, pero que prefiero considerar “subdesarrollantes”): con tal significado empleará el mismo Martí aquellos términos. Pero en Europa, además de dichos países — como Inglaterra, Francia y Alemania —, había entonces otros, susceptibles, ellos sí, de ser comparados

¹⁵ “Carta del general Máximo Gómez al señor F. María González”, en *El Mundo*, La Habana, 18 de mayo de 1902.

con países latinoamericanos de la época. Es lo que de hecho hará Lenin, en los apuntes que tomaría mientras preparaba *El imperialismo, fase superior del capitalismo*,¹⁴ cuando al intentar clasificar los países del mundo en aquel momento señale tres grupos: 1) Europa occidental, Estados Unidos y Japón; 2) Europa oriental y su parte asiática, y América del Sur y Central; 3) semicolonias y colonias.¹⁵ Más adelante, Lenin esbozará otra clasificación, en la cual unos países latinoamericanos son situados en un segundo grupo, junto a algunos europeos, y otros en un cuarto grupo, junto a colonias y semicolonias.¹⁶ Finalmente en *El imperialismo...* se mencionan, junto a “los dos grupos fundamentales de países —los que poseen colonias y las colonias—”, otras “formas variadas de países dependientes que desde un punto de vista formal gozan de independencia política, pero que en realidad se hallan envueltos en las redes de la dependencia financiera y diplomática”. Y añade Lenin: “Una de estas formas, la semicolonia, la hemos indicado ya antes. Modelo de otra forma es, por ejemplo, la Argentina”.¹⁷ Todo ello, requerido de una con-

¹⁴ V. I. Lenin, *Obras completas*, t. XXXIX, *Cuadernos sobre el imperialismo*, Buenos Aires, 1960. *El imperialismo, fase superior del capitalismo* aparece en el t. XXII.

¹⁵ *Ibid.*, t. XXXIX, p. 746.

¹⁶ *Ibid.*, p. 749.

¹⁷ *Ibid.*, t. XXII, p. 277.

sideración detallada —que no es del caso realizar aquí—, explica que desde temprano Martí (vocero de un país abiertamente colonial, y de un continente en estado de dependencia) haya sido comparado con demócratas revolucionarios de la *otra* Europa, como quiso hacer —el primero, según creo— Enrique José Varona, en su discurso de 1896 “Martí y su obra política”. En efecto, en países europeos “atrasados”, semif feudales, del siglo XIX, algunos de los cuales tenían incluso por delante la tarea de conquistar la independencia nacional, es donde pueden encontrarse europeos parecidos a Martí por la complejidad de las tareas y los pensamientos, y hasta por las vidas fulgurantes: tales son los casos, por ejemplo, de los grandes poetas y dirigentes políticos Sandor Petöffi (1823-1849), en Hungría, y Xristo Botev (1848-1876), en Bulgaria, muertos ambos, como Martí, combatiendo por la libertad de sus pueblos, y sostenedores de criterios de máximo radicalismo en relación con sus respectivas circunstancias: esos demócratas revolucionarios ya no eran ideólogos burgueses, e incluso censuraban abiertamente los males del capitalismo desarrollado de “Occidente”, sin llegar a ser aún portavoces de un proletariado a la sazón tan sólo incipiente en sus propios países.

Con tales europeos sí es dable comparar a Martí. Pero si se cae en el error de tomar a las naciones capitalistas subdesarrollantes de su época como

vara de medir y, por ejemplo, algunos vislumbres poéticos de Martí nos llevan a confundirlo con ciertos posrománticos y simbolistas franceses o ingleses, pronto comprendemos que su estirpe es otra. Pensemos en Baudelaire, en Mallarmé, en Rossetti, o incluso en Rimbaud, y recordemos luego que este hombre, a la vez más antiguo y más nuevo —y, sobre todo, *otro*—, anda organizando una guerra, dialogando con los humildes, buscando hundir un imperio, previendo el encimamiento de otro, galopando en un caballo hacia la muerte. Y si, considerando que es un conspirador y un político, intentamos hallarle un parigual en alguna de las grandes figuras políticas euronorteamericanas de su tiempo, no tarda en separársenos, interesado en los pintores impresionistas y en Wilde (y a la vez y sobre todo en Whitman), publicando cuatro años antes de desatar la revolución un admirable manojito de versos, o confesándole a un amigo íntimo: “Quiero ver siempre junto a mí color, brillantez, gracia, elegancia. Un objeto feo me duele como una herida. Un objeto bello me consuela como un bálsamo.” Y esto, en todo momento de su vida. En el campo de batalla, en los pocos días que está en él en vísperas de la muerte, escribe febrilmente su deslumbramiento ante la naturaleza, ante la noche sobrecogedora, ante los detalles minúsculos de la vida. Martí no concuerda, pues, con la manera de ser de los “occidentales” de su tiempo. En efecto, *no es uno de ellos*.

No cabe duda de que la extraordinaria riqueza, la calidad mayor de todo lo que Martí hace debemos acreditarlo a su prodigioso genio personal. Pero el sesgo de su obra, así como la pluralidad de funciones desempeñadas, son atribuibles a una condición extrapersonal (si cabe hacer estos distingos, válidos sólo con muchas reservas): bastará con que situemos a Martí dentro de su verdadera familia, para que esto se haga claro. Martí pertenece, por azar y por conciente aceptación, *a otro mundo*. Es en él donde hay que verlo colocado para comprender de veras su tarea, sus propósitos y sus caracteres. No es con los hombres de las naciones capitalistas subdesarrollantes con quienes debemos compararlo, sino con los de las naciones del mundo colonial y semicolonial que llamarían “subdesarrolladas”.

Cuando situamos a Martí en su verdadera familia, comprendemos enseguida no poco de sus actividades, tan sorprendentes hoy, y en su tiempo, para una nación capitalista desarrollada. En ésta, una progresiva división del trabajo ha acabado por especializar a sus hombres. No era así, sin embargo, antes de la Revolución Industrial y la toma del poder político por la burguesía. Los hombres representativos del Renacimiento, por ejemplo, encontraban como lo más natural ocuparse en múltiples funciones, a ratos difícilmente conciliables. Otro tanto ocurre hoy en las naciones “subdesarrolladas”, las cuales, en éste como en tantos ór-

denes, no pueden ser comparadas mecánicamente con las otras naciones al parecer contemporáneas. Carecen de esa especialización, de esa fragmentación que es característica de la Europa occidental o Estados Unidos; como que tampoco conocen revolución industrial ni desarrollo de la burguesía. Son, además, o acaban de serlo hace muy poco, naciones coloniales o semicoloniales. Una zona de su intelectualidad se pone al servicio directo o indirecto del poder metropolitano e intenta caricaturizar sus formas. Pero otra zona, la verdaderamente representativa, utiliza sus conocimientos para servir a su pueblo. Esos conocimientos, por la pobreza de desarrollo del país y por su condición colonial son escasos y poco diversificados. Se concentran en unos mismos hombres, que son a la vez literatos, maestros, políticos, científicos (los estudios científicos, poco requeridos por la sociedad preindustrializada, van a la zaga de los otros). Aparecen como diletantes a los ojos de los metropolitanos contemporáneos, quienes están ya fragmentados de tal modo que uno es crítico de arte y otro de literatura, para no hablar del literato, el científico y el político.

En el caso de José Martí, su propio apostolado, su encarnación de un pueblo, en contra de lo que algunos pudieran pensar, es un acicate para esta diversidad de actividades. Martí reúne una suma de saberes y de oficios no a expensas de su

actividad política ni viceversa, sino como partes esenciales de un todo. Es un fundador, un sabio, un poeta porque es un dirigente revolucionario.

Sobre todo, no podemos tomar fragmentariamente su tarea, sino intentar verla en totalidad. Y la tarea concreta de la vida de Martí fue rechazar, en la teoría y en la práctica,

el pretexto de que la civilización, que es el nombre vulgar con que corre el estado actual del hombre europeo, tiene derecho natural de apoderarse de la tierra ajena perteneciente a la barbarie, que es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea: como si cabeza por cabeza, y corazón por corazón, valiera más un estrujador de irlandeses o un cañoneador de cipayos, que uno de esos prudentes, amorosos y desinteresados árabes que sin escarmentar por la derrota o amilanarse ante el número, defienden la tierra patria, con la esperanza en Alá, en cada mano una lanza y una pistola entre los dientes.¹⁸

Entre los numerosísimos ejemplos de cómo Martí tomó de modo militante el partido de los colonizados —indoamericanos, africanos, indios, irlandeses...—, recuérdese que en plena adoles-

¹⁸ José Martí, "Una distribución de diplomas en un colegio de Estados Unidos" [1884], *O. C.*, t. VIII, p. 422.

cencia se identificó con Abdala, héroe árabe de África, y en su primer poemario llamó a su hijo “Ismaelillo” (evidente alusión a Ismael, el legendario fundador del pueblo árabe); y recuérdese también su formidable y anticipador texto sobre Vietnam: “Un paseo por la tierra de los anamitas”, en *La Edad de Oro*.¹⁹

El otro gran creador de la América Latina, Simón Bolívar (1783-1830), había visto que “nosotros somos un pequeño género humano”: que no somos prolongación o eco de la Europa occidental, sino otra cosa, otro mundo. Martí va aún más lejos que Bolívar, al reparar no sólo en esa diferenciación, sino también en el parentesco estructural que nos une a otras sociedades a lo ancho del planeta: en este sentido, es probablemente el primero en señalar la unidad de cuestiones del hombre “que no es de Europa o de la América europea”. Y ello en un momento en que este hecho estaba lejos de ofrecerse con la evidencia con que lo hace hoy. Basta reparar en los distintos términos con que el capitalismo ha designado a las naciones coloniales o semicoloniales para percatarse de esto. En tiempos de Martí, eran “la barbarie” a secas. En torno a la llamada Primera Guerra Mundial, ya habían

¹⁹ Cfr. Leonardo Acosta, “La concepción histórica de Martí”, en *José Martí, la América precolombina y la conquista española*, La Habana, Casa de las Américas, 1974.

pasado a ser “los pueblos de color”. De la llamada Segunda Guerra Mundial, salieron como “los países subdesarrollados”, y aun como el “tercer mundo”, denominación que, por confusa que sea (lo es acaso menos que la otra, que no ha hecho fortuna, de “naciones proletarias”), supone una paulatina pero evidente mejoría en la apreciación.

Por supuesto que tales denominaciones, provenientes de países capitalistas desarrollados/subdesarrollantes, implican interpretaciones *pro domo sua*, que desvían la atención del hecho central: aquellos son, simplemente, los países asolados por el colonialismo y el imperialismo. La más reciente de aquellas denominaciones, la de “tercer mundo”, fue creada por el demógrafo francés Alfred Sauvy en 1952, por analogía con el “tercer Estado” de 1789, según me confesara él mismo, en La Habana, en 1971, mostrándose, por otra parte, insatisfecho con el destino de esa metáfora.²⁰ Ya en “¿El otro mundo?” (*Papelería*, La Habana, 1962) hablé de la imposibilidad de que ese “tercer mundo” se situara entre capitalismo, en un extremo, y socialismo en otro. La vía socialista era a la sazón no

²⁰ “[...] estoy cada vez menos entusiasmado con este término que es algo cómodo, es un modo de liberarse de la cuestión [...] Me parece que esta expresión, ‘tercer mundo’, se llega a emplear por comodidad, lo que no dejo de lamentar”. “El inventor de ‘tercer mundo’”, en *Casa de las Américas*, núm. 70, enero-febrero de 1972, p. 188.

sólo la de ciertos países europeos, sino también la de otros, extraeuropeos, que intentaban salir del subdesarrollo, como varios del “tercer mundo”. De muchos otros países de este mundo, por otra parte, no podría decirse que estaban al margen del capitalismo: formaban (forman) parte de su sistema, sufrían (sufren) la explotación de diversas metrópolis, y solían (suelen) proveerlas de “proletariado externo”: para valerme, con distinto contenido, de la equívoca expresión de Toynbee. Ese tercer mundo, pues, podrá hacer pensar (en comparación no muy feliz) en el tercer Estado; pero no, como querrían algunos, en una inexistente tercera vía: al igual que para el resto del mundo, su obligada opción es entre capitalismo y socialismo: aunque, naturalmente, con características peculiares. Sería de desear que pudiéramos prescindir de esos términos confusos que nos han arrojado encima. ¿No hubiera prescindido de ellos Martí, como gran descolonizador verbal que también fue? Porque había echado su suerte “con los pobres de la tierra”, vio con toda claridad la añagaza implícita en la falsa dicotomía al uso en su tiempo: “civilización” y “barbarie” (simples máscaras para aludir a los países explotadores y a los explotados). Y frente al racismo que supone aquel planteo, habló con orgullo de “nuestra América *mestiza*”.

¿Quiénes son pues sus pariguales? No sólo demócratas revolucionarios de la *otra* Europa, sino

hombres extraeuropeos —y relativamente cercanos en el tiempo— como Sun Yat-sen (1866-1926), en China, o algunos dirigentes radicales de la Revolución mexicana de 1910: y sobre todo, quien acaso contribuya a echar más luz sobre él: Ho Chi Minh (1890-1969). A diferencia de aquellos europeos, que vivieron en momentos de menor desarrollo del capitalismo y combatieron contra imperios hoy inexistentes (el zarista, el austriaco, el turco), Martí y Ho Chi Minh se enfrentaron, en su lucha anticolonial y popular, no sólo contra metrópolis del llamado Viejo Mundo, sino contra el propio imperialismo yanqui, el cual sigue siendo hoy nuestro enemigo, y representa el mayor desarrollo alcanzado por el capitalismo en el planeta. Pero el gran vietnamita —como Martí, organizador y conductor político, publicista, teórico, poeta— pudo ir, en sus planteos, más allá de la democracia revolucionaria, pues vivió el privilegio de realizar su obra iluminado por la acción y el pensamiento leninistas y por la Revolución de Octubre, surgida veintidós años después de la muerte de Martí.

Sin embargo, muchos estudiosos de Martí habían solido olvidar este esencial parentesco, que tanta luz echa sobre la obra martiana: como que es la luz a la cual hay que entenderla. La misión de José Martí fue, en lo inmediato, independizar a Cuba y Puerto Rico de manos españolas, completando así la secesión de Hispanoamérica: lo que parece

meramente el último capítulo de la independencia americana frente a España, de la hazaña bolivariana. Pero el largo hiato habido entre la guerra en el continente y la guerra que Martí prepara no transcurre en vano. Ni las clases que estarán al frente de esa guerra en Cuba serán las mismas que en el resto del continente ni la vecindad y el crecimiento de Estados Unidos pueden pasar sin consecuencias. Las clases cubanas revolucionarias ya no son, en 1895, equivalentes de las que desataron y mantuvieron la guerra contra España en la América del Sur. Sus pariguales han guerreado en Cuba, sin lograr la independencia, entre 1868 y 1878. En lo adelante, la burguesía agrícola cubana se retrae, y sueña incluso con una avenencia con España o, llegado el caso, con Estados Unidos. Son la pequeña burguesía, los pequeños propietarios, los profesionales; los tabaqueros, la incipiente clase obrera en general; los campesinos pobres, los esclavos recién liberados, quienes llevarán el peso de esta guerra popular preparada por Martí, y más parecida, por ello, a las revoluciones que intentarán al comienzo del siglo XX China o México. Además, Martí aspira a detener, con la independencia de Cuba, el desbordamiento del imperialismo norteamericano sobre el continente y, luego, sobre el mundo. “Cuba y Puerto Rico”, escribe, “entrarán a la libertad con composición muy diferente y en época muy distinta, y con responsabilidades mu-

cho mayores que los demás pueblos hispanoamericanos". Y más adelante:

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder, — mero fortín de la Roma americana; — y si libres — y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora — serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio — por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles — hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo [...] Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos islas las que vamos a libertar.²¹

Algo más de un año después de escribir lo anterior, confiesa, la víspera de su muerte, en reveladora carta a su amigo mexicano Manuel Mercado:

²¹ José Martí, "El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la Revolución y el deber de Cuba en América" [1894], *O. C.*, t. III, pp. 141 y 142.

ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. *Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso.* En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Estas palabras sustentan la hermosa y desmesurada ambición del *Manifiesto de Montecristi*, en que Martí y el generalísimo Máximo Gómez anuncian al mundo, el 25 de marzo de 1895, la guerra de Cuba:

La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas, presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo.

La muerte de Martí, a comienzos de la guerra, le impidió ver la frustración momentánea de esos planes grandiosos. Sin embargo, la independencia

de Cuba, aunque limitada, fue obtenida. Sin ella, es bastante probable que Cuba fuera hoy, en vez de un país socialista, una colonia estadounidense, como la fraterna Puerto Rico, para cuya independencia se había fundado también el Partido Revolucionario Cubano. Pero Cuba, tal como Martí había temido, sirvió de puente para la expansión de Estados Unidos, los que, además de mediatizar la independencia de aquélla, guardaron para sí enteramente otras posesiones españolas, como la propia Puerto Rico y las Filipinas, donde también se desarrollaba una poderosa guerra de liberación nacional. La intervención norteamericana en la guerra hispano-cubana, en 1898, inaugura un nuevo periodo en la historia. Por primera vez antes de la actual revolución, Cuba aparece a los ojos del mundo como punto esencial: sobre su tierra se abre la aventura del imperialismo moderno. Apenas en la segunda línea del libro clásico de Lenin *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (1917) se menciona la guerra "hispanoamericana" como pórtico de la época.

A Rubén Darío le parecía que Martí, aquel hombre genial, acaso el único hispanoamericano que él admirara sin reservas, había sacrificado su vida en una causa menor, la independencia de una isla donde había nacido por azar. ¿Qué hubiera podido decir el gran poeta de haber reparado en que Martí, en realidad, se había propuesto nada

menos que salvar a todo el continente, e incluso *contribuir al equilibrio aún vacilante del mundo?* Probablemente nadie en sus cabales, con medios tan exiguos (la isla de Cuba tenía entonces algo más de millón y medio de habitantes), se ha propuesto nunca hazaña tan desmesurada. Martí teme que los otros países del continente no secunden (o incluso no comprendan) su tarea; pero en la propia carta última a Mercado, documento inapreciable, confía:

Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos —como ese de ud. y mío— [México] más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte revuelto y brutal que los desprecia, —les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos. [...] Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: —y mi honda es la de David.

En la tarea (y consecuentemente en el pensamiento) de Martí hay, pues, una universalidad que le viene de varias realidades específicas: mientras, en lo inmediato, la guerra de Cuba se organiza frente a España, en lo mediato intenta prevenir

la expansión de Estados Unidos; si es la última guerra americana contra el viejo colonialismo que capitaneara en el mundo moderno España, es el primer movimiento concreto contra el naciente imperialismo encabezado en la edad contemporánea por Estados Unidos. Ello da una amplitud única al proceso desatado por Martí, y a su pensamiento, abierto en arco desmesurado. Martí conoció una tensión histórica que a ningún otro hispanoamericano le había sido dado vivir: concluye la obra del siglo XIX y prepara e inicia la del XX; proyecta dar remate a la secesión política, y anuncia la independencia económica y la justicia social; abarca la totalidad de la experiencia material y espiritual de sus pueblos; los ve en el sitio verdadero de su historia y los encabeza. No podemos conjeturar cómo hubiera sido un Martí al margen de esta precisa ubicación, un Martí utópico y ucrónico, como lo han sugerido algunos: tal hombre no existe.

NUESTRA AMÉRICA

Y esa universalidad del pensamiento de Martí no es vaga generalidad de papel, que tome por formas del ser humano lo que no son sino formas de una clase o de un pueblo. Por el contrario: este ofendido arranca de la certidumbre del carácter distinto, original, de su ámbito histórico. Ese ámbito

histórico no lo ve ceñido sólo a su isla. Más bien, la condición ostensiblemente fragmentaria de ésta lo arroja a considerar cómo ella se articula en el seno de conjuntos mayores. “Patria es humanidad”, dirá. Pero el conjunto mayor inmediato no lo confunde con la hipóstasis de una realidad europea capitalista que se jacta de universalidad. No incurre, como Sarmiento, en el error de tomar por “civilización” que es necesario imponer a sangre y fuego en estas tierras (ése fue, después de todo, el criterio de los conquistadores europeos), instituciones y hábitos que son propios de otras realidades: de los países capitalistas subdesarrollantes. Frente a la mentida contraposición sarmientina “civilización” contra “barbarie”, Martí dirá que “no hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza”.²²

Cuando no se trata de la pugna de dos instancias interiores, sino del enfrentamiento de dos mundos, Martí lo aborda con igual claridad. Así, en el discurso (conocido con el nombre “Madre América”) a los delegados a la Conferencia Panamericana celebrada en Washington entre 1889 y 1890, que tanto le preocupó, dice:

Por grande que esta tierra sea, y por unguida que esté para los hombres libres la América en que na-

²² José Martí, “Nuestra América” [1891], *O. C.*, t. VI, p. 17.

ció Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez.

El siglo XX oirá después con frecuencia un lenguaje similar en la América Latina, en Asia, en África, el cual, a primera vista, no deja de sorprender. “La América en que nació Juárez” (el indio Juárez, no lo olvidemos, que vence a los europeos), “es más grande porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz”. Es un peculiar razonamiento de colonial, de hombre a quien se ha querido humillar, que iluminará no sólo el pensamiento político, sino también la ética de José Martí, y que es característico de los países subdesarrollados. Las guerras de liberación nacional como la que Martí prepara suponen una desafiante y a menudo patética confianza en lo propio; una necesidad de enfatizar lo genuino, lo autóctono, frente a la penetración colonialista e imperialista. Lo propio es para Martí, en lo más cercano, Cuba, cuya historia y cuyas realidades exalta grandiosamente y, en lo mayor, el continente americano al sur del Río Bravo: “nuestra América *mestiza*”.

Si en toda su obra hay una constante alusión a esta idea, ella adquiere máxima claridad en su texto fundamental, verdadera carta magna de esta

actitud: el trabajo que Martí llamó explícitamente “Nuestra América” (1891). Allí está la afirmación rotunda de la originalidad de sus tierras. Esta actitud es de capital importancia, porque constituye el mayor sustento histórico del ideario martiano: es a partir de esta afirmación, de esta confianza, de este desafío, que se articula el resto de su pensamiento.

Martí no ignora las grandes realizaciones de los países metropolitanos, pero tampoco desconoce —como que los siente en carne propia— sus limitaciones y crímenes. Y puesto a crear un país nuevo, zafado de la tutela de aquéllos, Martí desea incorporarle al suyo, a los suyos, por una parte, todo lo que se acomode a su espíritu; y por otra, todo lo vivo de las creaciones de los pueblos metropolitanos, mientras desecha todo lo muerto o nocivo en ellos:

La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria [...] Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.

Ante todo, reconocer la autoctonía, la especificidad de esta América que él llama mestiza; de esta América en donde se han mezclado descendientes de europeos, indios y africanos. El indio posee una enorme importancia para él, como dueño de la tierra y hombre que ya fue capaz de levantar sobre ella culturas originales y enteramente propias, no alimentadas, sino desbaratadas por el europeo. Lo que en adelante se haga, tendrá que contar de manera primordial con el concurso suyo; no podrá ser esa grotesca caricatura del molde capitalista que han debido sufrir los países del continente, “con casaca de París y pie descalzo”. Recuérdese cómo lo mejor de la Revolución mexicana de 1910 sería fiel a esta advertencia martiana. Incluso allí donde ha sido quebrada la cultura indígena, reivindicarla es un modo de defender lo propio frente al colonialista. ¿Han procedido de otro modo las renacientes y enérgicas repúblicas africanas de estos últimos años; o la actual Revolución cubana al avivar las raíces africanas de la nacionalidad? Quizá ningún texto sobre el tema supere en sagacidad y previsión al fundamental “Nuestra América”, en el que para mostrar la realidad de nuestro “subdesarrollo” se junta el análisis penetrante del científico al vuelo poético del creador de mitos.

Pero una vez reconocida esa especificidad de nuestra América, corresponde saber qué parte del caudal de creaciones anteriores se aviene a ella, y

qué parte debe ser rechazada por negativa en sí o por negativa para ella. Este deslinde es uno de los más interesantes aportes de Martí. En lo tocante a España, la situación no es compleja. La realidad de Hispanoamérica se ha hecho en contrapunto con España, frente a la que han guerreado, en lo militar y en lo ideológico, criollos de acción y de ideas. España está tan destartada ya a los ojos del continente que, en el combate ideológico, Martí se la sacude de encima con sólo unas cuantas frases hirientes: hablando por ejemplo de la “ineptitud y corrupción irremediable del gobierno de España”. A los veinte años ha publicado un opúsculo que a la vez que muestra su creciente radicalismo, reitera lo mejor del pensamiento independentista cubano: *La República española ante la Revolución cubana* (1873). En lo futuro, poco tendrá que modificar en ese punto. Contra España ya no hace falta discutir: basta con combatirla, derrotarla e instaurar una república que, desde luego, se apartará de sus formas.

La relación es menos clara cuando se trata de otras naciones europeas, de amplio desarrollo capitalista, cuya influencia sobre la América Latina fue notoria y a veces negativa: ya porque pretendieran, y a menudo lograran, colonizarla abierta o veladamente, ya porque la llevaran a preferir formas de gobierno inadaptadas a su realidad. Sin embargo, aun aquí Martí puede encontrar antecedentes o compañía en la vigilancia y la reserva.

Pero donde Martí es acaso el primero en vislumbrar *plenamente* el peligro que se cierne sobre nuestra América, es en lo tocante a Estados Unidos.²³

El rápido crecimiento de este país había impresionado no sólo a europeos como Alexis de Tocqueville, sino, quizá sobre todo, a numerosos hispanoamericanos, como el propio Sarmiento, quienes pensaban que en sus tierras del Sur, a pesar de tan distintos orígenes y componentes, podría repetirse la historia del Norte, hija directa de la Revolución Industrial y el desarrollo burgués que la misma España no había conocido y que, por tanto, difícilmente podía dejar en herencia a sus excolonias.

²³ Ello no quiere decir que, desde el propio Bolívar, no haya habido vigorosos precursores de esta actitud. Baste recordar al chileno Francisco Bilbao (1823-1865), quien en su "Iniciativa de la América. Idea de un congreso federal de las repúblicas", conferencia leída en París en 1856, retoma la idea bolivariana de una confederación de pueblos latinoamericanos para impedir que sigan cayendo "fragmentos de América en las mandíbulas sajonas del boa magnetizador, que desenvuelve sus anillos tortuosos. Ayer Texas, después el norte de México y el Pacífico, saludan a un nuevo amo". Bilbao llega a exclamar estas palabras, que tanto recuerdan a las que escribirá Martí en 1889: "Ha llegado el momento histórico de la unidad de la América del Sur; se abre la segunda campaña, que la independencia conquistada agregue la asociación de nuestros pueblos." Francisco Bilbao, *La América en peligro. Evangelio americano. Sociabilidad chilena*, Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1941, p. 145.

A pesar de admirar, en los primeros años de su destierro en Estados Unidos, parte de la historia norteamericana, de Washington a Lincoln, Martí repara pronto en que tal similitud es imposible, pero sobre todo no es deseable, dadas las desigualdades e injusticias a que conduce el camino que tomaron los Estados Unidos. Además, por vivir en el interior de aquella nación en el momento en que se va transformando de país premonopolista en país monopolista e imperialista, Martí comprende angustiado que su próximo paso, conquistado el Oeste, arrebatada la mitad de México y cicatrizada la guerra civil, será arrojarse sobre el resto de América: en primer lugar, sobre Cuba. Para prevenir ese riesgo, requiere apresurar la independencia de la isla, y asentarla sobre bases firmes y progresivas. También le es menester mostrar las gravísimas deficiencias internas de Estados Unidos al lector hispanoamericano, y desaconsejar la adopción de su vía de desarrollo por los países al sur del Río Grande. Aunque esa tarea la desempeñará a lo largo de toda su vida, desde que a los veintiocho años se radica en Estados Unidos, ocupa sobre todo la mayor parte de sus “Escenas norteamericanas”. Comienza a escribirlas en 1881, para el periódico *La Opinión Nacional*, de Caracas, donde al año siguiente interrumpe sus colaboraciones, entre otras cosas porque el director del periódico objeta ciertos criterios martianos sobre Estados

Unidos. Cuando ese mismo 1882 envía su primera colaboración a *La Nación*, de Buenos Aires, ella es mutilada (a causa de sus violentos ataques al sistema imperante en aquel país), por el director del periódico, quien el 26 de septiembre de 1882 escribe a Martí:

La supresión de una parte de su primera carta [Martí escribía sus crónicas en forma de cartas], al darla a la publicidad, ha respondido a la necesidad de conservar al diario la consecuencia de sus ideas [...] Sin desconocer el fondo de verdad de sus apreciaciones, y la sinceridad de su origen, hemos juzgado que su esencia extremadamente radical en la forma absoluta de las conclusiones, se apartaba algún tanto de las líneas de conducta que a nuestro modo de ver [...] debía adoptarse desde el principio, en el nuevo e importante servicio de correspondencia que inaugurábamos. [...] La parte suprimida de su carta, encerrando verdades innegables, podría inducir en el error de creer que se abría una campaña de “denunciation” contra Estados Unidos como cuerpo político, como entidad social, como centro económico [...] Su carta habría sido toda sombras, si se hubiera publicado como vino [...].²⁴

²⁴ “Carta a José Martí de Bartolomé Mitre y Vedia”, *Papeles de Martí...*, t. III, *Miscelánea*. Recop., introd., notas y apéndice por Gonzalo de Quesada y Miranda, La Habana, Imprenta El Siglo XX, 1935, p. 84.

Martí responde en una carta hábil, y en lo adelante procederá de manera más indirecta o astuta, como se vio a propósito de la Primera Conferencia Panamericana, en que se vale de las contradicciones anglonorteamericanas para atacar a Estados Unidos. Pero no cabe duda de sus intenciones al escribir esas “Escenas norteamericanas”: sin desconocer lo positivo del pueblo que había levantado la república más rica que el mundo hubiera conocido hasta entonces, y la excelencia de algunos de sus hombres y mujeres (como el pensador Emerson, el abolicionista Wendell Philips, la luchadora obrera Lucy Parsons, y los escritores Whitman, Longfellow, Helen Hunt Jackson y Twain), Martí quiere dar a conocer en sus *Escenas* los defectos de ese país, los peligros que él implicaba para los latinoamericanos. Su obsesión era hacer ver cómo “esta República, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos”.²⁵

Ya en una de sus primeras “Escenas”, de 1881, habla de

este país, señor en apariencia de todos los pueblos de la tierra, y en realidad esclavo de todas las pasiones de orden bajo que perturban y pervierten a los

²⁵ José Martí, “Un drama terrible. La guerra social de Chicago” [1887], *O. C.*, t. XI, p. 335.

demás pueblos. Y es ésta la nación única que tiene el deber absoluto de ser grande. En buena hora que los pueblos que heredamos tormentas, vivamos en ellas. Este pueblo heredó calma y grandeza: en ellas ha de vivir.²⁶

Y poco después advierte cómo está “la nación, en manos ya de unos cuantos despreciados mercaderes”, y cómo

una aristocracia política ha nacido de esta aristocracia pecunaria, y domina periódicos, vence en elecciones, y suele imperar en asambleas sobre esta casta soberbia, que disimula mal la impaciencia con que aguarda la hora en que el número de sus secretarios le permita poner mano fuerte sobre el libro sagrado de la patria, y reformar para el favor y privilegio de una clase, la magna carta de generosas libertades, al amparo de las cuales crearon estos vulgares poderosos la fortuna que anhelan emplear hoy en herirlas gravemente.²⁷

Años después, en el periódico *Patria*, destinado a alentar la guerra contra España, dedica una

²⁶ José Martí, “Carta de Nueva York” [1881], *O. C.*, t. IX, p. 27.

²⁷ *Ibid.*, pp. 97 y 108.

sección, con el título “Apuntes sobre Estados Unidos”, al solo objeto de dar a conocer allí, tomadas literalmente de la prensa norteamericana, las noticias que revelen

aquellas calidades de constitución que, por su constancia y autoridad, demuestren las dos verdades útiles a nuestra América: el carácter crudo, desigual y decadente de Estados Unidos, y la existencia, en ellos continua, de todas las violencias, discordias, inmoralidades y desórdenes de que se culpa a los pueblos hispanoamericanos.²⁸

En verdad que, si no conociéramos la doble misión que Martí se ha impuesto, sorprendería esta sección fija en un periódico cuya única tarea aparente es servir de vehículo al Partido Revolucionario Cubano en su guerra por la independencia frente a España.

Pero no se trata de rechazar mecánicamente, en bloque, a Estados Unidos. Se trata, tan sólo, de hacer ver lo negativo que llevan en su seno (“tal vez es ley que en la raíz de los árboles grandes aniden los gusanos”), y el inmenso peligro que representan para la América Latina. Por lo demás, en Estados Unidos, como en la Europa occidental,

²⁸ José Martí, “La verdad sobre Estados Unidos” [1894], *O. C.*, t. XXVIII, p. 294.

mucho hay de útil para nuestras tierras. En primer lugar, el saber: la ciencia, la técnica, y el vasto caudal de las artes y las letras, que Martí divulgó ampliamente entre los lectores de lengua española. Allí, como en todo, Martí piensa en la forma como puede ser asimilado por nuestra América: “Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”, nos había dicho. Y esta advertencia se agiganta cuando se trata de educación, y más aún de cuestiones sociales, políticas y económicas. Ya aquí ha de seguirse sólo lo que responda fielmente a las exigencias de sus pueblos. Lo que en este orden Martí alaba o censura lo hace siempre en función de la circunstancia concreta de sus países, y especialmente de Cuba. Por ejemplo: a ningún pensador social dedica elogios más generosos que a Henry George (1830-1897), el autor de *Progreso y miseria* (1879). Lo que Engels dirá de Marx en 1883, ante su tumba recién cerrada, dice Martí, cuatro años más tarde, de George: “Sólo Darwin en las ciencias naturales ha dejado en nuestros tiempos una huella comparable a la de George en la ciencia de la sociedad.”²⁹ Es casi seguro que Martí considera que la teoría de éste sobre la renta de la tierra se avendría a los problemas de Cuba, urgida ante todo, una vez que

²⁹ José Martí, “El cisma de los católicos en Nueva York” [1887], *O. C.*, t. XI, p. 146.

hubiera obtenido su independencia, de reformar la realidad agraria. Es significativo que George, figura menor, haya ejercido influencia también en Sun Yat-sen, por similares razones.³⁰

LA BATALLA SOCIAL

A esta luz hay que contemplar también la visión que Martí da del proletariado como fuerza pujante. Pero antes de comentar, aunque someramente, esa visión, es menester tener en cuenta varios hechos: cómo era apreciado ese problema en Estados Unidos, donde residió Martí los quince años de su madurez; cómo fueron evolucionando los criterios martianos sobre este punto (pues Martí, como todo pensador, experimentó una evolución

³⁰ *Cfr.* Un comentario a la influencia de George en Sun Yat-sen, y en general a la esperanza de éste “de eludir la vía capitalista en China”, así como de realizar una “radical reforma agraria”, en el trabajo de Lenin “Democracia y populismo en China” [1912], en Lenin, *Obras Completas*, t. XVIII. Lenin concluía que un futuro partido marxista chino “a la vez que haga la crítica de la utopía pequeño-burguesa y las concepciones reaccionarias de Sun Yat-sen, se preocupará sin duda de destacar, mantener y ampliar el núcleo democrático-revolucionario de su programa político y agrario”, pp. 161 y 162. Como se sabe, eso fue lo que sucedió, e incluso Sun Yat-sen saludó entusiasmado, hasta su muerte en 1925, las realizaciones de la Revolución de Octubre.

que suelen olvidar quienes citan indiscriminadamente sus textos);³¹ y, desde luego, cómo, en esa evolución, junto a los sucesos estadounidenses, influyeron, de modo determinante, los objetivos que Martí se proponía para Cuba, en lo inmediato, y para su América.

En relación con lo primero, Federico Engels³² nos ha dejado observaciones del mayor valor: según él, incluso

en febrero de 1885, la opinión pública norteamericana era casi unánime sobre este punto: que en Estados Unidos no existía clase obrera, en el sentido europeo de la palabra; que, por consecuencia, no había ninguna lucha de clases entre trabajadores y capitalistas, como la que desgarró a la sociedad europea, ni era posible en la república norteamericana; y que el socialismo era por lo tanto un acontecimiento de importancia extranjera, incapaz de echar raíces en el país.³³

³¹ Intentos meritorios de señalar las etapas de la evolución martiana se encuentran en: Pedro Pablo Rodríguez, "La idea de liberación nacional en José Martí", en *Pensamiento Crítico*, núms. 49-50, febrero-marzo de 1971; e Isabel Monal, "José Martí: del liberalismo al democratismo antimperialista", en *Casa de las Américas*, núm. 76, enero-febrero de 1973.

³² Federico Engels, "Prólogo a la edición norteamericana de 1887", en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, La Habana, 1974.

³³ *Ibid.*, p. 395.

Pero en los meses que siguen a los grandes sucesos de mayo de 1886 en Chicago, los cuales acabarán por costar la vida a cinco luchadores obreros de filiación anarquista, tiene lugar “en la sociedad norteamericana”, dirá también Engels, “una revolución que hubiera requerido por lo menos diez años en cualquier otro país”, y que implica la brusca presencia de la lucha de clases, la cual se propagaría “con la rapidez de un incendio en la pradera y [...] sacudiría a la sociedad norteamericana en sus cimientos”.³⁴ Sin embargo, ni siquiera entonces llega a constituirse en Estados Unidos un movimiento marxista apreciable: sólo parecen interesados en ello emigrantes europeos que en sus lenguas disputan sobre cuestiones europeas. Todavía en 1887, hablando del Partido Socialista del Trabajo, Engels reconocerá que

es un partido que sólo existe de nombre, porque en ninguna parte de Estados Unidos ha estado en posición de afirmarse como partido político. Además, hasta cierto punto, resulta extranjero para Estados Unidos, ya que hasta muy recientemente estaba formado casi exclusivamente por inmigrantes alemanes, que usan su propio idioma y, en su mayoría, se hallan poco familiarizados con el inglés.³⁵

³⁴ *Ibid.*, pp. 395 y 396.

³⁵ *Ibid.*, p. 401.

Sabidos estos hechos es como puede apreciarse el radicalismo de Martí cuando en 1882, discrepando de “la opinión pública norteamericana”, la cual, según Engels, era “casi unánime sobre este punto”, escribe:

En esta tierra se han de decidir, aunque parezca prematura profecía, las leyes nuevas que han de gobernar al hombre que hace la labor y al que con ella mercadea. En este colosal teatro llegará a su fin el colosal problema. Aquí, donde los trabajadores son fuertes, lucharán y vencerán los trabajadores. Los problemas se retardan, mas no se desvanecen. Negarnos a resolver un problema de cuya resolución nos pueden venir males, no es más que dejar cosecha de males a nuestros hijos. Debemos vivir en nuestros tiempos, batallar en ellos, decir lo cierto bravamente, desamar el bienestar impuro, y vivir virilmente, para gozar con fruición y reposo el beneficio de la muerte. En otras tierras se libran peleas de raza y batallas políticas. Y en ésta se libraré la batalla social tremenda.³⁶

¿Cómo ignorar, sin embargo, que Martí está pensando en su país, cuya guerra de independencia prepara (“la guerra”, dirá luego coincidiendo

³⁶ José Martí, “Carta de Nueva York” [1882], *O. C.*, t. IX, pp. 277 y 278.

con Clausewitz, “es un procedimiento político”),³⁷ y que vive todavía, por tanto, “batallas políticas”? ¿No tendrá que liberar también, a su tiempo, “la batalla social tremenda”? Esa batalla como tal sólo existía ya, en su época, para los países capitalistas desarrollados.

Martí no desconoció a Marx, e incluso lo elogió calurosamente, aunque no estuviera familiarizado con su obra: no hay en sus páginas referencia a ningún título de Marx. Pero si no coincidió con los métodos marxistas relativos a la lucha de clases (lo cual, una vez más, debemos considerar a la luz de la concreta realidad de su país), se refirió así a Marx en 1883, a raíz de su muerte:

Karl Marx ha muerto. Como se puso del lado de los débiles, merece honor. Pero no hace bien el que señala el daño, y arde en ansias generosas de ponerle remedio, sino el que enseña remedio blando al daño. Espanta la tarea de echar a los hombres sobre los hombres. Indigna el forzoso abestiamiento de unos hombres en provecho de otros. Mas se ha de hallar salida a la indignación, de modo que la bestia cese, sin que se desborde y espante. Ved esta sala: la preside, rodeado de hojas verdes, el retrato de aquel reformador ardiente, reunidor de hombres de diversos pueblos, y organizador incansable

³⁷ José Martí, “Nuestras ideas” [1892], *O. C.*, t. I, p. 317.

y pujante. La Internacional fue su obra: vienen a honrarlo hombres de todas las naciones. La multitud, que es de bravos braceros, cuya vista enternece y conforta, enseña más músculos que alhajas, y más caras honradas que paños sedosos. El trabajo embellece. Remoza ver a un labriego, a un herrador, o a un marinero. De manejar las fuerzas de la naturaleza, les viene ser hermosos como ellas. [...] Karl Marx estudió los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos. Pero anduvo de prisa, y un tanto en la sombra, sin ver que no nacen viables, ni de seno de pueblo en la historia, ni de seno de mujer en el hogar, los hijos que no han tenido gestación natural y laboriosa. Aquí están buenos amigos de Karl Marx, que no fue sólo movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer bien. Él veía en todo lo que en sí propio llevaba: rebeldía, camino a lo alto, lucha.³⁸

Considérese el caso de su país. Cuba tiene por delante “batallas políticas”. Los problemas concretos que Martí debe resolver son, en lo inmediato, independizar a su país de España; al mismo tiem-

³⁸ José Martí, “Carta de Martí” [1883], *O. C.*, t. IX, p. 388.

po, frenar la expansión imperialista norteamericana. Ambas cosas no podían realizarse sino contando con un amplio frente nacional (necesariamente multclasista) que combata al extranjero, como lo propugnará el Partido Revolucionario Cubano. Exacerbar a destiempo “la batalla social” es, en su tierra, quebrar ese frente y hacer imposible incluso el paso primero. Por eso, si a raíz del ahorcamiento de los líderes obreros de Chicago, como era previsible, radicalizará aún más su visión de este problema,³⁹ sin embargo, cuando está ya entregado a la organización y la conducción del Partido Revolucionario Cubano, hasta cierto punto deja de lado temporalmente esta cuestión en aras de la

³⁹ De esa radicalización somos testigos al leer las varias crónicas que Martí dedicara a los sucesos de mayo de 1886 en Chicago y a sus consecuencias. Si al principio Martí desaprubaba la conducta violenta de los trabajadores, va modificando su criterio hasta llegar a escribir su extraordinario reportaje fechado el 13 de noviembre de 1887, en que ya se muestra plenamente identificado con la actitud de los trabajadores. Entre la primera y la última de dichas crónicas, median esos meses en los que, al decir de Engels, ha tenido lugar en Estados Unidos “una revolución” que “sacudiría a la sociedad norteamericana en sus cimientos”. Una radicalización similar, y por similares razones, experimentarán en este momento radicales norteamericanos como William Dean Howells (1837-1920) y Mark Twain (1835-1910). *Cfr.* Philip S. Foner, *Mark: Twain, social critic*, International Publishers, 3ª ed., Nueva York, 1972, p. 230. *Cfr.* sobre este punto en general véase Roberto Fernández Retamar, “Ante los sucesos de Chicago”, en este libro.

unidad revolucionaria. Pero eso no es todo. Aunque habla de “las clases que tienen de su lado la justicia”, y aunque no cabe la menor duda, porque lo repitió muchas veces, de que quería echar su suerte “con los pobres de la tierra”, tal parece como si hubiera concebido la idea —también común a varios dirigentes de movimientos de liberación nacional— de que no sólo la explotación de unas clases por otras, *sino la misma división de la sociedad en clases*, era obra nefasta de la sociedad capitalista desarrollada. Lamentando el curso histórico de los Estados Unidos, dirá en 1888: “la república popular se va trocando en una república de clases”.⁴⁰ Su verdadera tarea, en este sentido, sería más bien rechazar todo este aspecto de las sociedades capitalistas e intentar una “república popular” que, desde su nacimiento, lograra impedir esa ulterior evolución, la cual estaba corroyendo a Estados Unidos, los estaba “trocando en una república de clases”. Cómo pensaba lograrlo Martí, no lo sabemos. Él fue hombre práctico, que no rehusó sino preparó “la guerra necesaria”: la cual no era “remedio blando”, y ciertamente sí “tarea de echar a los hombres sobre los hombres”. Hubiera sido menester verlo enfrentarse, con aquella magnífica ilusión, a las realidades concretas del gobierno.

⁴⁰ José Martí, “La religión en Estados Unidos” [1888], *O. C.*, t. XI, p. 425.

En todos los casos que conocemos, siempre que algo similar ha sido intentado en países como el suyo, coloniales o semicoloniales, el resultado, ha sido, si se trataba de revolucionarios consecuentes, que la realidad ha llevado no a la creación, sino a la certidumbre de la existencia de las clases y de su choque fatal (tan fatal como el de colonia y metrópoli), con la consiguiente radicalización del proceso revolucionario. Por eso no es azaroso que en países donde los dirigentes del movimiento de liberación nacional asumieran profundamente su problemática política, haya podido, entroncando con sus propios pensamientos y después de una desviación temporal (en que la burguesía ha intentado desvirtuar esos pensamientos), desarrollarse una revolución francamente socialista. Martí no era aún (no podía serlo) el dirigente de esa revolución socialista. Pero menos aceptable es presentarlo como reformista o moderado: luchó por hacer, para su circunstancia, lo más radical que el proceso histórico le permitía.⁴¹ Puesto que una actua-

⁴¹ Así lo han comprendido (y asumido) los más consecuentes y radicales continuadores de Martí: Julio Antonio Mella y Fidel Castro, quienes, de modo significativo, fueron fundadores, respectivamente, del primer Partido Marxista-Leninista de Cuba y del Partido Comunista de Cuba. Valiosas observaciones al respecto han hecho otros autores o dirigentes políticos como Emilio Roig de Leuchsenring, Blas Roca, Juan Marinello, Raúl Roa, Leonardo Griñán Peralta, Carlos

ción más hacia la izquierda no era entonces históricamente factible en un país colonial, sino nueva copia libresca de una fórmula metropolitana, tildar a Martí de reformista es asumir un rasero idealista inaceptable. En la historia hay posiciones más radicales; en la historia *que le tocó vivir* a Martí, no hubo —ni podía haber— otra más efectivamente radical que la suya. Eso lo entendieron los hombres que, como Carlos Baliño (1848-1926), Diego Vicente Tejera (1848-1903), y su propio amigo fraternal Fermín Valdés Domínguez, se confesaban socialistas⁴² y colaboraron plenamente con él.

Rafael Rodríguez, Sergio Aguirre, Ezequiel Martínez Estrada y Armando Hart.

⁴² Tejera y Valdés Domínguez eran socialistas utópicos. Tejera fundaría luego, en plena intervención estadounidense (1899), el primer y fugaz Partido Socialista Cubano. A Valdés Domínguez Martí envía, en 1894, una carta importante para conocer su criterio sobre el socialismo, *O. C.*, t. III, p. 168; y al hablar en honor suyo, el 24 de febrero de ese año, le dirá: “Y juntos, probablemente, moriremos en el combate necesario para la conquista de la libertad, o en la pelea que con los justos y desdichados del mundo se ha de mantener contra los soberbios para asegurarla”, *O. C.*, t. IV, p. 325. Baliño, a quien llamó Martí en 1892 “un cubano que padece con alma hermosa por las penas de la humanidad, y sólo podría pecar por la impaciencia de redimirlas”, *O. C.*, t. II, p. 185, llegó a ser un socialista científico, y estuvo en 1925 entre los fundadores, junto a Julio Antonio Mella, del primer Partido Marxista-Leninista cubano. *Cfr.* sobre este tema el libro de José Cantón Navarro *Algunas ideas de José Martí sobre la clase obrera y el socialismo*, 2a. ed., La Habana, 1989.

Martí fue un demócrata revolucionario que vivió en el límite extremo de las posibilidades de su circunstancia, y previó incluso no pocas de aquellas tareas que, según comprendió con claridad, no le correspondía realizar *en ese momento*. Precisamente a Baliño, para entonces ya declaradamente socialista, Martí dirá: “¿La Revolución? La Revolución no es la que vamos a iniciar en las maniguas, sino la que vamos a desarrollar en la República.”⁴³ Martí fue, pues, el aguerrido y militante ideólogo de las clases populares (a pesar de que el proletariado cubano todavía era sólo una fuerza incipiente), mientras la burguesía agrícola del país se veía representada por los autonomistas. Enrique Collazo, compañero suyo y testigo de sus días, nos ha dicho, al hablarnos de las cotizaciones al Partido Revolucionario Cubano: “la masa obrera daba sin preguntar su óbolo con absoluta confianza y fanatismo ciego por su ídolo Martí”.⁴⁴ De la burguesía cubana, en cambio, Martí no recibió sino ataques e injurias. Ni siquiera tuvo ella la mínima grandeza de inclinarse ante su portentoso genio literario. El odio de clase de aquellos hombres se lo impedía. Bien veían ellos, después de todo, que Martí era el

⁴³ Citado en J[ulio] A[ntonio] Mella, “Glosas al pensamiento de José Martí” [1926], *Documentos y artículos*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1975, p. 269.

⁴⁴ Enrique Collazo, “José Martí”, en *Cuba independiente*, La Habana, 1900, p. 51.

enemigo irreconciliable, aunque la extraordinaria violencia martiana, su fuerza devastadora, no incurrieran en gestos innecesariamente ríspidos.

Un notable ejemplo de cómo veían sus enemigos ideológicos a Martí está en las páginas que le infiriera el anexionista cubano José Ignacio Rodríguez a finales del siglo XIX,⁴⁵ cuando (ocupada por tropas yanquis la isla, y no decidida aún la fórmula neocolonial que se le impondría) la prédica martiana constituía un peligro cercano para la causa que Rodríguez defendía. Hablando del Partido Revolucionario Cubano, éste dirá:

Era el alma y el todo de este Partido, que así asumía la autoridad suprema y declaraba rebelde al que manifestaba una opinión distinta de las que por él se defendían, el cubano don José Martí, hombre entonces comparativamente joven, en quien se reunían abundantemente muchas de las condiciones necesarias para un apostolado de esta clase. Favorecido por el cielo con una inteligencia clara y con una imaginación fervidísima, pero indisciplinadas la una y la otra hasta aquel extremo que se vio con frecuencia entre muchos de los revolucionarios franceses de 1789 y 1793, aparecía muchas veces, a los ojos de los que no

⁴⁵ José Ignacio Rodríguez, *Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la isla de Cuba a Estados Unidos de América*, La Habana, Imprenta La Propaganda Literaria, 1900, cap. XXIX.

eran sus discípulos o que no estaban fascinados por la influencia magnética que entre su círculo inmediato ejercía con tanto poder, como si fuese víctima de un desequilibrio mental. Su palabra era facilísima, sonora y abundante, de calor febril que le hacía arrastradora entre ciertos grupos, pero incorrecta y llena de extrañezas monstruosas [...] Su actividad era incansable, y nada había que lo arredrase, ni en punto a magnitud, ni en punto a dificultad, cuando se trataba de acometer algún trabajo que redundase en beneficio de los ideales a que se había consagrado. A los cubanos que tenía cerca de sí, especialmente a los pobres y más ignorantes, los ayudaba en sus necesidades y les daba clases por las noches, enseñándoles gratuitamente a leer, a escribir [...] y a todos y de todos modos, en cuanto estaba a su alcance, les predicaba el odio a España, el odio a los cubanos autonomistas, a quienes increpaba diciendo: “no es la caja sólo lo que hay que defender, ni es la patria una cuenta corriente, ni con poner en paz el débito y el crédito, ni con capitanear de palaciegos unas cuantas docenas de criollos, se acalla el ansia de conquistar un régimen de dignidad y de justicia, en el que en el palacio del derecho, sin empujar de atrás ni de adelante, sean capitanes todos”;⁴⁶ el odio al hombre rico, cultivado y conservador, introduciendo

⁴⁶ José Martí, “Autonomismo e independencia”, en *Patria*, 26 de marzo de 1892.

así en el problema de Cuba un elemento que hasta entonces había sido desconocido, pues todos los movimientos del país habían partido siempre de las clases altas y acomodadas; y el odio a Estados Unidos de América. A quienes acusaba de egoístas, y a quienes miraba como el tipo de una raza insolente. Con quien la que dominaba en los demás países de la América continental, tenía que luchar sin descanso.

Es significativo que Rodríguez, quien llega a hablar a propósito de Martí y de su partido de un sentimiento “ eminentemente socialista y anárquico”, nos diera de Martí, a pesar de su voluntad de denigrarlo, una imagen más cercana de la real que la edulcorada que luego propondrían, durante más de medio siglo, los estudiosos proburgueses de su obra. Y es que cuando se escribían aquellas líneas, el anexionismo crudo era una posibilidad inmediata para el país, y había que intentar desarmar sin ambages la obra radical de Martí. Dos años después de aparecer el libro de Rodríguez, sin embargo, surgía la república neocolonial (astuta fórmula política que el imperialismo estadounidense ensayaría en la isla), y se hacía necesaria otra manera más indirecta de proceder. Comenzó así el proceso de ensalnamiento de esa obra. Pero ella siguió siendo inequívocamente radical, como lo proclamaron Julio Antonio Mella y Fidel Castro. Por eso al publicar el cuarto volumen de su *Historia del*

pensamiento socialista, en 1956 (es decir, tres años antes de llegar al poder la actual Revolución cubana), pudo escribir el inglés G. D. H. Cole:

Los revolucionarios cubanos [de 1895] no eran socialistas. Tampoco su principal teórico, José Martí, expresó una doctrina específicamente socialista. Era un nacionalista revolucionario más que un socialista: pero su nacionalismo era muy radical, y descansaba en una concepción de igualdad racial que lo asocia a los posteriores desarrollos del socialismo y el comunismo en la América Latina. Reconoció la necesidad de fundar su movimiento revolucionario en las clases trabajadoras [...] Fue un fuerte opositor del “colonialismo”, y durante su residencia en Nueva York escribió vigorosamente condenando el capitalismo norteamericano, esencialmente en sus aspectos imperialistas. Su política, no obstante, fue de colaboración entre la clase trabajadora, en la que confiaba principalmente, y la clase media nacionalista que podía ser inducida a unirse a aquélla, contra la aristocracia terrateniente, sobre la base de no discriminación entre las razas. Abogaba también por una legislación social avanzada, y por todo esto, merece un lugar en esta historia.⁴⁷

⁴⁷ G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista*, t. IV, *La Segunda Internacional, 1889-1914*, 2ª parte [1956], trad. de E. González Pedrero, México, FCE, 1960, p. 287.

SOBRE SU PENSAMIENTO

Martí no fue un filósofo, en el sentido habitual del término, pero sí, sin la menor duda, un “pensador”,⁴⁸ uno de los más altos de nuestro mundo. Además, hay en su obra constantes barruntos plenamente filosóficos, los cuales dejó abiertos, esbozados.

Ya he adelantado las partes más inmediatas de su “pensamiento”: las referentes a lo político y lo social, que ocuparon en él lugar determinante. Es más: el resto de su ideario no puede desvincularse de su acción; está constituido, pudiéramos decir, por los sustentos y las metas de ésta. “La expresión”, nos dijo él mismo, “es la hembra del acto”. La más sutil manera de traicionarlo sería quedarnos con la letra, que mata: aunque en su caso también fascine. No se trata de ordenar sus fragmentos con arreglo a un plan, sino de intentar situarlos, en totalidad, hasta hacerlos coincidir con su acción, iluminándose mutuamente, en esa cópula dialéctica que anuncia su frase.

Remitirnos a su acción, y a las circunstancias de esa acción, será también más provechoso para entender a Martí que el mero rastreo de sus “fuen-

⁴⁸ Utilizo el término “pensamiento” como solía emplearlo José Gaos. *Cfr.* la “Introducción” a su *Antología del pensamiento de la lengua española en la Edad Contemporánea*, México, Séneca, 1945.

tes” europeas o estadounidenses: las cuales, sin embargo, fueron numerosas. Pero cabe dudar de que fueran tales “fuentes”. Más bien podría llamárselas, ya que andamos en lo metafórico, armas ideológicas. Las verdaderas fuentes serían los problemas concretos que se dio a resolver, y el cuerpo de creencias que habían surgido al calor directo de esos problemas. Una vez más, aquí, el mero hecho de situarlo dentro de su familia aclara mucho de su pensamiento. ¿Qué ha solido ocurrir con los pensadores de los países coloniales y semicoloniales, casi todos los cuales estudiaron, y aparentemente se formaron, en naciones capitalistas desarrolladas? Unos se convirtieron en pacientes o tenaces repetidores de fórmulas ajenas, carentes de eficacia en relación con su concreta realidad, y se evaporaron para la historia. Otros, por el contrario (los grandes dirigentes), utilizaron instrumentalmente lo aprendido en países desarrollados, y de esa manera defendieron el cuerpo ideológico de sus países respectivos, y sus propias realidades. No será sino hasta bien entrado el siglo XX, en pleno proceso de descolonización, el cual llegará a rozar primero y a fundirse después con la revolución socialista mundial, que se hará posible la coincidencia del pensamiento venido de fuera, el materialismo dialéctico e histórico, con la problemática del país colonial: sin que, incluso entonces, sean desdeñables las tradiciones particulares.

Sin embargo, es cierto que en este orden de cosas la América Latina se halla en una situación particular. Mientras el “occidental” es un mero intruso en la mayor parte de las colonias que ha asolado, en nuestra América es, además, uno de los componentes, y no el menos importante, que dará lugar al mestizo (no sólo el mestizo racial, por supuesto). Si la “tradición occidental” no es toda la tradición de éste, es también su tradición. Hay pues un contrapunto más delicado en el caso de los pensadores latinoamericanos, al compararlos con los de la mayoría de las otras zonas coloniales y semicoloniales. También la América Latina es la primera de tales zonas que logra una especie de independencia (la “América europea” no puede ser incluida en este grupo), y se ha planteado estos problemas durante buena parte del siglo XIX. Sería pues tan arbitrario reducir a Martí a la suma o al denominador común de los numerosos pensadores europeos y estadounidenses que conoció, según hacen algunos autores, como prescindir enteramente de referencias a ellos. Sólo que esas referencias, en sí mismas, nos ayudan poco: platonismo y estoicismo, krausismo, trascendentalismo emersoniano, darwinismo, cierto positivismo. Aparte de que algunas de estas líneas, que se aprietan amestizándose aquí, como ocurre en nuestra literatura con las escuelas europeas, son irreconciliables allá, ¿por qué ellas? Recordemos lo que encon-

tramos a propósito de los problemas económicos y sociales: que un autor menor, como Henry George, mueve más su atención, y le merece más elogios, que un genio como Marx. Pero habíamos observado también cómo ese autor había atraído el interés de Sun Yat-sen, porque tanto el dirigente cubano como el chino veían en el modesto autor norteamericano, no a un pensador importante *en sí mismo* (¿qué querría decir eso, por otra parte?), sino a alguien que parecía ofrecerles soluciones para los problemas agrícolas inmediatos de sus respectivos países. No estaban elogiando en su obra construcciones intelectuales, sino fórmulas en cuya rápida utilidad confiaban. Es decir: estaban remitiéndose a la problemática específica de *sus pueblos*, en *aquel momento*, como vara de medir.

Lo mismo, con las variantes del caso, puede decirse del resto del pensamiento de Martí. Por ejemplo, de sus concepciones éticas. Al parecer, un eclecticismo vago. En realidad, un código de conducta que mira siempre a las cosas concretas de su país, dividido en razas, sometido a explotación colonial colectiva, y hundido en marasmo general. Pero esto no puede ser plenamente entendido sino en relación con la tarea histórica que su pueblo debe acometer. En las primeras páginas recordaba los versos de su temprano poema dramático “Abdala”:

El amor, madre, a la patria
no es el amor ridículo a la tierra,
ni a la yerba que pisan nuestras plantas;
es el odio invencible a quien la oprime,
es el rencor eterno a quien la ataca [...].

Es mucho más que un juego de palabras lo que se muestra, desnudo, en estos versos puestos en boca de un *alter ego* adolescente: “El amor [...] es el odio [...] es el rencor”. No se trata, por supuesto, de presentar ahora a Martí como un odiador, *lo que nunca fue*,⁴⁹ sino de explicar la raíz de su amor. Ese amor batallador (como el león de Valéry con respecto al cordero) estaba dialécticamente hecho de odio y de rencor.⁵⁰ Martí nace genial en casa

⁴⁹ “Pónganle si quieren [a Martí] un microscopio acusador encima, aplíquenselo a arengas, a proclamas o a cartas, y no les ha de saltar una mancha ni una peca de odio”. Gabriela Mistral, *La lengua de Martí*, La Habana [c. 1934], pp. 39 y 40.

⁵⁰ Para entender mejor esta doliente relación amor/odio en *el revolucionario*, es útil remitirnos a un caso cercano: el extraordinario de Ernesto Che Guevara, cuyas similitudes con Martí son tan evidentes. Este hombre que escribió “que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad”. *Obras*, La Habana, Casa de las Américas, 1970, t. II, p. 382, es el mismo que postuló “el odio como factor de lucha: el odio intransigente al enemigo, que impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, violenta, selectiva y fría máquina de matar. Nuestros soldados tienen que ser así: un pueblo sin odio no

humilde y en pueblo colonizado. No puede darse coyuntura más favorable para hacerlo inmensamente sensible a la condición histórica que vive. Eso precipita en él su conciencia de ser hombre de un país subdesarrollado. Y lo característico de ese hombre es quedar marginado de la línea mayor de la historia, expoliado, folclorizado. El Martí juvenil, como todo integrante digno de un país colonial, siente odio y rencor, y lo expresa a través de un personaje de su ficción (que en él es también la vida). Pero estos sentimientos mueven mal a los pueblos. No sólo debemos considerar aquí la ascesis tremenda vivida por el muchacho en el presidio político, prueba de fuego que pudo destruirlo pero lo dejó purificado y conocedor de su fuerza, sino el hecho de que los pueblos requieren metas positivas, realizaciones concretas, para despertar de un estado de abatimiento. Requieren, en fin, que el odio y el rencor generen no sólo cosas que destruir, sino construcciones que realizar. Martí ofrecerá en adelante, cada vez más, metas, hori-

puede triunfar sobre un enemigo brutal". *Ibid.*, p. 596. "Enemigo brutal", dicho sea entre paréntesis, había llamado Martí a la soldadesca española, *O. C.*, t. XVI, p. 102. *Cfr.* Nils Castro, "Che y el modo contemporáneo de amar", en *Casa de las Américas*, núm. 58, enero-febrero de 1970, y Jesús Sabourin, "Martí en el Che", *Amor y combate (algunas antinomias en José Martí)*, La Habana, Casa de las Américas, 1974. No he terminado con este punto.

zontes. Mientras en lo político diseña el área a la vez real y mítica de “nuestra América”, en lo ético postula una inmensa confianza, dostoiievskiana y prevallejiana, en el acorralado pero potencialmente radiante ser humano, predica su igualdad por encima de las fútiles distinciones raciales, se echa del lado de los humildes; y todo esto dentro de una concepción dinámica del ser humano, que lo lleva al cumplimiento de los más altos deberes: única forma de que su pueblo se realice como entidad histórica. Esos altos deberes alcanzan verdadera incandescencia en su ideario: nos arrastran alguna vez fuera de las metas históricas, en un anhelo de muerte-reposo (“otros lamenten la muerte necesaria: yo creo en ella como en la almohada y la levadura, y el triunfo de la vida”), y un proceso de perfeccionamiento espiritual que hacen pensar que probablemente Martí hubiera aceptado complacido ciertas ideas de Teilhard de Chardin. Ello lo lleva a aceptar el darwinismo, pero censurándole el prescindir de la trascendencia:

Otros, con ojos desolados y llenos de dulcísimas lágrimas, miran desesperadamente a lo alto. Y Darwin, con ojos seguros y mano escrutadora, no comido del ansia de saber a dónde se va, se encorvó sobre la tierra, con ánimo sereno, a inquirir de dónde se viene. Y hay verdad en esto: no ha de negarse nada que en el solemne mundo espiritual sea cierto: ni

el noble enojo de vivir, que se alivia al cabo por el placer de dar de sí en la vida: ni el coloquio inefable con lo eterno, que deja en el espíritu fuerza solar y paz nocturna; ni la certidumbre real, puesto que da gozo real, de una vida posterior en que sean plenos los penetrantes deleites, que con la vislumbre de la verdad, o con la práctica de la virtud, hinchen el alma; más en lo que toca a construcción de mundos, no hay modo para saberla mejor que preguntársela a los mundos. Bien vio, a pesar de sus yerros, que le vinieron de ver en la mitad del ser, y no en todo el ser, quien vio esto [...].⁵¹

Hemos dado, pues, con el espiritualismo martiano, que existió sin duda, aunque estuviera conjugado con un rechazo a toda religión institucionalizada, con un anticlericalismo militante. A propósito de esto, y de la violenta y radical postura política de Martí, recordemos que ambos extremos —espiritualismo y radicalismo político—, independientemente de que puedan darse juntos en otra sociedad, distan de ser incompatibles en el interior de las naciones coloniales y semicoloniales que luchan por su liberación. En las sociedades capitalistas desarrolladas suelen ir unidas actitud radical e irreligiosidad, como lo muestra el ejemplo

⁵¹ José Martí, “Darwin ha muerto” [1882], *O. C.*, t. XV, p. 380.

de la Revolución francesa. En consecuencia, no es en calidad de representante del pensamiento burgués revolucionario que Martí puede conciliar ambos puntos de vista; en cambio, en Haití a fines del siglo XVIII, en el mundo árabe en varias ocasiones, en Irlanda, en la India de Gandhi, o en pueblos africanos, cierta religiosidad (*que no es la del metropolitano*) se presenta, *en alguna forma*, como acicate para la lucha por la independencia nacional, como baluarte ideológico frente al opresor. Aunque ése no sea enteramente el caso en el anticlerical Martí, no podemos ver su religiosidad desvinculada de su ética ni de su pensamiento político y social; y todos, relacionados con su actuación concreta como hombre del mundo subdesarrollado, ese mundo que conoce sobrevivencias preburguesas estructurales e ideológicas. Tal es acaso el mayor mestizaje de nuestras tierras: el cronológico.

Me atrevería a decir que papel similar desempeña su estética.⁵² Martí ve en el arte “el modo más corto de llegar al triunfo de la verdad, y de ponerla a la vez, de manera que perdure y centellee, en las mentes y en los corazones”. En uno y otro momento de su pensamiento surge el término *utilidad*, acaso la palabra central de su expresión. ¿Cómo

⁵² Cfr. José Martí, *Ensayos sobre arte y literatura*, selec. y pról. de Roberto Fernández Retamar, La Habana, Casa de las Américas, 1972.

no verla recorriendo su preocupación política y social, sus normas de conducta, su espiritualismo, su concepto de la función del arte? Y esa utilidad remitía directamente a tareas urgentes, nacía de ellas. El pensamiento de Martí es la conciencia de sus actos. Como en todo pensador verdadero.

LA TAREA LITERARIA

A primera vista, la producción verbal de Martí es paradójica. Por una parte, Martí sólo publicó por separado algunos opúsculos casi siempre políticos y dos colecciones de versos. Además, son constantes en él las alusiones desdeñosas a cierta escritura. Hablando de *Ismaelillo*, su primer cuaderno de versos, a un amigo, le dice: “Ud. sabe que no es mi espíritu muy dado a estos pacíficos y secundarios quehaceres”. En boca de un hombre que por esos momentos predica la guerra, tales adjetivos adquieren toda su fuerza peyorativa. En carta a su hermana Amelia, dice sobre las novelas vulgares, “y apenas hay novela que no lo sea”, que están hechas “por escritores que escriben novelas porque no son capaces de escribir cosas más altas”. En el prólogo a la única novela que escribió, *Amistad funesta* (o *Lucía Jerez*), añade que el “género no le place [...] porque hay mucho que fingir en él y los goces de la creación artística no compensan el dolor de

moverse en una ficción prolongada; con diálogos que nunca se han oído, entre personas que no han vivido jamás”. Creeríamos estar en presencia de uno de los grandes espíritus ágrafos, como Sócrates. Y sin embargo, el otro lado de esta verdad es que a su muerte, a los cuarenta y dos años, había dejado escritas tantas páginas que la edición por ahora más completa de sus obras —aún no recogidas del todo— cuenta con varias decenas de volúmenes. Este espíritu al parecer ágrafo, ha sido, materialmente hablando, uno de los escritores hispanoamericanos más prolíficos de todos los tiempos.

Para Martí, sus versos de *Ismaelillo* nacen de quehaceres “pacíficos y secundarios”; las novelas vulgares, “y apenas hay novela que no lo sea”, se deben a “escritores que no son capaces de escribir cosas más altas”. Cabe siempre tomar estas expresiones por coquetería de “literato”; pero entonces descreeríamos de una de las virtudes de Martí: su fundamental sinceridad. Como con referencia a su actuación política hemos de tomar al pie de la letra lo que confiesa la víspera de su muerte a su amigo Mercado (“cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso [...] impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas Estados Unidos”), así hemos de aceptar como verdaderas estas declaraciones. Y, a la vez, sin embargo, conjugarlas con la existencia de sus decenas de volúmenes.

Pero esa conjugación es menos difícil de lo que pudiera parecer. Después de todo, ¿qué es un escritor? Martí no rechaza la escritura: remite unas actividades inferiores a otras superiores, que es cosa bien distinta. Da por supuesto que hay, frente al ejercicio que cuaja en ciertos versos, quehaceres beligerantes y primordiales; como también que, frente a la ficción, hay “cosas más altas” que un gran escritor ha de ser capaz de escribir. En otra ocasión nos dirá: “decir es una manera de hacer”. Si repasamos su obra, nos encontraremos con que fue fiel no sólo a aquel rechazo, sino igualmente a esta aceptación.

Comencemos por lo más evidente: los “géneros”. La mayor parte de la obra de Martí es de índole periodística. ¿Querrá ello decir que él, que tan desdeñoso se mostró con el género de Cervantes y Stendhal, se acogió en cambio con satisfacción a ese género casi extraliterario que es el periodismo? Juzgar así, sería sucumbir lamentablemente al peor criterio formalista, cuando no al platonismo más chato. Los “géneros” no existen por sí. Lo que existen son *funciones* que desempeñar dentro de un contexto específico. En las circunstancias en que Martí se encuentra situado, su quehacer beligerante y primordial lo lleva a ese género particular, el periodismo, a través del cual podrá propagar efectivamente sus “cosas más altas”. “Su obra es, pues, periodismo” escribió Pedro Henríquez Ureña, añadiendo: “pero periodismo elevado a un ni-

vel artístico como jamás se ha visto en español, ni probablemente en ningún otro idioma”.⁵³ Con la veintena de periódicos que publican sus colaboraciones, a las cuales él llama “cartas”, Martí llega ampliamente a un público continental, transmitiendo su ideario, el más recio y articulado de cuantos ha dado la América suya. Es significativo que el otro “género” que en Martí sigue en importancia numérica y plenitud al periodismo, sea la carta. El suyo es caso similar al de la crónica: Martí expone también en sus cartas su ideario, y valiéndose de la mayor intimidad permisible, acude a conmover al lector directamente, individualmente, sin ahorrarse recursos en su tarea proselitista. Ya no podrá extrañar que el tercer “género” de importancia con que nos encontraremos en su obra sea la oratoria. Se ha visto hace mucho tiempo la relación estructural entre la carta y el discurso, Aquí encontramos el vínculo ostensible: el discurso, con su parentesco epistolar; la carta; la crónica escrita en forma de carta. Se trata de moverse en torno al género más “ancilar” de todos, aquel que vive sólo de transmitir cosas; que menos probabilidades tiene de bastarse a sí mismo, en su inmanencia, en su belleza intrínseca. Es el género *utilitario* por excelencia: por ello mismo, el más lindante con lo extraliterario, el más

⁵³ Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América hispánica*, trad. de José Díez-Canedo, México, FCE, 1949, p. 167.

común, el más asequible. Cuando se piensa que su genio literario se concentró en él, no es de extrañar que las cartas de Martí cuenten entre las más sobrecogedoras que se hayan escrito.

Al margen de esta cuantiosa tarea utilitaria (a la que hay que añadir trabajos puramente políticos, y *La Edad de Oro*, de sesgo pedagógico), las obras de Martí son escasas: sus pocas incursiones teatrales son más bien ejercicio verbal e ideológico. Su novela única, que firmó incluso con seudónimo, pertenece, como la mayoría de sus traducciones,⁵⁴ a los numerosos trabajos que realizó por obligación, para ganarse la vida. Que fuera obra de significación sólo prueba que sus dones como escritor eran inmensos, y que nada hizo que no dejara marcado con su genio. Caso aparte es su poesía, que ni realizó para ganarse la vida ni puso al servicio de inmediato interés político. Por otra parte, es la única zona de su obra que reputó digna de aparecer en forma de cuader-

⁵⁴ Indudablemente hay traducciones que Martí realizó recreando amorosamente los textos originales: tal es el caso de *Mis hijos*, de Víctor Hugo, de quien dice: “su forma es una parte de su obra, y un verdadero pensamiento”, *O. C.*, t. XXIV, p. 16, y de *Ramona*, de Helen Hunt Jackson, que le hace conjeturar: “Como Ticknor escribió la historia de la literatura española, Helen Hunt Jackson, con más fuego y conocimiento, ha escrito quizás en *Ramona* nuestra novela”. *Ibid.*, p. 204. *Cfr.* Roberto Fernández Retamar, “Sobre *Ramona*, de Helen Hunt Jackson y José Martí”, en H. H. Jackson, *Ramona*, trad. de José Martí, La Habana, Huracán, 1975.

no: dos sufragó él mismo: *Ismaelillo*, en 1882; y *Versos sencillos*, en 1891. Otro dejó sin publicar, aunque preparó su prólogo: *Versos libres*. Los que publicó, los repartió entre los amigos, con cartas que a menudo son verdaderas poéticas. Es imposible no ver en esto un hecho significativo, el lugar alto que la poesía ocupa en Martí. La fecha de aparición del primero de sus cuadernos, 1882, que es además el momento aproximado en que su prosa adquiere madurez, ha sido señalada como la aparición de un nuevo movimiento literario en las letras hispánicas, al que luego se llamaría *modernismo*,⁵⁵ y en torno al cual todavía es motivo de pelea erudita la inclusión o no de Martí: su presencia allí le da al movimiento un aspecto distinto. Y, sin embargo, no se ve cómo pueda no incluirse. Un movimiento no es, después de todo, sino lo que los hombres hagan de él. ¿Cómo separar a Martí del modernismo atendiendo a ciertos rasgos que se le suponen a éste, y que han sido tomados de otros escritores coetáneos que con igual derecho podríamos separar del modernismo para dejar sitio a Martí? ¿Dónde están esos rasgos sino en las obras de escritores concretos? Al contar con Martí como uno de ellos, lo único que hacemos es radicalizar ese movimiento, obligado a incluir

⁵⁵ Un resumen de los principales planteos en torno a esta debatida cuestión se encuentra en Antonio Melis, "Bilancio degli studi sul modernismo ispanoamericano", en *Lavori della Sezione Fiorentina del Gruppo Ispanistico C. N. R.*, Serie II [c.1969].

los rasgos azorantes de Martí. Con lo que gana en complejidad, en contradicción, en verdad. Bastaría, además, con recordar que el modernista por excelencia, Darío, fue un seguidor de Martí aunque más (y menos) que un seguidor, desde luego. Martí fue el más penetrante y creador de los modernistas, el único plenamente conciente de su amplia problemática: el que no cambió unas formas por otras, sino que puso en tela de juicio la condición toda del escritor hispanoamericano, su función, sus posibilidades reales. El que le injertó un pensamiento avasallador. Mientras los otros modernistas, los que iban a ser llamados así, pensaban todavía que se trataba de “poner al día” la literatura del continente, injertándole parnasianismo más simbolismo (*a la vez*, según la manera sincrética de estas tierras mestizas), Martí fue el primero en comprender que no se trataba tanto de poner al día cuanto de descubrir, y simultáneamente conquistar, el tiempo real del continente: su situación concreta. Estar “atrasado” o estar “al día” suponen una referencia a un tiempo otro: cualquiera de ambas actitudes es servil y colonial. La primera es peor, pero la segunda no es mucho mejor. Martí sabe desde muy joven que él está “al día”; pero, por eso mismo, que estará obligado a ir a rastras de una realidad ajena. ¿No tiene él una realidad propia? Sí y no. Existe, pero más bien como una posibilidad. A convertirla en lo que es, para ser real él mismo, dedica su vida. Su propia literatura

adolecerá de irrealdad mientras no encuentre contexto aclarador genuino. Su vida está consagrada a conquistar ese contexto, y su arma mayor para ello será la propia literatura, pero la literatura utilitaria.

Muchos modernistas podían quedar deslumbrados por la prosa de sus crónicas, por lo que Darío llamaba su “metal fino y piedras preciosas”; pero la finalidad de esas crónicas no era ofrecer aquel pedrerío, sino pedruscos para arrojarlos al enemigo y para construir los muros de la ciudad. Parece una paradoja, y es una decisiva lección, el que Martí, con esa obra casi no “literaria”, sea el mayor escritor del continente. Si no hubiera sido tan grave, podríamos decir que él fue lo que Cocteau dijo de sí mismo: “el Paganini del violín de Ingres”. Martí ha puesto en tela de juicio la existencia misma de la literatura, en plenitud, allí donde no existe otra plenitud: la histórica. “No hay letras, que son expresión,” dijo, “hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana, hasta que no haya Hispanoamérica”. Y más adelante: “Lamentémonos ahora de que la gran obra nos falte, no porque nos falte ella, sino porque ésa es señal de que nos falta aún el pueblo magno de que ha de ser reflejo.”⁵⁶ Pero aunque Martí aventaje largamente a los otros modernistas

⁵⁶ José Martí, “Cuadernos de apuntes” [1881], *O. C.*, t. XXI, p. 164.

(después de todo, aventaja a los otros escritores hispanoamericanos de cualquier momento), ellos, en la medida de sus fuerzas, acaban compartiendo no poco de sus preocupaciones, y ciertamente de sus formas. El modernismo, con su patético afán de “poner al día” la literatura del continente, ¿no fue como la toma de conciencia del carácter subdesarrollado de nuestra literatura, en el momento en que la ideología proburguesa de los fundadores había mostrado sus fallas, rota contra la realidad?⁵⁷ El problema es similar, aunque en Martí sea más hondo —desde el primer momento, él no limita la situación a la literatura—, y aunque, además, Martí, adelante soluciones verdaderas, retomando lo vivo de aquella ideología de los fundadores, y situándola a la altura de su tiempo. Pero en esa actitud de adelantado, propia de su genio, Martí no quedará solo. Él parece trazar el programa del modernismo mejor cuando, en el obituario al poeta cubano Julián del Casal (1863-1893), escribe:

en América está ya en flor la gente nueva, que pide peso a la prosa y condición al verso, y quiere trabajo y realidad en la política y en la literatura. Lo

⁵⁷ *Cfr.* Roberto Fernández Retamar, “Modernismo, 98 subdesarrollo”, trabajo leído en el Tercer Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (México, 1968), y recogido luego en *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, La Habana, Casa de las Américas, 1975, y otras ediciones.

hinchado cansó y la política hueca y rudimentaria, y aquella falsa lozanía de las letras que recuerda los perros aventados del loco de Cervantes. Es como una familia en América esta generación literaria que principió por el rebusco imitado, y está ya en la elegancia suelta y concisa y en la expresión artística y sincera, breve y tallada del sentimiento personal y del juicio criollo y directo. El verso, para estos trabajadores, ha de ir sonando y volando. El verso, hijo de la emoción, ha de ser fino y profundo, como una nota de arpa. No se ha de decir lo raro, sino el instante raro de la emoción noble y graciosa.

El modernismo, en efecto, “principió por el rebusco imitado” que alcanzará su apogeo en los libros iniciales de Darío; pero estaba ya en “la expresión artística y sincera, breve y tallada, del sentimiento personal y del juicio criollo y directo”, como lo testimoniaban sus propios *Versos sencillos*, y como lo verificará la poesía posterior a 1898 del mismo Darío o de Enrique González Martínez (1871-1952), y se ramificará en Gabriela Mistral y César Vallejo (1892-1938). De la misma manera como del exotismo de los primeros momentos, nacido de la desconfianza en la ilusión fundadora y del desgano de vivir en estas “dolorosas repúblicas americanas”, los modernistas irán acercándose, aunque sin alcanzar la hondura radical de Martí, a la preocupación por su patria mayor: llegando incluso a

criticar el peligro yanqui: Rodó (1871-1917), en su *Ariel* (1900); Darío, en su oda “A Roosevelt”, aparecida en el libro *Cantos de vida y esperanza* en 1905. Hasta por su influencia sobre España, el modernismo adquiere orgullo de su condición *americana*. Martí, pues, no sólo se adelanta con la orquestación magnífica de su prosa o la intensidad de su poesía, sino con los temas que aborda: y tanto en unas como en otros, hallará seguidores dentro del modernismo.

FINAL

Por la agudeza con que Martí postuló el imprescindible anticolonialismo de la Revolución cubana; por su comprensión de los problemas reales del país, más allá de la mera lucha contra España —problemas que permanecerían sin cambios esenciales durante la primera mitad del siglo XX—, y por las dinámicas soluciones aportadas, es natural que el ideario martiano conservara profunda virtualidad revolucionaria, y que a él se remitiera Fidel Castro como inspirador del ataque al cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953, según fue recordado en las líneas iniciales. Aquel ataque desencadenó una revolución radical cuyo desarrollo vivimos. Ese mismo desarrollo ha ido generando, o haciendo históricamente afrontables, nuevos problemas. Consecuente con ellos, Fidel Castro declaró su adhesión al mar-

xismo-leninismo. ¿Ha abandonado así su filiación martiana? Lejos de eso, no sería exagerado afirmar que en el orden político, con las evidentes diferencias del caso, así como ha podido decirse que el leninismo es el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria, el *fidelismo* es la postura martiana del periodo de la absoluta descolonización, del paso de la liberación política a la liberación económica y cultural, del rechazo definitivo del imperialismo, y de la edificación del socialismo en un país subdesarrollado. Catorce años después del ataque al cuartel Moncada, una de las protagonistas de aquella hazaña, Haydée Santamaría, dijo:

Allí [al Moncada] fuimos siendo martianos. Hoy somos marxistas y no hemos dejado de ser martianos, porque no hay contradicción en esto, por lo menos para nosotros. Allí fuimos con las ideas de Martí y hoy seguimos con las ideas de Martí, con las ideas de Lenin, con las ideas de Marx, con las ideas de Bolívar, con la revolución de Bolívar, con la revolución de Che; con la dirección de Martí, con la doctrina de Marx y con Bolívar, con el Continente que Bolívar quiso unir [...] ¡Con profundas raíces martianas hoy consideramos y creemos que somos marxistas!⁵⁸

⁵⁸ *Haydée habla del Moncada*, La Habana, Instituto del Libro, 1967, pp. 43, 44 y 46.

Y el 22 de diciembre de 1972, al hablar en el cincuentenario de la hoy disuelta Unión Soviética, el propio Fidel Castro explicó:

José Martí, guía y Apóstol de nuestra guerra de independencia contra España, nos enseñó ese espíritu internacionalista que Marx, Engels y Lenin confirmaron en la conciencia de nuestro pueblo. Martí pensaba que “patria es humanidad”, y nos trazó la imagen de una América Latina unida, frente a la otra América imperialista y soberbia, “revuelta y brutal” — como él decía —, que nos despreciaba.

Ello quiere decir que el pensamiento de Martí ha sido incorporado, asimilado a la nueva conciencia. No poco de lo que dijo en el orden político, en el educacional, en el artístico (en el terreno cultural en general), sigue teniendo impresionante vigencia. Su preocupación política mayor, que lo llevaba de Cuba a nuestra América y Estados Unidos, sigue siendo en esencia nuestra. Su obra se sitúa en los albores de la articulación de Cuba con el mundo. Esa articulación, hoy manifiesta, es la que permite ver en su soberana grandeza a José Martí, “el más genial y el más universal de los políticos cubanos”, “el más grande pensador político y revolucionario de este continente”.⁵⁹

⁵⁹ Fidel Castro, *Discurso en la Demajagua*, el 10 de octubre de 1968.

MARTÍ, LENIN Y LA REVOLUCIÓN ANTICOLONIAL*

Entre las razones que pueda haber para que el periodista norteamericano Charles Anderson Dana (1819-1897) sea recordado, hay una singular: el haber sido editor en Estados Unidos, sucesivamente, de sus contemporáneos Carlos Marx y José Martí, con quienes además mantuvo relaciones de amistad durante diez años (1851-1861), en su calidad de *managing editor* del periódico *New York Daily Tribune* (1851-1861), publicó decenas de artículos del primero (y de Engels). A raíz de la crisis financiera de 1857, comenzó también a editar, esta vez en compañía de George Ripley (1802-1880), la *American Cyclopaedia* (1858-1863), para la cual solicitó

* Trabajo publicado por primera vez en *Casa de las Américas*, núm. 59, marzo-abril de 1970 (ese número estuvo dedicado a Lenin en su centenario).

el concurso de Marx y Engels, quienes contribuyeron redactando artículos como “Argelia”, “Ayacucho” y “Bolívar”.

En 1880, aún en vida de Marx, Martí empieza a publicar en el *New York Sun*, el nuevo diario del cual Dana es director, y al parecer seguirá colaborando en él hasta sus últimos días. Al morir Marx, en 1883, Martí describe para *La Nación*, de Buenos Aires, grandiosamente, el homenaje póstumo que en Nueva York rinden al “movedor titánico de la cólera de los trabajadores europeos”.¹ En otras ocasiones vuelve a nombrar a quien llamará “aquel alemán de alma sedosa y mano férrea [...] Karl Marx famosísimo”.² Pero no deja de ser curioso que en ninguna de las veces en que lo nombre (tres en sus crónicas, una en sus cuadernos de apuntes), mencione ningún texto *concreto* de Marx, ni muestre familiaridad suficiente con su obra. Y no deja de ser curioso, porque es bastante improbable que Martí, voraz lector, en especial de periódicos —de los que solía sacar el material que trasfundía luego en sus deslumbrantes crónicas—, no hubiera leído, al menos, los trabajos que *su propio edi-*

¹José Martí, “Carta de Martí”, *O. C.*, t. IX, p. 388. Las citas remiten, en un caso, a las *Obras completas* de José Martí, La Habana, 1963-1973; y en otro, a las *Obras completas* de V. I. Lenin, Buenos Aires, 1957-1960 [hay edición cubana, que reproduce varios tomos de esta última].

²José Martí, “Cartas de Martí”, *O. C.*, t. XIII, p. 245.

tor y amigo, Dana, había publicado, sólo unos años antes, en su periódico y su enciclopedia, de aquel otro amigo del norteamericano, “Karl Marx famosísimo”. Especialmente si tenemos en cuenta que algunos de esos trabajos abordaban problemas de las colonias,³ que tanto interesaron a Martí, e incluso problemas latinoamericanos, de los que el cubano llegó a tener una caudalosa información, y que constituyeron su preocupación histórica cardinal. No es pues arriesgado conjeturar que Martí no sólo elogió a Marx, sino que lo leyó; al menos, que leyó algunos de sus textos laterales: cuya escritura, por cierto, Marx consideró apenas como tarea de pan ganar. Lo que parece igualmente seguro es que Martí no distinguió la especificidad del pensamiento de Marx, aquello que lo diferenció radicalmente de otros socialistas con los que Martí dejaba mezclado su nombre: Saint Simon, Fourier, Karl Marlo, Bakunin... No creo que lo ayudara mucho a establecer esa distinción la actitud aparentemente eurocéntrica asumida por Marx y Engels. No sólo cuando en la primera línea del *Manifiesto comunista* —que no se sabe si Martí llegó a conocer, aunque desde 1871 había ediciones en inglés en Estados Unidos— proclaman que “un

³ Una selección de trabajos de Marx y Engels *Acerca del colonialismo*, que contiene algunas de sus colaboraciones para el *New York Daily Tribune*, fue publicada en Moscú, s.f.

fantasma recorre *Europa*"; sino cuando con frecuencia, y precisamente en artículos aparecidos en el *New York Daily Tribune*, aunque fuera inequívoca la simpatía de los autores por los países explotados y su repudio a la rapaz política colonial, nuestros pueblos, de acuerdo con la terminología entonces habitual, aparezcan mencionados como "las naciones bárbaras", "la barbarie", "los semibárbaros",⁴ para no hablar de las páginas infelices sobre Bolívar —el americano más admirado por Martí— o México. Pero estos desenfoces no disminuyen el sitio central ocupado por el genio de Marx. Che Guevara dejó este punto perfectamente aclarado:

A Marx, como pensador, como investigador de las doctrinas sociales y del sistema capitalista que le tocó vivir, puede, evidentemente, objetársele ciertas incorrecciones. Nosotros los latinoamericanos podemos, por ejemplo, no estar de acuerdo con su interpretación de Bolívar, o con el análisis que hicieron Engels y él de los mexicanos, dando por sentadas incluso ciertas teorías de las razas o las nacionalidades inadmisibles hoy. Pero los grandes hombres, descubridores de verdades luminosas, viven a pesar de sus pequeñas faltas, y éstas sirven solamente para demostrarnos que son humanos, es decir, seres que pueden incurrir en errores aun con

⁴ *Ibid.*, pp. 124, 125 y 215.

la clara conciencia de la altura alcanzada por estos gigantes del pensamiento. Es por ello que reconocemos las verdades esenciales del marxismo como incorporadas al acervo cultural y científico de los pueblos y lo tomamos con la naturalidad que nos da algo que ya no necesita discusión.⁵

Sucede, sin embargo, que Martí, que admiró y alabó inequívocamente la conducta de Marx (“como se puso del lado de los débiles, merece honor”, dijo él), precisamente no parece haber reconocido “*las verdades* esenciales del marxismo como incorporadas al acervo cultural y *científico* de los pueblos”. En otras palabras: no vio la contribución *científica* de Marx, aquello que lo separa de los socialistas previos, *utópicos*. Atribuir esto a coriedad de visión o a tibieza en Martí sería tan torpe como achacar el aparente eurocentrismo de Marx a un absurdo chovinismo continental. Lo cierto es que la fidelidad de uno y otro a *sus* problemas inmediatos respectivos, y no coincidentes entonces, los lleva a posiciones concretas, desde las cuales a Marx *no le era posible* apreciar debidamente el que sería el planteo de Martí (como se ve en el caso de

⁵ Ernesto Che Guevara, “Notas para el estudio de la ideología de la Revolución cubana”, en *Obra revolucionaria*, pról. y selec. de Roberto Fernández Retamar, 3ª ed., México, Era, 1969, p. 508.

Bolívar), ni a Martí el aporte específico de Marx. Lo que no significa incongruencia entre ambos, sino señalamiento de objetivos, por el momento, diversos. A partir de la presencia de un proletariado desarrollado en el seno de los países de más avanzado capitalismo (entonces todavía premonopolista), Marx descubre las leyes de la historia, y en consecuencia, la historia como *ciencia*. Basándose en la célebre *boutade* de Marx según la cual él habría declarado, en determinada circunstancia, no ser marxista, ha querido verse una especie de rectificación suya o de desautorización a ciertas exageraciones. Hay, sin embargo, otra explicación, más sencilla, para una frase como esa, y el propio Che nos la ha ofrecido, al decir: “Se debe ser ‘marxista’ con la misma naturalidad con que se es ‘newtoniano’ en física o ‘pasteuriano’ en biología”.⁶ Pero el “marxismo” no es sólo ese acceso a otra ciencia —que en cuanto tal, como toda ciencia, disuelve el *ismo* de su inicio en la mera enunciación de la verdad—, sino que, sobre todo, es una “guía para la acción”, una incitación no ya a “interpretar” el mundo (a entenderlo en sí mismo), sino a “transformarlo” (a hacerlo otro). Y aquí es donde aparece el hecho singular de que la fidelidad al *espritu* que animaba al marxismo impidiera a Martí (situado en otras condiciones, ante tareas inmedia-

⁶ *Loc. cit.*

tas distintas) haber sido un mero repetidor de la *letra* del marxismo. La problemática de Martí no era la de un país capitalista que avanzaba con un proletariado desarrollado: su problemática —y su práctica y su teoría correspondientes— eran las de un país colonial, que contaba con un exiguo proletariado, que incluso conoció oficialmente la esclavitud hasta 1886, y que tenía por delante la tarea inmediata de su liberación política, para obtener la cual le era menester no alebrestar *aún* la lucha de clases en el interior de su país. En las colonias *de su época* no había *aún* —*ni podía haber*— un solo marxista *real*, porque no había *todavía* la problemática ni la práctica a que se refería Marx; porque no había todavía una *acción* de la que *aquel* marxismo pudiera ser *guía*. A lo más, en esos países hubiera podido haber *traductores* de Marx, pero traductores *literales*, que hicieran con la magna obra del alemán lo que el cubano José del Perojo (previsiblemente olvidado) hizo con la de Kant: ponerla en otra lengua. En su prefacio a la edición rusa de 1882 del *Manifiesto comunista*, ¿no han dicho Marx y Engels, hablando de la de 1869: “En aquel tiempo, una edición rusa de esta obra podía parecer al Occidente *tan sólo una curiosidad literaria*”? Y Rusia no era precisamente una colonia.⁷

⁷ No es un azar que el marxismo empezara a ser conocido en la América Latina en la década de los setenta del siglo pa-

Las perspectivas revolucionarias, pues, no eran las mismas, a fines del siglo XIX, en los países capitalistas desarrollados y en las colonias. La divergencia de esas perspectivas pueden encarnarla ciertos aspectos de los pensamientos de Marx y Martí. Lo que cuenta, a la hora de considerar este hecho es,

sado en países que, a diferencia de Cuba, no eran ya colonias (y carecían aún de la conciencia de ser neocolonias), y empezaban a contar con un proletariado apreciable, con frecuencia nutrido por una inmigración europea reciente (cfr. V. Ermolaev, "Surgimiento de las primeras organizaciones obreras [latinoamericanas]", en *Cuestiones de Historia*, Moscú, 1959, La Habana, 1964). En Argentina, por ejemplo, varias organizaciones proletarias que en la década de los setenta se llamaban secciones de la Alianza Obrera Internacional, "habían sido creadas por proletarios oriundos de Europa según el principio del idioma". *Ibid.*, p. 16. La primera en fundarse fue la sección francesa; luego, se creó la italiana, y por último la española. "A partir de 1878 creció la afluencia de emigrados de Alemania a la Argentina [...] En enero de 1882, los socialistas alemanes fundaron en Buenos Aires el club *Worwärts*", el cual fue representado en 1889 en el congreso de París de la Segunda Internacional, nada menos que por Guillermo Liebknecht. *Ibid.*, pp. 20 y 21. El primer expositor cubano de ideas marxistas, Carlos Baliño (1848-1926), quien como Martí vivía exiliado en Estados Unidos, estuvo significativamente entre los fundadores en 1892 del Partido Revolucionario Cubano, el partido de Martí; y en 1925, junto a Julio Antonio Mella, del primer Partido Comunista de Cuba. Martí lo llamó en 1892 "un cubano que padece con alma hermosa por las penas de la humanidad, y sólo podría pecar por la impaciencia de redimirlas". "Patria' de hoy", *O. C.*, t. II, p. 185. Cfr. Aleida Plasencia [comp.], *Documentos de Carlos Baliño*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, 1964.

como se ha dicho, la tarea concreta que cada uno tiene por delante: tarea para acometer la cual, el pensamiento en cuestión es un arma de comprensión y transformación. De ahí que sea errado partir de los pensamientos mismos para compararlos —como hacen los idealistas—; y más aún partir de la enunciación de esos pensamientos: no han faltado quienes han querido ver en Martí un estilo demasiado “literario”, metafórico, que contrastaría con el escueto rigor científico de los textos de Marx o de los marxistas. Pero la realidad, en lo que toca a Marx, no abona en favor de esta separación. La forma amojamada y aburrida con que algunos han querido hacer pasar su mercancía, asegurándonos que su carencia era rigor marxista, no tiene nada que ver con el rigor de Marx, el cual incluía la eficacia de una expresión creadora. Marx, “como los antiguos griegos”, ha dicho su gran biógrafo Mehring, “contaba [...] a Clío entre las nueve musas”.⁸ Y más recientemente, Adam Schaff ha insistido: “Marx escribía de una manera metafórica, empleando expresiones y términos que, casi todos, exigirían ser explicados e interpretados.”⁹ Lejos pues de encontrarse separadas tajantemen-

⁸ Franz Mehring, *Carlos Marx. Historia de su vida*, trad. de Wenceslao Roces, La Habana, 1964, p. 29.

⁹ Adam Schaff, *Langage et connaissance suivi de six essais sur la philosophie du langage*, trad. de Claire Brendel, París, Anthropos, 1969, p. [vii].

te la expresión de Marx y la de Martí, creo que si hubiera que señalar un segundo punto (después de aquel respeto por haberse puesto “del lado de los débiles”) en que Martí debió sentirse cerca de Marx, sería la admiración por el escritor montuoso, imaginístico, apasionado, en el difícil tratamiento de los temas políticos. La distinción, pues, no se realiza en el nivel de la expresión. Y si lo hace en el nivel del pensamiento, es porque se trata en cada caso de pensamiento de circunstancias diferentes. Sobre éstas es que hay que llamar la atención.

Esas circunstancias, por otra parte, no permanecen inalterables. Si en 1848 el fantasma del comunismo recorría Europa (entendiendo por tal, fundamentalmente, Inglaterra, Francia y Alemania), treinta y tantos años después su camino es más largo. En el prefacio a la edición rusa de 1882 del *Manifiesto comunista*, Marx y Engels recuerdan que en la primera edición “Rusia y Estados Unidos, precisamente, no fueron mencionados”. Y añaden: “¡Cuán cambiado está todo!” Es menester tomar en consideración ahora el crecimiento capitalista de ambos países, llegando a afirmarse que “Rusia está en la vanguardia del movimiento revolucionario de Europa”, observación a la cual la historia daría una impresionante sanción. Pero pedirles que fueran todavía más allá sería esperar de la ciencia, vaticinios. Marx y Engels no llegaron a vivir la época del imperialismo moderno, y por

tanto no llegaron a ser testigos del acercamiento de aquellas dos perspectivas mencionadas arriba.

Como sabemos, quien vivirá la época del imperialismo, la comprenderá y la analizará a la luz del marxismo; quien, consecuentemente, llegará a hacer posible la interpenetración de esas perspectivas, e incluso señalará el papel extraordinario encomendado a la lucha anticolonial para el triunfo mundial del socialismo, fue, significativamente, el fundador del primer Estado socialista: Lenin; y este aspecto es sin duda una de sus contribuciones más importantes. Pero antes de insistir en este punto, conviene detenerse un momento en el primer hombre en pensar, desde él, el mundo colonial en su conjunto: Martí.

Martí fue un pensador que no dejó una sola obra orgánica. Su pensamiento, en primer lugar, está fragmentado en las más variadas obras de circunstancias. Apenas se han hecho intentos por restañar, en lo posible, esa fragmentación, y ofrecer en un cuerpo coherente lo que su ajetreada vida de hombre de acción dejó necesariamente disperso. Pero, además, en las escasas ocasiones en que esa tarea se ha intentado, se ha hecho dejando de lado un aspecto fundamental: el señalamiento de *etapas* en su pensamiento.¹⁰ Sin negar la unidad

¹⁰ Con posterioridad a la primera publicación de este trabajo se dieron a conocer dos apreciables intentos de señalar

de ese pensamiento, una investigación más acuciosa nos mostrará, articuladas dentro de esa unidad, sus *fases*, desde que “el joven Martí” identifica a Cuba con Nubia (con África), revelando así una intuición magnífica de la familia a la que pertenecen nuestros problemas, hasta que el Martí de la plena madurez confiesa ya abiertamente a Manuel Mercado, la víspera de su muerte, el sentido antimperialista de su obra política. Pero éste no es el momento de realizar esa investigación. Por ahora sólo quiero destacar que a partir de cierto instante, entrada la década de los ochenta, Martí comprende que su tarea inmediata de independizar a Cuba de España, de escribir (como dice él) la última estrofa del poema de 1810, se ha convertido, sin dejar de ser lo anterior, en otra mucho más ambiciosa: escribir la primera estrofa de otro poema, detener la expansión norteamericana primero sobre la América Latina, y luego sobre el resto del mundo. Esa comprensión significa para el pensamiento de Martí la entrada a una nueva fase —porque significa una nueva, gigantesca tarea—. Por su situación histórica concreta, esa tarea sólo

las etapas de la evolución martiana *cfr.* Pedro Pablo Rodríguez, “La idea de liberación nacional en José Martí”, en *Pensamiento Crítico*, núms. 49-50, febrero-marzo de 1971; e Isabel Monal, “José Martí: del liberalismo al democratismo antimperialista”, en *Casa de las Américas*, núm. 76, enero-febrero de 1973 (nota de 1975).

podía ser intentada entonces por Cuba; y por su desarrollo ideológico, e incluso por sus fructíferos años de estancia vigilante en Nueva York, sólo Martí, entre los cubanos, entendía completamente la urgencia —y el trágico riesgo— de ese intento. No es extraño, por ello, que en su tiempo (y aun años después) no fuera suficientemente advertido el descomunal proyecto martiano. Pero sólo a su luz se entienden las constantes alusiones de Martí a la *responsabilidad internacional* que incumbe a su pueblo: “un pueblo inteligente y generoso, de espíritu *universal y deberes especiales en América*”,¹¹ como dice en 1895. Un año antes, había escrito ya: “Un error en Cuba, es un error *en América*, es un error en la *humanidad moderna*. *Quien se levanta hoy con Cuba, se levanta para todos los tiempos*”; y también:

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder, —mero fortín de la Roma americana;— y si libres —y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora— serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte [...] *Es un mundo* lo que esta-

¹¹ José Martí, “Al *New York Herald*”, *O. C.*, t. IV, p. 152.

mos equilibrando: *no son sólo dos islas* las que vamos a libertar.¹²

Esas observaciones, en sus últimos días, desembocan, con explicable cautela, en el *Manifiesto de Montecristi*, que anuncia al mundo las razones de la guerra de 1895:

La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es *suceso de gran alcance humano*, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas, presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas y al *equilibrio aún vacilante del mundo*. Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, *cae por el bien mayor del hombre*, la confirmación de la república moral en América y la creación de un archipiélago libre [...] A la revolución cumplirá *mañana* el deber de *explicar de nuevo* al país y a las naciones *las causas locales, y de idea e interés universal*, con que para el adelanto y servicio de la *humanidad* reanu-

¹² José Martí, “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la Revolución y el deber de Cuba en América”, *O. C.*, t. III, pp. 142 y 143.

da el pueblo emancipador de Yara y Guáimaro una guerra digna [...].¹³

Pero ya sin innecesaria cautela, desembocan aquellas observaciones en la impresionante carta final a Manuel Mercado, que nunca se citará demasiado, donde Martí reconoce explícitamente que su meta es

impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. *Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso*. En silencio ha tenido que ser, y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin [...] impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los *imperialistas* de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al norte revuelto y brutal que los desprecia [...].¹⁴

¹³ José Martí, “Manifiesto de Montecristi”, *O. C.*, t. IV, pp. 100 y 101.

¹⁴ José Martí, “A Manuel Mercado”, *O. C.*, t. IV, pp. 167 y 168.

Martí, pues, sin la menor duda, concibe la guerra de independencia de Cuba no como un pequeño hecho local contra la decadente España, sino como una realización de vastas proyecciones internacionales (no en balde había dicho: “patria es humanidad”): hoy diríamos que como una guerra de Vietnam al inicio de la sanguinaria expansión de los “imperialistas” norteamericanos, a quienes califica de esa manera cuando el término, ya en uso desde la década 1870-1880 en el mundo inglés,¹⁵ no conocía aún la precisión ni la difusión que le darían las obras posteriores de Hobson (1902), Hilferding (1910), Rosa Luxemburgo (1913), y sobre todo el propio Lenin (1917). Es ocioso —y escolástico—, para conocer exactamente el alcance de

¹⁵ Según George W.F. Hallgarten, *Imperialismus vor 1914*, 2 vols., Munich, 1951, “el término ‘imperialismo’ es de origen relativamente reciente, habiendo sido empleado primero por un grupo de escritores y administradores británicos a finales de la década 1870-1880. Estos hombres abogaban por el fortalecimiento y la expansión del imperio colonial británico; ‘imperialismo’ era el nombre que daban a la política que ellos estimulaban en sus compatriotas. En otras palabras: originalmente ‘imperialismo’ equivalía más o menos a ‘colonialismo’ —el establecimiento y la expansión de la soberanía política de una nación sobre pueblos y territorios extranjeros—”. Paul M. Sweezy, “A marxist view of imperialism”, en *The Present as History. Essays and Reviews on Capitalism and Socialism*, 2ª ed., Nueva York, Monthly Review Press, 1962, p. 80. Éste parece ser el sentido con que Martí habla de “imperialistas”: Estados Unidos son para él “una república *imperial*”, “la Roma americana”.

su tarea, preguntarnos si Martí entendía por esta palabra un concepto suficientemente cercano al que luego manejarían, con acuciosidad creciente, dichos autores. A finales del siglo XIX, no faltaban sapientísimos pensadores (Mehring prefirió luego llamarlos simplemente “clerigalla marxista”)¹⁶ capaces de recitar los más arduos textos revolucionarios. Pero fue José Martí quien, mientras se hablaba de un periodo de paz mundial, preparó un movimiento concreto, terriblemente heroico y casi desesperado, para “cortarle las manos”, como diría hoy Fidel, al naciente imperialismo norteamericano, el cual devendría otro gendarme de la reacción internacional, sustituyendo con creces, en este oficio, al gendarme europeo, el imperio zarista. El movimiento revolucionario *mundial* recibió de los *líteros* de la Segunda Internacional una de las mayores traiciones de la historia; en cambio, está en deuda con este afebrado dirigente colonial, por haber pretendido, contando sólo con la honda de David —suya es la imagen, insustituible—, sofocar en su arranque la expansión del imperialismo norteamericano. Es obvio que la verdadera fidelidad al espíritu de la revolución no era la de quienes repetían como gansos la letra de Marx para traicionarlo; sino la de quien se arrojaba a librar una batalla requerida por la revolución mundial,

¹⁶ Mehring, *op. cit.*, p. 28.

aunque no lo hiciera partiendo de los postulados de Marx. Lo cual no quiere decir, por otra parte, que careciera de la teoría que, en aquel momento y para aquella acción, le era menester. Recordemos otra observación del Che:

Convendría decir que la teoría revolucionaria, como expresión de una verdad social, está por encima de cualquier enunciado; es decir, que la revolución puede hacerse si se interpreta correctamente la realidad histórica y se utilizan correctamente las fuerzas que intervienen en ella, aun sin conocer la teoría.¹⁷

No cabe duda de que Martí interpretó correctamente su realidad histórica. En último extremo, la posibilidad de que se frustrara la independencia de Cuba estaba vinculada al crecimiento norteamericano desde comienzos del siglo XIX, y “la expansión territorial de Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos”, que con acierto historió Ramiro Guerra,¹⁸ no hizo sino añadir un nuevo capítulo en el caso de Cuba. Buen conocedor de la historia de ambas Américas, los temores de Martí tenían, pues, una base

¹⁷ Che Guevara, *op. cit.*, p. 507.

¹⁸ Ramiro Guerra, *La expansión territorial de Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos*, Madrid, 1935 (2ª ed., La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1964).

atrozmente sólida. Es cierto también que Martí vio desde su interior transformarse la naturaleza del capitalismo norteamericano, y que fue un lúcido crítico de esa transformación; aunque para un colonial, este cambio haya sido, *en cierta forma*, accesorio: el *otro* capitalismo había devorado ya la Florida, Texas, California (haciendo caso omiso de si las tierras fueran previamente españolas o mexicanas)... y era el capitalismo premonopolista, todavía *no* imperialista *en el sentido moderno de la palabra*, todavía no exportador de capitales. La verdad es que la historia supuestamente ejemplarizante de Estados Unidos (ejemplarizante incluso para avanzados progresistas europeos) era ya, como Martí había contemplado con la “visión de los vencidos”, una historia de constantes depredaciones territoriales. Cuba tenía su turno señalado; y tras Cuba, la América Latina —y el resto del mundo—. En este sentido, habiendo interpretado correctamente la realidad histórica en que se movía, la previsión de Martí resultó absolutamente acertada (aunque, por supuesto, no le correspondiera realizar el análisis leninista del sistema del imperialismo). Sin embargo, el rápido establecimiento en Cuba de una república popular, que evitara (o al menos hiciera mucho más difícil) la expansión norteamericana, no pudo lograrla, por las sucesivas maniobras yanquis: desde la incautación a principios de 1895 de tres barcos cargados

de armas en el puerto de Fernandina o en camino a él, lo cual hizo imposible la guerra rápida que planeaba, hasta la abierta intervención militar, tres años después. Lo que hoy día es ya indudable es que la guerra revolucionaria cubana encabezada por Martí fue la primera acción organizada contra el imperialismo yanqui y, consecuentemente, inaugura por el lado colonial la época presente. Veintiún años después de muerto Martí, al hacer ya un balance de esa época, escribirá Lenin en las primeras líneas de *El imperialismo, fase superior del capitalismo*: “Durante los últimos quince o veinte años, sobre todo después de la guerra hispanoamericana (1898) y de la angloboer (1899-1902), las publicaciones económicas, así como las políticas, del Viejo y del Nuevo Mundo utilizan cada vez más el concepto de ‘imperialismo’ para caracterizar la época que atravesamos.”¹⁹ Desgraciadamente, a Lenin le fueron desconocidos, como es comprensible, el movimiento martiano y sus postulados precozmente ant imperialistas. Es menos probable que los desconociera del todo Joseph Patouillet, quien en su obra *El imperialismo norteamericano* (Dijon, 1904) —consultada y anotada por Lenin para la confección de su propio libro sobre el tema—²⁰

¹⁹ Lenin, “El imperialismo, fase superior del capitalismo”, *Obras completas*, t. XXII, p. 205.

²⁰ Lenin, *Obras completas*, t. XXXIX, vol. I, pp. 207-212.

afirma que practicar el imperialismo implica “conquistar y ocupar grandes encrucijadas por las que pasa el comercio del universo”; lo que tanto recuerda la definición que en el *Manifiesto de Montecristi* —seguramente difundido, en la época, por la prensa mundial— se da de Cuba, como “nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes”. Sea como fuere, es indudable que Martí entendió plenamente en lo esencial ese acontecimiento que iría a desarrollarse de inmediato en su tierra, y que implicaría la verdadera mundialización del mundo. Citando un juicio de Marx sobre un problema nacional, Lenin afirmará luego que el mismo muestra “que es necesario tomar la reivindicación de la democracia” no aisladamente, sino “en una escala europea”. Pero Lenin añade esta observación reveladora: “*en la actualidad se debe decir [en una escala] mundial*”.²¹ ¿Cuándo considera él que empezó esa “actualidad”? Unas líneas más adelante, lo aclarará: a partir de “la guerra imperialista hispano-norteamericana”: es decir, el pórtico visible de la era del imperialismo, la guerra en previsión de la cual, unos años antes, *en 1895*, Martí pretendió una audaz, desmesurada acción democrática considerada “[en una escala] mundial”, como diría

²¹ Lenin, “Balance de una discusión sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación”, *Obras completas*, t. XXII, p. 357.

Lenin o, en las palabras de Martí, un “suceso de gran alcance humano”. Pero este conmovedor intento quedaría ignorado durante años; de hecho, no vendría a ser revelado *con toda su fuerza* sino con la actual Revolución cubana.²² No es, pues, por sentimentalismo tonto que lamentamos que Lenin lo ignorara completamente, sino porque sin duda ello nos ha privado de sagaces observaciones suyas como las que le provocara unos años después la revolución de Sun Yat-sen.²³ Y ello es tanto más importante por cuanto, como se sabe, la definitiva comprensión por Lenin de la naturaleza y la trascendencia del problema colonial está lejos de ser una cuestión menor o lateral en su pensamiento.

Para apreciar enteramente este último hecho, es necesario tener en cuenta la condición compleja en que se hallaba situado su país, y partir de esta condición para intentar captar la complejidad, la riqueza de su pensamiento. Ya he recordado que en la primera edición del *Manifiesto comunista*, Rusia no era tomada en cuenta. El desarrollo del capitalismo es tardío en ese país, y posterior a la fe-

²² Ello no quiere decir que con anterioridad a 1959 no se hubiera apreciado la temprana y valiente actitud antimperialista de Martí. Bastaría con recordar —entre diversos autores— los trabajos que durante una treintena de años dedicó al tema el historiador Emilio Roig de Leuchsenring.

²³ Lenin, “Democracia y populismo en China”, *Obras completas*, t. XVIII, pp. 156-162.

cha de aparición del *Manifiesto*. Es el propio Lenin quien, en 1899 —cuatro años después de muerto Martí—, publicará su *Desarrollo del capitalismo en Rusia*. Y aun este “desarrollo” es sumamente complejo e irregular. En 1914, al polemizar “Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación”, Lenin aclara: “No sólo los pequeños Estados, sino también Rusia [...] dependen por entero, en el sentido económico, de la potencia del capital financiero imperialista de los países burgueses ‘ricos’.” Y más adelante: “En la Europa oriental y en Asia, la época de las revoluciones democrático-burguesas sólo comenzó en 1905. Las revoluciones en Rusia, Persia, Turquía y China, las guerras de los Balcanes: tal es la cadena de los acontecimientos mundiales ocurridos en *nuestra* época en nuestro ‘Oriente’.”²⁴ En vísperas de regresar a Rusia, donde ya ha estallado la revolución de febrero de 1917, dice aún: “Rusia es un país campesino, uno de los más atrasados de Europa.”²⁵ E incluso al final de su vida, en uno de sus últimos textos, escrito el 16 de enero de 1923, reitera: “Rusia [...] se encuentra en la línea divisoria entre los países civilizados y los que por primera vez son arrastra-

²⁴ Lenin, “Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación”, *Obras completas*, t. XX, pp. 394, 395, 401. Cursivas de Lenin.

²⁵ Lenin, “Carta de despedida a los obreros suizos”, *Obras completas*, t. XXIII, p. 371.

dos de modo definitivo, por esta guerra [la guerra de 1914-1918], a la civilización —todo Oriente, los países no europeos—.”²⁶ Esta última manera de englobar de un solo trazo negativo las naciones que hoy reciben los nombres cómodos, pero engañosos, de tercer mundo o países subdesarrollados, no puede sino recordarnos el similar esfuerzo de Martí cuando, cerca de cuarenta años antes, habla del mundo al que los codiciosos de su tierra llaman “bárbaro” porque “no es de Europa o de la América europea”.²⁷ Es indudable que por la ubicación concreta de su país, por el carácter de encrucijada de su problemática, Lenin conoce un radio de acción incomparablemente más vasto que el de un “europeo” a secas. Entiende *como propios* los problemas estudiados por Marx y Engels en relación con los países capitalistas, y por eso puede llegar a ser un discípulo y continuador genial; pero también siente *como suyos* los problemas de un país campesino, *atrasado* (se está tentado de llamarlo, en la jerga de nuestros días, “subdesarrollado”); e incluso los problemas de nacionalidades sojuzgadas: “son las peculiaridades históricas concretas *del problema nacional en Rusia* las que hacen entre nosotros espe-

²⁶ Lenin, “Nuestra Revolución” (A propósito de las notas de N. Sujánov)”, *Obras completas*, t. XXXIII, p. 439.

²⁷ Martí, “Una distribución de diplomas en un colegio de Estados Unidos”, *O. C.*, t. VIII, p. 442.

cialmente urgente el reconocimiento del derecho de las naciones a la autodeterminación en la época que atravesamos”.²⁸ No en balde para Lenin “Rusia [...] se encuentra en la línea divisoria entre los países civilizados y los que por primera vez son arrastrados de modo definitivo [...] a la civilización”. Cuatro años atrás (1919), con un lenguaje que nada debía a la economía y sí a un mesianismo exaltado, había escrito el poeta Alejandro Blok en “Los escitas”: “éramos un escudo entre contrarios: / los mongoles y Europa”. La estrofa anterior de aquel poema dice: “Millones sois. Mar somos, mar, mar infinita. / Combatidnos: ¡corred el riesgo! / ¡Somos asiáticos, somos escitas, / con ansia en los ojos al sesgo!”

Es singular que, mientras los “europeos” de la Segunda Internacional reiteran una posición eurocéntrica que en el caso de ellos, quienes ya vivían la época del imperialismo, significaba un retroceso que anunciaba su conciliación con la burguesía, Lenin rechaza desde el primer momento esa visión, y asume otra radicalmente distinta. Ya al comentar “El congreso socialista de Stuttgart”,²⁹ en 1907, llama la atención sobre un proyecto de resolución

²⁸ Lenin, “Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación”, *Obras completas*, t. XX, pp. 403 y 404.

²⁹ Lenin, “El congreso socialista internacional de Stuttgart”, *Obras completas*, t. XIII, pp. 69-75.

según la cual el congreso “no condenaba en principio toda política colonial, que bajo un régimen socialista puede desempeñar un papel civilizador”. Bernstein y otros oportunistas “propusieron que se reconociera la ‘política colonial socialista’”. Lenin comenta: “Ello equivaldría a adoptar abiertamente el punto de vista burgués. Ello significaría dar un paso decisivo hacia la supeditación del proletariado a la ideología burguesa, al imperialismo burgués.” Y yendo más lejos aún en su crítica, añade:

Sólo la clase de los proletarios, que mantiene a toda la sociedad, puede hacer la revolución social. Pues bien, la vasta política colonial ha llevado *en parte* al proletariado europeo a una situación por la que *no* es su trabajo el que mantiene a toda la sociedad, sino el trabajo de los indígenas, casi totalmente sojuzgados, de las colonias [el énfasis es de Lenin].

Las consecuencias que se derivan de esta observación son por supuesto extraordinarias. No es posible compartir el punto de vista de Charles Bettelheim, según el cual este párrafo se limita a describir “algunos efectos económicos del colonialismo y, sobre todo, algunos de sus efectos ideológicos sobre el proletariado: el *chovinismo*”.³⁰ Ni

³⁰ Charles Bettelheim, “Préface” a Arghiri Emmanuel, *L'échange inégal. Essai sur les antagonismes dans les rapports éco-*

la mera lectura del texto ni mucho menos la conducta política de Lenin sobre este asunto autorizan tal limitación (lo cual no significa que lo que dice Bettelheim no haya sido *también* propósito de Lenin). En otras palabras: Lenin *no* se limita ya a tomar en consideración *sobre todo* algunos efectos ideológicos sobre el proletariado de los países capitalistas desarrollados, sino que llama la atención sobre el papel desempeñado por “el trabajo de los indígenas, casi totalmente sojuzgados, de las colonias”, en cuanto a contribuir a *mantener a toda* esa sociedad capitalista desarrollada. Es por esto que, sin desdeñar la misión encomendada a aquel proletariado, hace ver la que están llamados a desempeñar —la que están desempeñando *ya*— dichos indígenas, cuyos movimientos emancipadores, en la etapa imperialista, no pueden, por tanto, sino tener una repercusión mundial, al conmover los cimientos de la propia sociedad capitalista. Por ello Lenin afirmará luego que “el programa de la socialdemocracia debe postular la división de las naciones en opresoras y oprimidas, *como un hecho esencial, fundamental e inevitable bajo el imperialismo*”;³¹ por eso insistirá en que “el capitalismo ha dividido

nomiques internationaux, París, François Maspero, 1969, p. 18. Cursivas de Bettelheim.

³¹ Lenin, “La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación (tesis)”, *Obras completas*, t. XXII, pp. 154 y 155.

a las naciones, por un lado, en un pequeño número de naciones opresoras, de grandes potencias (imperialistas), de naciones que gozan de todos los derechos y privilegios, y, por otro, en una inmensa mayoría de naciones oprimidas, dependientes y semidependientes, que no disfrutaban de todos los derechos”;³² por ello dirá claramente que en los países imperialistas la exportación de capital “imprime un sello de parasitismo a *todo el país*, que vive de la explotación del trabajo de unos cuantos países y colonias de ultramar”;³³ por eso, en fin, llegará a proclamar que “la revolución *socialista* no será sólo, ni principalmente, la lucha de los proletarios revolucionarios de cada país contra su burguesía, sino que, además, será la lucha de todas las colonias y de todos los países oprimidos por el imperialismo, la lucha de todos los países dependientes contra el imperialismo internacional”.³⁴

En el acercamiento de Lenin a esta cuestión, no hay pues la menor actitud paternalista. Hay, en cambio, la clara comprensión de *otro problema*. Las tareas del proletariado de los países capitalis-

³² Lenin, “Carta a los obreros y campesinos de Ucrania con motivo de las victorias sobre Denikin”, *Obras completas*, t. XXX, p. 289.

³³ Lenin, “El imperialismo, fase superior del capitalismo”, *Obras completas*, t. XXII, p. 292.

³⁴ Lenin, “Informe en el segundo Congreso de Rusia de las organizaciones comunistas de los pueblos de Oriente”, *Obras completas*, t. XXX, p. 154.

tas avanzados y las tareas inmediatas de las fuerzas más progresistas de los países sojuzgados, no son las mismas, pero el fenómeno imperialista hace que puedan y deban ser convergentes: habrán de serlo en este país “situado en la línea divisoria”, que vendrá a ser la Rusia de 1917. Que ella fue, entonces, el eslabón más débil de la cadena imperialista, se ha convertido en una metáfora clásica, lo que es justo. Pero es conveniente no olvidar tampoco este carácter *limítrofe* entre la presunta “civilización” y la presunta “barbarie” del país donde por vez primera en la historia comenzará a hacerse realidad el socialismo. El país donde tuvo lugar este hecho grandioso, *en cierta forma* era, también, un país de los nuestros.

Por supuesto, un papel fundamental ocupa, en el tratamiento leninista de este problema, su conducta como hombre de gobierno. En este sentido, su grandeza es, si cabe, mayor aún, por el acuerdo magnífico entre palabras y actos. En el alba misma de la Revolución de Octubre, el memorable Segundo Congreso de los Soviets de diputados, obreros y soldados de toda Rusia, al dirigirse el 25 de octubre de 1917 “a los obreros, a los soldados, a los campesinos”, garantiza “a todas las naciones que pueblan Rusia el verdadero derecho de autodeterminación”;³⁵ y al día siguiente, el “Infor-

³⁵ Lenin, “¡A los obreros, a los soldados, a los campesinos!”, *Obras completas*, t. XXVI, p. 233.

me sobre la paz”, después de expresar que “el Gobierno considera la paz inmediata, sin anexiones (es decir, sin conquistas de territorios ajenos, sin incorporación de pueblos extranjeros por la fuerza), y sin indemnizaciones, como una paz justa y democrática”, aclara:

De acuerdo con la conciencia jurídica de la democracia en general, y de las clases trabajadoras en particular, el Gobierno entiende por anexión o conquista de territorios ajenos toda incorporación a un Estado grande y poderoso de una nacionalidad pequeña o débil, sin el deseo ni el consentimiento explícito, clara y libremente expresado por esta última, independientemente de la época en que se haya realizado esa incorporación forzosa, *independientemente* asimismo *del grado de civilización o de atraso* de la nación anexionada o mantenida por la fuerza en los límites de un Estado, *independientemente, en fin, de si dicha nación se encuentra en Europa o en los lejanos países de ultramar*.³⁶

Es pues natural que esta cuestión ocupara sitio destacado en la problemática de la Tercera Internacional, la Internacional Comunista, que Lenin se apresura a organizar en 1919. En su segundo

³⁶ Lenin, “Informe sobre la paz”, *Obras completas*, t. XXVI, pp. 235 y 236.

congreso (19 de julio-7 de agosto de 1920), Lenin mismo preside la comisión para las cuestiones nacional y colonial, y el 26 de julio lee el informe de trabajo de dicha comisión,³⁷ donde expone que “la idea más importante y fundamental de nuestras tesis” es “la distinción entre pueblos oprimidos y opresores”; y más adelante, que han acordado “por unanimidad decir movimiento nacional-revolucionario en vez de movimiento ‘democrático-burgués’”, explicando: “el sentido de esta sustitución consiste en que los comunistas debemos apoyar y apoyaremos los movimientos burgueses de liberación de las colonias sólo cuando estos movimientos sean realmente revolucionarios”.

Y no se trata sólo de apoyarlos a realizar metas inmediatas democrático-burguesas, puesto que “la fase capitalista del desarrollo de la economía nacional” no “es inevitable para los pueblos atrasados que ahora se liberan”. A fin de que esto se haga realidad, “la Internacional Comunista debe formular y fundamentar teóricamente la tesis de que, con la ayuda del proletariado de los países avanzados, los países atrasados pueden pasar al régimen soviético y, a través de determinadas fases de desarrollo, al comunismo eludiendo la fase capitalista de desarrollo”; lo cual, por supuesto, presupone “la

³⁷ Lenin, “Informe de la comisión nacional y colonial”, *Obras completas*, t. XXXI, pp. 229-234.

importancia del trabajo revolucionario de los partidos comunistas [de los países capitalistas “desarrollados”] no sólo en sus respectivos países, sino también en los países coloniales”.

Un año más tarde, al celebrarse el Tercer Congreso de la Internacional (22 de junio-12 de julio de 1921), Lenin volverá a subrayar “el significado del movimiento de las colonias”:

en las futuras batallas decisivas de la revolución mundial, el movimiento de la mayoría de la población del globo terráqueo, encaminado en sus comienzos hacia la liberación nacional, se volverá contra el capitalismo y el imperialismo, y desempeñará probablemente un papel revolucionario mucho más importante de lo que esperamos.³⁸

Entre los numerosísimos textos que ratifican la importancia decisiva del aporte de Lenin a esta cuestión, hay al menos un testimonio que no quisiera pasar por alto, dada su relevancia excepcional: el de Ho Chi Minh. El extraordinario dirigente vietnamita que acaba de morir, evocó en 1960, en páginas particularmente sinceras y vívidas, cuál había sido el camino que lo llevara al leninismo; y su testimonio adquiere una fuerza luminosa —so-

³⁸ Lenin, “Informe sobre la táctica del P.C.R.”, *Obras completas*, t. XXXII, p. 475.

bre todo si lo comparamos con un caso como el de Martí, años atrás— a fin de comprender qué significó la contribución de Lenin al acercar las dos perspectivas de la revolución mundial. Hablando de los años inmediatos al triunfo de la Revolución de Octubre, escribió Ho:

En esa época apoyé la Revolución de Octubre sólo por instinto, sin comprender todavía su importancia histórica. Amaba y admiraba a Lenin porque era un gran patriota que había liberado a sus compatriotas; hasta entonces no había leído un solo libro de él [...] Lo que más me interesaba saber —y esto era precisamente lo que no se discutía en las asambleas [de socialistas franceses sobre las distintas Internacionales]— era cuál Internacional estaba a favor de los pueblos de los países coloniales. [...] Formulé esta pregunta —la más importante a mi parecer— en una asamblea. Algunos camaradas me contestaron: es la Tercera Internacional, no la Segunda. Y un camarada me dio a leer la “Tesis sobre las cuestiones nacional y colonial” de Lenin, publicada en *L'Humanité*. [...] Había en esta tesis términos difíciles de entender. Pero a fuerza de leer y releer pude finalmente captarla casi en su totalidad. ¡Cuánta emoción, entusiasmo, claridad y confianza infundió en mí! ¡Lloraba de alegría! Aunque estaba sentado solo, en mi cuarto, grité como si me estuviera dirigiendo a grandes masas: “¡Queridos mártires

compatriotas! Esto es lo que necesitamos, ¡éste es el camino de nuestra liberación!” [...] Después de esto tuve plena confianza en Lenin, en la Tercera Internacional [...] *En un principio, el patriotismo, aún no el comunismo, me llevó a tener confianza en Lenin*, en la Tercera Internacional. Paso a paso, durante la lucha, combinando el estudio del marxismo-leninismo con las actividades prácticas, llegué gradualmente a la conclusión de que sólo el socialismo y el comunismo pueden liberar de la esclavitud a las naciones oprimidas y a los trabajadores de todo el mundo.³⁹

Ya mucho antes, cuando aún no utilizaba ese seudónimo con que será conocido para siempre, Ho Chi Minh había señalado esa significación de Lenin. En 1924, al intervenir en el Quinto Congreso Mundial de la Internacional Comunista, explicaba: “Se puede decir pues, sin exageración, que mientras el Partido Comunista francés y el Partido Comunista inglés no apliquen una política verdaderamente activa en las cuestiones coloniales y no establezcan contactos con las masas de las colonias, sus vastos programas serán letra muerta *porque van en contra del leninismo*”.⁴⁰

³⁹ Ho Chi Minh, *Selected works*, vol. IV, Hanoi, 1962, pp. 448-450.

⁴⁰ Ho Chi Minh, “Intervención en la cuestión nacional y la cuestión colonial en el Quinto Congreso Mundial de la

Y dos años después, en 1926, al hablar de “Lenin y el Oriente”:

La política colonial de la Segunda Internacional, más que cualquier otra, puso al descubierto la verdadera cara de esta organización pequeñoburguesa. Por tanto, *hasta la revolución de Octubre, las teorías socialistas se consideraban teorías especialmente reservadas para los blancos, un nuevo instrumento de engaño y explotación [...] Lenin abrió en varias colonias una nueva etapa realmente revolucionaria.*⁴¹

Recordemos la desconfianza de Martí hacia la validez que las teorías europeas o norteamericanas, incluso las socialistas, podrían tener para lo que significativamente llamó “nuestra América mestiza”: “Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyès no se desestanca la sangre cuajada de la raza india”, escribió en el imprescindible “Nuestra América” (1891); y también: “Ni el libro europeo ni el libro yanqui daban la clave del enigma hispanoamericano.”⁴² Recordemos aquella desconfianza, y oigamos de nuevo a Ho: “Hasta la Revo-

Internacional Comunista”, en *Oeuvres choisies*, t. I, Hanoi, ÉLÉ, 1960, p. 176.

⁴¹ *Ibid.*, p. 170.

⁴² José Martí, “Nuestra América”, *O. C.*, t. VI, pp. 15 y 23.

lución de Octubre, las teorías socialistas se consideraban [por los coloniales] teorías reservadas especialmente para los blancos, un nuevo instrumento de engaño y explotación.” A esta luz, tengamos en cuenta que Martí murió peleando en una pequeña colonia veintidós años antes de la Revolución de Octubre, a la que no dudamos que hubiera saludado con el fervor no sólo de un Sun Yat-sen, sino incluso de un Ho Chi Minh, a quien, según sus sabias palabras, “en un principio el patriotismo, aún no el comunismo”, fue lo que “llevó a tener confianza en Lenin”. En otra ocasión, será necesario detenerse más en la cercanía entre estas dos grandes figuras: el cubano y el vietnamita. Un solo elemento más querría añadir ahora: en octubre de 1945, en medio de una guerra de liberación nacional que aún no ha terminado, y es un ejemplo mayor en nuestro siglo, Ho explicaba en su “Discurso a los franceses de Indochina”: “Nuestra lucha no se dirige contra Francia ni contra los franceses honestos, pero sí luchamos contra la cruel dominación del colonialismo francés en Indochina.” ¿Cómo podemos leer estas palabras sin recordar que medio siglo atrás había escrito José Martí en el *Manifiesto de Montecristi*: “La guerra no es contra el español, que en el seguro de sus hijos y en el acatamiento a la patria que se gane podrá gozar respetado, y aun amado, de la libertad...”? Entre un dirigente y otro, encabezando ambos lu-

chas decisivas para liberar sus patrias, vencer el mismo imperialismo y afirmar en el planeta todo el triunfo de “los pobres de la tierra”, hay afinidades profundas: sólo que Ho, más cercano en el tiempo, pudo beneficiarse ya de la lección, del ejemplo de quien ratificó para el socialismo un horizonte realmente mundial. De ahí que no sea extraño que cuando, al cumplirse el centenario del nacimiento de Martí, y nutridos por su ideario democrático, revolucionario y antimperialista, un grupo de jóvenes encabezados por Fidel Castro marche a asaltar el cuartel Moncada, y encienda así lo que será la primera llamada de la revolución socialista latinoamericana, queden entre sus papeles textos de Lenin, leídos en los preparativos del asalto. La lección de esos textos crecería. Como Ho Chi Minh años atrás, aquellos patriotas, en quienes volvía a cobrar vida José Martí, iban a encontrar, luchando, la verdad del socialismo en los hechos mismos y en las palabras ardientes del gran conductor del proletariado mundial.

MARTÍ Y HO CHI MINH, DIRIGENTES ANTICOLONIALISTAS*

En 1858 —diez años antes de que los cubanos comenzáramos nuestra larga guerra de independencia, al cabo de la cual España perdería sus últimas posesiones americanas y asiáticas—, la Francia burguesa se hallaba a la caza de colonias: ese año, sus tropas atacan el puerto anamita de Danang, e inician una guerra de conquista que se extenderá hasta 1884, con hiatos como el provocado por la Intervención Francesa en México.¹ En 1885, un país milenario, “Viet-Nam entero, ha dejado de constituir un estado independiente”.² En 1887, Francia

* Trabajo publicado por primera vez en *Casa de las Américas*, núm. 63, noviembre-diciembre de 1970.

¹ “Un siècle de lutttes nationales (1847-1945)”, en *Études Vietnamiennes*, núm. 24, Hanoi [1970], p. 15.

² Jean Chesneaux, “Breve histoire du Vietnam”, en *La Nouvelle Critique*, marzo de 1962, p. 22.

crea la Unión Indochina, formada, además de por las tres secciones en que dividió artificialmente a Vietnam (Cochinchina, al sur; Annam, al centro, y Tonkin, al norte), por el reino Khmer (Camboya) y el Reino Lao (Laos). La dramática actualidad que los últimos acontecimientos han dado a esta zona del planeta añade mayor interés aún a las palabras con que, años después, describiría Ho Chi Minh este proceso:

El colonialismo francés no varió su divisa: “Dividir para reinar”. Por ello, el imperio de Annam [obsérvese que Ho utiliza aquí este nombre para designar a toda Indochina, y las más de las veces a Vietnam] —este país habitado por un pueblo descendiente de la misma raza, con las mismas costumbres, la misma historia, las mismas tradiciones y el mismo idioma—, fue dividido en cinco partes. Por medio de esta división hipócritamente explotada, esperan enfriar los sentimientos de solidaridad y de fraternidad en el corazón de los anamitas y remplazarlos por un antagonismo de hermanos contra hermanos. Después de enfrentarlos entre sí, los mismos elementos fueron reagrupados artificialmente en una “unión”, la Unión Indochina.³

³ Ho Chi Minh, “El proceso de la colonización francesa”, en *Oeuvres choisies*, t. I, Hanoi, ÉLÉ, 1960, p. 324.

Solo dos años después de constituida esta Unión Indochina, Martí escribe, en 1889, el artículo famoso que tanto se ha citado: “Un paseo por la tierra de los anamitas”, en su revista para niños *La Edad de Oro*. Es singular que se detuviera en aquel lejano país, el único en merecer todo un artículo en *La Edad de Oro*. Pero es bastante probable que la prensa europea y norteamericana de la época se hubiera hecho eco de la reciente “hazaña” francesa como para que la noticia llamara la atención del periodista alerta que siempre fue Martí. Por otra parte, cierto “orientalismo” que tan atrayente fue para los modernistas, y que ejemplificaría en especial nuestro patético Casal, debió hacerle particularmente interesantes los aspectos refinados de aquella cultura delicada en que las campesinas parecen princesas. Pero lo verdaderamente original del trabajo, y lo que le da vigencia aún en nuestros días, es el punto de vista a partir del cual está escrito, la perspectiva anticolonialista —la cual difícilmente encontraría Martí en la prensa euronorteamericana de donde han debido provenir los datos utilizados para el artículo—. Con esa perspectiva, Martí se vuelve sobre una de las comarcas de más reciente incorporación al mundo colonizado, para tomar partido, una vez más, por “los pobres de la tierra”, exaltando de paso, con la amorosa belleza de su palabra, las excelencias de una cultura no “occidental”, creadora de valores

distintos y perdurables. Este Martí de 1889 es ya el de la madurez, para el cual la lúcida visión anticolonialista, en el ámbito planetario, es la columna vertebral de su concepción histórica. Es interesante considerar, en este sentido, los otros trabajos que consagra a los privilegiados lectores juveniles de la que probablemente sea la más sensacional revista para niños que nunca haya existido: allí, en *La Edad de Oro*, hay cuentos y poemas memorables, y también artículos en que nada se ha descuidado en la información y la orientación ideológica, y constituyen un ejemplo viviente de cómo quería Martí que se formaran los hombres futuros de nuestra América: textos sobre artes y técnicas de todo el mundo (señal de una inconfundible abertura en el saber), y en cada número, de los cuatro con que al cabo contó la publicación, un artículo en que esa central visión anticolonialista se hacía ver claramente. La evocación conmovida de “Tres héroes” magnos de la independencia continental hispanoamericana (Bolívar, Hidalgo, San Martín), en el primer número. En el segundo, la visión reivindicadora de “Las ruinas indias”, en que destaca el carácter original, autóctono, de los primeros habitantes de América: “Ellos imaginaron su gobierno, su religión, su arte, su guerra, su arquitectura, su industria, su poesía. Todo lo suyo es interesante, atrevido, nuevo”. En el tercer número, un retrato de un europeo excepcional: “El

Padre Las Casas”, precisamente el hombre que no será exagerado considerar como iniciador del pensamiento anticolonialista. En la más reciente historia de la civilización precolombina, ha escrito de él Laurette Sejourné:

[Las Casas] en el amanecer de la dominación occidental, miembro privilegiado de la comunidad que logró la más grande empresa colonialista de todos los tiempos —la única que borró para siempre el mundo que se apropió—, muchos siglos antes de las luchas anticolonialistas denunció el carácter del sistema colonial, sus diversos modos de acción degradante, con la fogosa agudeza que caracteriza a los más recientes heraldos de los pueblos oprimidos.⁴

En este contexto de profunda inspiración anticolonialista aparece como artículo especialmente ideológico, en el que sería ya el último número de la revista, “Un paseo por la tierra de los anamitas”. Después de haber presentado los dos extremos en que se asienta el anticolonialismo de nuestra América —sus guerras de independencia, su rico pasado preuropeo—; después de haber rendido homenaje al padre del pensamiento anticolonial, en el

⁴ Laurette Sejourné, *América Latina. I. Antiguas culturas precolombinas*, trad. de Josefina Oliva de Coll, Madrid, Siglo XXI, 1971, pp. 78 y 79.

seno mismo del primer gran imperio colonial moderno, Martí desborda las fronteras americanas, para considerar una de las más recientes depredaciones coloniales: la sujeción, en el otro extremo del planeta, de otros hombres que “tanto como los más bravos, pelearon y volverán a pelear, los pobres anamitas, los que viven de pescado y arroz y se visten de seda, allá lejos, en Asia, por la orilla del mar, debajo de China”. Asumiendo —como tan frecuente es en su estilo— la voz de aquellos hombres, Martí nos hace escucharles decir:

Cuando los franceses nos han venido a quitar nuestro Hanoi, nuestro Hue, nuestras ciudades de palacios de madera, nuestros puertos llenos de casas de bambú y de barcos de junco, nuestros almacenes de pescado y arroz, todavía, con estos ojos de almendra, hemos sabido morir, miles sobre miles, para cerrarles el camino. Ahora son nuestros amos; pero mañana ¡quién sabe!

No es raro que en estos años los cubanos hayamos citado con tanto orgullo estas palabras visionarias —cuyo pleno valor no está en la profecía lanzada al aire, sino en la rica textura de un pensamiento anticolonialista, algunos de cuyos hitos están a la luz en la misma *Edad de Oro*—; ni que se llamara la atención sobre otras circunstancias, ya aleatorias: que al año de escribirse estas

palabras naciera Nguyen That Thanh, a quien se conocería sobre todo con su seudónimo último de Ho Chi Minh; o que —suceso en verdad notable— el 19 de mayo fuera el día de morir para el cubano, en 1895, y el de nacer, cinco años antes, para el vietnamita. Estos hechos, por atractivos que sean en algunos aspectos, no son sino azares, y a lo más pueden contribuir a alimentar una visión delirante de la historia. Otras circunstancias, ya difícilmente imputables al azar, acercan a estos héroes epónimos, y merecen destacarse para aprehender una especie de tipología del dirigente anticolonial en estos años en que concluye un mundo y surge otro.

Antes de señalar esos hechos que los acercan, recordemos de entrada que estos hombres no sólo han nacido en los extremos del mundo y a cuarenta años de distancia, sino, sobre todo, que entre uno y otro media un acontecimiento definitivo para el destino de las luchas anticoloniales: la Revolución de Octubre de 1917, que tiene lugar veintidós años después de muerto Martí, y en cambio marcará al joven Ho, decidiendo su vida. No podemos, pues, esperar una correspondencia mecánica entre ambas existencias, pero las cercanías, como dije, son enormes y ejemplares.

En primer lugar, estos hombres, de origen humilde, niños aún —no es extraño que conservaran luego tal interés por la niñez—, se forman

tempranamente como integrantes de su maltratada comunidad nacional, adquieren una conciencia precoz de ser ese *colonizado* del que, entrado el siglo XX, nos darán retratos penetrantes el tunecino Albert Memmi o el martiniqueño Frantz Fanon.⁵ Casi adoptado por un maestro y escritor patriota el uno —Martí—, e hijo de letrado pobre el otro —Ho—, a ambos se les transmite rápidamente una herencia de pensamiento y acción independentistas que inflama sus conciencias juveniles. El discípulo de Mendive (y por ello el heredero también de Luz), el joven cubano que asiste en casa de su maestro a tertulias antiespañolas, ha sido incluso testigo, en plena niñez, de los horrores de la esclavitud (afirmando luego que juró entonces “lavar con su vida el crimen”), y unos años más tarde, del estallido bélico de 1868, al que dedica uno de sus primeros poemas, y habrá de costarle, al cabo, la cárcel, que precipitará aún más su maduración. Apenas es un adolescente, cuando ya es un cubano pleno. De Ho Chi Minh nos dice su biógrafo Troung Chinh:

Los relatos acerca de los héroes nacionales y de los mártires oriundos de Nghe An [la provincia natal

⁵ Cfr. Albert Memmi, *Portrait du colonisé*, París, Payot, 1966 y Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*, trad. de J. Campos, La Habana, Venceremos, 1965.

de Ho] y Ha Tinh, tales como Mai Hac De, Ngyen Quang Trung, etc., que en su niñez escuchaba, estimularon en él, prematuramente, el patriotismo, la voluntad de independencia y la soberanía. El *Movimiento Antifrancés de los Letrados (Van Than)* de Phan Dinh Phung, el *Movimiento de los Viajes hacia el Este (Dong Du)* de Phan Boi Hau en Vietnam central, el *Movimiento de Enseñanza Patriótica Gratis (Dong Kinh Nghia Thuc)* y la guerra de guerrillas de Hoang Hoa Tham en Vietnam septentrional, grabaron en su memoria profundas impresiones, y le permitieron desde su adolescencia tener en cuenta los causantes de las derrotas o de los triunfos de cada movimiento patriótico en aquel tiempo.⁶

Y es decisivo que tan prontamente se hayan formado como patriotas, que hayan adquirido con rapidez conciencia de coloniales rebeldes, porque ambos, adolescentes aún, abandonarán su patria, e irán a otros países, especialmente metropolitanos —desterrado el cubano; con el fin de “ver cómo se vive y qué se hace allá para poder luego ayudar exitosamente a sus compatriotas”, el vietnamita —; ⁷ después de la entrañable experiencia nacional,

⁶ Troung Chinh, *El presidente Ho Chi Minh, venerable líder de la clase obrera y del pueblo de Vietnam*, La Habana, Instituto del Libro, 1969, p. 10.

⁷ *Ibid.*, p. 11.

que marca a fuego para siempre sus espíritus, el conocimiento del mundo, sobre todo el mundo metropolitano. Más relevantes que aprendizajes y oficios accidentales, dos aspectos son aquí dignos de destacarse: la ampliación del saber, el encuentro con un universo moderno de ideas en el cual situar sus preocupaciones locales; y la certidumbre de la dificultad para el metropolitano de llegar a comprender desde dentro la problemática del colonial.

Tanto Martí como Ho se esforzarán desde muy pronto en *mostrar* con crudeza a ese metropolitano los horrores del colonialismo: Martí, en *El presidio político en Cuba* (1871), publicado a sus dieciocho años, ese texto del que ha podido escribir recientemente Juan Losada:

En *El presidio político en Cuba*, el joven revolucionario entra de lleno en un conjunto de unidades que configuran el sistema ideológico que sustenta la institución colonialista, para invalidarla [...] Los presidios constituyen una realidad oculta de las sociedades coloniales. Y esta realidad subterránea muestra sin velos de ninguna clase el hueso sin carnadura que sostiene a un régimen colonial y opresor. El despotismo político, la tiranía colonizadora, nos descubren su plena desnudez en los presidios. Y cuando el presidio es político, hallamos el infierno de la sociedad colonial. Por eso hay mucho de parábola en

El presidio político en Cuba, pues este constituye una especie de historia del infierno [...].⁸

Ho, por su parte, ha realizado esa denuncia del “hueso sin carnadura que sostiene a un régimen colonial”, en muchos de sus artículos iniciales (por ejemplo, “Odio racial”, “La mujer anamita y la dominación francesa”, “Las condiciones del campesino anamita”, “Linchamiento”), pero sobre todo en uno de sus textos más importantes: el implacable *Proceso de la colonización francesa* (1925), que escribió incluso originalmente en francés, para asegurarse una comunicación directa con el lector de su metrópoli. Como Martí en *El presidio político en Cuba*, arrojado a la cara del lector español, este *Proceso* de toda la colonización francesa (no sólo la de Indochina: también se toman en cuenta otras regiones, como Argelia, Marruecos, Martinica, Siria...), este juicio que tiene lugar ante los ojos del espectador francés, revela hechos concretos y atroces, y no frías especulaciones: ha podido decir un comentarista que a Ho “le interesaba mucho más demostrar que tal o cual funcionario francés, con un nombre específico, era un sádico [...] que atacar pacientemente las estructuras coloniales

⁸ Juan Losada, *Martí, joven revolucionario*, La Habana, Comisión de Estudios Históricos de la Unión de Jóvenes Comunistas, 1969, p. 47.

con la esperanza de que darían, a su debido tiempo y por su propia voluntad, una pequeña oportunidad de autogobierno a la nación sometida". Por ello el *Proceso* "es en realidad una serie de panfletos altamente emotivos que denuncian los múltiples abusos del sistema colonial francés".⁹ ¿No podría decirse esto mismo de *El presidio...* en relación con el sistema colonial español?

Que estas páginas lancinantes conmovieran o no a sus eventuales destinatarios, es cuestión conjetural. Lo cierto es que muy pronto comprendieron sus autores que la liberación de sus países no podría provenir de las naciones colonialistas —*ni siquiera de aquellos sectores de esas naciones que, al parecer, coincidían ideológicamente con las fuerzas libertadoras de las colonias*—. Esto es lo que Martí expone tempranamente en su folleto de 1873 *La República española ante la Revolución cubana*, donde increpa: "No se infame la República española, no detenga su ideal triunfante, no asesine a sus hermanos, no vierta la sangre de sus hijos sobre los otros hijos, no se oponga a la independencia de Cuba. Que la República de España sería entonces República de sinrazón y de ignominia, y el Gobierno de la libertad sería esta vez gobierno liberticida." (Ya

⁹ Bernard B. Fall, "Perfil de Ho Chi Minh", en *Ho Chi Minh en la revolución*, trad. de N. Blanc, México, Siglo XXI, 1968, pp. 2 y 3.

el año anterior, ante las perspectivas de una República española, y desde el propio campo de batalla, Carlos Manuel de Céspedes había escrito a los republicanos españoles: “Vosotros sois nuestros correligionarios políticos, o sois unos apóstatas”.¹⁰ No fueron lo primero).

Sería forzar la mano afirmar que Ho confrontó una situación *idéntica* en su caso. Su metrópoli, Francia, no conoció (no conoce aún) el establecimiento de un Estado socialista que hubiera equivocado, para su causa, a la República burguesa a que se dirigieron Céspedes y Martí. Pero sí es cierto que Ho se vio obligado a censurar en los partidos marxistas metropolitanos la carencia de una actitud consecuente en lo tocante al hecho colonial:

Se puede decir pues, sin exageración [afirmó, por ejemplo, en 1924], que mientras el Partido Comunista Francés y el Partido Comunista Inglés no apliquen una política verdaderamente activa en las cuestiones coloniales y no establezcan contactos con las masas de las colonias, sus vastos programas serán letra muerta. Esos programas serán letra muerta porque van en contra del leninismo.¹¹

¹⁰ Citado en Raúl Aparicio, “Sondeo en Céspedes”, en *Casa de las Américas*, núm. 50, septiembre-octubre de 1968, p. 71.

¹¹ Ho Chi Minh, “Intervención sobre la cuestión nacional y la cuestión colonial en el Quinto Congreso Mundial de la Internacional Comunista”, en Ho Chi Minh, *op. cit.*, p. 176.

Una de las más visibles consecuencias del hecho anterior es la voluntad de ambos dirigentes de darse a organizar los elementos coloniales mismos con vistas a lograr con sus propios esfuerzos su liberación. En 1880, en relación con la llamada “Guerra Chiquita”; en 1884, vinculado al plan Gómez-Maceo; y especialmente en la última etapa de su vida, a partir de 1891, como alma del Partido Revolucionario Cubano, que se propone lograr la independencia de Cuba y Puerto Rico, Martí desplegará sus condiciones de organizador genial. Por su parte, al margen de su militancia en partidos europeos, Ho contribuye incansablemente a hacer realidad organizaciones políticas de coloniales: el Grupo de los Patriotas Vietnamitas Residentes en Francia, la Liga de los Pueblos Coloniales, la Unión de la Juventud Revolucionaria de Vietnam, la Unión de los Pueblos Oprimidos del Asia Oriental, e incluso, ya en 1930, el Partido Comunista Vietnamita. El resto de la extraordinaria actividad de Ho —la fundación de la Liga por la Independencia de Vietnam (Frente de Viet minh), la lucha antifrancesa primero y antinorteamericana luego—, actividad que le daría renombre mundial y valor imperecedero, requiere por supuesto un trabajo especial.

Pero otra singular —y casi paradójica— consecuencia de la dificultad para hacer comprender a las metrópolis la necesidad de poner en justo plano

la independencia de las colonias es el desarrollo en Martí y Ho de un agudo sentimiento internacionalista, un patriotismo profundo y explícito, limpio a la vez de toda sombra de chovinismo y, por el contrario, volcado sobre el mundo. Martí no se considerará encabezando sólo la guerra cubana; ni siquiera la que debe liberar a Cuba y Puerto Rico, sino que se sentirá responsable de *nuestra América* toda —ese pedazo del orbe colonial o semicolonial que él es el primero en comprender plenamente en sus estructuras y relaciones—, e incluso llegará a considerar que la guerra que prepara contribuirá al “equilibrio aún vacilante *del mundo*”. Por su parte, Ho Chi Minh no sólo es el padre de la nación vietnamita, sino que su constante interés va a toda Indochina, a los pueblos coloniales en su conjunto, y aun a los pueblos metropolitanos, cuyas clases populares ven dificultadas sus necesarias revoluciones por la ceguera de algunos de sus dirigentes ante los problemas coloniales. Estos héroes de pequeños países aparentemente secundarios han logrado así alzarse a un verdadero sentimiento internacionalista: cualquiera de ellos podría haber pronunciado la sentencia admirable: “Patria es humanidad”.

Sin duda ha contribuido a esta internacionalización de su visión, la circunstancia particularmente dramática de que ambos dirigentes hayan tenido que luchar, en sus vidas, contra metrópolis que se relevaban, ocupando una nueva y poderosa,

el sitio dejado vacante por otra ya decadente. En el caso de Martí, su revolución independentista, anticolonial, es la primera en el mundo en sufrir este amargo destino. Cuando le escribe a Mercado que su deber es “impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas y Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”, y le añade: “Cuanto hice hasta hoy y haré, es para eso”, sabemos que esta última declaración sólo es cierta a partir de determinada fecha. Los primeros años de la vida política de Martí han estado consagrados a luchar contra España, la metrópoli ostensible de Cuba. Sólo entrada la década de los ochenta del pasado siglo Martí comprende que la lucha contra España debe realizarse, pero teniendo como fondo la inevitable lucha contra la nueva metrópoli, los Estados Unidos. La situación ha sido bastante más obvia —y terriblemente dolorosa— en el caso de Ho Chi Minh. Cuando los patriotas vietnamitas derrotan a las tropas francesas en 1954, la mayor parte de ese ejército derrotado ya estaba sostenido por Estados Unidos. Lo demás es la historia trágica y ejemplarizante de estos años: el ataque bárbaro y directo del imperialismo norteamericano, y la victoria segura de un pueblo impar que ha tenido a un dirigente excepcional.

Estos hombres, que salieron adolescentes aún de sus lejanas colonias; que vivieron para ellas, con

su quemante memoria en el corazón; que organizaron los movimientos para liberarlas; que dialogaron con el mundo y sostuvieron las ideas más avanzadas de su época; que regresaron a su tierra a la hora de pelear por la independencia y la libertad, no pueden ser tan parecidos sino porque la historia les exigió cumplir funciones similares, y ellos estuvieron a la altura de esas exigencias. Fueron los dirigentes magnos de un mundo ayer lateral, de un mundo de colonias donde se reveló también la verdad de la existencia del hombre contemporáneo. Con cuánta satisfacción leí en el prólogo al libro *Para el expediente de la tercera guerra: testimonios sobre el caso Vietnam*, que el viejo rebelde, lascasiano, que fue Bertrand Russell, señalaba allí que había dos tipos de hombres: los que, como Eichman, afirman: “sólo proporcionamos la plataforma”, los que simbolizan “a la humanidad siniestra”; y los que, como José Martí, proclaman: “ver en calma un crimen es cometerlo”. “Martí”, añade Russell, “expresa el sentido libre y alerta de la responsabilidad humana: la indignación ante la justificación del horror y el desprecio por la evasión moral”.¹² De Martí, tan luminosamente citado

¹² Bertrand Russell, “A la conciencia de la humanidad”, en Marcus G. Raskin y Bernard B. Gerhard [trads.], *Para el expediente de la tercera guerra: testimonios sobre el caso Vietnam*, México, Siglo XXI, 1967, p. [xi].

al frente de este volumen sobre Vietnam, como de Ho, puede decirse lo que de este último recogió su biógrafo: cada uno de ellos fue “fiel a la patria, piadoso hacia el pueblo”.¹³

¹³ Chinh, *op. cit.*, p. 78.

LA REVELACIÓN DE NUESTRA AMÉRICA*

Cuando Martí, a comienzos de 1891, da a conocer su artículo programático “Nuestra América”,¹ tiene plenamente formada su concepción de la naturaleza y destino de nuestros países. Y esa concepción alimenta ya su discurso de finales de 1889 que ha sido publicado con el nombre “Madre América”.² Por algo ambos textos se relacionan con un acontecimiento fundamental en nuestra historia: el congreso al que los Estados Unidos convocaran en 1888 a los países latinoamericanos, y del cual, realizado entre 1889 y 1890, saldrían la política del

* Prólogo a la selección de obras de José Martí *Nuestra América*, La Habana, 1974.

¹ José Martí, “Nuestra América” (1891), *O. C.*, t. VI, pp. 15-23.

² José Martí, “Madre América” (1889), *O. C.* t. VI, pp. 133-140.

“panamericanismo”, la futura Organización de Estados Americanos. La definición cabal de nuestro verdadero ámbito histórico, pues, es realizada por Martí en contraste con otro ámbito histórico inmediato, que ya no es el de España —ni el de Europa en general—, sino el de lo que Martí llamará “la América europea”,³ cuya encrespada voracidad lo obliga a subrayar con energía los rasgos diferenciadores de nuestra América.

Es imposible limitar a unas líneas la opinión que a Martí le mereció esa reunión celebrada “aquel invierno de angustia”, como escribió al frente de sus *Versos sencillos*, “en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos”.⁴ Baste recordar que en medio mismo de aquel cónclave, el cual encontró en Martí su cronista más lúcido e implacable, lanzó esta advertencia admonitoria:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso,

³ Martí utiliza esta expresión a partir de 1884, año en que aparece en “Una distribución de diplomas en un colegio de Estados Unidos” (1884), *O. C.*, t. VIII, p. 442. No sabemos si antes ha empleado ya esta denominación.

⁴ José Martí, “Prólogo” a los *Versos sencillos* (1891), *O. C.*, t. VI, p. 143.

que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos contra el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.⁵

Dentro del ámbito de esa imprescindible declaración de la segunda independencia latinoamericana se inscriben y alcanzan su pleno sentido sus grandes trabajos “Madre América” y “Nuestra América”: ellos participan de ese grito de independencia que Martí reclamaba agónicamente; en cierta forma, *son* ese grito.

Pero si la dramática coyuntura de la conferencia de Washington de 1889-1890 cataliza la visión martiana de nuestra América, esa visión ha venido forjándose desde muy temprano en él. Repasemos, aunque someramente, el crecimiento de esa visión.

⁵ José Martí, “Congreso Internacional de Washington. Su historia, sus elementos y sus tendencias. I” [1889], *O. C.*, t. VI, 46.

Las primeras preocupaciones políticas de Martí, a sus quince y dieciséis años, no lo remiten todavía a nuestro continente en su conjunto, sino al ámbito inmediato en que se mueve: “O Yara o Madrid”. Cuando por primera vez Martí aborda explícitamente los países hispanoamericanos, es en *El presidio político en Cuba* (1871). Allí escribe:

México, Perú, Chile, Venezuela, Bolivia, Nueva Granada, las Antillas [...] De todas quebrasteis la libertad; todas se unieron para colocar una esfera más, un mundo más en vuestra monárquica corona. [...] España recordaba a Roma. [...] César había vuelto al mundo y se había repartido en vuestros hombres, con su sed de gloria y sus delirios de ambición [...]. Y la tormenta estalló al fin; y así como lentamente fue preparada, así furiosa e inexorablemente se desencadenó sobre vosotros. [...] Venezuela, Bolivia, Nueva Granada, México, Perú, Chile mordieron vuestra mano [...] y la cabeza de la dominación española rodó por el continente americano.⁶

Todavía no se presentan los países latinoamericanos como un todo orgánico, pero ya se ven distintos de España. También durante su prime-

⁶ José Martí, “El presidio político en Cuba” [1871], *O. C.*, t. I, p. 51.

ra estadía española aparecen tempranamente en Martí alusiones a nuestra diferencia con respecto a Estados Unidos.⁷ Ahora bien, aunque esas alusiones están en un cuaderno de apuntes recogidos en las *Obras completas* como “del tiempo en España durante su primera deportación”,⁸ es posible que, al igual que en otras ocasiones, la fecha de redacción no sea ésta. Lo mismo cabe decir de otros apuntes similares, esta vez de México, entre 1875 y 1876, en los cuales Martí niega capacidad estética a Estados Unidos.⁹ Pero dada la importancia que la experiencia mexicana tuvo para Martí, no sería extraño que estos últimos apuntes sí correspondieran a esa época.

Como dijera Andrés Iduarte, Martí, “al llegar a México, encuentra allí la patria grande, la tierra y la gente de América”.¹⁰ En México, donde vivió entre 1875 y 1876, conoce a los aborígenes y sus grandes culturas, monstruosamente dañados por los presuntos “descubridores”; un país que no sólo se independizó de España, sino que perdió la mitad de su territorio arrebatado en una guerra de rapiña por los yanquis; un país que reconquistó su

⁷ José Martí, “Cuadernos de apuntes I” (c. 1871-1874), *O. C.*, t. XXI, pp. 15 y 16.

⁸ *Ibid.*, p. 11.

⁹ José Martí, “Apuntes” (c. 1875-1877), *O. C.*, t. XIX, p. 17.

¹⁰ Andrés Iduarte, *Martí, escritor americano*, México, Cuadernos Americanos, 1945, p. 234.

independencia frente a las tropas agresoras del Segundo Imperio francés: hecho este último que revelaría en toda su grandeza a Benito Juárez. México fue para Martí, a pesar del golpe de Estado de Porfirio Díaz en 1876 —que el cubano repudió sin ambages—, un país ejemplar. Aquel México era el país de las leyes revolucionarias de la Reforma juarista, cuyos dos últimos años alimentaron para siempre a Martí: y “la Reforma simbolizada por Juárez”, como dijera Noël Salomon, “significó un empuje dinámico de los mestizos al irrumpir en el escenario de la historia mexicana. Con la Reforma”, sigue diciendo Salomon, “surgió verdaderamente lo que José Martí bautizó nuestra América mestiza”.¹¹

Sin embargo, la primera maduración de la idea martiana de América, aunque preparada y adelantada en tierras de México —cuyas culturas aborígenes, cuya historia, cuya política, cuyas incipientes luchas obreras, cuyo pensamiento, cuyas letras, cuyo arte le fueron decisivos—, más que en aquel país, vendría a hacerse realidad en Guatemala, en la que vive entre 1877 y parte de 1878 y donde parece trazar un balance inicial de su conocimiento de nuestro continente, de su autoctonía: allí se hacen frecuentes en él conceptos que lo acompaña-

¹¹ Noël Salomon, *Juárez en la conciencia francesa 1861-1867*, México, SRE, 1975, p. 18.

rán hasta el final de sus días. Al comentar códigos nuevos guatemaltecos, escribe en 1877:

Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la injerencia de una civilización devastadora, dos palabras que, siendo un antagonismo, constituyen un proceso; se creó un pueblo mestizo en la forma, que con la reconquista de la libertad, desenvuelve y restaura su alma propia [...] Toda obra nuestra de nuestra América robusta, tendrá, pues, inevitablemente, el sello de la civilización conquistadora; pero la mejorará, adelantará y asombrará con la energía y creador empuje de un pueblo en esencia distinto, superior en nobles ambiciones, y si herido, no muerto. ¡Ya revive!¹²

Ese mismo año, en la que debió ser presentación de la *Revista Guatemalteca*, escribe:

Yo conozco a Europa, y he estudiado su espíritu; conozco a América y sé el suyo. Tenemos más elementos naturales, en estas nuestras tierras, des-

¹² José Martí, "Los códigos nuevos" (1877), *O. C.*, t. VII, p. 98.

de donde corre el Bravo fiero hasta donde acaba el digno Chile, que en tierra alguna del Universo; pero tenemos menos elementos civilizadores, porque somos mucho más jóvenes en historia, no contamos seculares precedentes.¹³

Y en carta a Valero Pujol del 27 de noviembre de 1877: “Les hablo de lo que hablo siempre: de este gigante desconocido, de estas tierras que balbucean, de nuestra América fabulosa [...] ¿qué falta podrá echarme en cara mi gran madre América? ¡Para ella trabajo!”¹⁴

En este fructífero 1877, y en Guatemala, pues, Martí acuña las expresiones “nuestra América” y “madre América”,¹⁵ bocetadas ya en sus artículos mexicanos y que después veríamos reaparecer con tanto fuego y acierto en su madurez. Martí tiene ahora sólo veinticuatro años. Pero ya ha refutado la tesis falaz que en 1845 expusiera Sarmiento sobre la incompatibilidad entre la “civilización” (es decir, lo europeo) y la “barbarie” (lo nuestro, lo au-

¹³ José Martí, “Revista Guatemalteca” (1877), *O. C.*, t. VII, p. 104.

¹⁴ José Martí, Carta a Valero Pujol del 27 de noviembre de 1877, *O. C.*, t. VII, p. 111.

¹⁵ Además de los textos citados, debe tenerse en cuenta el “drama indio” *Patria y libertad*, escrito en Guatemala en 1877. Allí aparecen también “Nuestra América”, *O. C.*, t. XVIII, pp. 131, 139, y “Madre América”, en *ibid.*, p. 134.

tóctono). Martí, en vez de esa oposición, ve cómo en nosotros se armonizan “elementos naturales” y “elementos civilizadores”. Y de ninguna manera puede él aceptar que “civilización” es algo que se ha realizado en otras tierras —concretamente, en Europa— y “barbarie” lo que tiene lugar aquí. Por eso, con respecto a la llegada de los españoles, habla de “la injerencia de *una civilización devastadora*”.

En carta fechada también en Guatemala, el 21 de septiembre de 1877, escribe a su fraterno amigo mexicano Manuel Mercado que considera su misión “dar vida a la América, hacer resucitar la antigua, fortalecer y revelar la nueva”.¹⁶

Cuatro años más tarde, cuando ha vuelto por unos meses a su patria, ha sido nuevamente deportado a España, ha estado por algún tiempo en Estados Unidos, y vivido en otro país nuestro, Venezuela, esta idea volverá a su pluma. En la famosa carta de despedida a Fausto Teodoro de Aldrey, escrita en Caracas el 27 de julio de 1881, le dice: “De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, ésta [Venezuela] es la cuna.”¹⁷

¹⁶ José Martí, “Carta a Manuel Mercado de 21 de septiembre de 1877”, *O. C.*, t. XX, p. 32.

¹⁷ José Martí, “Carta a Fausto Teodoro de 27 de julio de 1881”, *O. C.*, t. VII, p. 267.

Para entonces, las ideas de Martí sobre el carácter específico, distinto, de nuestra América, parecen definitivamente fijadas. Martí ha sabido distinguir a nuestros países de España y en general de Europa. Pero en 1881, en que parte hacia Estados Unidos, donde vivirá los quince años de su radiante madurez, comienza para él un nuevo contrapunto en su diseño de nuestra América: el diálogo crecientemente dramático con la “América europea”. De ese diálogo saldrá una nueva imagen de nuestra América.

Conviene recordar, antes de abordar ese contrapunto, cuál es exactamente la idea que Martí posee, en 1881, de nuestra América, a la que se propone “fortalecer y revelar”: se *fortalece* lo que es débil, y se *revela* lo que se ignora. Que nuestro ámbito histórico es débil, lo ha confesado también en 1877, incluso en medio de la embriaguez de lo que es para él como una epifanía, cuando el 19 de abril de ese año ha escrito a Mercado: “Estos son mis aires y mis pueblos [...] Ni me place oír decir a los extraños [...] que nuestra América enferma carece de las ardientes inteligencias que le sobran.”¹⁸ Y en una anotación hecha en Caracas, en 1881, añade que no “habrá literatura hispanoamericana hasta que no haya Hispanoamé-

¹⁸ José Martí, “Carta a Manuel Mercado de 19 de abril de 1877”, *O. C.*, t. XX, p. 27.

rica”.¹⁹ Es decir, que si para entonces en sus textos *públicos* nos nombra “nuestra América *robusta*”, “nuestra América *fabulosa*”, en sus textos privados nos llama “nuestra América *enferma*”, y habla de que no existe aún Hispanoamérica. O sea, que Martí diseña en el exterior un *proyecto* grandioso para nuestra América, pero en su interior teme por la no realización de ese proyecto, que incumbe a países que ni son colonias del todo ni han dejado enteramente de serlo (véanse los cuadernos que Lenin escribió cuando preparaba *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, para que se asista a sus tanteos al querer clasificar —es decir, al tratar de entender— a estos complejos países nuestros).²⁰ Por eso en su carta a Aldrey de 1881 puede decir que se consagra a la “revelación, sacudimiento y fundación” de nuestra América. La ambición de este último término no escapa a nadie: ya no se trata sólo de revelar y de sacudir, sino de *fundar*. De más está decir que se funda lo que no existe, o lo que no existe *aún*, aunque sí existan ya los elementos para que lo posible devenga real. El Martí que se ha plantea-

¹⁹ José Martí, “Cuaderno de apuntes” (1881), *O. C.*, t. XXI, p. 164.

²⁰ V.I. Lenin, *Obras completas*, t. XXXIX, vol. II. *Cuadernos sobre el imperialismo*, Buenos Aires, 1960, pp. 746 y 749.

do esta descomunal meta es el que parte en 1881 hacia Estados Unidos.

Martí había estado ya durante 1880 en aquel país, e incluso había escrito algunas páginas sobre él. Pero han hecho bien los editores de sus *Obras completas* en separar de sus “Escenas norteamericanas” esas páginas de ocasión concebidas exclusivamente para lectores yanquis. Las “Escenas norteamericanas”, la presentación y análisis martianos de la otra América, son las crónicas que sobre Estados Unidos escribió entre 1881 y 1892 para lectores hispanoamericanos. No me corresponde ahora comentar esos textos impresionantes —ni su análisis completo se ha hecho hasta ahora—, pero no puedo dejar de tenerlos en cuenta, ya que, por una parte, constituyen la visión más detenida que Martí nos haya dejado de un país; y por otra, el conocimiento de ese país iba a revelársele a Martí imprescindible para comprender mejor nuestra propia América, la posibilidad de su realización. “El país industrialmente más desarrollado”, había escrito Marx al frente de *El capital*, “no hace sino mostrar al menos desarrollado la imagen de su propio futuro”. Y también: “una nación puede y debe aprender de las otras”.²¹

²¹ Karl Marx, “Prólogo” a la primera edición del primer tomo [1867] de *El capital*. Crítica de la economía política. Libro primero. El proceso de producción del capital, t. I. vol. 1,

Que Martí vio desde muy temprano diferencias entre las dos Américas, lo sabemos por sus apuntes de España y México. Pero esas diferencias no iban todavía al fondo, limitándose a señalar “la cabeza fría y calculadora” y una supuesta incapacidad estética de Estados Unidos: en general, un criterio que haría familiar Rodó en su *Ariel* de 1900. El verdadero conocimiento por Martí de aquel país, de sus elementos estructurales, vendría a tenerlo viviendo en él desde 1881. Sólo entonces sabría en qué medida profunda nuestra América no sólo es distinta de “la América europea”, sino de que no puede *realizarse* más que por *otras vías* que las que tomaran Estados Unidos. Ello lo llevaría a sobrepasar el planteo ingenuo, culturalista, de Rodó, y también a comprender la inviabilidad del planteo de Sarmiento, quien murió exclamando: “seamos Estados Unidos”. Si Sarmiento y Rodó son hombres del siglo XIX, y en cambio mucho del ideario martiano está hoy más vivo que nunca, ello se debe precisamente, en gran parte, a su experiencia de Estados Unidos, a lo que en ellos vio, descubrió, denunció, alertando a nuestros pueblos. No debe extrañar que el mayor caudal de páginas martianas consagradas a un tema sea el que corresponde a los Estados Unidos. La obra más importante de

trad., advertencia y notas de Pedro Scaron. 4a. ed. en español, México, Siglo XXI, 1976, pp. 7 y 8.

Carlos Marx se llama *El capital*: pero ni esta última es un elogio del asunto tratado, ni las “Escenas norteamericanas” son sólo ese “estupendo y encantador diorama” que vio en ellas, deslumbrado, el joven Darío.²² Más bien les correspondería llevar a su frente aquellas páginas que Martí publicó, un año antes de morir, en su periódico *Patria*: “La verdad sobre Estados Unidos”, que comienzan diciendo: “Es preciso que se sepa en nuestra América la verdad de los Estados Unidos”, y concluyen anunciando la divulgación de noticias sobre la vida yanqui que expongan “aquellas calidades de constitución que por su constancia y autoridad, demuestran las dos verdades útiles a nuestra América: el carácter crudo, desigual y decadente de Estados Unidos, y la existencia, en ellos continua, de todas las violencias, discordias, inmoralidades y desórdenes de que se culpa a los pueblos hispanoamericanos”.²³

Sabemos que Martí no juzgó con igual violencia a los Estados Unidos desde que llegó allí. Pero se sabe menos que Martí no pudo publicar su opinión completa sobre ellos, porque desde muy temprano fue censurado. En 1881 empezó a escribir

²² Rubén Darío, “José Martí”, en *Los raros*, Buenos Aires, 1952, p. 197.

²³ José Martí, “La verdad sobre Estados Unidos” (1894), *O. C.*, t. XXVIII, pp. 290-294.

las que serían las “Escenas norteamericanas” para *La Opinión Nacional*, de Caracas. Pero en mayo del año siguiente el director del diario le hace saber que muchos de sus escritos no han sido publicados, y le pide que “procure en sus juicios críticos no tocar con acerbos conceptos a los vicios y costumbres de ese pueblo [Estados Unidos], porque esto no gusta aquí, y me perjudicaría”.²⁴ Martí deja entonces de publicar en ese periódico. Pocos meses después, envía su primera crónica a *La Nación*, de Buenos Aires, entonces el gran periódico de lengua española, donde durante diez años aparecerían la mayor parte de las “Escenas”, y ya esa primera crónica es mutilada por el director del periódico, quien en carta de 26 de septiembre de 1882 le comunica:

La supresión de una parte de su primera carta, al darla a la publicidad, ha respondido a la necesidad de conservar al diario la consecuencia de sus ideas [...] Sin desconocer el fondo de verdad de sus apreciaciones, y la sinceridad de su origen, hemos juzgado que su esencia, extremadamente radical en la forma absoluta de las conclusiones, se apartaba algún tanto de las líneas de conducta que a nuestro

²⁴ [Fausto Teodoro de] Aldrey, “Carta a José Martí fechada en Caracas el 3 de mayo de 1882”, en *Papeles de Martí...*, t. III, *Miscelánea*, recop., introd., notas y apéndices de Gonzalo de Quesada y Miranda, La Habana, El Siglo XXI, 1935, p. 41.

modo de ver, consultando opiniones anteriormente comprendidas, al par que las conveniencias de empresa, debía adoptarse desde el principio, en el nuevo e importante servicio de correspondencias que inaugurábamos. [...] La parte suprimida de su carta, encerrando verdades innegables, podía inducir en el error de creer que se abría una campaña de “denunciación” contra Estados Unidos como cuerpo político, como entidad social, como centro económico [...] Su carta habría sido todo sombras, si se hubiera publicado como vino [...].²⁵

Nunca conoceremos, pues, cuál fue esa *primera* crónica de Martí sobre los Estados Unidos para *La Nación*. Sólo sabemos que, de acuerdo con el director del periódico, era “extremadamente radical” y hubiera “sido todo sombras si se hubiera publicado como vino”. Martí se encontró, pues, al inicio mismo de su enjuiciamiento de Estados Unidos para *La Nación*, con esta amarga disyuntiva: o de nuevo perdía una tribuna, esta vez leída en todo el ámbito de la lengua, o procedía de manera astuta e indirecta. Optó, naturalmente, por lo segundo. Hechos así explican que a unas horas de su muerte, al confesarle a su amigo mexicano Manuel Mercado que cuanto había hecho y haría era luchar para impe-

²⁵ Bartolomé Mitre y Vedia, “Carta a José Martí fechada en Buenos Aires el 26 de septiembre de 1882”, en *ibid.*, p. 84.

dir la expansión de Estados Unidos sobre nuestras tierras, le añadiera: “En silencio ha tenido que ser, y como indirectamente.”²⁶ Martí nos indica así cómo deben ser leídas sus páginas, y de manera destacada sus “Escenas norteamericanas”: escritas, por obligación, “como indirectamente”, así deben ser leídas, para restituirles su recto sentido, que no es otro que la implacable denuncia del capitalismo en Estados Unidos. Porque lo que Martí combate en aquel país no es un “espíritu” distinto al nuestro (incluso no será remiso a elogiar cálidamente a sus grandes creadores): lo que combate es el capitalismo. Es ello lo que diferencia radicalmente a Martí de otros pensadores hispanoamericanos del pasado siglo. Traduzcamos sus planteos a un lenguaje marxista: Rodó propugna para nuestros países un capitalismo al parecer menos agresivo, el capitalismo europeo; Sarmiento, más “moderno”, propugna el capitalismo juvenilmente rapaz de Estados Unidos. Martí rechaza “la imagen de

²⁶ José Martí, “Carta a Manuel Mercado de 18 de mayo de 1895”, *O. C.*, t. IV, pp. 167 y 168. La carta sigue diciendo “porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin”. Ya en carta del 13 de diciembre de 1889 ha dicho a Gonzalo de Quesada: “En las manos de todos no podemos poner nuestro pensamiento, porque sería lo mismo que entregarlo al enemigo, que tiene tantos lomos a sus pies”. *O. C.*, t. VI, p. 126.

su propio futuro” que ambas opciones le ofrecen; pero además comprende que tales proyectos eran irrealizables. Las burguesías dependientes latinoamericanas no podrían ya, para entonces, desarrollarse debidamente, y estaban convirtiéndose en meras intermediarias de la explotación imperialista, contribuyendo así a la desnacionalización de sus pueblos. Lo que Martí aprende en Estados Unidos, lo que añade a la concepción de “nuestra América” con que llegó a aquel país en 1881, es que la *fundación* de nuestros pueblos que se ha propuesto no podrá realizarse apoyándose en las burguesías nativas, sino en las capas populares. Lo que rechaza en Estados Unidos ya no son cuestiones accesorias o periféricas: es el proceso mismo por el que han venido a ser lo que son. Martí no lo dice en esos términos, pero si también en su caso traducimos sus planteos a un lenguaje marxista, como nos corresponde hacer, no encuentro otra manera de decirlo que como lo he expresado: el demócrata revolucionario que fue Martí rechaza enérgicamente la vía capitalista, aunque no llegue aún a formularse la que *hoy* (pero todavía no en la América de la época de Martí) sabemos que es la única solución viable: el socialismo.

Cuando al romper 1891 Martí publica “Nuestra América”, muchos de los conceptos que allí aparecen los había expuesto ya en 1877, en Guatemala (y aun antes, en su estadía mexicana), co-

menzando por la propia denominación. Pero ahora leemos esos conceptos a una nueva luz; y leemos cosas nuevas, centrales: “Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico [...]. Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores...”.²⁷ No cabe duda de que para entonces Martí sólo ve la salvación —la “fundación”— de nuestra América en esa “causa común” con “los oprimidos”. ¿Cuál es, cuál puede ser —preguntamos *desde ahora*— ese “sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores” que en 1891 reclamaba angustiadamente, precozmente, Martí? En un cuaderno de apuntes de fecha aún indeterminada escribió Martí:

¿Qué ha de ser América: Roma o América, César o Espartaco? ¿Qué importa que el César no sea uno, si la nación, como tal una, es cesárea? ¡Abajo el cesarismo americano! ¡Las tierras de habla española son las que han de salvar en América la libertad!, las que han de abrir el continente nuevo a su servicio de albergue honrado. La mesa del mundo está en los Andes.²⁸

²⁷ José Martí, “Nuestra América”, p. 19.

²⁸ José Martí, “México”, *O. C.*, t. XIX, pp. 21 y 22. En dichas *O. C.* se dice: “Parece que estas notas fueron tomadas

Aquella idea de sus dieciocho años (“España recordaba a Roma. César había vuelto al mundo y se había repartido a pedazos en vuestros hombres...”) reaparece ahora, cargada de nuevo contenido: “Roma” es ahora Estados Unidos (a los que explícitamente llamará en otro texto “la Roma americana”),²⁹ y a ella opone América, que es, por supuesto, nuestra América. Y a continuación, una disyuntiva sorprendente y admirable: Estados Unidos son César, y nuestra América es ¡Espartaco!

Roma, el imperio, César, implican la violencia interna ejercida por los opresores contra los oprimidos, y también la conquista y explotación de unos pueblos por otros: la imagen, pues, casa perfectamente con Estados Unidos capitalistas e imperialistas. Espartaco, por su parte, es el esclavo que arroja un desafío descomunal al imperio. Marx lo llamó “el tipo más bello que encontramos en toda la historia antigua. Es un gran capitán [...], un noble carácter, un *verdadero* representante

por Martí en el viaje de Veracruz a Ciudad México (1875)”, pero es posible que la fecha no sea ésa. Se ha conjeturado incluso que podría ser 1894. Por el momento, hasta que haya verificaciones paleográficas y de otra naturaleza, es preferible dejar abierta la cuestión.

²⁹ José Martí, “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la Revolución y el deber de Cuba en América”, *O. C.*, vol. III, p. 142.

del proletariado antiguo”.³⁰ Después de mantener en jaque a las tropas imperiales durante dieciocho meses, la fatídica primavera del 71 a. C. Espartaco dio su última batalla, y pereció en ella sin que su cadáver, confundido con la masa peleadora, fuera encontrado nunca. No puedo dejar de recordar que cuando en 1965 el escritor argentino Luis Franco publicó un libro —que dedicó al Che— sobre nuestra Revolución, no halló otro nombre mejor para su obra que *Espartaco en Cuba*.

La revelación que tuvo Martí de nuestra América no fue sólo la de que somos una entidad distinta en la historia —esa revelación la habían tenido otros, aunque nadie la profundizaría ni la diseñaría con tanta hermosura como él—, sino también la de que únicamente podríamos realizarnos, podríamos fundarnos, haciendo nuestra la herencia de Espartaco, desencadenando y llevando hasta sus últimas consecuencias, para decirlo con las inolvidables palabras de Fidel el 16 de abril de 1961 (la víspera de la invasión mercenaria cuyos reductos serían derrotados en Playa Girón), la “revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes”.

³⁰ Carlos Marx, “Carta a Engels del 27 de febrero de 1861”, en *Correspondencia entre Marx y Engels*, t. III, MEGA, p. 15. Citado en Carlos Marx y Federico Engels *Sobre la literatura y el arte*, 2ª ed., La Habana, 1972, p. 82.

DESATAR A AMÉRICA, Y DESUNCIR EL HOMBRE*

NOTAS SOBRE LA IDEOLOGÍA DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO

Entre finales del siglo XVIII y el primer cuarto del siglo XIX, tendrían lugar extraordinarias guerras de liberación de las que nacería la primera independencia de un semillero de pueblos de nuestra América. También Cuba libra, entre 1868 y 1878, una guerra similar, que esta vez no logra su principal propósito. Pero “la guerra de Martí”, como acertadamente previó Máximo Gómez que se la llamaría, la que él prepara y desencadena en 1895, tiene —entre otras— una gran diferencia, un considerable enriquecimiento en relación con aquellas

* Conferencia ofrecida en la Escuela de Letras y Artes de la Universidad de La Habana, el 19 de noviembre de 1975.

guerras: haber contado con un *partido revolucionario* para gestar la Revolución, un partido que el propio Fidel Castro ha podido señalar con entera justicia, al hablar el 11 de mayo de 1973, como “el precedente más honroso y más legítimo del glorioso Partido que hoy dirige nuestra Revolución: el Partido Comunista de Cuba”.

Martí ha hecho realidad ese partido, el Partido Revolucionario Cubano, al alborear el año 1892, pero sus raíces son muy antiguas en él. Temprano ha querido estudiar las causas de las disensiones internas que tanto contribuirían a impedir el éxito de la Guerra de los Diez Años: en ese sentido escribe a Máximo Gómez, en 1878, una carta que probablemente no llegó a mandar. Y cuando el 20 de julio de 1882 envía a Gómez una carta para reanudar la lucha, ya le habla en ella abiertamente de la necesidad de contar con “un partido revolucionario que inspire, por la cohesión y la modestia de sus hombres, y la sensatez de sus propósitos, una confianza suficiente”. La inexistencia de ese partido, y el temor de que, apoyándose en esa falta, cundiera el caudillismo infeliz que ha visto dañar a otras repúblicas americanas, lo impulsa a desvincularse en 1884, temporalmente, de los planes para llevar de nuevo la guerra a la isla. Fracasados esos planes, tres años después vuelve Martí a intentar la unión de los cubanos revolucionarios para organizar, por los cauces adecuados, la revolución. A

finales de 1891, abandona todas sus otras, múltiples tareas: va a ser entera y exclusivamente, para decirlo en lenguaje de nuestros días, un cuadro político. Pocos meses después, ha logrado poner “en pie, elocuente y erguido”, aquel “partido revolucionario” del que diez años antes hablara a Gómez: había nacido el Partido Revolucionario Cubano, el primer partido organizado en nuestra América para conducir una revolución: una revolución, por añadidura, profundamente democrática y popular.

Sin necesidad de forzar la mano, ha podido señalar José Antonio Portuondo aspectos del Partido Revolucionario Cubano “que actualizan a Martí y lo aproximan a Lenin en su tarea de organizador revolucionario”, como la estructuración celular y la existencia de lo que se conocería como “centralismo democrático”. Pero, por necesaria fidelidad a las exigencias históricas concretas que Martí enfrentaba, el Partido Revolucionario Cubano, aunque inequívocamente centrado en “los pobres de la tierra”, era un frente nacional multiclasista.

En aquella carta a Gómez de 1882, Martí había señalado ya que “la lucha armada” es una “nueva forma del espíritu de independencia”. En las “Resoluciones tomadas por la emigración cubana de Tampa el día 28 de noviembre de 1891” —antecedente inmediato de la fundación del Partido—, volverá sobre esta idea, fundamental para él, explicando que “la guerra” debía considerarse como

“mero instrumento del gobierno popular y preparación franca y desinteresada de la república”. Y en el artículo inicial de *Patria* (“Nuestras ideas”, 14 de marzo de 1892), redondeará este concepto con una frase lapidaria: “la guerra es un procedimiento político” (donde se siente resonar aquella aguda sentencia de Clausewitz que tanto complacía a los fundadores del materialismo histórico: “La guerra es la continuación de la política por otros medios”). Bien sabía Martí, en consecuencia, que en una guerra de liberación, como la que él preparaba, no sólo se enfrentan dos fuerzas armadas: sobre todo se enfrentan *dos políticas*. El Partido Revolucionario Cubano debía precisar, con la mayor claridad posible, cuál era la *política* de “la guerra de Martí”.

¿Y cuál sería la ideología de ese Partido y, consiguientemente, de la guerra revolucionaria que él desencadenaría, y de la República que debía nacer de su seno? De entrada, conviene hacerse una pregunta previa: ¿dónde está *encarnada* esa ideología? Una primera respuesta — que *parece* muy plausible, pero no lo es del todo — sería aceptar que esa ideología está encarnada en los documentos oficiales del Partido, desde las *Bases* y los *Estatutos secretos* hasta el *Manifiesto de Montecristi*. Sin embargo, más ajustado a la verdad es decir que esa ideología está encarnada, desde luego, en dichos documentos, pero *no sólo* en ellos. Esos documentos implican el máximo de ideas en torno a las cuales Martí podía

lograr, en aquel momento, el acuerdo imprescindible para hacer realidad la guerra: un acuerdo de suyo difícil, por cuanto el Partido Revolucionario Cubano requería un *frente único*: pero en ese, como en todo frente, no sólo existía un conglomerado de fuerzas diversas, sino también una periferia y un centro: lo que explícitamente aparece como documentos oficiales del Partido Revolucionario Cubano se remite por lo general a la primera; el centro, en cambio, hay que buscarlo en la obra de Martí, la cual, por supuesto, desborda en radicalidad y perspectivas a aquella periferia, pero en forma alguna puede verse desvinculada de ella: como que es su fuerza impulsora.

Véase el caso del periódico *Patria*, que Martí comienza a publicar el 14 de marzo de 1892 para exponer las ideas del Partido Revolucionario Cubano, el cual sería proclamado oficialmente unos días después. Martí escribe en aquel número inicial: “Nace este periódico, por la voluntad y con los recursos de los cubanos y los puertorriqueños independientes de New York, para contribuir, sin premura y sin descanso, a la organización de los hombres libres de Cuba y Puerto Rico [...] y su constitución republicana venidera”. Sin embargo, cuando el director del periódico *El Porvenir*, Enrique Trujillo (un diversionista de la época), llama a *Patria* “órgano” del Partido Revolucionario Cubano, Martí se apresura a rectificar, el 19 de marzo

de ese año: “‘Patria’: no ‘órgano’”, explicando: “Los revolucionarios de New York han creado a *Patria* y ella nace, para lo único a que tiene derecho, para decir lo que está en el corazón de los revolucionarios de New York.”

Parece haber dos razones para este rápido desmentido de Martí: por una parte, no lastimar a los periódicos independentistas ya existentes, los que podrían ver con desagrado que *un* periódico recién aparecido viniera a proclamarse *el* vocero del Partido; y por otra, no limitar *Patria* a publicar textos *oficiales* del Partido. Pero ello de ninguna manera quiere decir que *Patria* no expresara la ideología —y a menudo con gran audacia— del Partido Revolucionario Cubano, es decir, de Martí. Por ejemplo, un texto fundamental como “La verdad sobre Estados Unidos”, que Martí hace publicar en *Patria* el 23 de marzo de 1894, ¿cabría decir que no expresa la ideología radicalmente antimperialista del partido martiano? Y otro tanto debe preguntarse a propósito de la carta justamente famosa que Martí escribe a Mercado la víspera de su muerte, y donde plantea que cuanto ha hecho hasta entonces, y hará, ha sido para “impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”.

Suponer que materiales de esa naturaleza no expresan la ideología del partido martiano porque *formalmente* no aparecieron como documentos *oficiales* del Partido, es desconocer que ante la ardua complejidad de la tarea martiana, la formidable riqueza táctica de que él dio incontables muestras se remitía siempre a un mismo proyecto revolucionario, una magna finalidad estratégica cuya homogeneidad y cuya ambición son incluso hoy sorprendentes. No en balde Fidel pudo llamar a Martí, el 10 de octubre de 1968, “el más genial y el más universal de los políticos cubanos”.

Por otra parte, decir que el centro de la ideología del Partido Revolucionario Cubano debe buscarse en la *obra* de Martí, no quiere decir siempre en su obra *escrita*, por extraordinaria que ella sea. También aquí podría —o debería— señalarse un nivel de máxima radicalidad, que no coincide por obligación con lo que Martí considera conveniente hacer explícito. En su última carta a Maceo, escrita una semana antes de caer en Dos Ríos, le dice: “Vea eso en mí, y no más: un peleador: de mí, todo lo que ayude a fortalecer y ganar la pelea.” Martí es, esencialmente, eso: un peleador. No es un hombre de ideas, sino *con* ideas; como no es un hombre de letras, sino *con* letras: “letras fieras”, dirá él, que son también sus armas. Y es en la pelea concreta, en la lucha *política* (la guerra misma es para él, no se olvide, “un procedimiento *político*”), cuyas metas

van radicalizándose —y radicalizándolo—, donde está el centro de su obra. Pero ese centro no siempre puede aprehenderse con facilidad.

Cuando Martí le confiesa a Mercado, en su inolvidable carta última, cuál ha sido la tarea principal de su vida, le añade: “En silencio ha tenido que ser, y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.” “*En silencio*” y “*como indirectamente*”: así estaba Martí obligado a proceder precisamente en las cuestiones más radicales. El 13 de diciembre de 1889 había escrito a Gonzalo de Quesada: “En las manos de todos no podemos poner nuestro pensamiento, porque sería lo mismo que entregarlo al enemigo, que tiene tantos lomos a sus pies”.

Lo que el Partido Revolucionario Cubano, en vida de Martí, dice *oficialmente* no está en contradicción con lo que Martí escribe, pero es sólo una parte de su escritura; y lo que Martí escribe, a su vez, tampoco está en contradicción con lo que hace o se propone hacer, pero es sólo una parte de esa acción política: es en esta última, en el creciente proyecto de esta última, donde se halla lo más revolucionario, el centro de la obra martiana, que no siempre pudo ser hecho explícito, o lo fue “como indirectamente”. Fidel nos daría luego

nuevos y numerosos ejemplos de este proceder martiano.

Se sabía, por ejemplo, desde mucho antes de su muerte, la fuerza que tenía en Martí el antimperialismo: bastaría recordar “Vindicación de Cuba” (25 de marzo de 1889), o las crónicas sobre la conferencia panamericana de 1889-1890. ¿Pero hubiéramos sabido *toda* la importancia *capital* que concedía a su gestión antimperialista (“cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso”) de no haber sido por esa carta última a Mercado: una carta privada a un hermano (casi una conversación frente a la muerte), que quedó inconclusa y bien pudo haberse perdido? Compárese cómo esta *misma* cuestión es abordada contemporáneamente por Martí en tres textos que representan ese paso de la periferia al centro de que he hablado. En las *Bases del Partido Revolucionario Cubano*, el artículo tercero expresa:

El Partido Revolucionario Cubano reunirá los elementos de revolución hoy existentes y allegará, *sin compromisos inmorales con pueblo u hombre alguno*, cuantos elementos nuevos pueda, a fin de fundar en Cuba [...] una nación capaz de asegurar la dicha durable de sus hijos y de *cumplir, en la vida histórica del Continente, los deberes difíciles que su situación geográfica le señala*.

Y el artículo séptimo:

El Partido Revolucionario Cubano cuidará de no atraerse, con hecho o declaración alguna *indiscreta* durante su propaganda, la malevolencia o suspicacia de los pueblos con quienes la *prudencia* o el afecto *aconseja o impone* el mantenimiento de relaciones cordiales.

No hay pues en las *Bases* ninguna manifestación “indiscreta” que violentara la necesaria “prudencia”: tanto más necesaria cuanto que el Partido se organizaba como entidad pública en un país extranjero cuyas torvas intenciones sobre Cuba Martí conocía de sobra.

Pero en *Patria*, al hablar Martí el 17 de abril de 1894 sobre “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano”, hará explícitos cuáles eran esos “deberes difíciles” que la nación cubana debía “cumplir, en la vida histórica del Continente”, debido a su “situación geográfica”, según decían, al parecer de modo enigmático, las *Bases*. Precisamente aquel trabajo del 17 de abril de 1894 lleva como subtítulo —clara alusión al artículo tercero de las *Bases*— “El alma de la Revolución y *el deber de Cuba en América*”, y en él se plantea:

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una re-

pública imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder, —mero fortín de la Roma americana; —y si libres —y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora— serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio —por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles— hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.

Y subraya la enorme trascendencia internacional de su proyecto revolucionario: “Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos islas las que vamos a libertar. [...] Un error en Cuba, es un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levanta hoy con Cuba, se levanta para todos los tiempos”.

Por último, en su carta a Mercado del 18 de mayo de 1895, coronará su acercamiento a este tema al revelarle su “*deber* [...] de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. *Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso*”.

No hay contradicción entre la manera necesariamente discreta y prudente de las *Bases*, y esta explosión ígnea de su carta a Mercado: lo que hay es la prueba de una extraordinaria habilidad política.

Importancia si no igual, al menos parecida a esa declaración a Mercado tienen algunas confesiones íntimas de Martí a propósito de lo que él llamaría “la batalla social”. Aunque por textos variados se sabe que él echó su suerte “con los pobres de la tierra”, y que a raíz de los sucesos de Chicago de mayo de 1886 experimentó una notable radicalización en este orden; ese punto, desde luego, no podía equipararse, en lo que toca a la lucha por la independencia de Cuba, al antimperialismo, que contaría naturalmente en ese momento con un apoyo mucho mayor entre los diversos sectores de cubanos independentistas: *y aun así, Martí se vio obligado a tratarlo con la cautela que sabemos.*

Al hablar Martí en el Liceo de Tampa, el 26 de noviembre de 1891, y mencionar lo que “los lindeiros”, “los olimpos de pisapapel”, los que “gozan de una riqueza que sólo se puede mantener por la complicidad con el deshonor” consideran “la amenaza de una turba obrera, con odio por corazón y papeluchos por sesos”, replica enérgico: “Mienten. ¡Esta es la turba obrera, el arca de nuestra alianza, el tahalí, bordado de mano de mujer, donde se ha guardado la espada de Cuba!” Sin embargo, en las “Resoluciones tomadas por la emigración cubana

de Tampa” dos días después —un documento que, como se ha dicho, es antecedente inmediato de la constitución del Partido y, por tanto, puede de hecho tomarse como declaración oficial— especifica claramente que “la organización revolucionaria [alusión al ya inminente Partido] no ha de desconocer las necesidades prácticas derivadas de la constitución e historia del país, *ni ha de trabajar directamente por el predominio actual o venidero de clase alguna...*”.

Pero al escribir en *Patria*, el 31 de marzo de 1894 (“Los cubanos de Jamaica y los revolucionarios de Haití”), Martí dice: “No nos ofusquemos con nombres de independencia, u otros nombres meramente políticos. Nada son los partidos políticos si no representan condiciones sociales”. Lo cual acaba por adquirir luz especial cuando escribe en carta a su amigo fraternal Fermín Valdés Domínguez, en mayo de ese año, después de expresarle: “tengo una fe absoluta en mi pueblo, y mejor mientras más pobre”:

Una cosa te tengo que celebrar mucho, y es el cariño con que tratas, y tu respeto de hombre, a los cubanos que por ahí buscan sinceramente, con este nombre o aquel, un poco más de orden cordial, y de equilibrio indispensable, en la administración de las cosas de este mundo. Por lo noble se ha de juzgar una aspiración: y por esta o aquella verruga que

le ponga la pasión humana. Dos peligros tiene la idea socialista, como tantas otras: —el de las lecturas extranjerizas, confusas o incompletas, —y el de la soberbia y rabia disimulada de los ambiciosos, que para ir levantándose en el mundo empiezan por fingirse, para tener hombros en que alzarse, frenéticos defensores de los desamparados. [...] Pero en nuestro pueblo no es tanto el riesgo, como en sociedades más iracundas, y de menos claridad natural: explicar será nuestro trabajo, y liso y hondo, como tú lo sabrás hacer: el caso es no comprometer la excelsa justicia por los modos equivocados o excesivos de pedirla. Y siempre con la justicia, tú y yo, porque los errores de su forma no autorizan a las almas de buena cuna a desertar de su defensa. Muy bueno, pues, lo del 1° de mayo.

Y adquiere aún más luz cuando a su compañero del Partido Carlos Baliño, cuya ideología marxista Martí no ignoraba en absoluto (por algo lo había llamado en *Patria*, el 7 de noviembre de 1892, “un cubano que padece con alma hermosa por las penas de la humanidad, y *sólo podría pecar por la impaciencia de redimirlas*”): “¿La Revolución? La revolución no es la que vamos a iniciar en las maniguas, sino la que vamos a desarrollar en la República”.

¿Quiere ello decir que Martí fue un ideólogo proletario, obligado por las circunstancias a pre-

sentar su pensamiento en este orden indirectamente, como tuvo que hacer en lo tocante a su fundamental antimperialismo? Es verdad que el Partido Revolucionario Cubano, organización necesariamente multclasista, estaba obligado a no alebrestar una extemporánea lucha de clases, y que por esa razón, aunque Martí no disimulaba sus criterios antioligárquicos ni sus ardientes simpatías populares, no enfatizó sin embargo estas últimas en desmedro de la causa inmediata de la independencia, la cual sencillamente no podía obtenerse sin un frente amplio de todas aquellas clases y capas objetivamente opuestas a la situación colonial. Pero aun así, no puede decirse que Martí haya sido un ideólogo proletario.

¿Fue entonces un ideólogo burgués o, como se ha dicho descuidadamente, reformista? Mucho menos aún. En este caso, estamos en presencia de la trampa típica de una disyuntiva falsa. Y rechazar esa trampa obliga a rechazar aquella disyuntiva. No hay la menor duda de que Martí fue un “revolucionario radical de su tiempo”, como lo llamó Blas Roca: el revolucionario más radical de su circunstancia. En su evolución, llegó a ser un *demócrata revolucionario* extremadamente avanzado: y lo propio de un demócrata revolucionario es que no es *ya* ideólogo de la burguesía, sin serlo *todavía* de un proletariado que a la sazón carece de suficiente desarrollo en aquella concreta zona del

planeta a la que se remiten su pensamiento y su acción. Cuando los países “occidentales” conocían ya un desarrollo considerable de sus respectivos proletariados, la Europa oriental a mediados del siglo XIX, China y México a principios del siglo XX, nos ofrecen, en cambio, ejemplos de situaciones similares a la que vivió Martí: ellas habrán de engendrar demócratas revolucionarios como Herzen y Chernichevski, en Rusia; Petöffi, en Hungría; Botev, en Bulgaria; Sun Yat-sen, en China; Flores Magón y Zapata, en México. Lenin apreció altamente a hombres así: de Chernichevski toma incluso el título de una novela para darlo a uno de sus libros más relevantes: *¿Qué hacer?*; y a propósito de Sun Yat-sen, llamó la atención sobre “el núcleo democrático-revolucionario de su programa”.

Martí no es pues impreciso cuando habla en un poema de los *Versos sencillos* (1891) de haber echado su suerte “con los pobres de la tierra”: es cierto que por tal entiende, en primer lugar, *a los obreros*, como se ve claramente en el artículo de ese nombre, “Los pobres de la tierra” (*Patria*, 24 de octubre de 1894), que comienza diciendo: “Callados, amorosos, generosos, *los obreros cubanos* en el Norte...”. Pero también es cierto que aquella denominación feliz permite abarcar a otros explotados, como los campesinos pobres (los pobres *de la tierra*), de tanto peso en la Cuba de Martí cuando el proletariado no tenía aún ni el número ni la

fuerza ni la conciencia de sí que le hubieran hecho posible encabezar la lucha: de esos explotados, en su conjunto, es Martí portavoz y guía. Que, a pesar de su identificación con ellos, sin embargo, Martí desaconseja *entonces* atizar la lucha de clases, se revela en aquel mismo artículo, que rebosa de admiración, cariño y respeto para los obreros, pero a la vez, desmigajando en *individuos* las *clases* — término que Martí objeta —, plantea el “derecho igual de todos los cubanos, ricos o pobres, a la opinión franca y al respecto pleno en los asuntos de su tierra”. Recordemos que estamos en una pequeña y aherrojada colonia española, en 1894. Transcurrirán veintitrés años antes de que alboree el socialismo en Europa. Martí sigue diciendo a los obreros cubanos que acaban de donar el jornal de un día, el 10 de octubre de aquel año, al Partido: “ni ha de lograr Cuba, con las simples batallas de la independencia, la victoria a que, en sus continuas renovaciones y lucha perpetua entre el desinterés y la codicia y entre la libertad y la soberbia, no ha llegado aún, en la faz toda del mundo, el género humano.” Esa victoria empezaría a lograrse en el mundo en la Rusia de 1917.

Para saber qué hubiera pensado, qué hubiera hecho Martí cuando, en los países coloniales y semicoloniales como el suyo, existiera ya un proletariado con cierto desarrollo y, debido a la situación internacional, el socialismo estuviera ya en el

orden del día, basta con tener presentes ejemplos cercanos como los de Ho Chi Minh y Fidel Castro, hombres tan similares a él, en quienes aquella tradición de la democracia revolucionaria se desarrolla hasta la asunción orgánica del marxismo-leninismo.

Aquí, como en tantos otros aspectos, para entender en toda su dimensión el criterio martiano hay que tener en cuenta que él suponía un proyecto revolucionario de máxima radicalidad para su circunstancia: tanta, que su realización remitía al porvenir mediato, y ese porvenir —de momento, nuestro presente— es el que hace comprensible aquel proyecto.

Esto también es válido en lo que toca a la existencia misma del Partido, el cual implicaba una novedad tal para la Cuba —para el mundo colonial y semicolonial todo— de aquel tiempo, que en cierta forma sorprendió incluso a grandes figuras a quienes Martí admiraba, respetaba y quería en grado sumo. Sin antecedentes que les permitieran entender del todo la finalidad de ese Partido Revolucionario, tendieron a asimilarlo a entidades del pasado. En su *Diario de campaña*, Martí escribe el 5 de mayo de 1895, a propósito de la entrevista de La Mejorana: “[Maceo] me habla, cortándome las palabras, como si fuera yo la continuación del gobierno leguleyo, y su representante [...] comprendo que he de sacudir el cargo, con que se me

intenta marcar, de defensor ciudadano de las trabas hostiles al movimiento militar”.

¿Cómo se le podía confundir, nada menos que por el propio Maceo formidable (quien coincidía con Martí en sus radicales aspiraciones ant imperialistas y de justicia social), con “la continuación del gobierno leguleyo”? Es conocido que “el gobierno leguleyo”, durante la Guerra de los Diez Años, destituyó a Céspedes y entorpeció la imprescindible marcha militar de la guerra. ¿Se proponía Martí, que había estudiado cuidadosamente la guerra anterior, algo similar? Por supuesto que no. En relación con este “cargo” es que él escribe a Maceo, una semana después, la carta que ya he citado: “Vea eso en mí, y no más: un peleador: *de mí, todo lo que ayude a fortalecer y ganar la pelea*”. Pero tampoco pensaba Martí que el ejército debía quedar librado a sí mismo, engendrando el caudillismo cuyo temor le hizo ya romper con Gómez en 1884. Porque el caudillismo, si nace del militarismo, no es sin embargo un hecho *militar*, sino, *político*. Y Martí, que sabía con toda claridad que “la guerra es un procedimiento *político*”, consideraba que el ejército debía responder *a la política revolucionaria*, que en su caso había sido diseñada no por “el gobierno leguleyo”, —encarnación también, en última instancia, de *otra política*—, sino por el Partido. Martí no mira aquí, pues, al pasado, sino al porvenir. Su aspiración sólo sería enteramente com-

prendida cuando en el siglo XX, en países como el suyo, el ejército revolucionario actuara como brazo armado de la vanguardia revolucionaria. Ejemplo magnífico de ello es la extraordinaria guerra vietnamita, cuyo desenlace ha ocurrido ante nuestros ojos, y cuya victoria militar es una formidable victoria *política*: la victoria de una política formidable. Desgraciadamente, ni era fácil que Gómez y Maceo, sin precedentes a mano, captaran del todo la naturaleza del precoz Partido martiano; ni tampoco que ellos, héroes legendarios de la Guerra de los Diez Años, fueran para el político Martí, a pesar de su genialidad, lo que el general Giap fue para su jefe y maestro Ho Chi Minh.

Decir que lo esencial de la ideología del Partido Revolucionario Cubano hay que buscarlo en la obra de Martí, y que el centro de esa obra es su acción política, caracterizada por su condición no sólo radical sino radicalizable, no implica afirmar que tal como quedó, grandiosa pero trunca, la magna obra martiana, ella incluyera *ya*, por ejemplo, el análisis del imperialismo que Lenin publicaría veintidós años después de muerto Martí; o que el Partido Revolucionario Cubano —obligado por inesquivables exigencias históricas a ser un frente multiclasiista— fuera el partido proletario de nuevo tipo que crearía Lenin, pero en 1892 no existía aún ni en las naciones de capitalismo desarrollado. Significa, eso sí, reiterar que a la sazón no había

en todo el mundo colonial o semicolonial pensador político más avanzado que Martí, ni partido revolucionario como el que él fundara: de tal radicalidad, que llegó a plantearse dramáticamente metas entonces irrealizables. Pero fue el habérselas planteado en aquella ocasión lo que dejó abierto el camino para que, desde el Moncada y la Sierra, *desarrollando* directamente la ideología martiana, Fidel llevara adelante la Revolución hasta su etapa socialista: no había otra forma de hacer realidad la tarea gigantesca que Martí y el partido de Martí se habían propuesto. Una de las ocasiones en que Martí aludió con mayor hermosura al centro de esa tarea fue al descubrir, con la majestad épica de su lenguaje, su encuentro en Santo Domingo con Máximo Gómez, dos años antes de marchar juntos a la guerra. En *Patria*, el 26 de agosto de 1893, Martí escribió:

Y como en la sala de baile, colgado el techo de rosas y la sala henchida de señoriles parejas, se acogiese con su amigo caminante [es decir, el propio Martí] a la ventana a que se apiñaba el gentío descalzo, volvió el general los ojos, a una voz de cariño de su amigo, y dijo, con voz que no olvidarán los pobres de este mundo: “Para éstos trabajo yo.”

Sí: para ellos, para los que llevan en su corazón desamparado el agua del desierto y la sal de la vida: para los que le sacan con sus manos a la

tierra el sustento del país, y le estancan el paso con su sangre al invasor que se lo viola: para los desvalidos que cargan, en su espalda de americanos, el señorío y pernada de las sociedades europeas: para los creadores fuertes y sencillos que levantarán en el continente nuevo los pueblos de la abundancia común y de la libertad real: para desatar a América, y desuncir el hombre.

“Desatar a América” significa erradicar de nuestros pueblos toda forma de colonialismo; “desuncir el hombre”, terminar para siempre con la explotación del hombre por el hombre. No hay ante nosotros metas más avanzadas, más radicales, más hermosas. Esas eran las metas de “la guerra de Martí” y del partido que la preparó. Por eso nuestra revolución, hoy socialista, es una revolución martiana. Por eso afirmó Fidel que Martí era el autor intelectual del asalto al cuartel Moncada. Y por eso él pudo ser, como dijo el Che, “el mentor directo de nuestra Revolución”.

MARTÍ EN MARINELLO*

UN INVALUABLE APORTE

La relevancia de los trabajos de Juan Marinello sobre José Martí¹ es bien conocida por los estudiosos

* Prólogo de una selección de ensayos martianos de Juan Marinello que proyectamos con él. Apareció por primera vez en *Casa de las Américas*, núm. 101, marzo-abril de 1977.

¹ Marinello consagró tres de sus libros a Martí: *José Martí. Escritor americano: Martí y el Modernismo* (México, Grijalbo, 1958), *Ensayos martianos* (La Habana, Universidad de las Villas, 1961) y *Once ensayos martianos* (La Habana, Comisión Nacional Cubana de la Unesco, 1964); este último es una nueva edición del anterior, con el añadido de cuatro nuevos ensayos: citaremos de esta última edición. Además, Marinello recogió estudios sobre Martí en libros suyos de temática diversa: *Literatura hispanoamericana. Hombres. Meditaciones* (México, UNAM, 1937), *Momento español. Ensayos* (2ª ed. aumentada, La Habana, 1939), *Creación y Revolución* (La Habana, UNEAC, 1973), *Ensayos* (selec. y pról. de Imeldo Álvarez, La Habana, Arte y Literatura, 1977). Por último, tomaré también

de las letras y el pensamiento de nuestra América. En las justicieras palabras que Vicentina Antuña leyera el 7 de marzo de 1974, al serle otorgado a Marinello el título de “Profesor Emeritus” de la Universidad de La Habana, la destacada profesora recordó que Marinello había dedicado a Martí

libros, ensayos, artículos, que constituyen un invaluable aporte a la recta interpretación de su obra política y literaria y que han contribuido, de modo principal, a resaltar la vigencia de su luminoso

en cuenta numerosos trabajos sobre Martí de Marinello que éste no llegó a reunir en libro, y señaladamente los siguientes: “El poeta José Martí”, en *Poemas de José Martí*, La Habana, 1928; “Carta de Juan Marinello”, en Antonio Martínez Bello, *Ideas sociales y económicas de José Martí*, La Habana, 1940; “Prólogo. Nuestro homenaje a José Martí”, Julio Antonio Mella, *Glosando los pensamientos de José Martí*, La Habana, 1941; *Actualidad de José Martí. Martí, maestro de unidad*, La Habana, 1943; *Actualidad americana de José Martí*, La Habana, Arrow, 1945; “José Martí, razón de su presencia creciente”, en *Cuadernos Americanos*, mayo-junio de 1945 (estos dos últimos fueron republicados en *Archivo José Martí*, núm. 9, La Habana, 1945, y los citaré de esta edición); “Martí: hombre de su tiempo, hombre de todos los tiempos”, en revista *Cuba*, octubre de 1968, número especial; “Martí: poesía”, en *Anuario Martiano*, núm. 1, 1969; “Discurso pronunciado en la clausura del III Seminario Juvenil Nacional de Estudios Martianos”, 1974, en *Anuario Martiano*, núm. 6, La Habana, 1976; “Sobre la interpretación y el entendimiento de la obra de José Martí”, en *Moncada*, mayo-junio de 1974; *El Partido Revolucionario Cubano, creación ejemplar de José Martí*, La Habana, 1976.

pensamiento para los pueblos americanos que luchan en esta hora contra el imperialismo estadounidense por lograr lo que llamó Martí “su segunda independencia”.²

Y al publicarse en el número 90 de *Casa de las Américas* su trabajo “Fuentes y raíces del pensamiento antimperialista de José Martí”, se presentó a Marinello como “el más importante estudioso de la obra de Martí”.³ Insistir ahora en este hecho ampliamente reconocido, es pues, innecesario. Lo que proponen las líneas que siguen es señalar algunas características del acercamiento de Marinello a Martí, y algunas de las razones de la trascendencia de tal acercamiento. Al hacerlo, subrayaré dos conjuntos de hechos: los que se refieren a la época en que surge y se desarrolla ese acercamiento, y los que miran de modo específico a la personalidad del propio Marinello: sin que, desde luego, podamos olvidar que ambos conjuntos de hechos se interpenetran e influyen mutuamente.

Lo primero, lo que toca a la época, explica la evolución de los estudios de Marinello sobre Martí: esa evolución, como no podía ser de otra forma,

² Vicentina Antuña, “Juan Marinello: maestro emérito de la cultura cubana”, en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, septiembre-diciembre de 1974, p. 19.

³ “Colaboradores, temas”, en *Casa de las Américas*, núm. 90, mayo-junio de 1975, p. 167.

no es sólo de Marinello, sino del tiempo, de la circunstancia que Marinello encarna, y de la cual es vocero. Lo segundo, lo relativo a la personalidad concreta de Marinello, da razón, por ejemplo, del hecho de que en la mayor parte de sus trabajos sobre Martí —e incluso en el único libro orgánico que Marinello consagrara a un tema— considere a *Martí escritor*: es que Marinello mismo, sin contradicción con su esencial condición política, con su larga y ejemplar militancia, fue siempre, hasta sus últimos días, un escritor, hondamente preocupado por la naturaleza y sobre todo la función del hecho literario: y esta preocupación suya por la función de la literatura la vio entrañablemente vinculada a su preocupación política, con lo que finalmente no se vio obligado a una escogida que a otros autores desgarró —pero no al propio Martí, político magno, escritor sumo.

TRANSITORIO Y APASIONADO SERVICIO

Marinello señaló en repetidas ocasiones, con gran lucidez, el hecho que explica “la presencia creciente de José Martí”:

Para mí [dijo en 1945], la presencia creciente de José Martí viene de su íntima condición transitoria. No hay aquí malicia literaria ni afán paradójal sino

verdad honda. Quiero decir que aquella conciencia de transitorio y apasionado servicio, que es su razón de vida, contamina de fresca ansiedad cuanto toca su nombre. Por eso no puede pasar: porque estuvo pasando siempre.⁴

En 1958, añadiré: “Él [Martí], que tanto habló de su ‘tiempo de tránsito’, fue en verdad un ‘hombre de tránsito’”.⁵ Y en 1974 coronará así esta sagaz observación: “Más de una vez [Martí] anotó él mismo que vivía en días transitorios, en tiempos de reenquiciamiento y remolde, según su expresión reiterada. En alguna medida, todos los tiempos lo son, y *el nuestro en la mayor escala*”.⁶

Esa condición esencial de Martí, “aquella conciencia de transitorio y apasionado servicio, que es su razón de vida”, y que Marinello supo detectar con agudeza, es también el rasgo definidor del propio Marinello y de sus pariguales en el redescubrimiento de Martí y en la continuación de su tarea: de inmediato vienen a la mente los nombres de Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena. Como tendré ocasión de repetirlo, esa coincidencia

⁴ “José Martí, razón de su presencia creciente”, *op. cit.*, p. 164.

⁵ *José Martí: escritor americano. Martí y el modernismo*, *cit.*, p. 315.

⁶ “Discurso pronunciado en la clausura del III Seminario Juvenil Nacional de Estudios Martianos”, *cit.*, p. 319.

es lo que les permite, precisamente, un entendimiento justo del hombre genial.

Desde luego, “los días transitorios” de Martí no fueron —no podían ser— los mismos que los de Mella, Rubén y Juan ni, por consiguiente, la “condición transitoria” de aquél podía ser igual que la de éstos. Pero Juan supo ver que si Martí vivió tiempos de reenquiciamiento y remolde, “en alguna medida todos los tiempos los son, y *el nuestro en la mayor escala*”. Y tanto Martí como Mella, Rubén y Juan tuvieron *conciencia* de su “transitorio y apasionado servicio”: es este doble hecho su heroico servicio transitorio, y la conciencia de él, lo que los funde en una misma llama, aunque la tarea inmediata a cumplir no pueda haber sido la misma.

Martí vio ante sus ojos, en los bullentes Estados Unidos de las últimas décadas del siglo XIX, transformarse el capitalismo premonopolista en capitalismo monopolista e imperialista. Esos que él llamaba, con su lengua épica, tiempos de reenquiciamiento y remolde, son lo que nosotros llamamos ahora, con la visión que nos dio Lenin veintidós años después de muerto Martí, el inicio del imperialismo, fase superior del capitalismo. Y, desde luego, con su dramática postura de demócrata revolucionario radical, Martí no podía ver sino con ansiedad esa fase cuyo “remolde” —o cuyo nuevo reparto del mundo, como decimos ahora— iba a conducir, años después de su muerte, a la Prime-

ra Guerra Mundial: pero en cambio vislumbraba, más allá de su época, un “nuevo estado social” que ya no le tocaría conocer, un universo nuevo “amassado por los trabajadores”.

Otra sería la situación, otro el tránsito, para los jóvenes que, en la década del veinte de ese siglo, se proponen remodelar al país y se dan de bruces, deslumbrados, con la obra sorprendente de Martí. Unos años antes, en octubre de 1917, el triunfo en Rusia de la revolución socialista ha inaugurado una nueva era en la historia: en esa era vivirán esos jóvenes, y a ella entregarán, con heroísmo y generosidad, sus hermosas existencias. Su tiempo es el del *tránsito del capitalismo al socialismo*. Pero entre ellos, sólo a Juan le será dable, con su larga vida fecunda, llegar a vivir en su propio país el momento en que ese tránsito se abre ya a la construcción del socialismo. Anunciando la revolución social, Martínez Villena había escrito en 1933: “Los ojos de hoy no serán viejos cuando contemplen esa maravilla.”⁷ No serían viejos los ojos ni las manos de Juan para ver y construir ese mundo, que él ayudó a hacer realidad, a partir de 1959.

⁷ Rubén Martínez Villena, “Las contradicciones internas del imperialismo yanqui en Cuba y el alza del movimiento revolucionario” (1933), en *Órbita de Rubén Martínez Villena*, esbozo biográfico de Raúl Roa, selec. y nota final de Roberto Fernández Retamar, La Habana, UNEAC, 1965, p. 203.

Como es habitual en circunstancias parejas, el proletariado ascendente, mientras iba forjando sus propios intelectuales orgánicos —de los que sería ejemplo, en nuestro caso, Blas Roca—, va arrancando a la burguesía y a la pequeña burguesía sus cuadros más luminosos, sacrificados y limpios, que se ponen al servicio de la nueva clase revolucionaria y de sus tareas históricas. Mella, Rubén y Juan se hallan a la cabeza de ellos. La evolución de aquellos hombres, sin embargo, no tendrá el mismo ritmo. Todos parecen arrancar juntos, en 1923, en lo que toca a rechazar los aspectos más visibles y escandalosos —pero no necesariamente los más profundos ni decisivos— de la República neocolonial. Martí, indudablemente, los guía en sus afanes de entonces. La remisión al pensamiento del héroe de Dos Ríos es constante en los documentos políticos de la hora.⁸ Su presencia es evidente en dos de los más importantes poemas de Rubén escritos en aquel 1923: “El gigante”, acaso el único gran poema de nuestras letras nacido de los *Versos libres*, como vio Cintio Vitier; y el “Mensaje lírico civil”, donde habla de “cumplir el sueño de mármol de Martí”.

Pero si en 1923 —Protesta de los Trece, lucha por la Revolución Universitaria, fundación de la

⁸ Cfr. Ana Cairo Ballester, *El movimiento de veteranos y patriotas (apuntes para un estudio ideológico del año 1923)*, La Habana, Arte y Literatura, 1976.

Universidad Popular José Martí, Grupo Minorista, Falange de Acción Cubana, Movimiento de Veteranos y Patriotas... — todos parecen marchar con el mismo paso, señal de un descontento nacional que abarca varias clases y capas del país, pronto se ve que algunos se adelantan hacia tareas de más hondura. En 1925, el joven Julio Antonio Mella estará entre los fundadores del primer partido marxista-leninista cubano. Rubén y Juan no lo acompañan aún en esta decisión, aunque serán sus abogados en su resonante huelga de hambre. Dos años después, en 1927, Rubén ingresa en el Partido, y forma parte de inmediato de su Comité Central. En la revista que dirige, *América Libre*, comienza a publicar su ensayo “Cuba, factoría yanqui”, primera interpretación marxista-leninista de la problemática de nuestro país. A un comentarista avieso de su poesía, Rubén replica airado, ese año 1927: “Yo destrozo mis versos, los desprecio, los regalo, los olvido: me interesan tanto como a la mayor parte de nuestros escritores interesa la justicia social.”⁹

Ese mismo año, Marinello publica el que vendría a ser su único libro de poemas, *Liberación*, y comienza a editar, en 1927, la *Revista de Avance*, una publicación de artes y letras de “vanguardia” que

⁹ Rubén Martínez Villena, “Carta a Jorge Mañach” [1927], *op. cit.*, p. 211.

duraría hasta 1930.¹⁰ También en 1927 aparecerá su nombre —junto al de Rubén y muchos de sus coetáneos— al pie del *Manifiesto del Grupo Minorista*. Pero en esa fecha, y hasta el final de la década, cuando Mella y Rubén son ya esencialmente hombres políticos —y dirigentes del partido de la clase obrera—, Juan, aunque manteniendo en su conducta la inequívoca rectitud de que dio muestras desde un principio, es esencialmente un hombre de letras, un artista.

En 1930, un cambio grande se hará visible en su vida. A los treinta y dos años, escritor distinguido, editor de la más importante revista cultural del país, profesor de la Universidad de La Habana, Marinello se mezcla con los estudiantes universitarios que el 30 de septiembre de aquel año salen en manifestación de protesta contra el régimen tiránico de Machado. Lezama Lima, que estuvo entre aquellos manifestantes, me ha contado la emoción que los embargó cuando, momentos antes de iniciar la marcha, vieron bajar de un auto de alquiler, pulcramente vestido de blanco, al admirado profesor Marinello, y sumarse a la muchachada. Como resultado de su participación en aquella manifes-

¹⁰ Cfr. Juan Marinello, “Carta a Roberto Fernández Retamar”, en *Casa de las Américas*, núm. 103, julio-agosto de 1977, pp. 114-119; y Roberto Fernández Retamar, “Aquel 1927, aquella 1927”, en *Granma*, 15 de marzo de 1977.

tación —donde perdió la vida Rafael Trejo y quedaron gravemente heridos Pablo de la Torriente e Isidro Figueroa, y en la que también estuvo Raúl Roa, cronista mayor de la jornada—, Marinello conoció por vez primera la cárcel. En adelante, cárcel, persecución y exilio se le volverían durante largos años su pan cotidiano, y en ellos revelará un carácter firme y una reciedumbre de principios que acaso muy pocos podían sospechar en los delicados versos de su libro intimista.

No es éste el momento de seguir las vicisitudes de su noble vida. Lo que aquí nos interesa es destacar el proceso de su evolución ideológica. Cuando Martínez Villena, entonces al frente del Partido, muere el 16 de enero de 1934, Marinello se encuentra ya identificado plenamente con su compañero ejemplar. En las palabras que pronuncia junto a la tumba de Rubén, explicará con limpieza y emoción:

Dieciocho años con los corazones juntos, es mucho en la vida humana. Alguna vez nos separó el modo de ver lo político. Ahora, al dejarme, todo lo veíamos con la misma pupila. Es que sobre los dos gravitaron prejuicios de clase y de formación. Él, heroico, los sacudió en un salto que todavía dura. Era lo propio de los espíritus impares como fue su espíritu. Ahora que estábamos soldados, se

me va. Sobre su cuerpo, juramos ser leales a su muerte.¹¹

Poco después, Juan escribe a su fraterno Luis Cardoza y Aragón, con quien había compartido su primer destierro mexicano:

anduve en México demasiado “huyuyo” que decimos por aquí. Por otra parte, explicables e inexplicables complicaciones. Y una angustia profunda porque eran días de cambio de frente en mi vida. Ahora, ya parece que el cambio se produjo y marchó con menos angustia. Aunque a veces... Pero ya no es hora de hablar de ciertas cosas. Estoy, ya debes saberlo, metido a comunista, y disfruto, por ello, de la más cabal desafección de mis antiguos cofrades [...].¹²

Como Mella a partir de 1925, como Rubén desde 1927, Juan se entregará en cuerpo y alma a la causa del proletariado. Ello lo llevará a presidir, entre 1938 y 1961, el Partido de la clase obrera cubana, y a ser luego, hasta su muerte, miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

¹¹ “Palabras de Juan Marinello en el entierro de Rubén Martínez Villena, el 16 de enero de 1934”, en *Casa de las Américas*, núm. 81, noviembre-diciembre de 1973, p. 112.

¹² “Carta a Luis Cardoza y Aragón” [1934], en *Casa de las Américas*, núm. 100, enero-febrero de 1977, p. 81.

Que Martí había contribuido decisivamente a formar a aquellos hombres, es algo de lo que no cabe duda. Pero al convertirse ellos en dirigentes de otra revolución, la revolución proletaria; al adherirse al marxismo-leninismo, que no podía haber sido la ideología de Martí, ¿no habrían dejado atrás la ideología de este último, como fue el caso, digamos, de las de José Enrique Rodó y José Vasconcelos, quienes también contribuyeron a formarlos? ¿Qué relación iban a guardar los nuevos revolucionarios cubanos con el mayor revolucionario de nuestro pasado? Buena parte de la obra de Marinello está enderezada a contestar esta pregunta.

LEAL A SU ESFUERZO REVOLUCIONARIO

La respuesta inicial —y rectora— a esa interrogación la ofrecería Julio Antonio Mella en 1926, al año siguiente de haber estado entre los fundadores de nuestro primer partido marxista-leninista. No se olvide, por otra parte, que entre esos fundadores se encontraba también Carlos Baliño, quien treinta y tres años antes, en 1892, ya con una posición marxista, había fundado junto a Martí el Partido Revolucionario Cubano, y vino a ser así, en Cuba, el eslabón vivo entre las tareas de la independencia política y las de la revolución social.

En su artículo seminal de 1926 “Glosas al pensamiento de José Martí”,¹³ Mella, precisamente, recordó cómo Martí había dicho a Baliño: “¿La Revolución? La revolución no es la que vamos a iniciar en las maniguas, sino la que vamos a desarrollar en la República”.¹⁴ Y había explicado:

Martí —su obra— necesita un crítico serio, desvinculado de los intereses de la burguesía cubana, ya retardataria, que diga el valor de su obra revolucionaria considerándola en el momento histórico en que actuó. Mas hay que decirlo, no con el fetichismo de quien gusta adorar el pasado estérilmente, sino de quien sabe apreciar los hechos históricos y su importancia para el porvenir.¹⁵

El estudio que reclamaba Mella debía terminar, decía él, “con un análisis de los principios generales revolucionarios de Martí, a la luz de los hechos de hoy”.¹⁶

¹³ “Glosas al pensamiento de José Martí”, en J[ulio] A[ntonio] Mella, *Documentos y artículos*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1975. Desde su primera edición, este trabajo había sido republicado en varias ocasiones (por ejemplo, en *Casa de las Américas*, núm. 76, enero-febrero de 1973), pero con algunas erratas que la edición citada vino a subsanar.

¹⁴ *Ibid.*, p. 269.

¹⁵ *Ibid.*, p. 268.

¹⁶ *Ibid.*, p. 269.

Las orientaciones de Mella guiarían a los estudiosos marxistas que en las décadas venideras se ocuparían de la obra martiana. Éste es, sin duda, el caso de Marinello. Si en 1928 había sabido saludar la grandeza de esa obra, su apreciación era entonces aún demasiado general: hablando de Martí, decía: “La fuerza incalculable de un hombre que no envejece, obra milagros.”¹⁷ Pero ya en 1941, precisamente al presentar y comentar una nueva edición del trabajo de Mella,¹⁸ proclamaba: “Mella nos entrega la pauta para entender la obra de Martí adecuadamente, para ser de veras leales a su esfuerzo revolucionario.”¹⁹ “Mella [dice luego] arranca de Martí y en su previsión pone la planta incansable. Julio Antonio nos pide parecido servicio. Orientemos nuestra obra en su camino”.²⁰ Y señalando el vínculo orgánico entre el pensamiento democrático revolucionario de Martí y el marxismo-leninismo de Mella; entre aquella revolución frustrada y la nueva revolución que requería el país, explica: “Pocos pueblos pueden mostrar un proceso político tan bien eslabonado como el

¹⁷ Marinello, *Juventud y vejez*, La Habana, Revista de Avance, 1928, p. 12.

¹⁸ Marinello, “Nuestro homenaje a José Martí” (1941), en Julio Antonio Mella, *Glosando los pensamientos de José Martí*, cit.

¹⁹ *Ibid.*, p. 5.

²⁰ *Ibid.*, p. 8.

nuestro.”²¹ Naturalmente, aquel vínculo debe ser entendido de manera viva, creadora, pues por obligación los revolucionarios de varias décadas después tendrán ante sí, además de las tareas que Martí se propuso realizar y quedaron, a su muerte, sin cumplimiento (y aun traicionadas), otras tareas, nacidas en los tiempos nuevos. “Ni Martí es un evangelio”, dirá, “porque la verdad política es variable y andadora, ni lo que Martí afirmó sobre nuestras cosas ha perdido virtud, simplemente porque la etapa histórica que él quiso cumplir no se ha cumplido plenamente sobre Cuba”.²²

Relacionando a Martí con los independentistas que lo antecedieron y con los revolucionarios marxistas-leninistas que le seguirían, explica Marinello en aquel mismo año 1943:

hay en Martí, como avance y superación del 68, una continuada preocupación por la estructura feudalizada de nuestra economía. Muchas veces se refiere al monocultivo, diputándolo como cáncer que roe las energías nacionales. En otras, relievaa la trascendencia de las supeditaciones económicas colonialistas. Recordad: el pueblo que compra, manda; el pueblo que vende, obedece... No hay que decir que las leyes —hoy sabidas y comprobadas— que determi-

²¹ *Loc. cit.*

²² *Actualidad de José Martí...*, p. 6.

nan esa supeditación anquilosadora y los senderos precisos para romperla, no están en Martí. Pero ya la anotación veraz de fenómeno y el consejo para su combate son en su momento —y en medio de nuevas realidades isleñas— merecimientos muy altos.²³

En 1945, Marinello subrayará aún más la continuidad con Martí: “A las generaciones republicanas”, dice, toca “la honda transformación interna en que cuaje cabalmente la vieja y firme apetencia de justicia, que él [Martí] recogió de Yara y Baraguá para entregarla, como una llama sagrada, a la república naciente”.²⁴

El centenario del nacimiento de Martí, en 1953, será ocasión particularmente propicia para que Marinello vuelva a subrayar la actualidad de Martí. Vivía Cuba a la sazón, de nuevo, los desmanes de una tiranía proimperialista. Marinello puntualizará entonces: “Todo análisis de Martí intentado por un cubano de nuestro tiempo es como una pelea en que se entrecruzan la historia y el presente, lo lejano y lo íntimo, la responsabilidad enjuiciadora y la identificación cordial.”²⁵ Poco antes, Marinello había expresado con toda claridad, en el justo homenaje rendido a Martí en Moscú:

²³ *Ibid.*, p. 7.

²⁴ “Actualidad americana de José Martí”, *cit.*, p. 199.

²⁵ “El caso literario de José Martí” [1953], en *Once ensayos...*, p. 67.

No importa que desgarran nuestra tierra los mercaderes más crueles de la historia ni que pequeños grupos nacionales inconscientes o malvados estén a su servicio. Los trabajadores, los campesinos, los intelectuales dignos de ese nombre, la masa popular, están en su puesto y, como en los días de Martí, la victoria será del pueblo.²⁶

Se sabe bien en qué hermosa medida estas palabras serían ratificadas por la historia: a pocos momentos de ser pronunciadas, Fidel Castro, al frente de la que se llamaría a sí misma “la Generación del Centenario” —en homenaje a Martí—, saldría de la Universidad de La Habana, como los jóvenes del 30 de septiembre de 1930, en el famoso desfile de las antorchas. Muchos de esos mismos hombres y mujeres asaltarían pocos meses después, el 26 de julio de aquel año, el cuartel Moncada, y darían inicio a la Revolución socialista cubana. En 1961 diría Marinello: “A los cien años de su aparición, había de realizar nuestro Apóstol su más grande hazaña”.²⁷ Y junto a la crítica de las armas, indudablemente la decisiva en aquella coyuntura, era menester también el arma de la crítica. Había que desenmascarar a quienes pre-

²⁶ “Martí en Moscú”, en *ibid.*, p. 64.

²⁷ “Recuento y perspectiva. Veinte años de meditación martiana” [1961], en *Once ensayos...*, p. 73.

tendían esconder sus propósitos negativos incluso tras el nombre y el brillo del Maestro. Marinello los combatirá abiertamente:

Para los martianos que no son otra cosa [dirá también Marinello en 1953], la obra del Apóstol se convierte muy pronto en un tesoro privado en que las joyas están expuestas y clasificadas para deslumbrar de extraños y regodeo de iniciados. Así encuentra explicación que tengamos martianos de muchas campanillas que se extasían ante la soberana belleza con que discurre Martí sobre la indispensable igualdad de los cubanos, pero que en la vida diaria discriminan y ofenden a nuestra población negra. Así se da el caso de notorios devotos de Martí y conocedores puntuales de la más recóndita estribación de su ideario y del último matiz de su estilo que, mientras aplauden a toda mano la originalidad y el elegante brío con que se alza su héroe contra la penetración imperialista de Estados Unidos en Cuba, viven todo el tiempo a la sombra de esa penetración y hasta persiguen a los que, inspirados en Martí, la denuncian y combaten. De tales martianos antimartianos hay número considerable y ojalá ninguno tome la palabra en este singular aniversario.²⁸

²⁸ “El caso literario de José Martí” [1953], en *ibid.*

Unos años más tarde, reiteraría Marinello esta necesidad de que quienes se consideran martianos reconozcan el centro de aquella obra mayor: que la previsión de Martí “sobre el dominio económico de Estados Unidos en los pueblos de América es la más aguda expresión de su genio político, aunque algunos, queriendo reducir a Martí al tamaño de sus miedos, se empeñen ahora en negarlo [...] Bolívar previó amenazas futuras, Martí presencié los ataques iniciales (‘por el norte, un vecino avieso se cuaja...’) y nosotros el mal cumplido”.²⁹

Al triunfar la Revolución cubana en 1959, no habrá escritor más autorizado que Juan Marinello para reclamar el haber defendido con tanta constancia como valor, coherencia y lucidez lo mejor de la herencia política martiana, a través de los años oscuros de nuestra República neocolonial. Gracias a hombres como él, como Emilio Roig de Leuchsenring, Leonardo Griñán Peralta, Blas Roca, Raúl Roa, Carlos Rafael Rodríguez, Julio Le Riverend, José Antonio Portuondo, y sobre todo gracias a la acción extraordinaria de Fidel y la “Generación del Centenario”, se había salvado y llevado a territorio libre el inmenso legado de previsión y hondura que es el mensaje político martiano. Al reunir, en 1961, algunos de sus mejores ensayos

²⁹ *José Martí, escritor americano*, p. 304.

sobre Martí,³⁰ podrá escribir Marinello: “El autor ha sido —de 1941 a 1961— actor modesto y observador atento del acontecer nacional. Y como nuestro gran líder elocuente ‘ahondó tanto en lo que venía’, buena cantidad de los hechos ocurridos durante la intensa etapa están contemplados a su luz vigilante y advertidora. Por ello, este libro es, en cierta medida, un recuento y un desear. Quizás ése sea su único significado.”³¹

Naturalmente, el libro tiene además otros significados, aunque no correspondiera a la modestia de Marinello el señalarlo. Pero es aleccionador ir —a volver— a sus páginas teniendo en cuenta que “en los veinte años que recorren las líneas” que lo componen, “Cuba transita la etapa culminante de su servidumbre imperialista”,³² y que Marinello se ha valido reiteradas veces del ejemplo martiano para combatir esa servidumbre. “Nunca hemos dicho” afirmará ahora con razón, “que él sea la Cuba presente”, aquella contra la cual peleó con valor Marinello, “sino precisamente la Cuba futura”,³³ la que había empezado a hacerse realidad en 1959. Si, por una parte, “la Cuba revolucionaria de hoy, la revolución socialista en marcha han dejado en

³⁰ “Ensayos martianos”, 1961. Cit. en la edición ampliada de *Once ensayos...*

³¹ *Ibid.*, p. 15.

³² *Loc. cit.*

³³ *Ibid.*, pp. 16 y 17.

su lugar de oprobio las utilizaciones maliciosas de la palabra martiana”, por otra parte, la lección del Maestro

impulsa los hondos cambios de esta hora y alumbrá, con su agudo sentido dialéctico, las conquistas definitivas del futuro inmediato.

La revolución presente se anuncia y perfila en la prédica martiana, aunque realidades distintas y una situación internacional de nuevos lineamientos la conduzcan a tareas más hondas y trascendentes. El movimiento libertador encabezado por Fidel Castro es la más exacta proyección de los objetivos martianos en los días de la victoria del socialismo.³⁴

Y unas líneas más adelante, en hermosa síntesis donde resplandece un noble orgullo:

Desde la eminencia mundial que es hoy nuestra isla, podemos mirar sin congoja ni rubor al hombre que nos nutrió del coraje indispensable para la obra que hoy cumplimos. Los que durante los veinte años que este libro recoge le anotamos el dramático fracaso, podemos aquilatar mejor la claridad gloriosa de esta hora.³⁵

³⁴ *Ibid.*, p. 17.

³⁵ *Ibid.*, p. 18.

Las numerosas páginas sobre Martí que Marinello escribirá a partir del triunfo de nuestra Revolución ofrecerán, por supuesto, una seguridad, un desembarazo lógico. Pero no por ello serán meras repeticiones de cuanto había dicho ya sobre el tema en los años anteriores. Por el contrario, Marinello seguirá creciendo con la Revolución, sin padecer vejez, enriqueciendo y afinando sus criterios. Como se verá igualmente en lo tocante a la obra literaria martiana, su apreciación de la tarea y el ideario político de Martí conocerá ese crecimiento, y nuevos conceptos, nuevos enfoques aparecerán en sus trabajos. Al hablar de “El pensamiento de Martí y nuestra Revolución socialista”, en 1962, explica que

sería antimartiano tratar de aplicar sus fórmulas concretas a una situación nacional y universal a mucha distancia de las que Martí conoció y enjuició. Pero lo sería también sostener que la gran revolución que hoy vive su país no posee comunicación fecundante con su ideario político, social y económico.³⁶

Ese mismo año, en “Martí desde ahora”, nos parece que Marinello fue aún más explícito al

³⁶ *Ibid.*, p. 183.

abordar la “comunicación fecundante” entre nuestra Revolución y el ideario martiano: “Si leemos la *Segunda Declaración de La Habana* [dice allí Marinello], encontramos que es, en lo esencial, una magna confirmación de las preocupaciones y objetivos de nuestro héroe. En su día no fueron muchos los que penetraron su premonición. *Es ahora cuando se calibra en todo su poder la conciencia del desarrollo histórico de América que poseyó Martí.*”³⁷

Otra observación posterior, original y audaz, nos da la medida de cómo Marinello iba enriqueciendo su apreciación de Martí: “Poseyó nuestro Apóstol tal suma de poder genial”, nos dice, “que pudiéramos decir que se ha ido *realizando* por etapas”.³⁸

Al año siguiente,³⁹ advierte que la “postura vital” de Martí “hace que no envejezca un punto en la realización de su tarea redentora, y que sea hoy, desde ciertos mirajes, más viviente y actual que cuando peleaba por la libertad de Cuba”;⁴⁰ que Martí es “pensador de un sentido dialéctico que es asombro en hombre ajeno a la interpretación materialista de los hechos”;⁴¹ y señala un importante

³⁷ *Ibid.*, pp. 216 y 217.

³⁸ *Ibid.*, p. 217.

³⁹ “En la casa natal de José Martí” [1963], en *ibid.*

⁴⁰ *Ibid.*, p. 223.

⁴¹ *Loc. cit.*

rasgo que distingue a Martí de los pensadores y dirigentes políticos latinoamericanos de la pasada centuria, y lo acerca a los más recientes: “[Martí] es el primero de los grandes conductores americanos que establece la oposición entre el Norte y el Sur no sobre divergencias de raza o temperamento —como todavía lo hacía después el noble arielismo de Rodó— sino sobre un distinto proceso de la economía, determinante de una sumisión mucho más difícil de combatir que la implantada por España”.⁴²

En 1968, insistiré:

Martí ocupa lugar insuperado por representar, como ninguno de sus contemporáneos, la mejor tradición revolucionaria al mismo tiempo que una concepción tan radical y avanzada que anuncia el alcance y sentido de la obra de plena liberación encabezada por Fidel Castro [...] La profundidad y el avance del ideario político de Martí lo comunican entrañablemente con la actual revolución de su país, regida por el marxismo-leninismo y victoriosamente conducida por el Partido Comunista de Cuba y su líder Fidel Castro.⁴³

⁴² *Ibid.*, p. 225.

⁴³ “Martí: hombre de su tiempo...”, p. [45].

Al hablar de las “Fuentes y raíces del pensamiento antimperialista de José Martí”, en 1972,⁴⁴ explica que si Martí “no penetró el resorte determinante del fenómeno imperialista” (ello correspondería hacerlo a Lenin, más de dos décadas después de muerto Martí), en cambio sí penetró “su naturaleza opresora y su magnitud continental”.⁴⁵ Marinello añadirá: “Vistas las cosas en su desnuda realidad y en su coyuntura histórica, la condición premonitorea y libertadora del héroe cubano alcanza toda su estatura. El médico que ignora el origen del mal, pero da en el diagnóstico exacto por la certera interpretación de los síntomas, merece el más alto premio.”⁴⁶

En 1974, Marinello hará ver que “cuando Fidel Castro, en *La historia me absolverá*, recuerda que parecía que iba a morir el Apóstol en el año de su centenario, apunta no sólo a los intentos negadores, sino también a una nueva vida de José Martí. Triunfante la Revolución, será nuestro héroe un impulso magno y permanente”.⁴⁷ Y en otro texto de ese año.⁴⁸

⁴⁴ *Ensayos, cit.*

⁴⁵ *Ibid.*, p. 498.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 505.

⁴⁷ “Sobre la interpretación...”, p. 7.

⁴⁸ “Discurso pronunciado en la clausura del III Seminario...”.

Cuando se realiza, como en el III Seminario, un análisis responsable de la cuestión, queda establecido que las dos concepciones [la martiana y la marxista-leninista] se hermanan en una sucesión consecuen- te por su sentido común revolucionario, y que por encima de criterios determinados por realidades distintas y ante el diverso desarrollo de las fuerzas que hacen la historia, es nuestro Apóstol presencia vigente y eficaz en la revolución más profunda y trascendente de la historia americana.⁴⁹

También en aquella ocasión Marinello deslin- da a Martí de sus coetáneos, y señala en qué me- dida sus anticipaciones miran a nuestro presente:

la devoción sabia y ardiente de Martí por sus pue- blos posee un entendimiento que hasta él no se co- nocía. Alzándose contra una corriente acatada sin contradicción, es nuestro Apóstol el primer hombre de su jerarquía que no afina el progreso de sus Re- públicas en el acrecimiento de la población blanca depositaria, en la opinión dominante, de las vir- tudes civilizadoras de Europa. Para Martí, opinión discrepante y precursora, todo hombre es una posi- bilidad latente de excelencia y creación.⁵⁰

⁴⁹ *Ibid.*, p. 320.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 322.

Todo ello lo llevará a proclamar: “Estamos cumpliendo el ideario martiano con ímpetu martiano”.⁵¹ Y también: “El héroe que dio a la libertad la categoría de la belleza [...] debe impulsar y dirigir el mañana de Cuba y de América.”⁵² Martí no es visto como gloria, por grande que sea, del pasado, sino como rector del presente y del porvenir. Ya en 1961 había escrito Marinello: “Día llegará en que los hombres sean todos culminación —por el propósito limpio, que es el que da la grandeza—, y entonces José Martí se habrá realizado a plenitud.”⁵³

En 1975 se celebrará el Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, con ese motivo, a Juan se le encomienda hablar sobre el partido que fundara Martí, al que Fidel llamaría “el precedente más honroso y más legítimo del glorioso partido que hoy dirige nuestra Revolución, el Partido Comunista de Cuba”. Juan ofrecerá entonces el que sería su último gran texto sobre el quehacer político del héroe cubano: *El Partido Revolucionario cubano, creación ejemplar de José Martí*. Allí, Marinello, quien no había abordado antes este punto, explicará que “en el Partido Revolucionario Cubano se expre-

⁵¹ *Ibid.*, p. 327.

⁵² *Ibid.*, p. 328.

⁵³ “Recuento y perspectiva...” [1961], en *Once ensayos...*, p. 17.

san una función, una estrategia y una estructura desconocidas hasta entonces en la historia política de América”;⁵⁴ señalará en las *Bases* y los *Estatutos* “la sagacidad del guiador que abre el camino con prudencia obligada para el cumplimiento de sus objetivos primordiales”,⁵⁵ y reconocerá que en el partido de Martí, “aunque para otros fines, existió sin duda una forma de centralismo democrático”.⁵⁶

Como síntesis no sólo de este trabajo, sino de toda su labor iluminadora en torno a la acción política de Martí, Marinello concluirá que frente a la añagaza forjada por “los voceros letrados de régimen entreguista”, quienes “nos dieron un Martí iluso y seráfico, el *Apóstol de Cuba*, el *Santo de América*, de inocultables virtudes literarias, pero de criterios políticos delirantes”,⁵⁷

como había de ocurrir, fueron sus continuadores legítimos, los abanderados de la concepción marxista-leninista, los que oyeron su voz y empuñaron sus armas. No es casual que fuera Julio Antonio Mella el primero en destacar la actualidad de sus concepciones revolucionarias, ni que el partido fundado por él y por Carlos Baliño fuera, a lo largo de toda

⁵⁴ *Ibid.*, p. 11.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 15 y 16.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 20.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 24.

su gestión, propagador veraz del ideario de Martí, el que fue visto en lo adelante como revolucionario radical de su tiempo, según la feliz expresión del compañero Blas Roca. Cuando surgió el movimiento liberador encabezado por Fidel Castro, se miró hacia Martí como inspirador, guía y maestro. Si pudiera haber alguna duda sobre el valor permanente de su ejemplo, sería bastante a disolverla el hecho de que no se haya producido acción revolucionaria verdadera en Cuba, después de su muerte, que no haya proclamado su magnitud y su vigencia.⁵⁸

ESCRITOR AMERICANO

Ya mencioné el hecho de que en la mayor parte de las páginas que Marinello consagra a Martí (en especial las que escribe antes del triunfo de nuestra Revolución), lo estudia en su calidad de escritor, y cómo esto se relaciona con la circunstancia de ser él mismo un escritor: Carlos Rafael Rodríguez ha recordado hace poco que Marinello “va de la fruición estética al deber político”.⁵⁹ Ello se ve con entera y dramática claridad en sus sucesivos enfoques de la obra literaria de Martí, los cuales pa-

⁵⁸ *Ibid.*, pp. 24 y 25.

⁵⁹ “Carlos Rafael habla de Roa”, en *Granma*, 23 de abril de 1977, p. 4.

recen ofrecer más de una vez un diálogo consigo mismo y, por supuesto, un diálogo con la literatura coetánea.

Si en alguna ocasión vemos crecer ante nuestros ojos a Marinello, es leyendo sus trabajos sobre la obra literaria de Martí. En 1928, a sus treinta años, compila y prologa una colección de poesías de Martí, la primera hecha con rigor. En aquel prólogo, Marinello dirá: “El verso que ha alimentado —envenenado— hasta hoy a nuestras juventudes está hecho de elementos impuros, extrapoéticos”.⁶⁰ “¿Fue Martí, por su concepto trascendente de la obra artística, por su fe en el beneficio social de la labor poética, un convencido de la corriente actual, que sólo tiene por legítimo el arte que provoca la llegada de nuevos estados sociales, de distintas —y mejores— formas de vida? En nuestra opinión, no.”⁶¹ “La poesía tuvo para él —digámoslo con una palabra trivial— el significado de un *adorno* [cursivas de Marinello] de lo feo y vulgar de la tierra”.⁶² De criterios como éstos, emitidos cuando Marinello era practicante y defensor apasionado de la llamada poesía “pura” (como se ve en sus poemas de la *Revista de Avance* o en su “Inicial angélica” en el libro primero de Emilio Ballagas, 1931), el fu-

⁶⁰ “El poeta José Martí”, *op. cit.*, p. XXIX.

⁶¹ *Ibid.*, p. XLI.

⁶² *Ibid.*, p. XLIII.

turo dirigente del partido del proletariado cubano habrá de desembarazarse en una ruda pelea cuyos contendientes serán, en más de una ocasión, encarnaciones de la misma criatura agonal.

Ya en 1933, al hablar de “Martí, artista”, y descubrirle su esencial unidad, ve que “el artista no es en él hombre distinto del político, del meditador, del apóstol”.⁶³ En 1935, la ocasión de aludir a “Martí, escritor americano”⁶⁴ —tema que año después habrá de requerirle todo un libro— lo lleva a descubrir algunas verdades válidas para nuestras letras todas:

Aparecen no sólo como distintas, sino como opuestas, las calidades del político y las del artista. El intento de conducir a los hombres deja en la obra de arte visibles huellas de precipitación y un dolido sabor de tarea inacabada. Y, con todo, sólo usando la pluma como instrumento civil se han logrado en Hispanoamérica realizaciones de permanente validez.⁶⁵

No se ha medido aún —porque los compases europeos utilizados hasta aquí no son buenos para ello— la magnitud humana del escritor americano

⁶³ “Martí, artista” [1933], en *Literatura hispanoamericana...*, p. 13.

⁶⁴ “Martí, escritor americano” [1935], en *ibid.*

⁶⁵ *Ibid.*, p. 35.

de la familia de Bolívar, de Sarmiento, de Heredia, de Montalvo, de Alberdi, de Martí.⁶⁶

En 1941, en la plenitud —que no lo abandonará— de su pensamiento y de su crítica, Marinello da a conocer un trabajo de gran importancia: “Españolidad literaria de José Martí”. Éste y otros ensayos, como “El caso literario de José Martí” (1953), “Caminos en la lengua de Martí” (1955),⁶⁷ “Martí: poesía” (1968), y por supuesto su libro *Martí, escritor americano* (1958), constituyen uno de los más serios aportes hechos en cualquier parte del mundo a la justa comprensión y valoración de la obra literaria martiana. Marinello había confesado en 1943: “No han sido cubanos, sino gentes nacidas en tierras muy lejanas a la nuestra los que nos han ‘descubierto’ literariamente a Martí.”⁶⁸ Para decir esto, ha tomado en cuenta los tempranos e iluminadores trabajos que consagraron a Martí escritores como Rubén Darío y Miguel de Unamuno (y luego Gabriela Mistral, Juan Ramón Jiménez, Federico de Onís, Andrés Iduarte...). Gracias a Marinello, Cuba pudo, hace varias décadas, estar presente entre los países que habían estudiado cumplidamente “la más personal y profunda voz

⁶⁶ *Ibid.*, p. 36.

⁶⁷ Recogidos los tres en *Once ensayos...*

⁶⁸ *Actualidad de José Martí...*, p. 4.

de la literatura española, entendiendo por tal la peninsular y la americana”.⁶⁹

Es imposible glosar en estas líneas el cúmulo de aportes de aquellos trabajos. Me limitaré a mencionar algunos de los más significativos. Por ejemplo, el reiterado señalamiento por Marinello de “la penetración martiana de lo español”,⁷⁰ y de la vasta riqueza de “Caminos en la lengua de Martí”. En el ensayo que lleva este título, escrito hace veintidós años (es decir, cuando aún no había cundido la manía lingüística en el estudio de la literatura), hay observaciones que adquirirían singular luz. Así éstas: “El gran lenguaje es el gran escritor”;⁷¹ “me atreví a afirmar que el lenguaje llega a Martí a la categoría de protagonista”.⁷² Sólo que tales observaciones, para ser rectamente entendidas, deben ser leídas junto a estas otras, que las acompañan y alumbran: “Hay razones de Martí [...] que integran toda una teoría del castellano de América”;⁷³ “Como todo en Martí, la cuestión

⁶⁹ *Loc. cit.*

⁷⁰ *Ibid.*, p. 44.

⁷¹ *Ibid.*, p. 105.

⁷² Marinello alude aquí a otra observación suya, de un trabajo anterior: “En Martí, cuántas veces, el lenguaje se sale de su oficio y deviene protagonista”; “El caso literario de José Martí”, p. 82.

⁷³ *Ibid.*, p. 109.

del idioma es una cuestión política, de política hispanoamericana, desde luego”.⁷⁴

El papel de los géneros literarios en Martí es visto con acierto por Marinello: “Una carta suya parece en ocasiones, por lo sustantiva y aleccionadora, una arenga tribunicia; y muchas veces el discurso dicho a una multitud posee la virtud de la comunicación discriminada, con nombre y apellido, que es inseparable de las grandes epístolas”;⁷⁵ “el gran Martí —el gran Martí político y el gran Martí escritor— está en las maravillosas crónicas que escribe en Estados Unidos [...] reportajes hondos y luminosos”;⁷⁶ “lo mejor de la *papelería* martiana —las cartas, las arengas y las crónicas—”;⁷⁷ “lo más pleno de su obra está en *La Edad de Oro* y a esa época pertenece”;⁷⁸ “La ficción ocupa porción minúscula de su escritura. La crónica, la carta familiar o política, los discursos, los ensayos biográficos y los comentarios al paso, ventanas sobre la realidad, *hacen* [énfasis de Marinello] su obra y nos dan al prosista extraordinario”.⁷⁹

Marinello no se limita a señalar este predominio en la literatura martiana de los géneros utilita-

⁷⁴ *Ibid.*, p. 110.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 82.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 93.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 108.

⁷⁸ *Martí, escritor americano...*, p. 133.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 241.

rios (la crónica, el discurso, la carta, la labor periodística en general), muy por encima de la ficción; sino que además ofrece la razón de ello: “no queriendo el oficio de escritor sino el de hombre, como dice alguna vez, llega a ser el más rico, el más original, el más entero de los escritores hispánicos de América”;⁸⁰ “el gran político —entendida la palabra en su medida más alta y humana— hizo a Martí al escritor impar”;⁸¹ “Si nuestro héroe hubiera sido un escritor profesionalizado, entregado a la pura creación, la realidad hubiera mordido menos en su obra, con lo que no hubiera logrado ésta la suma de excelencias que la distingue.”⁸² Y, desde luego, esa grandeza literaria pudo alcanzarla Martí porque era dueño de dotes impares, a las que Marinello alude con frases pintorescas y gráficas: “Escribe como si nadie lo hubiera hecho antes”, dice en una ocasión;⁸³ y en otra: “Martí es un *escritor natural*”.⁸⁴

Marinello destaca también, en 1955, el papel del público, del lector en relación con la obra de Martí:

No olvidemos que el público, el lector, a que Martí se dirige es español en muy contadas ocasiones

⁸⁰ *Once ensayos...*, p. 26.

⁸¹ *Martí escritor...*, p. 122.

⁸² *Ibid.*, p. 240.

⁸³ *Ibid.*, p. 276.

⁸⁴ *Once ensayos...*, p. 213.

[...] su obra es un dilatado diálogo con los pueblos hispánicos de América. Su lengua ha de lucir una flexibilidad, una modernidad, una generalidad que le permita y posibilite la atracción múltiple pero que al propio tiempo, por razón política concreta, llegue, por su fidelidad a lo común y raigal, a todos los hispanoparlantes del Continente.⁸⁵

Otro aspecto que Marinello puso de relieve en la obra martiana —y, en rigor, no sólo en su obra literaria— es la existencia en esa obra de coyunturas y etapas, de un proceso:

Se le cita un aforismo como una verdad pensada y cumplida, sin advertir si lo estampó en un texto personalísimo —lírico— o en una madurada meditación política; sin parar mientes en si es hijo de su adolescencia o de sus días finales [...]. Sólo recientemente se ha comenzado a penetrar en su obra atendiendo al momento en que la produce y al intenso proceso que revela.⁸⁶

He dejado para el final de esta parte la mención al estudio por Marinello de una zona de la obra literaria martiana que tiene en ella evidente

⁸⁵ *Ibid.*, p. 117.

⁸⁶ *Martí, escritor...*, p. 133.

importancia, y que sin embargo no puede ser identificada con la escritura inmediatamente utilitaria, ancilar, de Martí: su poesía. Después de aquella incursión de 1928, sobrepasada por él en sus trabajos posteriores, Marinello, sin embargo, no volvería a ocuparse con detenimiento del tema sino treinta y cuarenta años después: en varios momentos de su libro *Martí, escritor americano*, 1958 (en especial en el capítulo “El magisterio lírico: tradición y libertad”), y sobre todo en su excelente trabajo “Martí: poesía”, de 1968.⁸⁷ Es innecesario decir que de aquellos criterios puristas de 1928 nada sobrevivirá en los nuevos estudios que realizará Marinello de la poesía martiana. En 1958, considerará que “en el *Ismaelillo*, en los *Versos sencillos*, en muchos momentos de los *Versos libres*, en poemas sueltos de mucha calidad, asoma la frente *el poeta de América*”,⁸⁸ y afirma que “hay en sus poemas un

⁸⁷ Este trabajo sólo fue publicado completo en Cuba en el *Anuario Martiano*, núm. 1, 1969, y por esa edición citaré. También apareció completo —en el extranjero— en José Martí, *Une étude de Juan Marinello avec un choix de textes...*, París, P. Seghers, 1970 (traducido al francés), y en Juan Marinello, José Martí, Madrid, 1972. Con la exclusión de algunas páginas iniciales, se republicó en Cuba como prólogo del libro *Poesía mayor* de José Martí (La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1973), y en los libros de Marinello, *Creación y Revolución y Ensayos...*, 1977.

⁸⁸ *Martí, escritor...*, p. 151.

anuncio de la lírica española de nuestros días”.⁸⁹ En cuanto al estudio de 1968, nos parece lo más conveniente mencionarlo a propósito de un tema que, por el interés que demostró en él Marinello, debemos tratar de acápite aparte: cómo vio Marinello la relación de Martí con el modernismo.

EL CASO DEL MODERNISMO

Tempranamente, en 1933, Marinello hace una observación justa: “Martí no puede jurar fidelidad a una bandera literaria, entregado como está, desde que tiene conciencia de sí, a una fidelidad más alta”.⁹⁰ Pero también desde esa fecha se interroga sobre la relación entre Martí y el modernismo: “Martí es tenido generalmente”, dice entonces Marinello, “con el cubano Julián del Casal, el mexicano Gutiérrez Nájera y el colombiano José Asunción Silva, como precursor del Modernismo, la corriente literaria hispanoamericana que culminó en Rubén Darío”; y si bien Marinello es conciente de lo que distingue al Martí combatiente de aquellos hombres, asegura: “Aun con esta oposición fundamental, se advierte el parentesco entre la obra

⁸⁹ *Ibid.*, p. 183.

⁹⁰ *Literatura hispanoamericana...*, p. 14.

literaria de Martí y lo mejor del Modernismo”.⁹¹ Y añade después: “La renovación de médula y técnica del Modernismo está en Martí en aquello que no es preciosismo, narcisismo sensual, gracia decadente y francesismo literal”.⁹²

Esa manera de relacionar a Martí con el modernismo (situándolo entre sus supuestos “precursores”), era la habitual por esos años anteriores a la aparición de la *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)*, Madrid, 1934, de Federico de Onís, que impulsaría un replanteo de esta cuestión, y sobre la que tendremos ocasión de volver.

En 1954, al trazar un “Balance y razón de una universalidad creciente”, Marinello dirá que Martí “es innovador literario del que todavía se discute si anunció —con Julián del Casal, Gutiérrez Nájera y José Asunción Silva— el Modernismo, o si lo inició con *Ismaelillo* o lo trascendió con su prosa”.⁹³ Al año siguiente, en “Caminos en la lengua de Martí”, añadirá: “Ahora se ha vuelto a poner a debate si José Martí es o no precursor del Modernismo [...]. Sigo creyendo que quien con más talento y verdad ha discurrido sobre la cuestión es don Federico de Onís [...]. Por haber pertenecido a su tiempo y por *haber sido su mayor creador*, traspasa

⁹¹ *Ibid.*, p. 18.

⁹² *Ibid.*, p. 19.

⁹³ *Once ensayos...*, p. 89.

Martí las esencias del Modernismo, aunque influya muy hondamente en sus cultivadores”.⁹⁴

Y unas páginas después: “Martí permanece y extiende su reino hacia el futuro [...]. No se le puede encasillar en un movimiento literario, aunque en él esté la huella de su maestría, no la de su magisterio”.⁹⁵

A estos criterios maduros había arribado Marinello en la fecha, con lo que parecía cancelar su preocupación sobre el tema, cuando poco después⁹⁶ se lanza a una polémica en torno a la cuestión, con Manuel Pedro González, e incluso llega a dedicarle años de investigación a la elaboración de su libro *José Martí, escritor americano. Martí y el modernismo* (México, 1958).

La razón inmediata de estos hechos es la aparición en México, en 1954, del libro de Max Hen-

⁹⁴ *Ibid.*, pp. 119 y 120.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 122.

⁹⁶ Aunque Marinello recogió su participación en la polémica en un libro editado en México en 1959: *Sobre el modernismo: polémica y definición* —materiales que también publicó en sus *Ensayos martianos* y en *Ensayos—*, entiendo que ellos habían aparecido previamente, c. 1955, en “El Papel Literario” de *El Nacional*, de Caracas. Sin embargo, nada se dice sobre esto en la valiosa “Bibliografía de Juan Marinello” compilada por María Luisa Antuña y Josefina García Carranza, publicada en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, septiembre-diciembre de 1974, que tan útil me ha sido para estas notas.

rriquez Ureña *Breve historia del modernismo*, que Marinello comenta en su ensayo “Qué cosa fue el Modernismo” (c. 1955), desatando así la polémica con González, quien le responderá en “Apostillas a ‘Qué cosa fue el Modernismo’”.⁹⁷ Pero si tal es la causa inmediata, razones más profundas tienen que haber movido a Marinello, el dirigente político, a consagrar, en una época tan difícil, tiempo y esfuerzos apreciables a lo que podía parecer tan sólo una querrela erudita, un viejo pleito de clasificadores. Aquellas razones, por supuesto, se encontraban más allá de ese pleito. Marinello lo dirá en su “Réplica”: “Una vez más declaramos frente al caso que no nos hemos planteado otra cosa que la fijación del rumbo por el que las más firmes dotes pueden ofrecer el mejor rendimiento”.⁹⁸ “Un voto a favor o en contra de una postura literaria es, en nuestra América, materia de porvenir. [...] ¿A quién debe parecerse nuestro futuro escritor, a Darío o a Martí?”⁹⁹ Y, haciendo aún más explícito su propósito, convencido además de que la polémica revela “una distinta concepción de la naturaleza y función de la literatura”,¹⁰⁰ invita a González

⁹⁷ Manuel Pedro González también recogió en volumen sus trabajos de la polémica: *Notas en torno al modernismo*, México, UNAM, 1958.

⁹⁸ *Once ensayos...*, p. 172.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 173.

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 172.

a echar, desde su atalaya estadounidense, una mirada responsable sobre la literatura de los pueblos hispanoamericanos. Verá que andamos hoy en una encrucijada decisiva entre el virtuoso regodeo y la conciencia ansiosa. El rumbo de la *pureza*, que tuvo en el Modernismo una estación considerable, marca ahora una buena porción de nuestras letras [...]. Las artes plásticas se solazan en aventuras abstractas que un día —nada lejano— se tendrán por despropósitos delirantes.¹⁰¹

En su libro sobre Martí y el modernismo, reiterará:

Decidir una cuestión como la que nos ha ocupado significa, por fuerza, tomar partido ante el futuro [...] lo que nos hemos preguntado a lo largo de estas meditaciones es, en fin de cuentas, si los escritores hispanoamericanos deben seguir las huellas del Modernismo o, por el contrario, mantener fidelidad a la postura central de Martí.¹⁰²

Ésas son las razones últimas de la ansiosa preocupación de Marinello por este tema, y por eso ve en él “materia de porvenir”; ¿se impondrá en nuestras artes los que en la polémica Marinello llama

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 174.

¹⁰² *José Martí: escritor...*, p. 300.

“los virtuosos de la angustia y los abanderados de la nada”,¹⁰³ o triunfarán un arte y una literatura que, con alto nivel expresivo, den voz a los problemas más urgentes y entrañables de nuestros pueblos? No es la suya preocupación por el pasado, sino por el presente y el porvenir. De ahí que, paralelamente a estos estudios, y con su mismo espíritu, escriba *Conversación con nuestros pintores abstractos*, 1958.¹⁰⁴

Vistas a esta luz aquellas páginas, se entienden la preocupación y la beligerancia que en ellas muestra Marinello. Al hablar de “Martí en Moscú”, en 1953, había dicho: “El caso literario, cultural, de José Martí es, sin duda, el más relevante que puede ofrecer la América Latina”.¹⁰⁵ Y ese mismo año, en “El caso literario de José Martí”, añadirá: “Martí es en verdad nuestro gran fiador intelectual ante el mundo”.¹⁰⁶ Siendo así las cosas, indudablemente, y viviéndose en aquellos años cincuenta una de las épocas más oscuras de nuestras repúblicas en este siglo, una época que implicaba una violenta penetración imperialista

¹⁰³ *Once ensayos...*, p. 178.

¹⁰⁴ Recuérdese que este último trabajo tan polémico —que después se republicaría varias veces— apareció inicialmente en la revista mimeografiada *Mensajes*, publicada en la clandestinidad por el Partido Socialista Popular.

¹⁰⁵ *Once ensayos...*, p. 57.

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 75.

en el campo cultural y un confesado propósito de desnacionalización de nuestros pueblos, Marinello reacciona con energía frente a la pretensión de que incluso nuestra más alta personalidad, “nuestro fiador intelectual ante el mundo”, quiera ser presentado como un integrante más de una escuela literaria que él veía entonces sobre todo en sus costados más débiles y miméticos. Hay que decir que a este último juicio de Marinello colaboraba una confusión de nombres que se remite a la propia antología de De Onís de 1934, tan justamente apreciada por Marinello. En aquel libro, en reiteradas ocasiones, las designaciones de que se vale De Onís para llevar un poco de orden a la selva tienen más de un significado, lo que no puede sino engendrar nuevas confusiones. Baste recordar dos casos: uno que ha tenido cierta fortuna, aunque dista mucho de haber sido aceptado sin más (y el rechazo de Marinello es clara señal de ello); y otro, que fue rápidamente abandonado. El primero, es la denominación “modernismo”; y el segundo, la denominación “ultraísmo”. En la antología de De Onís, “modernismo” significa *dos* cosas: una tendencia literaria afrancesada que durante breve tiempo se llamó así; y una renovación hartamente amplia y profunda, muchos de cuyos representantes jamás se llamaron a sí mismos “modernistas”, e incluso, en no pocos casos, combatieron aquel *otro*

“modernismo”.¹⁰⁷ En la antología de De Onís también significa *dos* cosas el término “ultraísmo”: la tendencia poco importante de Guillermo de Torre y otros escritores menores; y la poesía de poetas tan ricos y diversos como García Lorca, Alberti y Vallejo. Ahora bien: este segundo sentido no prosperó, quedando “ultraísmo” como el nombre de la modesta aventura que así fue bautizada. Ése no fue el caso de “modernismo”, que desde el libro de De Onís hasta hoy, es decir, por más de cuarenta años, ha mantenido su ambigüedad, y consiguientemente, ha sido fuente de numerosos equívocos y polémicas. Por ejemplo, cuando De Onís afirma que Martí y Unamuno son modernistas, está tomando el término en su más amplio sentido; mientras que cuando Marinello niega que Martí y Unamuno, e incluso el Darío de la madurez, sean modernistas, está, por el contrario, pensando en el sentido más entero, repetitivo y colonizado del “modernismo”.

Esto no quiere decir que aquella polémica de los años cincuenta estuviera *limitada* a un desenfoque, a una confusión terminológica: por el contrario, hemos mencionado las graves y muy atendibles preocupaciones que llevaron a Marinello a

¹⁰⁷ He intentado desembrollar este problema y ofrecer algunas hipótesis en “Modernismo, 98, subdesarrollo” [1968], recogido en *Para una teoría de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones*, La Habana, Casa de las Américas, 1975 y ediciones posteriores.

desarrollarla. Pero sí es cierto que una clarificación semántica era imprescindible, y Marinello, consciente de este hecho, rectificaría después algunas de sus observaciones, dando prueba de ser un pensador dialéctico, y de que, como antes dije, no padeció vejez, no se osificó en sus planteos.

Por entonces, sintiéndose urgido por rescatar a Martí de una ubicación que lo empequeñecería y deformaría, realiza aportes que van más allá de la coyuntura de la polémica, y además contribuye a ella con juicios que después matizará. Entre los primeros, deben destacarse su voluntad de señalar “las condiciones sociales y culturales en que el movimiento se engendra —y que casi nunca se han tenido en cuenta—”,¹⁰⁸ y observaciones como éstas: “el libertador cubano sufre los efectos de la crisis que determina el Modernismo; pero se sube sobre ella”.¹⁰⁹ “La decadencia literaria de España coincide con el anhelo de universalidad que sacude a nuestros escritores”;¹¹⁰ “Sería interesante indagar hasta dónde su advertencia [de Martí] cuaja en la vuelta a la entraña de América, en la que a veces forman los mismos primates de Modernismo. [...] Después de muerto, Martí ganaba sus mejores batallas y el Modernismo inclinaba sus ban-

¹⁰⁸ *Once ensayos...*, p. 144. Marinello insistirá en esta cuestión en *Martí, escritor...*, p. 92.

¹⁰⁹ *Once ensayos...*, p. 143.

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 144.

deras”;¹¹¹ “Los poetas de aquel movimiento [el modernismo] fueron los más valiosos de su tiempo americano [...]. La poesía americana logró, con el Modernismo, la adultez largamente apetecida, en lo que al dominio técnico y a la gracia depurada se refiere”;¹¹² “Rubén Darío mantuvo a lo largo de toda su vida no sólo admiración firme y cumplida por el escritor José Martí, sino respetuosa y delicada devoción por el hombre apostólico que había en él”.¹¹³ Entre los segundos, los juicios que habría de matizar, se encuentran algunos como éstos: “el movimiento capitaneado por Rubén Darío fue un fenómeno americano, aunque no en servicio de nuestros pueblos [...] Darío [...] fue el vehículo deslumbrante de una evasión repudiable, el brillante minero de una grieta desnutridora”;¹¹⁴ “Cuando se enfrentan los casos de Darío y Martí [...] Martí es el polo positivo”;¹¹⁵ “no encontramos explicación a que escritores distanciados por conceptos fundamentales puedan ser integrantes de la misma tendencia”;¹¹⁶ “el Modernismo no es una liberación, sino un cambio de gobierno”.¹¹⁷

¹¹¹ *Ibid.*, p. 148.

¹¹² *Ibid.*, p. 177.

¹¹³ *Martí, escritor...*, p. 168.

¹¹⁴ *Once ensayos...*, p. 146.

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 147.

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 165.

¹¹⁷ *Martí, escritor...*, p. 65.

Para apreciar la tensión a que se sometía Marinello en algunos de estos juicios, tan drámaticos a veces —juicios nacidos en gran medida, como hemos dicho, de su preocupación por la literatura del presente y del porvenir hispanoamericanos—, recuérdense estas palabras suyas, escritas al concluir la polémica: “Ver a los poetas del Modernismo con pupila exacta comporta un esfuerzo sobre nosotros mismos, un desdoblamiento incómodo y a veces violento”.¹¹⁸

Como sabemos, el aire de la historia vino a soplar magníficamente en favor de su ansiedad. Apenas acababa de salir de las prensas mexicanas su libro *Martí, escritor americano. Martí y el modernismo*, cuando se producía el triunfo de la Revolución cubana, en 1959: la revolución fiel a Martí que empezaría a construir el socialismo en América y daría nueva fuerza al marxismo-leninismo en estas tierras. Entre las muchas consecuencias felices de estos hechos, se desarrollaría, al influjo directo o indirecto de la Revolución cubana, una literatura latinoamericana que por primera vez encontraría reconocimiento mundial y obligaría a replanteos en lo que toca a su apreciación, a su propia historia.

En vez de aquella literatura desangrada que Marinello tenía toda la razón de temer en la década del cincuenta, la nueva literatura latinoameri-

¹¹⁸ *Once ensayos...*, p. 177.

cana, sin dejar de padecer obras de ese jaez, sobre todo ofrecía, diez años después de aquel libro de Marinello, un rostro rico y complejo, aunque no fuera todavía la literatura ideal apetecida. Acorde con esa riqueza, Marinello, a propósito del centenario de Darío,¹¹⁹ escribirá:

Hace cosas de diez años escribí un libro voluminoso sobre las relaciones de José Martí con el Modernismo. [...] Si escribiera de nuevo aquel libro mío —valgan confesiones en voz alta, que son las buenas—, no reproduciría exactamente cuánto allí consigné. Y me regocijo al decirlo, porque ello supone una reserva de sorpresa, de cambio, de plasticidad, de juventud, de vida verdadera, que deben cuidar con diario mimo los escritores de mi edad. Quien no rectifique el camino poniendo el oído a los rumores que lo bordean, corre el peligro de quedar rezagado, o de no llegar a parte alguna. [...] No es que hayamos renegado de la tesis fundamental de aquel estudio; es que la meditación continuada sobre sus confluencias impone cambios saludables de enfoque y tono. Sigo creyendo, desde luego —y es la espina dorsal del libro *Martí, escritor americano*—, que nuestro libertador no puede comprenderse entre los precursores del Modernismo, ni entre

¹¹⁹ “Centenario de Rubén Darío” [1967], en *Creación...*, 1973.

los modernistas, porque es la figura magistral de un hecho de distinta naturaleza y mayor alcance, en que el Modernismo queda inserto, y porque su obra expresa distintas actitudes y preferencias que las que afloran en la corriente alumbrada, sostenida y desatada por el genio de Rubén Darío.¹²⁰

La relación de Martí con aquellos escritores, como en general el papel de ellos, es vista ahora a distinta luz:

En estos días, en la meditación del centenario de Rubén Darío, se nos ha mostrado con mayor claridad que existen tercas confusiones en la consideración *del más importante período de la literatura latinoamericana*, el que arranca de los años 80 del siglo pasado y llega hasta los 20 de la presente centuria. Mientras más estudiamos la magna etapa, nuestra Edad de Oro, mejor advertimos que una serie de factores de varia índole (y que hemos estudiado en otra parte) determina, durante esos 40 años, *una transformación ancha, profunda y múltiple* en las letras de nuestro Continente. *El nombre no importa, sino el hecho. Llamémosle modernidad, o universalidad, o toma de conciencia, o de otro modo cualquiera*, ya que sabemos que el nombre no hace a la cosa y muchas veces la deshace [...] Este enfoque de la cuestión, que

¹²⁰ *Ibid.*, pp. 36 y 37.

nos parece evidente, explica el hecho de que *nuestros mejores poetas de ese período* (ya se saben los nombres, José Asunción Silva, Julián del Casal, José Martí, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Díaz Mirón, Jaimes Freyre, Herrera Reissig, Gutiérrez Nájera, López Velarde, González Martínez y otros que se me olvidan) *se cambian maneras y valores que, aun opuestos y a veces contradictorios, llevan la marca del tiempo*. Ninguno recuerda, y ello es lo definidor, la poesía de la víspera. No está bien llamarlos modernistas, porque integrando la hermosa etapa superadora, no responden a los ademanes del jefe de la escuela.¹²¹

Después de afirmar que el modernismo, que para Marinello “es como decir Rubén Darío” (lo que excluye por necesidad a los demás poetas), “es un tramo fragante de la modernidad, o de la universalización de la literatura latinoamericana si se prefiere, que cuaja en lo lírico su voz más duradera”,¹²² Marinello reconoce una relación entre Martí y Darío bien distinta de la que había señalado una década antes. En “Rubén Darío en la Sorbona. Cuba en Rubén Darío. Guía para un libro”,¹²³ también de 1967, dice:

¹²¹ *Ibid.*, pp. 37 y 38.

¹²² *Ibid.*, pp. 39 y 40.

¹²³ Marinello, “Rubén Darío en la Sorbona. Cuba en Rubén Darío. Guía para un libro”, en *ibid.*

Cuando leemos la prosa de Darío y descubrimos bajo la letra la luz animadora, cegadora a veces, de nuestro máximo creador, se nos llena de sentido la exclamación con que abraza Martí a Darío en el momento de conocerlo. La emoción se le apretó en una sola palabra: ¡Hijo! *Hijo fue de veras de su genio innovador y de su sed universal*; hijo en el ímpetu ciclópeo de hacer de nuestro Continente un costado ilustre de la tierra.¹²⁴

Al leer ahora lo que [Rubén Darío] descubrió en la obra literaria martiana, se renueva nuestro asombro, y hemos de proclamar, porque es la verdad, que no se ha hecho después interpretación tan lúcida y exacta, de tanta penetración y vuelo. Una vez más se confirma que *sólo entre pares se llega a la última entraña*.¹²⁵

Con este enfoque, Marinello volverá a ocuparse, en 1968, de la poesía de Martí, a la que dedicará uno de sus más enjundiosos trabajos de crítica literaria: “Martí: poesía”.¹²⁶ Allí reiterará que “es justicia proclamar que es Martí la figura primordial en una transformación de las letras latinoamericanas que llega hasta nosotros”,¹²⁷ y cómo

¹²⁴ *Ibid.*, p. 61.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 62.

¹²⁶ *Cit.* en *Anuario*...

¹²⁷ *Ibid.*, p. 128.

el “modernismo” (en su sentido más estrecho) no es sino “un recodo fragante de la modernidad”.¹²⁸ Y allí también aparecerían, sin más comentarios, observaciones como éstas: “El *Ismaelillo* [escribió Pedro Henríquez Ureña], inicia el modernismo en la lírica americana”;¹²⁹ en los *Versos libres* aparece “la imagen de sentido moderno, trasunto de la buena poesía francesa del tiempo”;¹³⁰ “Para la poetisa chilena [Gabriela Mistral] las estancias dolientes en que despide el poeta a la amada en flor [en “La niña de Guatemala”] componen el mejor momento del Modernismo”.¹³¹

En la plenitud de su vida y de su sabiduría; en medio de una poderosa revolución triunfante que había hecho llegar su aire renovador también a las letras de nuestra América, Juan Marinello había zanjado una vieja discusión de la que saldría su héroe como iniciador de una tarea literaria enorme, en proceso de realización.

UBICACIÓN DE MARTÍ

Después de todo, este problema de la ubicación literaria de Martí no es sino un aspecto de otro

¹²⁸ *Ibid.*, p. 129.

¹²⁹ *Ibid.*, p. 138.

¹³⁰ *Ibid.*, pp. 136 y 137.

¹³¹ *Ibid.*, p. 155.

problema más vasto —la ubicación histórica general de Martí—, el cual remite por necesidad a una cuestión que Marinello supo señalar desde temprano. Ya en su “Martí artista”, de 1933, escribió: “En el camino hacia José Martí se alzarán siempre un gran obstáculo: su unidad. Desde todos los ángulos se le ve el corazón a este hombre [...]. Por eso el artista no es en él hombre distinto del político, del meditador, del apóstol”.¹³² Y en 1954 reiterará: “Debe quedar bien claro de una buena vez que a una personalidad como la de Martí no se le puede fraccionar de acuerdo con preferencias políticas o inclinaciones literarias. O se le toma en bloque —en esa totalidad humana de la que parte todo en él—, o no se le toma de ninguna manera.”¹³³ Ubicar a Martí no supone pues ubicarlo por partes, sino ubicar plenamente aquella “unidad”, aquella “totalidad” suya, en la cual no son distintos el artista, el político, el meditador, el apóstol. Y ello sólo puede realizarse en la historia real, en la circunstancia específica que Martí vivió y comprendió como nadie, y en la tarea que allí acometió, dejando abierta una brecha por la que aún andamos. Consciente de eso, Marinello denunciará en 1953: “La consideración abstracta de nuestro grande hombre es muy frecuente en los martianos que no son más

¹³² *Literatura hispanoamericana...*, p. 13.

¹³³ *Once ensayos...*, p. 100.

que eso, especialistas en José Martí”.¹³⁴ En cambio, en los que son martianos de veras, y por tanto siguen peleando, en nuevas coyunturas, su misma pelea, la propia experiencia les dice que un hombre así, un hombre entero y cabal, es siempre criatura concreta, en jadeo con un tiempo y un deber concretos. Y será el diálogo con ese tiempo y ese deber el que aflore en su pensamiento y sus “letras fieras”. Por eso, por entender desde dentro a Martí, Marinello había podido decir con entera razón en 1940: “Martí fue primordialmente un político y [...] quien indague el color y su pensamiento con olvido de esta verdad anda descaminado.”¹³⁵ Y esa esencia política suya —en el sentido más alto y noble del término—, esa fidelidad martiana a las múltiples exigencias de su quehacer histórico, explican el hecho, reiterado por Marinello en 1953, de que logre “un sentido dialéctico de lo político que no está asentado en una convicción filosófica, sino en una aguda comprensión de los acontecimientos”.¹³⁶ Dispuesto siempre a servir por las vías más diversas —políticas, literarias, bélicas— la causa de liberación a que ofrendara su luminosa existencia; y situado en una coyuntura complejísima y particu-

¹³⁴ *Ibid.*, p. 72.

¹³⁵ “Carta de Juan Marinello”, en Martínez Bello, *op. cit.*, p. 216.

¹³⁶ *Once ensayos...*, p. 58.

larmente transitoria — inicio del imperialismo, fin del viejo colonialismo y nacimiento del neocolonialismo, barruntos aún lejanos del mundo plenamente liberado —, su quehacer, su pensamiento, su expresión revelan esa “íntima condición transitoria” que Marinello señalara con gran acierto y que ya he mencionado. Por eso, como también dirá Marinello, en 1941: “toda clasificación consabida queda como desajustada ante su caso y a todas es infiel en definitiva”.¹³⁷ Marinello se debate con energía contra los múltiples intentos de encasillar al hombre original en las clasificaciones *consabidas*; lo que, naturalmente, no quiere decir que no sea susceptible de ubicación alguna: pero mientras se forjan las nuevas clasificaciones, ya no consabidas, es imprescindible evitarle encasillamientos deformadores. Por eso dirá en 1953: “Mil veces hemos visto cómo los propagadores de la enseñanza confesional entre nosotros nos mechan sus sermones y comentarios de sentencias martianas. Lo que es tan desleal como querer adscribir a nuestro hombre el pensamiento marxista”.¹³⁸ Y también: “Todo lo que tienda a ofrecernos un Martí *a posteriori*, todo lo que se dirija a enfrentarlo a situaciones y realidades distintas de las que integraron su personalidad y provocaron su acción, es tan descaminado como

¹³⁷ *Once ensayos...*, p. 28.

¹³⁸ *Ibid.*, p. 73.

el intento de darnos un Martí de espaldas al presente cubano”.¹³⁹

Ahora bien, esas nuevas clasificaciones que harían plenamente comprensible la ubicación y la obra de Martí, no podrían forjarse, sino al calor de la misma historia. En aquellos años oscuros del cincuenta, en 1954, Marinello llegó a escribir estas palabras en las que la tristeza es vencida por la más radiante esperanza:

Será después de nuestro turno que llegue el amanecer dichoso en que se levante de nuestras ruinas de homenaje y polvo de entusiasmo el Martí prístino y radioso; un Martí que no hayamos leído nunca, un héroe renacido de sus cenizas agotadoras, al que podamos acercarnos como un profeta familiar. Ese día sus virtudes netas de escritor, su real medida literaria [y de toda naturaleza], podrán apreciarse y entenderse cabalmente.¹⁴⁰

Por fortuna, sería en vida de Marinello cuando brotaría ese “amanecer dichoso” que él anunció, y en que comenzaría a apreciarse y entenderse plenamente la obra en marcha de aquel “profeta familiar”. Ese amanecer ¿no es el de nuestra Revolución socialista, la que desde la arrancada mis-

¹³⁹ *Ibid.*, p. 74.

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. 108.

ma señaló inequívocamente su filiación martiana, y ha hecho posible, al decir del propio Marinello, que el Maestro se haya ido “*realizando*”? Es ahora, también según palabras de Marinello, que “la condición premonitoria y libertadora del héroe cubano alcanza toda su estatura”. Ahora vemos con nitidez en qué medida aquel demócrata revolucionario en combate contra el colonialismo y el imperialismo sobrepasaba no sólo a los escritores modernistas, sino también a todos los políticos y pensadores latinoamericanos de su época, porque sus dramáticas exigencias apuntaban al porvenir: sin que por ello abandonara un solo instante, todo lo contrario, las labores incluso más humildes que su tiempo le imponía. Marinello pudo escribir en 1961: “Sólo una revolución socialista como la que avanza en Cuba es la realización consecuente y profunda del pensamiento político de Martí, sin que tal pensamiento haya sido socialista”;¹⁴¹ y también había escrito, antes del triunfo de nuestra Revolución, que si bien Martí no se propuso aún como meta inmediata “la sociedad sin clases [...] todo grande hombre es anuncio de esta sociedad”.¹⁴² Esa meta ahora sí es ya la nuestra. Y en relación con ella, en su último gran trabajo político sobre Martí, en 1975, Marinello estampó estas

¹⁴¹ *Ibid.*, p. 18.

¹⁴² *Ibid.*, p. 45.

soberanas palabras: “En ese porvenir de imedible grandeza estará presente, cualquiera sea la magnitud de los cambios producidos, la voz profética y liberadora de José Martí”.¹⁴³

TU MARCELLUS ERIS

En reiteradas ocasiones, Marinello advirtió cómo en los vívidos retratos que Martí trazó de las personalidades que admiró y amó, con frecuencia se pintó a sí mismo. ¿No es acaso éste también el caso de Marinello cuando, más de una vez, escribe sobre su admirado y amado Martí? ¿No trazó en esas ocasiones su mejor retrato? Cuando nos describe la agonía martiana, cuando le recorre el idioma ávido y hermoso, cuando lo presenta combatiendo sin ira, leal a su tiempo y anunciador del porvenir; cuando dice de la existencia de Martí que “una vida de esta categoría es mucho más que una vida: es un hecho moral”, ¿cómo no sentir que estamos, a la vez, frente a José Martí y a Juan Marinello? No se trata ahora de establecer comparaciones que el propio Marinello hubiera sido el primero en rechazar. Pero sí de admitir que nadie ha comprendido mejor a Martí que aquellos que se sintieron convocados a proseguir su gigantesca

¹⁴³ *El Partido Liberal*, p. 31.

tarea, y encontraron fuerzas suficientes para hacerlo. Son ellos quienes han hecho posible el mejor entendimiento de Martí, aunque ese entendimiento no asumiera por necesidad forma de estudios. Su caso es el del fuego en diálogo con el fuego.

Sobre todo en dos ocasiones, a lo largo del siglo XX, se ha dado este diálogo en nuestra historia: en relación con los grandes revolucionarios brotados a la lucha en los años veinte, y en relación con la “Generación del Centenario”. Mella, Rubén, Juan, Fidel y los asaltantes al cuartel Moncada sintieron que aquel mensaje los llamaba a reiniciar una pelea inacabada; sintieron que aquella obra los señalaba a ellos, como en el verso de Virgilio: “*Tu Marcellus eris*”, “Tú serás Marcelo”: ahora tú eres la historia. Y es en la historia viva, no en las páginas, por ilustres que sean, donde sigue vivo aquel hombre sin muerte. Al entender lo esencial de Martí, y al continuar, en tiempos y situaciones distintos, su tarea, tanto Mella, Marinello y sus compañeros de generación, como Fidel y la “Generación del Centenario”, hicieron posible a los demás la comprensión cabal de la obra martiana: de lo que Marinello llamaría “el largo tesoro de su fuerza y de su ternura”.

EL 26 DE JULIO Y LOS COMPAÑEROS DESCONOCIDOS DE JOSÉ MARTÍ*

[...] que Abel estudiaba mucho a Martí, y que en una ocasión le dijo que había leído que vendría un grupo de jóvenes y que esos serían los que de verdad iban a liberar a Cuba. “Esos jóvenes somos nosotros”, le dijo Abel con absoluta convicción.

Mártires del Moncada,
La Habana, 1965.

“[...] y Cuba, tan bella como Grecia, tendida así entre hierros, mancha del mundo, presidio rodeado de agua, rémora de América”, exclamaba an-

* Trabajo solicitado y distribuido por la Agencia Prensa Latina, en julio de 1973, con motivo del XX Aniversario del Asalto al Cuartel Moncada.

gustiado Martí en 1889. Sesenta y tres años más tarde, esas palabras renovaban su trágica actualidad. El 10 de marzo de 1952, un cuartelazo brutal sumía de nuevo a la isla en su condición de “mayordomía espantada”. Ya no iban a volver a salir de la boca del maestro esas palabras quemantes. Pero él había sabido ver la unidad de nuestra historia: “la historia de ayer”, escribía en 1892, “llena de sobrevivientes ilustres, y la historia de mañana, llena de compañeros desconocidos”. Y así como el batallador Pablo —en memoria del cual, significativamente, Martí fue llamado *el Apóstol*— supo hablar a los atenienses sin fe a nombre del “dios desconocido”, serían esta vez “compañeros desconocidos” de José Martí quienes le darían voz para volver a encender la fe del combate. Eran muchachos ignorados, trabajadores y estudiantes, que a raíz del 10 de marzo, a menudo con independencia unos de otros, expresaban su repudio enérgico al golpe militar.

A las pocas horas del mismo, el joven abogado Fidel Castro rechaza en un manifiesto: “¡Revolución no, zarpazo! Patriotas no, liberticidas, usurpadores, retrógrados, aventureros sedientos de oro y de poder.” Y anuncia, profético: “Cubanos: hay tirano otra vez, pero habrá otra vez Mellas, Trejos y Guiteras.” Dos semanas después del golpe, demanda al Tribunal de Urgencia que Batista sea condenado a más de cien años de prisión. Por esos

días, Raúl Gómez García, joven maestro, escribe otro manifiesto: “Revolución sin juventud”, que parece manar directamente de la pluma de Martí:

Sobre alegrías han de levantarse los pueblos, y no sobre dolores. Después del sacrificio de la historia, la libertad democrática ha de coronar el esfuerzo de los hombres, y no la mengua y el desprecio de su propia condición. Con el pecho agitado, en el ahogo mudo de la palabra buena, en esta hora aciaga de la patria de Martí, venimos a decir verdades justas sobre las circunstancias y los hechos [...] No vamos a teorizar, vamos a combatir. No vamos a decir, vamos a hacer.

Reiteradamente aparecen en esas páginas el nombre, el estilo y sobre todo las ideas de Martí, que “vive aún”, se dice, “sin mengua de su dignidad de hombre libre, en las páginas del alto pensamiento, en los volúmenes de la historia, y en la voluntad de sus compatriotas”.

Para dar un vehículo a su expresión combatiente, varios de esos jóvenes —Abel Santamaría, Raúl Gómez García, Jesús Montané— editan el periódico clandestino *Son los Mismos*, que pronto dará lugar a *El Acusador*, bajo la dirección de Fidel Castro. El número inicial de *El Acusador* comienza a distribuirse el 16 de agosto de 1952, durante la manifestación a la tumba de Eduardo Chibás con

motivo del primer aniversario de la muerte del dirigente ortodoxo. En uno de sus artículos, firmado *Alejandro* —seudónimo de Fidel Castro hasta el triunfo de la Revolución—, se leía:

El momento es revolucionario y no político. La política es la consagración del oportunismo de los que tienen miedo y recursos. La Revolución abre paso al mérito verdadero, a los que tienen valor sincero, a los que exponen el pecho descubierto y toman en la mano el estandarte. A un partido revolucionario debe corresponder una dirigencia revolucionaria, joven y de origen popular, que salve a Cuba.

Ha comenzado a estructurarse la vanguardia de la nueva Revolución cubana. Sus integrantes, llegados de diversas partes de la isla, pero todos jóvenes trabajadores, tienen como principal lugar de reunión el modesto apartamento de 25 y O, en El Vedado, donde viven Abel Santamaría y su hermana Haydée. Ella evocará años después: “Se discutía mucho en aquel lugar. El ideario martiano en primer lugar: el *Manifiesto de Montecristi* y los Estatutos del Partido Revolucionario Cubano de Martí”. Por su parte, Raúl Castro, ha contado:

Pasan unos meses más, y el 28 de enero, Centenario del natalicio de José Martí, parte de la escalinata universitaria una importante manifestación

donde participan obreros, estudiantes, empleados y pueblo en general, y entre esa muchedumbre se destacaba un grupo de varios miles de jóvenes que, ocupando seis cuadras, marchaban en tan perfecta formación que llamaban la atención. Al frente de ellos iba Fidel. Eran los jóvenes, en su mayoría del Partido Ortodoxo, que ya habían encontrado un jefe, e iban en busca de nuevos caminos de lucha.

Así como tienen ya un jefe indiscutido, Fidel Castro, tienen también un nombre que es un programa: Generación del Centenario. Y decididos, como había anunciado Gómez García, no a teorizar, sino a combatir; no a decir, sino a hacer, empiezan a entrenarse para las batallas venideras. “Hace falta”, decía por entonces Fidel, “echar a andar un motor pequeño que ayude a arrancar el motor grande”. Ese “motor pequeño” iba a ser el asalto al cuartel Moncada, en Santiago de Cuba (acompañado de otro similar al cuartel de Bayamo), el 26 de julio de 1953. La madrugada en que se realizaría, parece que en la granjita de Siboney donde están reunidos los futuros combatientes, ha vuelto a vivir, a centellear el alma de Martí. Así como pronto encarnará en los hechos tremendos, está en las palabras de todos. Quizá de modo especial en las de Raúl Gómez García, quien además de maestro es poeta, “el poeta de la Generación del Centenario”, como se le ha llamado con justicia: su

estirpe es la de aquellos “poetas de la guerra” de los que en 1893 Martí había dicho que

su literatura no estaba en lo que escribían, sino en lo que hacían. Rimaban mal a veces, pero sólo pedantes y bribones se lo echarían en cara, porque morían bien. Las rimas eran allí hombres: dos que caían juntos eran sublime dístico; el acento, cauto o arrebatado, estaba en los cascos de la caballería.

A principios de ese año, ha dedicado Gómez García su “Reclamo del Centenario” “Al más digno de todos los cubanos”:

[...] *Maestro... que tu voz sea un grito:*
Que se borren de Cuba las franjas que marchitan
su estrella solitaria.
Que se oiga tu voz omnipotente clamar en los
espacios siderales,
y que caiga el tirano sanguinario vencido por la
lucha libertaria.

Esa madrugada del 26 de julio, Gómez García lee los versos escritos pocos días antes, presintiendo la ya inminente lucha:

Ya estamos en combate
por defender la idea de todos los que han muerto,
para arrojar a los malos del histórico templo,

por el heroico gesto de Maceo,
por la dulce memoria de Martí [...]
A la Generación del Centenario le caben los honores
de construir la Patria que soñara el Maestro inmortal [...].

Es a Gómez García a quien Fidel ha encomendado redactar el *Manifiesto del Moncada*, que debía darse a conocer después del asalto, para explicar sus propósitos:

Ante la tragedia de Cuba contemplada en calma por líderes políticos sin honra, se alza en esta hora decisiva, arrogante y potente, la juventud del Centenario, que no mantiene otro interés como no sea el decidido anhelo de honrar, con sacrificio y triunfo, el sueño irrealizado de Martí [...] En la vergüenza de los hombres de Cuba está el triunfo de la revolución cubana. La revolución de Céspedes, de Agramonte, de Maceo, de Martí, de Mella y de Guiterras, de Trejo y de Chibás. La revolución que no ha triunfado todavía.

Al señalar su fundamento ideológico, el *Manifiesto* destaca en primer lugar que la Revolución “declara que reconoce y se orienta en los ideales de Martí, contenidos en sus discursos, en las *Bases del Partido Revolucionario Cubano* y en el *Manifiesto de Montecristi...*”. El propio Fidel, momentos antes de salir al combate, arenga a sus hermanos:

Compañeros: podrán vencer dentro de unas horas o ser vencidos, pero de todas maneras, ¡óiganlo bien, compañeros!, de todas maneras este movimiento triunfará. Si vence mañana se hará más pronto lo que aspiró Martí. Si ocurriera lo contrario, el gesto servirá de ejemplo al pueblo de Cuba, y de ese propio pueblo saldrán otros jóvenes dispuestos a morir por Cuba, a tomar la bandera y seguir adelante. El pueblo nos respaldará en Oriente y en toda la Isla. ¡Jóvenes del Centenario del Apóstol, como en el 68 y en el 95, aquí en Oriente damos el primer grito de *Libertad o Muerte!*

Después de escuchar esas palabras y otras del segundo al mando, Abel Santamaría, salen al asalto. Las circunstancias de ese asalto, los extraordinarios ejemplos de heroísmo, firmeza, decisión y claridad política entre los asaltantes, y de cobardía, crueldad y ceguera entre las fuerzas represivas, han encontrado cronistas minuciosos: desde el propio Fidel, hasta autores como Marta Rojas en Cuba y Robert Merle en Francia. En estas líneas, como su título indica, sólo quiero llamar la atención sobre las raíces martianas de estos jóvenes. Ratificando esa filiación nunca desmentida, Fidel Castro, detenido después del ataque, dirá a sus jueces, el 21 de septiembre de 1953: “Nadie debe preocuparse de que lo acusen de agente intelectual de la revolución, porque el único responsable de

ella es José Martí”. Esta verdad podría reiterarla cualquiera de los asaltantes al cuartel. Ante el tribunal que los juzga, Juan Almeida dice:

Yo declaro bajo juramento que participé en el asalto al cuartel Moncada y que nadie me indujo... a no ser mis propias ideas, que coinciden con las del compañero Fidel Castro, y que en el caso mío provienen de las lecturas de obras de Martí y de las historias de nuestros mambises, y creo que en el caso de Fidel también, aunque él tuvo la oportunidad de ir a la Universidad y tiene mayores conocimientos de todas estas cosas.

El fiscal del proceso, que pretende desmentir esa paternidad martiana, aduce:

¿Qué propósito impulsó a los acusados que se juzgan a cometer tales hechos? Por boca de sus líderes sabemos que invocaban la doctrina de Martí para, por medio de la violencia, establecer las libertades en Cuba; no creo, sin embargo, que Martí inspirara la guerra entre hermanos. Tampoco Cristo animó las guerras fratricidas. Martí predicó la guerra, pero no entre cubanos, sino contra el yugo extranjero. Creo que no debemos de invocar a Martí para estas cuestiones.

Argumentación que refuta el abogado defensor, Baudilio Castellanos:

En primer término, quiero rebatir la imputación del Ministerio Público de que es inexacta la inspiración de la doctrina martiana prendida en los corazones de los jóvenes revolucionarios. Muy alto quiero decir ante este Tribunal que en la prisión de Boniato no se les ha permitido leer los libros de nuestro Apóstol José Martí. Si no existe peligrosidad, yo pregunto: ¿[...] por qué se impide en la prisión de Boniato a los revolucionarios leer los libros de él, del Apóstol?

Donde esa presencia martiana va a alcanzar un fuego particular es en la impresionante autodefensa de Fidel Castro, pronunciada el 16 de octubre de 1953, y que será conocida como *La historia me absolverá*. En esas palabras destinadas a recorrer el mundo y los tiempos, Fidel devendrá, como en el título de su periódico clandestino, *El Acusador*. No son sólo los jueces quienes quedan sentados en el banquillo; ni siquiera sólo el gobierno —cuyos espantosos crímenes son señalados uno por uno—: es el sistema todo. Fidel enjuicia allí de modo implacable, desde la perspectiva del pueblo, los cincuenta años de república dependiente. Y no deja lugar a dudas sobre el pensador que da razón de ese análisis, así como había animado el asalto, y cuyo nombre y cuyas citas aparecen más de media docena de veces. “Se prohibió”, reitera Fidel, “que llegaran a mis manos los libros de Martí; parece

que la censura de la prisión los consideró demasiado subversivos. ¿O será porque yo dije que Martí es el autor intelectual del 26 de julio?” “Traigo en mi corazón”, explica luego, “las doctrinas del Maestro.” Y al ir a concluir:

Parecía que el Apóstol iba a morir en el año de su Centenario, que su memoria se extinguiría para siempre, ¡tanta era la afrenta! Pero vive, no ha muerto, su pueblo es rebelde, su pueblo es digno, su pueblo es fiel a su recuerdo; hay cubanos que han caído defendiendo sus doctrinas, hay jóvenes que en magnífico desagravio vinieron a morir junto a su tumba, a darle su sangre y su vida para que él siga viviendo en el alma de la patria. ¡Cuba, qué sería de ti si hubieras dejado morir a tu Apóstol!

Ese documento comenzaría a darse a conocer clandestinamente en junio de 1954. Pero ya a principios de ese año circula, también clandestinamente, un folleto que Fidel ha redactado en la cárcel para denunciar los asesinatos de sus compañeros: se trata de *Mensaje a Cuba que sufre* (el título alude a las palabras con que Martí comenzara su discurso “Con todos y para el bien de todos”: “Para Cuba, que sufre, la primera palabra”). El folleto lleva en su portada un retrato de Martí, en la contraportada unas líneas del Apóstol (“¡Antes que cejar en el empeño de hacer libre y próspera a la patria, se

unirá el mar del Sur al mar del Norte”), y al final, el epitafio que Fidel pide que se ponga en la tumba de los mártires del Moncada, y que también proviene de Martí: “Ningún mártir muere en vano, ni ninguna idea se pierde en el ondular y en el revolverse de los vientos. La alejan o la acercan, pero siempre queda la memoria de haberla visto pasar.”

Al salir Fidel de la cárcel, en mayo de 1955, el Movimiento —que toma el nombre de la fecha gloriosa, *26 de Julio*— se estructura. Desde el exilio al que marcha para preparar la nueva fase de la revolución, Fidel da a conocer dos *Manifiestos del 26 de Julio*. El primero, fechado el 8 de agosto de 1955, de nuevo comienza y concluye con citas de Martí: “Vivo por mi patria y por su libertad real, aunque sé que la vida no me ha de alcanzar para gozar del fruto de mis labores, y que este servicio se ha de hacer con la seguridad y el ánimo de no esperar por él recompensa”, se lee al comienzo; y al final:

Al adoptar de nuevo la línea del sacrificio, asumimos ante la historia la responsabilidad de nuestros actos. Y al hacer profesión de fe en un mundo más feliz para el pueblo cubano, pensamos como Martí que el verdadero hombre no mira de qué lado se vive mejor, sino de qué lado está el deber, y que ese es el único hombre práctico cuyo sueño de hoy será la ley de mañana...

También el *Manifiesto número 2 del 26 de Julio al pueblo de Cuba*, fechado el 10 de diciembre de 1955, comienza con una cita de Martí: “En todos los honrados corazones hallaremos magnánima ayuda. Y tocaremos a todas las puertas. Y pediremos limosna de pueblo a pueblo. Y nos la darán, porque la pediremos con honor.” Pero, además, ambos manifiestos están, literalmente, empedrados de pensamientos —y sobre todo *del pensamiento*— de José Martí. Por eso no es extraño que, antes de embarcarse hacia Cuba los expedicionarios del Granma, uno de ellos, un nuevo integrante del 26 de Julio, el médico argentino Ernesto Guevara —como Gómez García, un “poeta de la guerra”— haya escrito en su “Canto a Fidel” que marchaban con “la frente plena de martianas estrellas insurrectas”. Los versos glosan la frase de Martí que acaso Fidel haya citado más a lo largo de su vida: “Lo que importa no es el número de armas en la mano, sino el número de estrellas en la frente”.

Esas estrellas conocerán una luz única cuando, después de ser diezmados, los sobrevivientes del *Granma*, encabezados por Fidel, enciendan de nuevo la lucha armada contra la tiranía. El 26 de Julio, que en su primer manifiesto decía no ser “un partido político, sino un movimiento revolucionario”, engendra el Ejército Rebelde, y retoma, en su esencia profunda, las tareas de los mambises del siglo XIX, cuya composición, cuyas metas liber-

tadoras, cuya táctica guerrillera, cuyo ambiente, y hasta cuyo aspecto físico vuelven a encarnar en aquellos hombres. El pequeño periódico con que van a contar en plena manigua se llamará. *El Cubano Libre*, en homenaje al que con ese nombre tuviera el Ejército Mambí. Y a partir del 24 de febrero de 1958 — fecha en que se cumplían sesenta y tres años del reinicio de la guerra de independencia contra España —, comienza a funcionar Radio Rebelde, que les permitirá comunicarse masivamente con el pueblo, y en cuya primera emisión se adelanta su propósito: “la idea”, como dijera Martí, “de juntar y amar y vivir en la pasión de la verdad”. Cuando el 18 de agosto de ese año Fidel Castro explique al pueblo cómo ha sido destrozada la ambiciosa ofensiva del ejército de la tiranía, dirá: “Aquella frase que pudo parecer meramente poética de nuestro Apóstol José Martí, cuando dijo que lo que importaba no era el número de armas en la mano sino el número de estrellas en la frente, ha resultado ser para nosotros una profunda verdad.” El primero de enero de 1959, el Ejército Rebelde, victorioso en todos los frentes, anuncia por boca de Fidel su decisión de no aceptar mediación alguna: “¡La historia del 95 no se repetirá! ¡Esta vez los mambises entrarán a Santiago de Cuba!” Los nuevos mambises entran en Santiago de Cuba, atraviesan triunfantes la isla. La columna número uno del Ejército Rebelde, al mando inmediato de

Fidel, lleva el nombre de José Martí y conmociona a La Habana con su arribo el 8 de enero de 1959.

Esa constancia de la orientación martiana será mantenida, de modo radical, por la Revolución en el poder. Baste recordar que los grandes documentos emitidos a partir del primero de enero de 1959, la *Declaración de La Habana* (1960), la *Segunda Declaración de La Habana* (1962), y la *Constitución de la República* (1976), comienzan remitiéndose a Martí.

Sin embargo, para entonces, la Revolución ha tenido que afrontar nuevos problemas y, en consonancia con ellos, ha ido más lejos que lo que Martí podía plantearse en la Cuba del siglo XIX, convirtiéndose en una revolución socialista. Pero tampoco la Revolución desencadenada el 26 de julio de 1953 era *ya* una revolución socialista.

Hablando el 18 de noviembre de 1971 en la Universidad chilena de Concepción, explicó Fidel:

La Revolución tiene distintas fases. Nuestro programa en la lucha contra Batista no era un programa socialista ni podía ser un programa socialista realmente. Porque los objetivos inmediatos de nuestra lucha no eran todavía, ni podían ser, objetivos socialistas. Habrían rebasado el nivel de conciencia política de la sociedad cubana en aquella fase; habrían rebasado el nivel de las posibilidades de nuestro pueblo en aquella fase. Nuestro programa en el Moncada no era un programa socialista.

Pero era el máximo de programa social y revolucionario que en aquel momento nuestro pueblo podía plantearse.

Para batallar contra España, Martí (radical, anticolonialista, antimperialista) necesitaba contar con un frente multclasista. En 1892, hablando del programa del Partido Revolucionario Cubano, que era ese frente, decía: “Y el pobre y el rico, y el cubano de padres africanos y el cubano de padres europeos, y el militar y diputado de la guerra y el periodista incansable de la emigración, y el que no cree bien las sociedades como están y cree que de otro modo estarían mejor, como a honra pedían poner la firma al programa de unión de los cubanos.”

Todavía a mediados de 1958, la Revolución cubana, en lucha inmediata contra Batista, postulaba:

A los obreros, a los estudiantes, a los profesionales, a los comerciantes e industriales, como a los colonos, hacendados y campesinos, a los cubanos de todas las religiones, ideologías o razas, pedimos que se unan a este esfuerzo libertador, que derrocará a la infame tiranía que durante años ha regado con sangre el suelo de la patria [...].

Sólo que, llegada la Revolución al poder, e iniciadas las medidas que harían imposible, desde la

base misma, la reaparición de tiranías como las de Machado y Batista, la frágil unidad multclasista se hizo añicos: sólo las clases populares estaban dispuestas a apoyar y radicalizar aquellas medidas, que afectaban al poderoso amo yanqui y a sus cómplices locales. Ya Fidel, al abordar en marzo de 1956 la naturaleza del 26 de Julio como un desprendimiento revolucionario del Partido Ortodoxo, había señalado la imposibilidad de que aquella alianza se mantuviera. “Para las masas chibasistas”, decía entonces Fidel, “el Movimiento 26 de Julio no es algo distinto a la ortodoxia: es la ortodoxia sin una dirección de terratenientes [...] sin latifundistas azucareros [...], sin especuladores de la bolsa, sin magnates de la industria y el comercio, sin abogados de grandes intereses, sin caciques provinciales, sin politiqueros de ninguna índole.” Y más adelante, y de modo transparente:

El Movimiento 26 de Julio es la organización revolucionaria de los humildes, por los humildes y para los humildes. El Movimiento 26 de Julio es la esperanza de redención para la clase obrera cubana, a la que nada pueden ofrecerle las camarillas políticas; es la esperanza de tierra para los campesinos que viven como parias en la patria que libertaron sus abuelos; es la esperanza de regreso para los emigrados que tuvieron que marcharse de su tierra porque no podían trabajar ni vivir en ella; es la esperanza

de pan para los hambrientos y de justicia para los olvidados.

Cinco años después, volverían a oírse palabras parecidas: “Compañeros obreros y campesinos” dijo Fidel el 16 de abril de 1961, la víspera de la invasión de Playa Girón, “esta es la revolución socialista y democrática de los humildes, por los humildes, y para los humildes.” La revolución de Martí, la revolución del Moncada, la revolución de “los pobres de la tierra”, era ya la revolución socialista que no podía dejar de ser.

Previendo las tareas que iban a corresponder a sus “compañeros desconocidos”, Martí había anunciado en 1893, dos años antes de caer en combate: “Moriremos por la libertad verdadera, no por la libertad que sirve de pretexto para mantener a unos hombres en el goce excesivo, y a otros en el dolor innecesario. Se morirá por la república después, si es preciso, como se morirá por la independencia primero”.

DEL ANTICOLONIALISMO AL ANTIMPERIALISMO*

A Darcy Ribeiro y Leopoldo Zea

El 28 de septiembre de 1889 José Martí fechó en Nueva York, donde vivía su agónico destierro, la primera de sus numerosas e incisivas correspondencias sobre lo que iba a ser el “congreso que aquí llaman de Panamérica”, según sus palabras.

* Presenté el núcleo de este trabajo en Río de Janeiro el 23 de abril de 1992, como contribución al Seminario *Sagração da Liberdade*, organizado por Darcy Ribeiro (quien me pidió hablar de Martí como ser humano y como héroe) a doscientos años de la ejecución de Joaquín José da Silva Xavier, Tiradentes. En otras ocasiones he publicado y leído páginas suyas: por ejemplo, en cuanto a esto último, el 20 de diciembre de 1994, a diputados a la Asamblea Nacional del Poder Popular, de Cuba, ocasión en que retoqué o eliminé algunas líneas y actualicé algunos datos. El trabajo aparece ahora con nuevos retoques, eliminaciones y actualizaciones.

Alrededor de esa fecha habían empezado a llegar delegados latinoamericanos para participar en dicho congreso, cuyas sesiones se abrirían después en Washington, y se extenderían hasta los primeros meses de 1890. Se trató de aquella reunión que “nació en días culpables, cuando la política del secretario Blaine en Chile y en Perú salía tachada del banco del reo”, dijo Martí; que nació en 1881, y volvió a nacer, tras el regreso del político de presa Blaine a la Secretaría de Estado norteamericana, en 1888, para hacerse realidad al año siguiente ante los ojos alarmados y combativos de Martí.

Podría decirse que si aquel primer congreso inaugura oficialmente la modernidad estadounidense en lo que toca a sus relaciones con la América Latina y el Caribe, los textos de Martí sobre (contra) esa reunión inauguran la modernidad desde nuestro costado. Se trata, respectivamente, del imperialismo y el ant imperialismo.

Antes de seguir, debo tomar en consideración que en años recientes no pocos autores han dejado de hablar de imperialismo, como si la realidad a que corresponde ese vocablo se hubiera esfumado en esta época en que tantas otras cosas se dan también por esfumadas, en medio de huecas posnieblas. Me limitaré a hacer más palabras que en su artículo de 1993 “What is the Meaning of Imperialism?” escribiera Harry Magdoff, a quien ya debíamos profundos análisis sobre el tema:

Es en verdad extraño encontrarse con propuestas de arrojar por la borda el término imperialismo cuando los clásicos rasgos del imperialismo son tan céntricos en los asuntos internacionales. Ciertamente el fin de la Guerra Fría no ha implicado mucha diferencia. La invasión de Panamá y la guerra masiva contra Irak deben ser evidencia suficiente de que la naturaleza de la bestia no ha cambiado. Si acaso, el colapso de los regímenes de la Europa oriental ha abierto puertas de oportunidad para los países capitalistas avanzados, y al mismo tiempo ha creado espacio para maniobras competitivas entre las grandes potencias en cuanto a cuál de ellas tendrá el papel mayor en uno u otro de los “territorios nuevamente abiertos”.

Hecha esta aclaración, vuelvo al asunto del trabajo.

Es congruente que el primer antimperialista cabal de nuestras tierras fuera el cubano Martí. Incluso desde antes de nacer él, la relación entre Cuba y su ávido vecino del Norte abonaba en favor del hecho. Esa relación ha sido y es de tal naturaleza, que Darcy Ribeiro pudo escribir hace varias décadas en su libro *Las Américas y la civilización*:

Se deben [...] a Cuba las dos orientaciones sobresalientes de la política norteamericana respecto a

los demás países del continente. La primera fue la Doctrina Monroe, nacida como un esfuerzo tendiente a fundamentar jurídicamente la dominación de la Isla. La segunda es la Alianza para el Progreso, formulada como una respuesta al desafío representado por la Revolución cubana, tanto en su fisonomía inicial, reformista, como en su formulación definitiva, y que consiste simplemente en un mecanismo financiero del sostenimiento del *statu quo*, mediante la renovación del pacto con los aliados tradicionales de los yanquis: las viejas oligarquías latinoamericanas para las cuales el sistema vigente es también altamente rentable. En toda la historia de la América independiente se contraponen el gigante del continente y la pequeña isla osada. Nacidos juntos e incluso asociados por la viabilidad económica que la próspera explotación azucarera de las Antillas dio a las colonias inglesas pobres, continúan polarizados hasta hoy, como dos personajes históricos disociados en todo pero sin embargo complementarios.

Este amplio marco histórico, que los últimos años no han hecho sino ratificar, hace entender mejor, sin restarle un ápice a su genialidad, por qué Martí pudo llegar a ser el primer veedor (e impugnador) del imperialismo yanqui en nuestra América. Señalaré además otros factores que coadyuvaron a que ello ocurriera.

Tal es el caso de la dilatada experiencia latinoamericana de Martí, quien no sólo vivió en cuatro países de nuestra América y visitó otros, sino que además fue colaborador de muchos periódicos del continente, representante de la Asociación de la Prensa de Buenos Aires en los Estados Unidos y Canadá, cónsul en Nueva York de Argentina, Uruguay y Paraguay, presidente de la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York (cargos que abandonó a finales de 1891 para entregarse de lleno a labores políticas revolucionarias), e incluso representante del Uruguay en la Conferencia Monetaria Internacional Americana (la Segunda Conferencia Panamericana), realizada entre enero y abril de 1891 en Washington, donde midió directa y victoriosamente sus armas con el astuto zorro Blaine. No ha de extrañar, pues, que Martí tuviera una perspectiva continental, y que pensara y actuara en calidad de ciudadano de la patria grande que avizoraron criaturas como Bolívar (seguramente el ser humano más admirado por él), y se extiende del Río Bravo a la Patagonia, incluyendo las que llamó “las islas dolorosas del mar”.

A aquellos factores se añade un tercero: la condición martiana de caribeño de nacimiento y asunción. Ya ha sido destacado, por autores como el panameño Ricaurte Soler y el francés Paul Estrade, lo que esta coyuntura significó para el proceso de independencia que las Antillas debían aco-

meter. De hecho, ese proceso, en lo que toca a nuestra América toda, tras heroicos antecedentes cruelmente sofocados en sangre como los del peruano Túpac Amaru y el brasileño Tiradentes, empieza a hacerse victorioso en el Caribe: en la isla que sus libertadores rebautizarán Haití, donde, con hombres como Toussaint L'Ouverture a la cabeza, tiene lugar una grandiosa revolución triunfante de exesclavos que en el alba de 1804 logra constituir a su comunidad como nación libre, después de haber vencido, antes que España y Rusia, a tropas napoleónicas. Esto tendría consecuencias múltiples sobre los otros países caribeños. A fin de hacer lo más sucintas posibles estas líneas, me limitaré ahora a las Antillas de lengua española y, por razones obvias, a Cuba.

Los sucesos haitianos, seguidos de severísimas represalias metropolitanas contra el bravo pueblo de “los jacobinos negros”, según el gran libro de C.L.R. James, habían convertido a la mayor de las Antillas en la azucarera del mundo, al precio de hacer crecer inmensa y bárbaramente la mano de obra esclava. En aquella Cuba, los enriquecidos hacendados criollos, temerosos de que sumarse a la guerra de independencia que conmoviera a Hispanoamérica desde 1810 significaría para ellos un destino igual al de sus similares haitianos, lo que es previsible que hubiera ocurrido, se abstuvieron de participar en la contienda, anteponiendo la contra-

dicción esclavos/esclavistas a la de colonia/metrópoli. Sólo en 1868 un sector de dicha clase, situado en el extremo oriental de la isla y menos dependiente de la esclavitud, iniciaría la guerra, que iba a extenderse entonces por diez años, sin desembocar en la independencia, aunque fue un paso fundamental para consolidar la nación, e implicó que la esclavitud fuera abolida en el territorio bajo el control de la República en armas. El fin de aquella guerra que marcó a fuego y para siempre al joven Martí hizo extinguir el carácter hegemónico de los hacendados cubanos: ese carácter hegemónico pasó a las clases y capas medias y populares que encontrarían sus jefes y voceros en figuras como el dominicano blanco Máximo Gómez y el cubano mulato Antonio Maceo, ambos campesinos medios de la región oriental del país y generales de la Guerra de los Diez Años, y el intelectual habanero de probado radicalismo, José Martí. Este último, en abril de 1892, logró hacer realidad, tras doce años de esfuerzos, el Partido Revolucionario Cubano, un frente por obligación multclasista pero centrado en “los pobres de la tierra”, que reunió a los grandes héroes de ayer con las hornadas jóvenes que Martí llamó “los pinos nuevos”. Los propósitos de este Partido eran preparar y recomenzar la guerra en Cuba para obtener la independencia, fomentar y auxiliar ésta en Puerto Rico y sentar las bases de la República futura, que Martí preveía

como inicio de “la República moral en América”. Pero aquel nuevo capítulo de la guerra independentista ya no podría enfrentarse sólo al destartalado colonialismo español, sino también, inevitablemente, al naciente imperialismo estadounidense. Este renovó las apetencias norteñas por Cuba, que se remontan al menos a 1805, cuando Jefferson diseñó la política expansionista que acometería su país (entonces todavía poco poblado, pero ya voraz) en el futuro.

Para que Martí llegara a comprender del todo esta realidad fue decisivo un cuarto factor: los casi tres lustros que, entre 1880 y 1895, vivió desterrado en los Estados Unidos, país del cual ofreció, sobre todo en sus artículos, reproducidos por una veintena de periódicos continentales, una minuciosa radiografía, de la que derivó la política sagaz, valerosa y necesaria que nuestra América tenía que asumir como única manera de salvarse. No cabe la menor duda de que él, particularmente sensibilizado por la condición irredenta de su patria chica, vocero de sus clases y capas medias y populares, y extremadamente zahorí en su mirada, vio que en la década de los ochenta del siglo XIX estaban ocurriendo en los Estados Unidos fenómenos que después se sabría que eran el paso del capitalismo premonopolista al capitalismo monopolista e imperialista en aquella nación. El hecho era tanto más agudamente percibido por Martí por cuanto des-

embocaría inexorablemente, si no en un zarpazo hacia Canadá o en un nuevo zarpazo hacia México (al cual los Estados Unidos le habían arrebatado ya, en una guerra de rapiña a la que se opusieron estadounidenses como Emerson, Thoreau y Lincoln, la mitad de su territorio a mediados de aquel siglo), en otros, más previsibles, sobre islas del Pacífico y el Caribe: entre ellas, su propia Cuba (volveré a mencionar este punto). Esos análisis de la vida económica, social y política de los Estados Unidos realizados por Martí durante casi una década son el sustento de textos suyos como los artículos en los que analizó lúcidamente las dos conferencias panamericanas realizadas en Washington entre 1889 y 1891; el discurso conocido como “Madre América” que ofreció en diciembre de 1889 a los delegados a la primera de esas conferencias, insuperada comparación entre los orígenes y caracteres de los Estados Unidos y nuestra América, y el trabajo llamado “Nuestra América” (1891), su ensayo programático por excelencia. La comprensión que Martí llegó a tener de la amada patria de Lincoln, a quien llamó “el leñador de ojos piadosos”, y la temible patria del vulgar aventurero Cutting, según la conocida dicotomía martiana, es aún hoy asombrosa. Sin embargo, algunos representantes de esa “clerigalla marxista” de que habló Mehring al frente de su notable biografía de Marx han puesto en duda que Martí hubiera po-

dido apreciar el fenómeno imperialista, surgente en el momento de su permanencia en los Estados Unidos. Recordemos las primeras líneas del clásico libro de Lenin sobre el tema: “Durante los últimos quince años, sobre todo después de la guerra hispano-norteamericana (1898) y de la anglo-boer (1899-1902), las publicaciones económicas, así como las políticas, del viejo y el nuevo mundos, utilizan cada vez más el concepto de imperialismo para caracterizar la época que atravesamos.”

¿Cómo podría Martí, dicen aquellos esquemáticos, muerto tres años *antes* de 1898, al inicio de la guerra que la intervención estadounidense impidió que hubiera sido de independencia cubana frente a España, haber analizado el imperialismo? Pero el propio Lenin, en su artículo “El imperialismo y la escisión del socialismo”, escrito varios meses después de su obra famosa, dijo: “El imperialismo, como fase superior del capitalismo en América [léase los Estados Unidos] y en Europa, y después en Asia, estaba ya *plenamente formado* hacia 1898-1914.” Es decir, que para Lenin mismo en 1898 no *comienza* el imperialismo norteamericano. En ese año *se manifiesta*, en una clamorosa acción bélica: la cual, por cierto, será la experiencia histórica fundamental de esa “generación del 98” hispanoamericana que en lo que toca a las letras se expresó en la madurez de lo que se conoce en castellano como modernismo. Si Hobson (1902), Hilferding

(1910), y en especial Rosa Luxemburgo (1913) y Lenin (1917) (todos, salvo el último, antes de 1914) pueden observar al imperialismo como una realidad ostensible, ya formada, Martí, aunque no llegue a desarrollar (*no podía haberlo hecho*) una teoría del imperialismo, va describiendo y valorando sus rasgos a medida que aparecen, y esa descripción y esa valoración son un espectáculo intelectual y político impresionante. Martí, al enfrentarse al imperialismo naciente en Estados Unidos, se planteó un problema que tardaría en ser considerado por el pensamiento de quienes eran o se decían marxistas. No es uno de ellos, pero sí un revolucionario latinoamericano y caribeño de gran originalidad y creciente radicalismo, el Martí que en la década de los ochenta del siglo XIX va detectando y denunciando (según señalaran autores como José Cantón Navarro y Ángel Augier) lo que Lenin iba a considerar décadas después “rasgos fundamentales” del imperialismo: el nacimiento de los monopolios (“el monopolio”, dice Martí, “está sentado, como un gigante implacable, a la puerta de todos los pobres”); la fusión del capital bancario con el industrial y la consiguiente creación de la oligarquía financiera (“esos inicuos consorcios de los capitales”, siempre según palabras martianas, que han creado “la más injusta y desvergonzada de las oligarquías”, a la que también llama “aristocracia pecunaria”); la exportación de capitales (volvamos

sobre sus textos: “En cuerda pública, descalzos y con la cabeza mondada, debían de ser paseados por las calles esos malvados que amasan su fortuna con las preocupaciones y los odios de los pueblos [...] ¡Banqueros no, bandidos!”: palabras que tanto hubieran satisfecho al Brecht que se preguntó qué era el robo de un banco al lado de la fundación de un banco); el reparto entre las grandes asociaciones monopolistas internacionales de territorios política y militarmente débiles (Martí, como haría en relación con similares hechos europeos, condena las acciones yanquis en el Pacífico, y por supuesto las tocantes a nuestra América).

Esa década en que apuntaba el imperialismo no sólo estadounidense, fue de enorme importancia para el mundo todo, pues entonces nació la etapa en que nos encontramos aún. Precisamente por exigencias de la entrada del capitalismo en su etapa imperialista, las potencias capitalistas desarrolladas (que prefiero llamar subdesarrollantes, pues son ellas las que subdesarrollaron y siguen subdesarrollando a nuestros países, de los cuales, en su gran mayoría, sólo humorística o verbalmente puede decirse que están en vías de desarrollo); tales potencias, digo, se abalanzaron cada vez más sobre el resto del mundo: sobre nosotros. Las conquistas proseguirían más allá de la muerte de Martí, hasta llevar al intento de repartirse entre unos pocos países el mundo ya repartido, lo que hubo

de conducir al primer periodo (1914-1918) de la Guerra Mundial: la cual conoció luego un segundo periodo (1939-1945), y no es seguro que haya terminado, según piensan ignaros pomposos que hasta afirman que la historia misma ha llegado a su fin: por el contrario, en cierta forma la humanidad parece haber sido retrotraída, *belle époque* eliminada, a las vísperas de la centuria ¿perdida? que fue el corto y terrible siglo XX, del que habló con su acierto habitual Eric Hobsbawn.

Hagamos un alto para evocar una de las reuniones más elocuentes de las llamadas grandes potencias en vida de Martí: la conferencia celebrada en Berlín entre 1884 y 1885. El edificante propósito de esa conferencia, en la que participaron delegaciones de doce países capitalistas europeos, más los Estados Unidos y Turquía, fue destazar y repartirse África, como hacen los buitres con un inmenso animal herido. Martí, quien tenía una extensa y actualizada visión del panorama mundial y, además de las consagradas a su América, escribiría llameantes líneas en defensa de Túnez, Egipto, Marruecos, Irlanda, la India, Vietnam, Samoa o el África negra, ¿podía no tener presentes la dramática evolución que había detectado en el país donde vivía su angustioso destierro, y la rapiña general de las metrópolis, cuando Estados Unidos convocaron a las naciones latinoamericanas a la primera conferencia panamericana en

Washington: esa conferencia de Berlín del Hemisferio Occidental con un solo buitre... que se decía águila? Lógicamente, contempló lleno de ansiedad aquella convocatoria de lo que llamó entonces “un pueblo de intereses distintos, composición híbrida y problemas pavorosos”, con la pretensión (siempre en palabras martianas) de “ensayar en pueblos libres su sistema de colonización”: brillante anuncio, hecho hace más de cien años, del neocolonialismo. Se trataba de “el planteamiento desembozado de la era del predominio de Estados Unidos sobre los pueblos de América”, según afirma en una de sus primeras crónicas sobre esa conferencia; o como de modo aún más claro lo hace conocer en una carta personal coetánea: “Llegó ciertamente para este país [Estados Unidos], apurado por el proteccionismo, la hora de sacar a plaza su agresión latente, y como ni sobre México ni sobre el Canadá se atreve a poner los ojos, los pone sobre las islas del Pacífico, y sobre las Antillas, sobre nosotros.” Ya el 13 de junio de 1889 había escrito en una crónica “De Nueva York”: “Por la supremacía en Samoa contenderían los Estados Unidos, que en esto no son demócratas ni republicanos.” Menos de diez años después, los sucesos de Samoa, Hawai, las Filipinas y Giuam, en el Pacífico, y de Cuba y Puerto Rico en las Antillas, habrían de dar una dramática sanción a esas palabras visionarias. Descarnados testimonios de

aquellos sucesos y meditaciones sobre sus consecuencias inmediatas, desde la perspectiva de los agresores, fueron entre otras dos obras publicadas en los Estados Unidos en 1899: una, de intención amena según su título (*Our Islands and their Peoples as Seen with Camera and Pencil*), consta de dos volúmenes ominosos por su pavorosa dimensión y su craso racismo. Otra, *Lessons of the War with Spain*, de Alfred Thayer Mahan, asume aire grave y a la vez satisfecho, pues su autor vio confirmada en esa guerra la tesis que había defendido en dos obras previas: *The Influence of Sea Power upon History. 1660-1783* (1890) y *The Interest of America in Sea Power, Present and Future* (1897). Como lo testimonian aquellas obras de 1899 y muchas otras manifestaciones, en esa fecha, a sólo un año del terrible 98, evidentemente se proyectaba para los Estados Unidos (que en 1894 Martí había llamado “una República imperial”, “la Roma americana”) un imperio de tipo tradicional, como el británico, que en tantos aspectos el estadounidense no ha hecho sino continuar y agravar. Pero a partir de la instauración (temporalmente) exitosa de una república emasculada en Cuba, absoluta traición de “la República moral” martiana, en 1902, se prefirió, en vez de aquellas quimeras envejecidas, la moderna opción neocolonial ya denunciada trece años atrás por Martí cuando habló de “ensayar en pueblos libres su sistema de colonización”.

En un libro aparecido en México en 1978, *Imperialismo y liberación en América Latina*, escribió Pablo González Casanova: “La historia contemporánea de América Latina abarca aproximadamente de 1880 a nuestros días.” Esa (esta) historia contemporánea de la América Latina, que abarca aproximadamente de 1880 a nuestros días, adquirió plena conciencia de sí misma por vez primera en el pensamiento de José Martí. Por eso él pudo escribir el 18 de mayo de 1895, la víspera de morir en combate, a su fraternal amigo mexicano Manuel A. Mercado:

ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber [...] de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso [...] impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte revuelto y brutal que los desprecia. [...] Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: y mi honda es la de David.

Curiosamente, el mismo día en que Martí escribió en Cuba esa famosa y estremecedora car-

ta, que quedaría inconclusa y adquiriría carácter testamentario, nació en Nicaragua Augusto César Sandino.

* * *

En 1895 murieron dos americanos cuyas doctrinas iban a hacerse sentir profundamente tras su desaparición: el estadounidense John Louis O'Sullivan y el cubano José Martí. El primero fue un oscuro periodista y diplomático, pero cincuenta años antes de su muerte había aportado a Estados Unidos la fórmula "Destino manifiesto", que sería enarbolada, explícita o implícitamente, por muchos de sus políticos hasta nuestros días. Es más, bien puede decirse que vivimos un nuevo y peligrosísimo avatar del Destino manifiesto, al punto de que para muchos, para demasiados, el concepto de modernidad y hasta el de posmodernidad se han confundido de hecho, dígase lo que se quiera, con el de la absorbente norteamericanización, y su reverso *light*, la banalización, en la etapa que siguió al segundo periodo de la Guerra Mundial: lo que llevó al francés Michel Leiris a decir que "la modernidad se ha cambiado en mierdonidad".

En cuanto a Martí, ni es tan conocido como debiera serlo ni tan desconocido como O'Sullivan. Pero, al igual que ocurre en relación con este, su doctrina combate en nuestros días con más beli-

gerancia aún que durante su vida física. Nacido el mismo año en que empezó a publicarse la obra de Gobineau sobre la supuesta desigualdad de las razas, idea que tanta repercusión iba a tener y que hemos visto revigorizarse ante nosotros, Martí fue el anti Gobineau y, con su visión popular, defendió exactamente lo opuesto que el prefascista francés: la igualdad de las razas, más allá de diferencias irrelevantes. “No hay odio de razas”, dijo en 1891, “porque no hay razas”. Este criterio suyo, que la ciencia confirmaría después, lo puso en contradicción incluso con pensadores y políticos considerados progresistas. También fue Martí el anti O’Sullivan, el formidable contradictor del Destino manifiesto. Y es necesario subrayar que sus opiniones (positivas y negativas) sobre Estados Unidos estuvieron sustentadas en conocimientos de primera mano. No fue uno de esos representantes de cierto bovarismo que, a veces sin saber a ciencia cierta de qué hablan, quedan alelados ante las presuntas bondades de un régimen cuyos riesgos para el resto de la humanidad Martí señaló con sólido fundamento hace más de un siglo. Lo hizo a partir de la inmensa amenaza que representaba y representa para nuestra América; pero lo hizo con una perspectiva planetaria. Por eso su pensamiento no es local, ni el aderezo pintoresco de otro. Por el contrario, su complejo pensamiento es, en nuestros días y en los días por

venir, ejemplo, estímulo y vía, no motivo de regodeo erudito o torneo retórico.

Tras el estrepitoso derrumbe del llamado campo socialista europeo y la sustitución del desagradable y riesgoso equilibrio del terror por el desequilibrio aún más desagradable y riesgoso de la arrogancia y la prepotencia; el mundo superexplorado que ahora llaman el Sur agobiado por el intercambio desigual, la deuda externa, devastadoras fórmulas neoliberales y el desfachatado y habitual colaboracionismo de sus oligarquías; Puerto Rico y otras tierras de nuestra América todavía colonizadas; los pueblos palestino, afgano, irakí, libio, sirio, yemení, somalí y otros masacrados; Venezuela calumniada y hostigada; la propia Cuba, fiel en esencia a las orientaciones martianas, y por ello mismo en la mira constante de las agresiones estadounidenses, bloqueada económicamente durante más de cincuenta años y con una base militar yanqui que a principios del pasado siglo se le impuso en su territorio, son ejemplos innegables de que las advertencias y los combates de José Martí están vivos y encendidos. Su entrega a los pobres de la tierra, su prédica y su conducta auténticamente democráticas, su concepto de la verdadera libertad, su eticismo sin fisuras, su desafiante e inmovible antirracismo, su solidaridad con los oprimidos del mundo, su apasionado amor a la justicia y a la belleza, la genuinidad y universalidad de sus

análisis y planteos constituyen partes inmarcesibles de su legado. Y hoy que tantas lámparas han venido a tierra (para valerme de la clásica imagen de Valéry), que tantos temen dejar de ser modernos o posmodernos o lo que sea, y corren a ponerse, como meretrices, ropas de moda, ignorando que también son perecederas, se siente resonar la ardiente exclamación que Martí profirió hace más de un siglo y parece dicha hoy: “¡Malhaya el que teme verse solo, o acompañado de los humildes, cuando tiene una idea noble que defender, y los de cuenta de banco y botín de charol están del lado de los que la sofocan o abandonan!”

MARTÍ EN MÉXICO. MÉXICO EN MARTÍ*

A Alfonso Herrera Franyutti

“Sin México y lo mexicano no se hubiera logrado la estampa cabal del que llamó Gabriela Mistral el hombre más puro de la raza”, afirmó en 1968 Juan Marinello.¹ Por otra parte, numerosos investigadores, sobre todo del mismo México, han dado fe reiteradamente de que éste no fue para Martí un país ajeno. En 1933 Camilo Carrancá y Trujillo escribió: “José Martí —no hay duda— no fue extranjero en México. Alguna vez trató de explicarlo:

* Escribí este trabajo, a solicitud de Julio Le Riverend, para la obra colectiva en dos tomos *México y Cuba. Dos pueblos unidos en la historia*, que el Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo A. C. publicó en México en 1982.

¹ Juan Marinello, “Martí en México”, en *Bohemia*, 22 de marzo, 1968, p. 6.

era *no nacido*, que no es lo mismo que extranjero.”² Y en su libro de 1945 *Martí escritor*, Andrés Iduarte confirmó: “Mexicano se considerará [Martí] en México. Y no sólo un mexicano, sino un mexicano con partido. Lo es del Gobierno, y como tal ataca repetidamente al caudillismo y a la Iglesia.” Poco antes había dicho Iduarte: “al llegar a México, encuentra allí la patria grande, la tierra y la gente de América”.³ En correspondencia con esta identificación de Martí con México, son cuantiosos los estudios que se le han dedicado en este país: ya he mencionado dos, de Carrancá y Trujillo e Iduarte (quienes añadirían otros textos a los citados): podrían recordarse muchísimos más, algunos de los cuales son libros, como los debidos a José de J. Núñez y Domínguez,⁴ Mauricio Magdaleno,⁵ José Ángel Cenicerros,⁶ Ernesto Madero,⁷ Agustín

² Camilo Carrancá y Trujillo, “Explicación”, en *Martí en México*, vol. I, *La clara voz de México*, por José Martí, comp. y notas de Camilo Carrancá y Trujillo, México, 1933, Primera parte, p. 12.

³ Andrés Iduarte, *Martí escritor*, México, Cuadernos, 1945, pp. 234 y 235.

⁴ José de J. Núñez y Domínguez, *Martí en México*, México, SRE, 1933 (así dice la página del título, pero en el colofón se lee: “se terminó de imprimir el 24 de febrero de 1934”).

⁵ Mauricio Magdaleno, *Fulgor de Martí*, México, Quetzal, [1940].

⁶ José Ángel Cenicerros, *Martí o la tragedia del destino glorioso*, México, Botas, 1947.

⁷ Ernesto Madero, *José Martí, agonía y deber*, México, Maldonado y Colunga, 1953.

Cué Cánovas⁸ o Alfonso Herrera Franyutti,⁹ para sólo nombrar a unos pocos. Y es particularmente significativo y completamente justo, además, que Martí aparezca con frecuencia considerado entre los protagonistas de la historia política y cultural de México.¹⁰

Ese enraizamiento martiano en México lo debe, esencialmente, a su vida en este país durante menos de dos años, entre el 8 de febrero de 1875 y el 2 de enero de 1877. Aunque volverá fugazmente en otras ocasiones (en diciembre de 1877, para casarse con la cubana Carmen Zayas Bazán; entre julio y agosto de 1894, con vistas a la preparación

⁸ Agustín Cué Cánova, *Martí, el escritor y su época*, México, Ediciones Centenario, 1961.

⁹ Alfonso Herrera Franyutti, *Martí en México. Recuerdos de una época*, México, 1969. [2ª ed. corregida y aumentada], prologado por Pedro Pablo Rodríguez, México, 1996.

¹⁰ Así ocurre en obras como Daniel Cossío Villegas, *Historia moderna de México. La República Restaurada. La vida política*, 3ª ed., México, Hermes, 1973, pp. 392-399; José Luis Martínez, "México en busca de su expresión", en *Historia general de México*, 2ª ed., México, El Colegio de México, 1977, t. III, pp. 324, 328; "Introducción" a Ida Rodríguez Prampolini, *La crítica de arte en México en el siglo XIX. Estudio y documentos, I (1810-1858)*, México, Universitaria, 1964, pp. 132-134 y 146-153 (los trabajos de Martí aparecen en los tomos II y III); Jorge Alberto Manrique, "Arte, modernidad y nacionalismo (1867-1876)", en *Historia Mexicana*, México, vol. 17, núm. 66, octubre-diciembre de 1967, pp. 248 y 249, e incluso en José Rogelio Álvarez [dir.], *Enciclopedia de México*, t. VIII, México, 1977, pp. 297 y 298.

de la guerra independentista cubana que estallará el 24 de febrero de 1895), su vida mexicana es sobre todo la de aquellos dos años juveniles asombrosamente fecundos. Para explicarnos esa súbita y perdurable fusión de Martí con México, fusión que, fuera de Cuba, no tendría con ningún otro país en particular (“si yo no fuera cubano, quisiera ser mexicano”, escribió en uno de sus cuadernos de apuntes),¹¹ es menester recordar, así sea de modo somero, quién era el muchacho que llegaba en 1875, y cuál era el país en que iba a vivir.

Aunque físicamente joven (acaba de cumplir veintidós años), Martí había vivido ya una dramática existencia: heredero de la tradición insurgente de su patria y partidario absoluto de su independencia, a la que consagrara sus primeros textos político-literarios, por ella había sufrido prisión en Cuba y destierro en España, donde viviría entre 1871 y 1874, en los que se nutrían apasionadamente de sus clásicos literarios, sus estoicos, sus místicos, su arte, las mejores esencias de su pueblo: y conoció las mezquindades de su política, incluso la de su maltrecha primera República. Tras visitar de pasada París, cruzar por Inglaterra y permanecer diez días en Nueva York, arriba el 8 de febrero de

¹¹ José Martí, [Fragmentos, al parecer escritos entre 1885 y 1895], *O. C.*, t. XXII, p. 34.

1875 a Veracruz, México, país en cuya capital (a la que llega por tren un par de días después) su familia se había radicado desde abril del pasado año, de modo que Martí no sólo regresaba a América, sino también al seno familiar. Traía consigo experiencias imborrables: la de los horrores de la esclavitud de los negros, descubiertos en plena niñez;¹² la de una vida intelectual entregada a la liberación, que ve encarnada en su maestro Rafael María de Mendive; la de la opresión colonial, la de la cárcel, la del exilio, la de grandes ciudades, la de varias fuentes culturales. Había participado en polémicas, y publicado algunos textos en periódicos, y sobre todo dos opúsculos ardientes: *El presidio político en Cuba* (Madrid, 1871) y *La República española ante la Revolución cubana* (Madrid, 1873). Lo normaban un eticismo indoblegable, un liberalismo radical, un ansia de completa justicia, un romanticismo exaltado.

En cuanto al país al que llegaba Martí, se trataba del México brotado de la profunda revolución que significó la Reforma encabezada por Benito Juárez. Muchos años después lo evocaría así Martí: “el México vivo, el México que surgió de la sombra en 1857 con toda la fatiga y la gloria de

¹² Cfr. José Martí, poema XXX de los *Versos sencillos* (1891), *O. C.*, t. XVI, pp. 106 y 107, que remite a una experiencia vivida por Martí en 1862, a sus nueve años.

la libertad".¹³ La importancia capital de este país la ha sintetizado Enrique Semo al escribir:

En los primeros ciento veinte años de vida independiente, México fue para Latinoamérica lo que Francia para la Europa del siglo XIX. Es aquí donde las luchas de clase adoptaron sus formas más precisas y clásicas, donde las contradicciones peculiares de las sociedades latinoamericanas se manifestaron en grandes explosiones revolucionarias.¹⁴

Si bien es materialmente imposible reducir a unas líneas la tarea de Juárez dentro de ese contexto, no pueden dejar de señalarse algunos puntos sin los cuales no se entiende, entre otras cosas, la apasionada adhesión de Martí al México al que llegó en 1875.

Nacido el 21 de marzo de 1806 de dos "indios de la raza primitiva del país", según escribirá Juárez en sus *Apuntes para sus hijos*,¹⁵ el humilde zapoteca Pablo Benito Juárez alcanzará, a través de dolorosas vicisitudes, cargos representativos de su

¹³ José Martí, "Juan José Baz. Un mexicano ilustre" (1887), *O. C.*, t. XIII, p. 199.

¹⁴ Enrique Semo, "Las revoluciones en la historia de México", en *Historia y Sociedad*, nueva era, núm. 8, 1975, p. 49.

¹⁵ Ralph Roeder en *Juárez y su México*, 4ª ed., pról. de Andrés Henestrosa, México, FCE, 1972, p. 15.

país, hasta llegar a la presidencia del mismo. En 1848, cuando los Estados Unidos consuman, en iniqua guerra de rapiña, su despojo de la mitad de México, Juárez, en su segundo discurso inaugural al frente del gobierno de Oaxaca, expresa:

Hijo del pueblo, yo no lo olvidaré; por el contrario, sostendré sus derechos, cuidaré de que se ilustre, se engrandezca y se cree un porvenir, y que abandone la carrera de desorden, de los vicios y de la miseria a que lo han conducido los hombres que sólo con sus palabras se dicen sus amigos y libertadores.¹⁶

Por querer hacer realidad este proyecto, Juárez, situado en el extremo del liberalismo mexicano de su tiempo —el cual incluye un llamado “liberalismo social”¹⁷ que “exige la participación de los obreros en las ganancias de la empresa, mezclando el liberalismo con elementos de teorías socialistas no marxistas, sobre todo el proudhonismo” —,¹⁸ encuentra la tenaz oposición de los conservadores y en particular del clero. Terminado su gobierno

¹⁶ *Ibid.*, p. 118.

¹⁷ La denominación se debe a Jesús Reyes Heróles, *El liberalismo mexicano*, t. III, *La integración de las ideas*, 2ª ed., México, FCE, 1974.

¹⁸ Adalbert Dessau, “Benito Juárez, demócrata, revolucionario y patriota”, en *Casa de las Américas*, núm. 78, mayo-junio de 1973, p. 8.

en Oaxaca en 1852, al año siguiente será confinado a Jalapa, encarcelado y al cabo desterrado. En viaje a su destino temporal, Nueva Orleans, donde se ganará la vida como tabaquero, hace escala en La Habana. Pocos meses antes de su paso por esta ciudad, había nacido allí José Martí.

De aquel destierro volvería Juárez aún más radical en sus ideas. En octubre de 1855 es nombrado ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos, y el 23 de noviembre presenta la famosa Ley Juárez, la primera de las leyes de la Reforma, que postula la abolición de los fueros y privilegios del clero y de los militares, y extiende la jurisdicción del gobierno sobre todos sus súbditos. El 5 de febrero de 1857 se vota la nueva Constitución. Ese mismo año Juárez es electo presidente de la Corte Suprema de Justicia, cargo equivalente al de vicepresidente de la nación, y poco después es nombrado también ministro de Gobernación por el presidente Comonfort. Pero este último, presionado cada vez más por los conservadores, desconoce la Constitución, encarcela a Juárez el 19 de diciembre de 1857, y al cabo renuncia, no sin antes libertar a Juárez, el 21 de enero de 1858. Juárez asume el mando supremo, se establece en Guanajuato y, según lo prevé la Constitución, gobierna con plenos poderes hasta que haga posible reunir al Congreso de nuevo. La inevitable guerra civil entre conservadores y liberales estalla y se prolon-

ga hasta diciembre de 1860, en que culmina con la victoria de los últimos. Al calor de la lucha se promulgan las llamadas grandes leyes de la Reforma, que nacionalizan los bienes eclesiásticos, estatuyen el matrimonio como contrato civil, secularizan los cementerios, reducen las festividades religiosas, establecen la libertad de cultos religiosos. El gobierno radical que emerge vencedor conocerá poco tiempo después la intervención extranjera de la Francia reaccionaria de Luis Napoleón Bonaparte, maridada con los conservadores locales. Aquella guerra, que se extendió desde 1862 hasta 1867, reveló a Juárez en toda su grandeza. Son hartos conocidos sus principales pormenores, el último de los cuales fue el fusilamiento en Querétaro, en 1867, del archiduque Maximiliano. Si a lo largo de la contienda, y especialmente en relación con este último hecho, Juárez sería presentado por los voceros de la reacción internacional como encarnación misma de la barbarie,¹⁹ en cambio lo más puro de nuestra América y el pensamiento progresista en general lo reconocerán como una de las grandes figuras de la historia. Previsiblemente, Juárez es electo presidente a raíz del nuevo triunfo, y en ese cargo permanecerá hasta su muerte en 1872.

¹⁹ Cfr. Noël Salomon, *Juárez en la conciencia francesa 1861-1867*, México, SRE, 1975.

Interesa destacar dos opiniones globales, una sobre la Reforma, otra sobre el papel de Juárez en ella. En relación con la primera, escribió Noël Salomon: “La Reforma simbolizada por Juárez significó un empuje dinámico de los mestizos al irrumpir en el escenario de la historia mexicana. Con la Reforma surgió verdaderamente la que José Martí bautizó ‘nuestra América mestiza’”.²⁰ En cuanto a lo segundo, dijo Adalbert Dessau:

La revolución burguesa había triunfado gracias a los méritos de Juárez, quien había sabido canalizar la acción revolucionaria del pueblo dentro de una legislación democrática. Ahora debía dar su fruto histórico: la sociedad capitalista. [...] Iniciándose este proceso, la política de Juárez entró necesariamente en crisis. Por un lado, el pensamiento liberal del propio Juárez debía fomentar el desarrollo capitalista; por otro, su democratismo popular no podía aceptar las consecuencias de este proceso.²¹

Para Dessau, si por una parte Juárez “entró en la historia con el mérito de haber propulsado la revolución burguesa de México hasta los fines extremos que podía alcanzar en las condiciones de la época”, por otra parte “Juárez se consideraba

²⁰ *Cfr. Ibid.*, p. 18.

²¹ Dessau, *op. cit.*, p. 14.

[recuérdese su cita de 1848] representante de las masas populares y [...] no estaba vinculado con ninguna de las capas que eran las fuerzas motrices del desarrollo capitalista del México de entonces”; y más adelante: “La posición auténticamente popular es lo que en lo político y lo social distingue a Juárez entre los liberales de su época”, por lo que “con su nacionalismo democrático está en el camino por el cual más tarde, en contacto con la clase obrera de sus países”, hombres como

José Martí [...] llegan hasta el democratismo revolucionario, es decir, a la transición del pensamiento burgués al proletario, paso que en su época darían definitivamente Recabarren, Mariátegui y Mella. En la época de Benito Juárez, tal paso todavía no era posible. No obstante, el Benemérito de las Américas está en el camino recto del pensamiento y la acción de la revolución democrática en los países latinoamericanos.²²

Es significativo que dos investigadores tan acuciosos como Salomon y Dessau hagan desembocar las consecuencias mejores de la Reforma mexicana en José Martí. Ello no es ajeno, por supuesto, al hecho de que Martí viviera en México aquellos años para él genésicos, de 1875 y 1876, en que la Reforma vivía sus últimos instantes creadores.

²² *Ibid.*, pp. 15 y 16.

En el México al que llegó Martí a comienzos de 1875, el espíritu juarista se encontraba aún vivo. Tras la muerte de Juárez, en 1872, fue sucedido de inmediato por su exministro Sebastián Lerdo de Tejada, quien entonces era presidente de la Suprema Corte de Justicia, y sería electo presidente de la nación en octubre de ese año. Tal es el país con el que Martí se identificará apenas llegado. Seguramente esta identificación fue facilitada o apresurada (además de por la presencia en esta nación de un conjunto valioso de cubanos independentistas encabezados por el poeta Pedro Santacilia, exsecretario y yerno de Juárez) por el hecho de que la propia familia de Martí hacía cerca de un año que vivía allá, y se había granjeado la amistad de algunos mexicanos prominentes: el primero de ellos, el licenciado Manuel A. Mercado, quien junto con don Mariano Martí, su padre, esperaba al joven Martí en la estación ferroviaria cuando éste llegó a la ciudad de México. Sabemos cuánto iba a significar este hombre generoso y recto en la vida de Martí, para quien sería su hermano mayor, su confidente, su apoyo moral. Y no deja de ser curioso que esta relación se la procurara a Martí su padre, hombre de pocas letras y luces que sin embargo, como ha subrayado Cintio Vitier, desempeñara un papel decisivo a lo largo de la vida de su hijo, señaladamente en dos ocasiones: cuando obtuvo, por gestiones con el dueño de las canteras donde el adolescente

Martí realizaba terribles trabajos forzados, que se le cambiase la pena por destierro; y cuando hizo posible el encuentro entre Martí y Mercado, quien ya conocía, dados con orgullo por don Mariano, los dos primeros opúsculos vehementes publicados por el joven revolucionario en Madrid. En casa de Mercado, antes del arribo de Martí, una de sus hermanas (que moriría poco antes de su llegada) se había hecho novia del pintor Manuel Ocaranza, en quien de inmediato Martí encontraría un amigo.

No pretendo hacer en estas escasas líneas una evocación de la intensa vida martiana durante sus años mexicanos: evocación que por añadidura, cada vez más minuciosamente, ha sido hecha por muchos investigadores, algunos de los cuales se han centrado en la relación de Martí con Juárez.²³ Baste recordar que la plena concordancia de Martí con el legado juarista —que enriquecerá las ideas que él defendía con el descubrimiento, desde una perspectiva revolucionaria, de nuestra América mestiza, del mundo aborigen, del peligro yanqui,²⁴ de las

²³ Cfr., José Antonio Portuondo, “Juárez en Martí”, en *Martí, escritor revolucionario*, La Habana, 1982 y Ramón de Armas, “Apuntes sobre la presencia en Martí del México de Benito Juárez”, en *Casa de las Américas*, núm. 115, julio-agosto de 1979.

²⁴ Sobre este punto es importante consultar los trabajos de Martí “Estados Unidos y México” y “México y Estados Unidos”, publicados sin firma el 3 de julio de 1875 y el 27 de abril de 1876, respectivamente, en la *Revista Universal*, y des-

luchas obreras... —,²⁵ impulsado por las relaciones que ya tenía su familia, lo hacen muy pronto sentir, pensar y escribir como un mexicano; pero no como un mexicano cualquiera, sino como un mexicano *de la Reforma*, con cuyos más relevantes intelectuales — como Ignacio Ramírez, *El Nigromante*, Guillermo Prieto, Ignacio Manuel Altamirano o el joven Justo Sierra — anudará estrechos vínculos, mientras a la vez escribe un comentario sobre un poeta entonces adolescente, Manuel Gutiérrez Nájera, a quien lo iban a unir profundos lazos afectivos y estéticos, al punto de escribir en 1894 uno de sus últimos poemas a una hija del Duque Job, y a la manera de él. De allí son estos versos:

En la cuna sin par nació la airosa
niña de honda mirada y paso leve,
que el padre le tejió de milagrosa
música azul y clavellín de nieve. [...]
Verdes los ojos son de la hechicera
niña, y en ellos tiembla la mirada

cubiertos por investigadores del equipo — dirigido por Cintio Vitier — encargado de la edición crítica de las *Obras Completas* de Martí que está en vías de dar a conocer el Centro de Estudios Martianos. Ambos trabajos han sido republicados en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, núm. 5, 1982.

²⁵ A este aspecto, Paul Estrade le ha dedicado su trabajo “Un ‘socialista’ mexicano: José Martí”, en *En torno a José Martí, Bulletin Hispanique*, t. LXVI bis, 1973 y *Casa de las Américas*, núm. 82, enero-febrero de 1974.

cual onda virgen de la mar viajera
presa al pasar en concha nacarada.
Fina y severa como el arte grave,
alísea planta en la existencia apoya,
y el canto tiene y la inquietud del ave,
y su mano es el hueco de una joya.
Niña: si el mundo infiel al bardo airoso
las magias roba con que orló tu cuna,
tú le ornarás de nuevo el milagroso
verso de ópalo tenue y luz de luna.

Gracias a Mercado, Martí comienza a publicar en la leerdista *Revista Universal*, dirigida por José Vicente Villada, donde a menos de un mes de su arribo, el 2 de marzo, ya aparece su primera crónica.²⁶ A ella seguirán otras crónicas, obras de ficción, la traducción de *Mes fils*, de Hugo, críticas sobre teatro y literatura²⁷ y sobre arte,²⁸ “Boletines” (hoy di-

²⁶ Se tenía el 7 de marzo de 1875 como la fecha de entrada de Martí en la *Revista Universal*. Pero el equipo encargado de la edición crítica de las *Obras completas* de Martí ha mencionado que en la nota 24 ha descubierto una crónica martiana publicada allí el 2 de marzo de 1875, *cfr. Anuario del CEM*, núm. 1, 1978.

²⁷ De las que se ha ocupado José Antonio Portuondo en la primera parte de su estudio “José Martí, crítico literario”, en *Martí, escritor revolucionario*.

²⁸ Comentadas entre otros por Camilo Carrancá y Trujillo en su “Prólogo” a *Martí en México*, vol. III, *Arte en México 1875-1876*, México, 1940; José Antonio Fernández de Castro en “Martí y la pintura en México”, en *Letras de México*, 15 de

ríamos editoriales) que firmará con el seudónimo Orestes, noticias parlamentarias [...] En todos los casos, salvo cuando aborda la situación de Cuba, la perspectiva y los temas suelen ser mexicanos: entre estos últimos, la vida política en general, la historia, las artes, la enseñanza, los estudiantes, los indios, las incipientes luchas obreras (“así nuestros obreros se levantan de masa guiada a clase consciente”, dirá el 10 de julio de 1875, planteamiento que según José Antonio Portuondo “se aproxima notablemente al concepto marxista *de clase en sí y clase para sí*”).²⁹ Martí también colaborará en otros órganos, como *El Federalista* y *El Socialista*;³⁰ será miembro del Liceo Hidalgo y de las sociedades teatrales Gorostiza y Alarcón; escribirá y verá representado por la compañía de su amigo Enrique Guasp de Peris su “proverbio” *Amor con amor se paga* (1875); e incluso será electo delegado por la Asociación Esperanza de Empleados, de la ciudad

septiembre, 1940 (reproducidos ambos en *Archivo José Martí*, núm. 2, 1940); Justino Fernández en “José Martí como crítico de arte”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 19, México, 1951 (reproducido en *Archivo José Martí*, núm. 18, 1952). *Cfr.* también los trabajos de I. Rodríguez Prampolini y J. A. Manrique, *op. cit.*

²⁹ Portuondo, *op. cit.*, p. 257.

³⁰ Estos trabajos aparecen en los tomos VI y XXVIII de sus *O. C.*, aunque algunos no recogidos allí han sido descubiertos por autores como Carrancá y Trujillo, Herrera Franyutti, Estrade, y los integrantes del equipo del CEM.

de México, al primer Congreso Obrero de México, el cual se realizó en la capital del país en marzo de 1876,³¹ aunque no existe constancia de que haya asistido al mismo: hecho nada concluyente, pues la mayor parte de los documentos de dicho congreso se ha extraviado. De todas formas, esa elección, y en especial los textos que sobre temas obreros publicara en México, propios de un socialista utópico, han contribuido a que Paul Estrade lo sitúe “en el grupo más avanzado de su tiempo” y lo considere “el pensador político latinoamericano más abierto al movimiento obrero”.³²

Todos estos hechos revelan la indudable, ferviente adhesión de Martí a la tierra mexicana en que ha renacido, en que ha encontrado muchas de las que serían preocupaciones esenciales de su vida. Pero ya para entonces esas “luchas de clase” de que hablara Semo, que en México adoptarán “sus formas más precisas y clásicas”, mostrando “las contradicciones peculiares de las sociedades latinoamericanas”, revelaban también una característica escisión en el seno de la propia clase que había obtenido la victoria de 1867:

La riqueza adquirida y la acumulación creciente de capital dividieron a la burguesía en dos fracciones

³¹ Gastón García Cantú, *El socialismo en México. Siglo XIX*, 2ª ed., México, Era, 1974, p. 200.

³² Estrade, *op. cit.*, p. 50.

rivales: una deseaba la capitalización autónoma: era el partido de los Juárez, de los Lerdo, de los Iglesias; la otra advirtió que su propio crecimiento dependía de la burguesía norteamericana, que exigía prolongar sus ferrocarriles hacia México para obtener materiales y productos agrícolas a menores precios.⁵³

Al llegar Martí a México, una de las fracciones la encabezaba, en lo político, el presidente Lerdo de Tejada; otra, el ambicioso general Porfirio Díaz. La primera encarna en un liberalismo encendido; la segunda encontrará su tierra de promisión ideológica en una versión del positivismo hartamente similar a la que hallamos en otras tierras latinoamericanas, como la Argentina y Brasil. Martí se adhiere apasionada y firmemente a la primera de esas opciones. Es, en lo político, un lerdista militante; en lo ideológico general, un liberal irreductible. Su adhesión resultará ser más fuerte que la de muchos de sus compañeros mexicanos de entonces: mientras éstos van plegándose a Porfirio Díaz y al positivismo de los “científicos”, Martí abandona el país tras el golpe militar de aquél, y permanecerá durante años fiel al liberalismo radical, para acceder más tarde no al positivismo que en tantos países latinoamericanos

⁵³ García Cantú, *op. cit.*, p. 18.

fue la ideología de las burguesías dependientes,³⁴ sino al pensamiento democrático revolucionario que expresaba los intereses de las clases y capas populares: pensamiento que, por otra parte, conservará, reinterpretando los mejores aportes del liberalismo anterior.³⁵ Pues hay que tener en cuenta que en México, como en otros países de nuestra América, “el positivismo fue al mismo tiempo un instrumento para negar las ideas del derrotado régimen conservador y [para] oponerse a las peligrosas ideas de los liberales que aún sostenían ideas combatientes”;³⁶ y que en general el porfirismo

³⁴ Se trata de esas “doctrinas derrotistas y pesimistas de los ideólogos spencerianos del continente, ‘entreguistas’ [en español en el original] *avant la lettre*” de que habló Noël Salomon (“José Martí et la prise de conscience latino-américaine”, en *Cuba Sí*, núms. 35-36, 4to. trimestre 1970, 1er. trimestre 1971, p. 7) y frente a las cuales José Martí fue el primero en elaborar “una teoría de los valores humanos propios de la América Latina, capaz de oponerse victoriosamente” a dichas doctrinas. Por su parte, García Cantú ha dicho que “la burguesía [mexicana] pasaba del positivismo comtiano al organicismo de Spencer, en el tránsito teórico de la Reforma al porfiriato”, García Cantú, *op. cit.*, p. 22.

³⁵ Véase, por ejemplo, cómo Martí conserva y *enriquece*, al pasar de una a otra etapa de su pensamiento, su concepto de “nuestra América”. *Cfr.* Roberto Fernández Retamar, “Martí y la revelación de nuestra América”, en *Introducción a José Martí*, La Habana, 1978.

³⁶ Leopoldo Zea, *La filosofía en México*, México, 1955, t. I, p. 32.

si cronológicamente lo sucede [al liberalismo], históricamente lo suplanta [...] Las filosofías inquietas, llenas de fe en la actividad del hombre, de estirpe jusnaturalista, que guían a los liberales, son sustituidas por una filosofía positivista tomada además en su vertiente oligárquica. Por tanto, no debe buscarse una sucesión normal, legítima, entre liberalismo y porfirismo y una continuidad, sino una sustitución y una verdadera discontinuidad. Si el afán de innovar y modificar conduce a los liberales, el propósito de conservar conduce al porfirismo.³⁷

En el México en que vive Martí, él ve la posibilidad de que en nuestra América se desarrolle una burguesía nacional capaz de rechazar al agresor extranjero, vencer a las fuerzas locales de la reacción feudal, monárquica y clerical, y asumir la defensa de la nación en todos los órdenes: incluso, por supuesto, en lo cultural. Cuando Martí exalta en México las grandezas de su historia; cuando se interesa vivamente por la enseñanza requerida por el país en vías de modernización; cuando postula la necesidad de un arte nacional, habla como un liberal mexicano convencido: retoma incluso, con frecuencia, los términos que han venido utilizando en aquel país hombres como Ig-

³⁷ Reyes Heróles, *op. cit.*, p. xvii, n. 17.

nacio Manuel Altamirano. Un incidente menor³⁸ lo distanció en un momento de esta noble figura a quien el joven Gutiérrez Nájera señalaría algún tiempo después, ya muerto El Nigromante, como cabeza de la república de las letras en México;³⁹ pero hay que recordar que en algunos textos de Altamirano anteriores a los de Martí se encuentran visibles fuentes de estos últimos. Léase, por ejemplo, de Altamirano, este párrafo de “La escuela del campo”, aparecido en *El Federalista* el 13 de febrero de 1871:

hagamos trabajar a las prensas con la impresión de millares de libros, de carteles y de folletos, baratísimos, regalados, atractivos, y que la multitud devore con ansiedad y con placer; envíen los gobiernos de los Estados numerosos misioneros con el nombre de visitadores de escuela, por todas partes; eleven el magisterio profesional con el incentivo de gran-

³⁸ Cfr. Camilo Carrancá y Trujillo, “Prólogo” a *Martí en México*, vol. III, José Martí, *Arte en México 1875-1876*, México, 1950, pp. 22-29.

³⁹ En 1889 escribió Gutiérrez Nájera: “[Altamirano] ha sido, por el voto unánime de todos los escritores liberales, algo así como presidente en la república de las letras mexicanas”. (“Ignacio Manuel Altamirano”, en *Obras. Crítica literaria. I, Literatura mexicana*, México, 1959, p. 359. El propio Martí, a la muerte de Altamirano, evocó su gesto de “indio americano y demócrata”. José Martí, “Ignacio Altamirano” (1893), *O. C.*, t. XIII, p. 237.

des recompensas; descúidense las fundaciones religiosas y cúidese la escuela, que este no es tiempo de devoción sino el de la ciencia y el progreso material; enséñese la religión de la patria y el catecismo de la libertad; [...] eríjense altares a los hombres de la escuela; tribútense ovaciones a los que triunfan de la ignorancia, y la felicidad de México está hecha.⁴⁰

O esta “Carta a una poetisa”, también de 1871, verdadera proclama, en lo artístico, del romanticismo revolucionario mexicano:

¿Qué viene a hacer a México la leyenda caballerescas de Europa? Cada país tiene su poesía especial, y esta poesía refleja el color local, el lenguaje, las costumbres que le son propios. ¿Cómo traer a México los castillos feudales que se elevan en las rocas y se pierden entre las tinieblas; cómo evocar los recuerdos de hazañas que no se conocen, porque apenas se conoce su historia; cómo vestir a un “caporal” la armadura de acero bruñido, y dar a un indio vendedor de guajolotes el aspecto de un escudero? [...] ¿No le parece a usted que en nuestra historia hay bastantes asuntos para enriquecer con ellos la poesía heroica? [...] Dejemos pues a la Europa sus caballerías de la Edad Media, que no conocemos

⁴⁰ Citado por Gastón García Cantú, en *El pensamiento de la reacción mexicana 1810-1962*, México, Empresas Editoriales, 1965, p. 679.

bastante, y busquemos en el tesoro de los recuerdos nacionales las riquezas que nos darán fama.⁴¹

En numerosos textos martianos de su periodo mexicano, y aun posteriores, se siente el desarrollo de estas ideas de Altamirano.

Por otra parte, es indudable que El Nigromante marcó fuertemente al joven Martí, interesado en México, como no lo había estado hasta entonces, por la “cuestión social, el problema de los trabajadores”,⁴² hasta el extremo de que Paul Estrade ha podido considerarlo en aquellos años “un ‘socialista’ mexicano”.⁴³ Cuando Reyes Heroles dice, hablando de lo que ha llamado el “liberalismo social” de El Nigromante: “Siguiendo las sucesivas etapas del pensamiento de Ramírez, se ve que ellas constituyen momentos de un pensamiento que lucha por integrarse: son ideas que se afinan en un ininterrumpido radicalismo ideológico”,⁴⁴ bien puede pensarse en el propio Martí, en su “pensamiento que lucha por integrarse”, en sus “ideas que se afinan en un ininterrumpido radicalismo ideológico.”

⁴¹ Ignacio Manuel Altamirano, “Carta a una poetisa” (1871), en Ignacio Manuel Altamirano, *La literatura nacional: revistas, ensayos, biografías*, prólogo de José Luis Martínez, México, Porrúa, 1949, t. III, pp. 126-129.

⁴² Reyes Heroles, *op. cit.*, p. 674.

⁴³ Estrade, *op. cit.*

⁴⁴ Reyes Heroles, *op. cit.*, p. 655.

Sin embargo, si Martí tuvo ante los ojos durante sus dos años mexicanos esa posibilidad de desarrollo para sí de una verdadera burguesía nacional latinoamericana, lo que lo enriquecería con un semillero de conceptos, finalmente vio imponerse en aquel país la otra variante de la burguesía latinoamericana: la dependiente. Justo Sierra expresó con claridad los principios de esta última cuando, mientras era ministro de Porfirio Díaz, escribió en 1900:

El desenvolvimiento industrial de Estados Unidos, que ya era colosal hace veinticinco años [es decir, en 1875], exigía como *condición obligatoria* el desenvolvimiento concomitante de la industria ferroviaria, a riesgo de paralizarse. El *go ahead* [norte] americano no consentiría esto, y por una complejidad de fenómenos económicos que huelga analizar aquí, entraba necesariamente en el cálculo de los empresarios de los grandes sistemas de comunicación que se habían acercado a nuestras fronteras, completarlos en México, que, desde el punto de vista de las comunicaciones, era considerado como formando una región sola con el suroeste de Estados Unidos. *El resultado financiero de este englobamiento de nuestro país en la inmensa red férrea [norte] americana se confiaba a la esperanza de dominar industrialmente nuestros mercados.*

Al transcribir estas palabras, Gastón García Cantú añade: “no podría darse una explicación mejor del móvil del asalto al poder por el grupo de Porfirio Díaz”.⁴⁵ Y a continuación sigue citando, del propio Justo Sierra, esta que García Cantú considera “definición completa” en que “no falta ninguno de los rasgos que caracterizan, en términos generales, a un país medio, semicolonial: independencia política y supeditación económica”:

La virtud política del presidente Díaz [afirmó Sierra], consistió en comprender esta situación y, convencido de que nuestra historia y nuestras condiciones sociales nos ponían en el caso de dejarnos enganchar por la formidable locomotora yanquee y partir rumbo al porvenir, *en preferir hacerlo bajo los auspicios, la vigilancia, la política y la acción del gobierno mexicano, para que así fuésemos unos asociados libres obligados al orden y la paz y hacernos respetar y para mantener nuestra nacionalidad íntegra y marchar hacia el progreso.*⁴⁵

Esta opción que hubiera llevado al México porfirista a ser un *Estado libre asociado* del imperialismo yanqui, fue la que Martí rechazó en su raíz, al abandonar una nación cuya enorme im-

⁴⁵ García Cantú, *op. cit.* p. 19. Cursivas de Gastón García Cantú.

portancia, sin embargo, había sabido reconocer desde el primer momento; rechazando igualmente, por supuesto, la ideología de aquella opción, la versión que la burguesía dependiente mexicana daba del positivismo, y que hacía que “al orden —la paz— se sacrificara el progreso, y la revolución —contenido histórico del liberalismo— a la contrarrevolución”.⁴⁶ Aunque, desde luego, no sea dable afirmar que en su rechazo Martí previó todo lo que iba a ocurrir durante la paz porfiriana. De momento, rechazó el gesto castrense que interrumpía un proceso democrático. Pero al impugnar aquella opción, reafirmó su lealtad, como se ha dicho, a los principios de la otra. Esta última, sin embargo, era una opción derrotada: el liberalismo quedaría en México como un muñón, que sería reivindicado por la Revolución mexicana de 1910.⁴⁷ Pero aquí es importante recordar que

⁴⁶ Reyes Heróles, *op. cit.*, p. 655.

⁴⁷ Este criterio no es compartido por Arnaldo Córdoba, para quien “México se encuentra viviendo aún la misma etapa histórica que comenzó en 1876, año de la ascensión al poder del general Porfirio Díaz, o inclusive de 1867, año del triunfo de los republicanos sobre el Segundo Imperio.” Aunque este autor reconoce las diferencias “notables” entre el porfirismo y la Revolución que tomó el poder entre 1910 y 1917, tanto uno como otra, según él, “obedecen al mismo proyecto histórico: *el desarrollo del capitalismo*”. Arnaldo Córdoba, *La ideología de la Revolución mexicana. La formación del nuevo régimen*, México, Era, 1973, p. 15.

el mexicano Martí era también cubano, y no podía vivir los acontecimientos del país hermano sin contemplarlos con esa doble visión. Tiene razón Andrés Iduarte cuando observa que Martí, si por una parte “mexicano se considerará en México”, por otra, “precisamente por no mexicano, por hijo de una patria aún no nacida, por andariego a la fuerza, va a darles [a los mejores principios del liberalismo mexicano] una aplicación continental que no le dará ningún mexicano”.⁴⁸ Más adelante, Iduarte menciona algunas de las líneas directrices que “de las lecciones recibidas en México sacó Martí”: su “anticaudillismo”, “su oposición a la Iglesia católica como poder político”;⁴⁹ “la buena doctrina indigenista”;⁵⁰ “los gérmenes del [latino]americanismo que presidiría su obra política y literaria”.⁵¹ Ello es cierto, sobre todo si añadimos su interés por los trabajadores. Pero hay que insistir en lo que atraviesa esas líneas, organizándolas de manera sistémica: el Martí que sale de México es un partidario convencido del liberalismo radical (que incluye su “liberalismo social”), como ideología de una posible y necesaria burguesía nacional

⁴⁸ Iduarte, *op. cit.*, p. 235.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 238.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 240.

⁵¹ *Ibid.*, p. 244.

latinoamericana no dependiente: lo que ya no alcanzaría a ser la burguesía cubana.

A la luz de esta situación concreta del México en que vivió Martí, de las luchas interclasista e intraclasista en las que participó fogosamente como otro actor protagónico, es que pueden apreciarse a cabalidad desde los criterios que entonces expusiera sobre la historia y sobre proteccionismo y librecambio en economía, hasta sus críticas sobre teatro, artes plásticas y literatura; desde su tratamiento del indígena y su temprano acercamiento a la cuestión social, hasta la génesis de su idea de “nuestra América”; y, por supuesto, su posición en favor del liberalismo con frecuencia utópico pero progresista del sector más avanzado de la burguesía mexicana de la época frente al positivismo conservador de la burguesía dependiente: criterios que asumirán, como sabemos, formas muy variadas en las polémicas en que participó Martí.⁵² Una de estas polémicas nos ofrece un ejemplo clásico:

⁵² En las biografías de Martí se suele hacer alusión a estas polémicas, que versaban en torno a muy diversas cuestiones. Camilo Carrancá y Trujillo llamó la atención sobre varias de ellas, entre otros trabajos, *Las polémicas de José Martí en México*, México, Ediciones del Bloque de Obreros Intelectuales, 1931, y en sus prólogos a los volúmenes II y III de *Martí en México*, México, 1936 y 1940 respectivamente; y más cercanamente se ocupó del tema Paul Estrade, “Otras polémicas de Martí en México, y otros detalles inéditos”, en *Anuario Martiano*, núm. 6, 1976.

la que sostuvo en el Liceo Hidalgo el 7 de abril de 1875, en defensa del espiritualismo, contra la tesis positivista sostenida por Gustavo Baz y otros. A propósito de tal polémica, ha dicho Portuondo que frente al grupo “permeado del sansimonismo” al que se integra Martí, está

otro grupo, de gentes jóvenes también del movimiento reformista, que aspira a desarrollar industrial y financieramente a México prolongando, más allá del Río Grande, las líneas ferroviarias norteamericanas [...] Esta es la gente que está preparando la dictadura de Porfirio Díaz [...] se adscriben [...] [al] positivismo, y se llaman a sí mismos materialistas. Ahora sabemos que el positivismo no es materialista, sino que es idealista y [...] concluye con una nueva metafísica, pero en aquel momento se tiene por materialista, y estos son los materialistas contra los cuales combaten Martí y los otros espiritualistas que defienden la Reforma antimperialista y sansimoniana de Juárez. ¿Quién es el revolucionario en este caso? Los revolucionarios son los espiritualistas, no los materialistas; el problema no es de etiqueta, sino de la posición que se guarda frente a un fenómeno real, frente a la *praxis*, no a la teoría, no a los cartabones, y esta es la característica de Martí.⁵³

⁵³ José Antonio Portuondo, “El diversionismo ideológico en torno a José Martí”, en *Martí, escritor revolucionario*, p. 322.

El golpe de Estado de Porfirio Díaz y el repudio que le merece a Martí revelan en éste una veta que, singularmente, había permanecido soterrada en él: el elogio de México. Durante su bienio mexicano, Martí no ha tenido necesidad de hacer tal elogio. Simplemente ha sentido, actuado, estimulado, combatido como un mexicano revolucionario más. Pero al rechazar de plano el cuartelazo de Díaz, quien entra en la capital el 23 de noviembre de 1876 y se hace cargo del poder, cambia su situación. Cerrada la *Revista Universal*, Martí denuncia el golpe valiéndose de las páginas de *El Federalista*, en sus artículos "*Alea jacta est*", publicado el 7 de diciembre, y "La situación", que ve la luz el 10 de diciembre y es republicado dos días después por *El Socialista*.⁵⁴ Alguien le enrostra su condición de extranjero, y Martí replica desde *El Federalista*, el 16 de diciembre, con su altivo texto "Extranjero", donde subraya:

No reclamé ciudadanía cuando ella me hubiera servido para lisonjear mejor al poderoso; no hablé de amor a México cuando la gratitud hubiera parecido servil halago y humillante súplica; ahora que de él me alejo; ahora que de él nada espero; ahora que el olvido de las más sagradas leyes suspende una

⁵⁴ "*Alea jacta est*", *O. C.*, t. VI; "La situación", en "Apéndice" a Estrade, *op. cit.*

amenaza sobre el que no ha de aprovechar ni hacer valer nunca estas desgracias porque no se queda en México para aguardar día de provecho; ahora, yo reclamo mi parte, me injiero en estas penas, naturalizo mi espíritu, traigo mi voluntad de hombre lastimada, mi dignidad de conciencia. La conciencia es la ciudadanía del universo. [...] Esta explicación no es para los que me la pidan; que los que son capaces de pedirla no merecen oirla —hay distintas maneras de responder a las gentes; para algo hizo la naturaleza los pies diferentes a las manos. [...] Y así, allá como aquí, donde yo vaya como donde estoy, en tanto dure mi peregrinación por la ancha tierra —para la lisonja, siempre extranjero; para el peligro, siempre ciudadano.⁵⁵

En consecuencia con estas ideas, al ir a abandonar el país, escribe el primero de enero de 1877 a su fraterno Mercado: “México es lógico en sus aparentes injusticias”; y añade: “digo adiós a este México a que vine con el espíritu aterrado, y del que me alejo con esperanza y amor”.⁵⁶ No habrá en lo adelante ninguna página martiana que se aparte de esta línea de conducta. Iduarte escribirá que Martí

⁵⁵ José Martí, *O. C.*, t. VI, p. 363.

⁵⁶ José Martí, *O. C.*, t. XX, p. 18.

siguiendo su costumbre de no enseñar al enemigo las heridas, prefirió callar. Por no hablar en el extranjero mal de México, ni siquiera de un sector de México, se guardó al principio las críticas, pero después, sin renunciar a sus escrúpulos respecto al gobierno de Díaz, aunque sin duda ablandado por la influencia de amigos suyos como Gutiérrez Nájera, reconoció virtudes en el nuevo gobierno.⁵⁷

Sea como fuere, las constantes alusiones de Martí a México en su obra futura desbordan un amor y una preocupación que sólo admiten comparación con los que experimentó por Cuba. Cuando el 28 de febrero de 1879 lee en el Liceo de Guanabacoa, Cuba, su panegírico del poeta Alfredo Torroella, con quien había compartido días mexicanos, un momento de particular intensidad está consagrado a México: aquel que comienza: “¡Sea con respeto y vivísimo amor oído tu nombre, tierra amiga!”, y concluye: “¡Gracias, México noble, en nombre de los ancianos que en ti duermen, en nombre de los jóvenes que en ti nacieron, en nom-

⁵⁷ Iduarte, *op. cit.*, p. 247. Que Iduarte tenía razón en su conjetura lo probó el descubrimiento hecho por Herrera Franyutti de dos cartas que en julio de 1894 Martí envió al presidente Porfirio Díaz, donde le pedía entrevistarse con él para hablarle de la ya inminente guerra cubana. Las cartas pueden leerse en *Anuario de Estudios Martianos*, núm. 4, 1991, pp. 13-15.

bre del pan que nos diste, y con el amor de un pueblo te es pagado!”⁵⁸ Incluso su única novela, *Amistad funesta* (que él quiso llamar después *Lucía Jerez*), publicada por entregas con seudónimos en 1885, está en considerable medida “tramada con sus recuerdos mexicanos”, como ha dicho García Cantú, quien apunta también cómo Martí asocia “hechos diversos”, todos mexicanos, cuando “los estudiantes, en una de sus más hermosas páginas, aparecen honrando a los muertos”.⁵⁹

De más está decir que el tema de México atraviesa el impresionante epistolario de Martí a Mercado. Ya he citado la carta que le enviara al abandonar el país. Bien fácil es espigar en ese epistolario las menciones a México. He aquí algunos ejemplos: el 11 de agosto de 1882 le habla de “México, mi tierra carísima”;⁶⁰ el 12 de abril de 1886 le confiesa: “¡Si con tanto brío quiero a México, como a Cuba!, ¡Y acaso con mayor agradecimiento”;⁶¹ en diciembre de 1889 le asegura que México es “el país que después del mío quiero en [nuestra América] más”.⁶² Pero también, una y otra vez, le mencionará las que llama “filiales iras mías por la avaricia sórdida, artera, temible y visible con que

⁵⁸ José Martí, “Alfredo Torroella”, *O. C.*, t. V, p. 87.

⁵⁹ García Cantú, *op. cit.*, p. 108.

⁶⁰ José Martí, *O. C.*, t. XX, p. 64.

⁶¹ *Ibid.*, p. 73.

⁶² *Ibid.*, p. 157.

este pueblo [Estados Unidos] mira a México”.⁶³ Hasta en su carta última a su “hermano queridísimo” Mercado, escrita a pocas horas de morir en combate, la preocupación por México recorre como una ráfaga esa correspondencia febril. En aquella póstuma, de 18 de mayo de 1895, donde le confiesa: “ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber [...] de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”, añade a quien es entonces, además, subsecretario de Gobernación de México:

Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos —*como ese de Vd. y mío*,— más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de Nuestra América al Norte revuelto y brutal que los desprecia, —les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos. Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: —y mi honda es la de David.

⁶³ *Ibid.*, p. 64.

Y más adelante: “Y México, ¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Sí lo hallará, —o yo se lo hallaré—. Esto es muerte o vida, y no cabe errar.”⁶⁴

Otras veces, es en los apuntes íntimos donde se ve arder su cariño por México. Ya mencioné aquella observación inequívoca: “si yo no fuera cubano, quisiera ser mexicano”. Pero es posible que ningún apunte supere en incandescencia a aquel justamente famoso, escrito en fecha no precisada, en que exclama:

¡Oh México querido!, ¡oh México adorado, ve los peligros que te cercan! ¡Oye el clamor de un hijo tuyo que no nació de ti! Por el Norte un vecino avieso se cuaja [...] Tú te ordenarás: tú entenderás; tú te guiarás; yo habré muerto, oh México, por defenderte y amarte, pero si tus manos flaqueasen y no fueras digno de tu deber continental, yo lloraría, debajo de la tierra, con lágrimas que serían luego vetas de hierro para lanzas, —como un hijo clavado a su ataúd, que ve que un gusano le come a la madre las entrañas.⁶⁵

El amor a México está pues fundido en Martí con el riesgo en que vivía el país (despojado de la

⁶⁴ *Ibid.*, pp. 161-163.

⁶⁵ José Martí, “México”, *O. C.*, t. XIX, p. 22.

mitad de su territorio por Estados Unidos y codiciado por él) y con la esperanza que le despertaba lo mejor de su historia. El riesgo lo veía crecer, a medida que constataba la formación del imperialismo norteamericano, agresivo y depredador; y también veía crecer la esperanza en un pueblo que había sabido ser capaz de dar de sí un hombre como Benito Juárez, un movimiento como la Reforma.

Sobrados ejemplos hay en las crónicas martianas de cómo lo angustiaba el peligro que representaban para México las ambiciones estadounidenses de proseguir arrebatándole territorios a su más cercano vecino del sur. Baste recordar el caso Cutting, que Martí siguió paso a paso, y comentó, con alarma no disimulada, en cinco crónicas que escribió entre el 2 de agosto de 1886 y el 23 de junio de 1887.⁶⁶ El vulgar aventurero norteamericano Cutting había provocado su encarcelamiento en México para azuzar una nueva guerra de rapiña contra el país. La habilidad diplomática mexicana

⁶⁶ José Martí, Las crónicas del 2 y 9 de agosto de 1886 y del 23 de junio de 1887 están *O. C.*, t. VII; las del 6 y 19 de agosto de 1886 en *N.C.N.Y.* La erudita introducción a esta compilación ofrece datos muy valiosos referidos al destino de la crónica del 3 de agosto de 1886, que “no se publicó en *El Partido Liberal* porque Mercado y sus amigos seguramente la consideraron imprudente o peligrosa para la política internacional del momento”, p. 16.

y la revelación oportuna en el Congreso de Estados Unidos de la verdad de los hechos deshicieron la maniobra en 1886. Pero al año siguiente Martí presentará al “coronel Cutting” como presidente de la “Compañía de Ocupación y Desarrollo del Norte de México”, urdiendo otros proyectos torvos contra el país, y de ser posible también contra otros países latinoamericanos. Por desdicha, esas páginas de Martí no han perdido, en lo esencial, actualidad, y sorprende al leerlas su dramática vigencia. No es extraño que al dar a conocer Martí en 1889 su “Vindicación de Cuba”, escogiera el nombre de Cutting para representar lo peor de Estados Unidos: “Amamos a la patria de Lincoln”, dijo entonces Martí, “tanto como tememos a la patria de Cutting”.⁶⁷

Pero México había sido la tierra gloriosa no sólo de Hidalgo y Morelos, sino también de Juárez, y ello le alimentaba la esperanza a Martí. Todo parece serle ocasión para evocar a la figura suprema de la Reforma. Al hablar de “México en 1882”, recordará a “aquel indio egregio y soberano, que se sentará a los ojos de los hombres al lado de Bolívar, Don Benito Juárez, en quien el alma humana tomó el temple y el brillo del bronce”.⁶⁸ El comen-

⁶⁷ José Martí, “Vindicación de Cuba” (1889), *O. C.*, t. X, p. 237.

⁶⁸ José Martí, “México en 1882” (1883), *O. C.*, t. VII, p. 25.

tario sobre una estatua de Juárez, en 1884, lo lleva a decir:

Ese nombre [Juárez] resplandece, como si fuera de acero bruñido; y así fue en verdad, porque el gran indio que lo llevó era de acero, y el tiempo se lo bruñe [...] A Juárez, a quien odiaron tanto en vida, apenas si habría ahora, si volviera a vivir, quien no le besase la mano agradecido. Otros hombres famosos, todo palabra y hoja, se evaporan. Quedan los hombres de acto; y sobre todo los de acto de amor. El acto es la suprema dignidad de la grandeza. Juárez rompió con el pecho las olas pujantes que echaba encima de la América todo un continente; y se rompieron las olas, y no se movió él. [...] [Debía estar] en estatua de color de roca, y como roca sentada, con la mirada impávida en la mar terrible, con la cabeza fuerte bien encajada entre los hombros; y con las dos palmas apretadas sobre las rodillas, como quien resiste y está allí de guardián impenetrable de la América.⁶⁹

Cuando en 1887 comenta un libro de Charles Dudley Warner, quien en su desdén por México dice que en este país los indios viven como cuando Cortés, Martí, al aludir a la tristísima condición a que se ha reducido a los indios en Estados Unidos,

⁶⁹ José Martí, "Juárez" (1884), en *ibid.*, p. 327.

se yergue para replicarle: “como si no los tuvieran extenuados la desolación y el vicio; como si Helen Hunt Jackson no apellidase este siglo, por el maltrato de los indios, ‘un siglo de infamia’; ¡como si de los indios norteamericanos hubiese surgido un Juárez!”.⁷⁰ En su discurso en honor de México pronunciado en 1891, donde presenta ante los ojos un espléndido mural que Portuondo ha señalado acertadamente como prefiguración del arte de Diego Rivera,⁷¹ exclama: “la muerte por el derecho del país funde, al fuego de la Reforma, al indio y al criollo; y se alza Juárez, cruzado de brazos, como fragua encendida en las entrañas de una roca, ante el imperio de polvo y locura, que huye a su vista y se deshace”.⁷² Y ya entregado Martí a la preparación de la guerra independentista y antimperialista cubana, Juárez será un modelo que volverá una y otra vez a su pluma, en especial en sus trabajos para el periódico *Patria*. Predicando entre humildes tabaqueros, ningún ejemplo mejor. En 1892 escribirá: “Un indio, hace muchos años, torcía tabacos, torcía tabacos para vivir, en la ciudad de

⁷⁰ José Martí, “México en Estados Unidos. Sucesos referentes a México” (1887), en *ibid.*, p. 56.

⁷¹ José Antonio Portuondo, “Juárez en Martí”, en *op. cit.*, pp. 259 y 260.

⁷² José Martí, “Discurso pronunciado en la velada en honor de México en la Sociedad Literaria Hispanoamericana” (1891), *O. C.*, t. VII, p. 66.

Nueva Orleans. El indio echó un imperio abajo”.⁷³ Y al año siguiente, irritado por los bribones que desdeñaban a los obreros, exclama: “¡Tabaquero, bandidos, fue el indio Benito Juárez, que echó un imperio al mar, y supo desafiar la pobreza con honor, y reconquistó y aseguró la independencia de su tierra!”.⁷⁴ A los que discriminan a los cubanos de otra piel, “los del color”, Martí les recordará en 1894 que hombres así dieron “a Confucio en China [...], y a Juárez en México”.⁷⁵ Ese mismo año, cuando la guerra ya está a las puertas, ¿qué mejor que incitar con la lección juarista?:

México no yerra; y se afianza y agrega, mientras se encona y descompona el vecino del Norte [...] Juárez, el indio descalzo que aprendió latín de un compasivo cura, echó el cadáver de Maximiliano sobre la última conspiración clerical contra la libertad en el nuevo continente. Él, el tabaquero de Nueva Orleans, el amigo pobre del fiel cubano Santacilia, el padre desvalido de la familia que atendía en Oaxaca la pobre tendera, él, con los treinta immaculados, sin más que comer maíz durante tres

⁷³ José Martí, “Notas y noticias” (1892), *O. C.*, t. XXIII, p. 37.

⁷⁴ José Martí, “Pobreza y patria” (1893), *O. C.*, t. II, pp. 371 y 372.

⁷⁵ José Martí, “Noche hermosa de La Liga”, (1893), *O. C.*, t. V, p. 268.

años por los ranchos del Norte, venció, en la hora inevitable del descrédito, al imperio que le trajeron los nobles del país.⁷⁶

Pero nada expresa mejor la devoción de Martí por Juárez, y la esperanza en su pueblo, que el haberlo tomado para que representara a nuestra patria mayor en “aquel invierno de angustia [1889-1890], en que [...] se reunieron en Washington, bajo el águila temible”, los pueblos hispanoamericanos. “¿Cuál de nosotros”, añadió Martí, “ha olvidado aquel escudo, el escudo en que el águila de Monterrey y de Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de la América?”.⁷⁷ A los delegados a esa Primera Conferencia Panamericana, de tan triste recordación, porque en su estela surgiría una sumisión al nuevo imperio que encontraría, según había esperado Martí, el gesto viril de su México, les afirmó en su discurso del 19 de diciembre de 1889, que sería conocido como “Madre América”:

por grande que esta tierra [Estados Unidos] sea,
y por ungida que esté para los hombres libres la

⁷⁶ José Martí, “El día de Juárez” (1894), *O. C.*, t. VIII, p. 255.

⁷⁷ José Martí, “Prólogo” a *Versos sencillos* (1891), *O. C.*, t. XVI, p. 61.

América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo, ni nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más, infeliz la América en que nació Juárez.⁷⁸

⁷⁸ José Martí, “Discurso pronunciado en la velada [...] a la que asistieron los delegados a la Conferencia Internacional Americana”, *O. C.*, t. VI, p. 134.

INTRODUCCIÓN A JOSÉ MARTÍ es un encuentro con dos figuras fundamentales de nuestra América. Gracias a la aguda visión de Roberto Fernández Retamar, el lector tiene ante sí las claves de la labor de José Martí a través del tiempo. Estos dos volúmenes son un homenaje al universo intelectual, literario y político de una figura del anticolonialismo y el antimperialismo, realizado por uno de los poetas y ensayistas más importantes del siglo XX latinoamericano.

El maestro Fernández Retamar, puerto feliz de nuestra historia reciente, emprende y logra en esta serie de ensayos —escritos con la difícil cualidad de la sencillez— mostrarnos la médula palpitante de la herencia política, literaria y revolucionaria de Martí.



CIALC
Centro de Investigaciones sobre
América Latina y el Caribe

ISBN 978-607-30-0607-1

